



J. SELGAS

UNA MADRE

NOVELAS

5

P06565

.S4

M33

v.5



1020027386



UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS





U A N L

HISTORIAS CONTEMPORÁNEAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICHARDO GONZÁLEZ

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor 84653m  
Núm. Adg. 33854  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasific. 29  
Catalogo \_\_\_\_\_

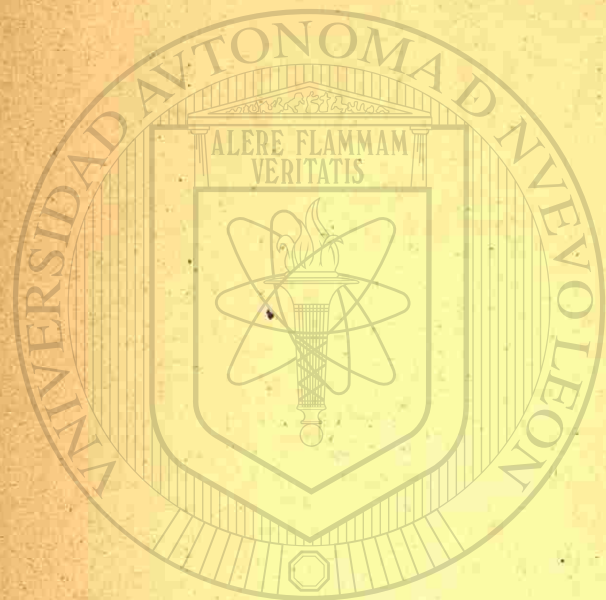
HISTORIAS CONTEMPORÁNEAS

UNA MADRE

NOVELA

POR

D. JOSÉ SELGAS



UANL

100425

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR

Calle de Preciados, núm. 5.

1883

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. TELS"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

33854

PQ6565

.54

M33

V.5



ALERE FLA FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

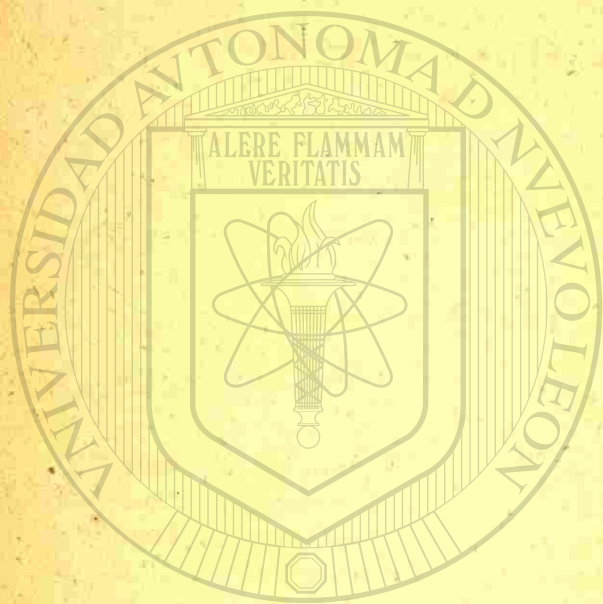
CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

UNA MADRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPÍTULO PRIMERO.

Un muerto que anda.

Cuento con que el lector no me exija el nombre del pueblo que ha sido teatro de las singulares escenas que voy á referir, porque aunque los vecinos del pueblo cuyo nombre callo las relatan á todo el que quiere oirlas, sin imponer reserva alguna, yo me considero obligado á guardar sobre este punto un discreto silencio; no tanto, sin embargo, que no me permita dar las noticias más precisas respecto á su situación y á la índole de sus habitantes.

Este pueblo se halla colocado entre dos ciudades del Mediodía de España, y abierto de par en par al camino de arrecife que va de una ciudad á otra, corriendo de Levante á Poniente, y vice versa, por ese doble aspecto de todo camino que, como ya sabemos, va al mismo tiempo que viene.

Es un pueblo de paso, donde por rara casualidad se detiene algún viajero, razón por la que no hay fonda ni hospedaje cómodo, sino simples posadas de grandes patios y extensas caballerizas, preferi-

bles, sin duda alguna, á la intemperie en una noche muy oscura, muy lluviosa y muy fría, porque al fin la cocina es espaciosa y la campana de la chimenea es ancha y hospitalaria.

Formando cruz con el camino que atraviesa la población en toda su longitud, se abre paso una rambla de Norte á Mediodía, dividiendo el pueblo en dos partés casi iguales. Alrededor de la población, y como cercándola, se ven muchos huertos cerrados por tapias, sobre las que asoman sus graciosas copas árboles frutales, campeando en la primavera, entre el raso verde de las hojas, el azahar blanco como el nácar, y la naranja redonda y dorada.

Claro está que es un pueblo agrícola, que vive agarrado al terruño como las raíces de los árboles que sombrean sus huertos, sin más industria que la de sembrar cuando llueve á tiempo y la de coger luego que el sol ha sazonado los frutos. Por el reposo de sus costumbres y la tranquilidad de su vida, se infiere á primera vista que no ha entrado en la corriente de la civilización moderna, permaneciendo estacionario, esto es, tenazmente asido á los tres fundamentos de la sociedad antigua, que son hoy la única esperanza de la sociedad moderna: Religión, Patria y Rey. La Religión de Jesucristo, la Patria de Pelayo y el Rey de derecho divino. Estos tres sentimientos forman la base de todas sus creencias, de tal manera, que hasta los pocos vecinos que se llaman republicanos incurren en las más graciosas contradicciones.

Hace tres años, en una ciudad inmediata al pueblo de que hablamos, ocurrió un caso, que da testimonio de lo que dejo dicho. Levantóse una partida republicana, y muy tranquilamente fué á refugiarse

á las alturas de un monte vecino, donde tuvo que ir á buscarla una compañía de cazadores que salió á darle caza. Á los primeros disparos entró el desorden en las huestes de la república, y cada cuál trató de abrirse paso hasta su casa, apelando á la fuga. Los soldados cargaron sobre los fugitivos, y aquellos fieros republicanos, viéndose tan de cerca perseguidos por las bayonetas de los cazadores, huían arrojando las armas y gritando unos: *¡Favor á Isabel II!.....* otros; *¡Favor al Rey!.....* Así abusan los traficantes en trastornos de la inocencia y de la ignorancia de estas pobres gentes.

El oleaje revolucionario ha pasado por este pueblo sin conmovier la base de sus creencias, y continúa, por consiguiente, siendo religioso y realista; más aún: puesto que se ríe de la Constitución y suspira por los diezmos: atraso sin duda alguna lamentable, pero vaya V. á convencerlo de que la Constitución no lo tiraniza y de que las contribuciones no lo arruinan.

Quiero decir que es un pueblo que se halla fuera del movimiento, como si dijéramos, civilizador que agita al mundo en la edad presente, sin dejarle un momento de reposo: vive de su propia vida, y más cerca de la naturaleza que de la sociedad; asiste al continuo espectáculo de nuestros trastornos políticos como simple espectador, sin tomar más parte en las agitaciones de la vida pública que aquella absolutamente indispensable para su particular conveniencia; no han penetrado allí todavía los ardientes rencores de los partidos, y hacen sus correspondientes pronunciamientos, después que están hechos en todas partes, sin ningún género de violencia y como la cosa más natural del mundo.

Sin embargo, el espíritu moderno ha penetrado



de algún modo en las costumbres. Los vecinos ordinariamente desocupados tienen una casa modesta, donde pasar muchas horas del día y algunas de la noche, matando el tiempo en juegos tal vez inocentes y en conversaciones por lo común ociosas: esta casa es el *Casino*.

En uno de los dos coches que diariamente cruzan la población, deteniéndose en ella el tiempo preciso para mudar caballos, llegué yo á este pueblo en una hermosa mañana de primavera; ocupaba un asiento de berlina, ó, lo que es lo mismo, iba encajonado entre el ventanillo, por cuyo cristal roto entraba á la vez el aire, el sol y el polvo, y un compañero de viaje, ancho como una pared maestra, cuya maciza persona me oprimía con toda la pesadez de un sueño profundo.

Penetró el coche en una pequeña alameda, de la cual pasó con triunfante estrépito á una calle estrecha, larga, llena de vueltas y revueltas, en las que algunas veces los cubos de las ruedas casi tocaban á las paredes de las casas. No obstante, volaba, crujendo al saltar sobre los baches, torciendo ya á la derecha, ya á la izquierda, é inclinando de una pared á otra la enorme balumba de la *vaca* atestada de equipajes y pasajeros.

De repente la voz del mayoral retumbó como un trueno sobre las cabezas de los caballos, que intentaron pararse, pero que no pudieron conseguirlo, arrastrados por el impulso del coche. Al fin se detuvieron delante de la puerta espaciosa de un anchuroso parador, en la que, cabizbajos y hasta pensativos, esperaban otros cinco caballos, meditando al parecer acerca de sus tristes destinos.

Sin duda no comprendían bien la activa movilidad de la impaciencia humana; por lo visto no

acertaban á darse cuenta de aquel correr incesante, de aquel ir y venir continuo, llevando y trayendo equipajes y viajeros, siempre á escape, como si huyeran de alguna tremenda desgracia ó fueran en busca de alguna dicha suprema.

Y no es extraño que tan inteligentes brutos no comprendieran la razón de tanto correr, de tanta impaciencia y de tanta prisa, porque, bien mirado, nosotros mismos, después de pensarlo mucho, acabaríamos también por no comprenderla.

Ello es que los caballos movían gravemente las cabezas de vez en cuando con lentitud desdeñosa y reflexiva, haciendo sonar los huecos cascabeles de sus collares, como si interiormente exclamaran: «¡Qué hombres!... ¡Qué hombres!...» Mas, justo es decirlo en honor de su filosofía, los cinco animales revelaban en su actitud reposada y paciente una resignación verdaderamente estoica, dispuestos á correr delante del coche hasta dar, digámoslo así, el último suspiro. Como la vida debía serles indiferente, podemos sospechar que no habrían de tener gran empeño en conservarla.

*Brillante* se llamaba el caballo delantero, y parecía tan fatigado de las glorias y de las vanidades del mundo, que probablemente habría cambiado el brillo de su nombre y el ruido de sus cascabeles por el rincón más oculto de la tierra, donde hubiera podido vivir tranquilo é ignorado. ¡Ah!... los hombres, más ambiciosos que los caballos, no se cansan tan pronto de correr arrastrando por la tierra la vana pompa de sus pesadas grandezas.

Mi compañero de viaje continuaba durmiendo, haciendo temblar los cristales de la berlina con enormes ronquidos, como si un león furioso rugiera dentro de su pecho.

En pocos minutos fueron desenganchados los caballos que venían y enganchados los caballos que esperaban; los primeros se dirigieron lentamente hacia la cuadra, mientras los segundos se colocaron por sí mismos en sus lugares respectivos; ni se advertía en los unos afán por el descanso, ni se observaba en los otros impaciencia por la fatiga.

Oprimido yo por la enormidad personal de mi compañero de viaje, observaba todo esto al través de los vidrios de la berlina, y confieso ingenuamente que unos y otros caballos me enseñaron con su mansedumbre á tener paciencia, obligándome á reconocer, allá para mis adentros, que eran unos brutos dignos de mejor suerte.

Subió el mayoral al pescante y cogió las riendas, haciendo sonar al mismo tiempo el chasquido de su voz y el chasquido del látigo.

Los cinco caballos engallaron las cabezas irguiendo los cuellos, y á la vez alzaron las manos en ademán de lanzarse al galope. Había que tomar una vuelta para entrar en otra calle. *Brillante* trazó un arco de círculo, y siguieron el mismo movimiento los caballos restantes; pero de pronto los caballos retroceden bruscamente detenidos; el coche crujió todo como si hubiera sido aplastado; oí un grito confuso, es decir, muchos gritos á la vez; me sentí á un mismo tiempo lanzado hacia atrás y hacia adelante, y vi al mayoral que, furiosamente despedido de su asiento por la violencia de la sacudida, caía de cabeza sobre la lanza, desapareciendo entre los pies de los caballos. Yo creí que me sumergía; parecióme que el pavimento se hundía debajo de las ruedas, y hubo un instante en que tuve por cosa cierta que la tierra se abría y nos tragaba.

Mi compañero de viaje se vió lanzado, cayendo de boca sobre el ventanillo que tenía delante con todo el peso de su sueño, rompiendo el vidrio con la cabeza. Entonces se despertó, y abriendo los ojos con espantada sorpresa, me preguntó:

—¿Hemos volcado?...

—No,—le contesté.

—¿Pues qué ha sucedido?—volvió á preguntarme.

—Lo ignoro.

En esto se abrió la portezuela de la berlina, y la voz del zagal gritó:

—Abajo, señores, que se ha roto el eje del juego delantero.

Salí de la berlina, y vi que, en efecto, el eje de hierro se había tronchado como una caña.

¿Cómo había sucedido esto? He ahí una cosa que nadie acertaba á explicársela.

Es verdad que el cubo de una de las ruedas se detuvo tropezando furiosamente con la esquina de la casa por donde empézaba la calle, en el momento en que el coche daba la vuelta arrastrado por los cinco caballos que arrancaron al galope; pero este percance no parecía suficiente para tanto destrozo, y los circunstantes agotaban los recursos de sus cálculos sin encontrar la fuerza que pudo partir el eje de aquel modo.

Entre tanto el mayoral, que había salido ileso de su caída, con asombro de cuantas personas se hallaban presentes, había comenzado á desenganchar los caballos, que, sorprendidos á su vez, no se explicaban tampoco la causa de aquella interrupción inesperada.

Entre el asombro y las dudas de los circunstantes y de los caballos, había una cosa cierta; á saber:

que el coche, inclinado hacia adelante como un hombre que cae de boca, no se hallaba en disposición de continuar el camino. Y no era esto lo peor, sino que no había otro coche con que sustituirlo, y la composición del eje roto era obra de muchas horas.

Así es que mientras los caballos volvían á la cuadra, tan tranquilos como habían salido de ella, los viajeros, impacientes, viéndose detenidos en medio del camino, ponían el grito en el cielo.

En resumen: era preciso pasar el día en aquel pueblo, que ofrecía tan pocas comodidades y tan pocas distracciones, que las horas iban á parecer eternas.

Cada cuál consultaba su interés particular para llevar el extremo de su enojo á límites más ó menos lejanos, y todos convinieron al fin en que era indispensable quedarse, en razón á que no se podía hacer otra cosa.

Yo, confieso ingenuamente que experimenté cierta complacencia al verme libre por algunas horas de la terrible vecindad de mi compañero de berlina, que bramaba furioso al encontrarse con que se hallaban interrumpidos á la vez su sueño y su viaje, y dando media vuelta me fuí á recorrer la población.

Ya hubiera yo querido encontrarme en las exhumadas ruinas de Herculano ó Pompeya, en las catacumbas de Roma ó en presencia de la catarata del Niágara ó delante de las fuentes del Nilo; porque entonces habría tenido ocasión de emplear el tiempo contemplando las más imponentes maravillas de la naturaleza, ó bien dos pueblos de la antigua Roma perfectamente conservados por la lava del Vesubio, bajo cuyas ondas encendidas fueron sepultados, ó, lo que es mejor todavía, los primeros templos

subterráneos del Cristianismo y las augustas sepulturas de los primeros mártires; pero ¿qué hacer, si el pueblo en que me encontraba carece de toda celebridad?... La naturaleza no ofrece allí ningún contraste extraordinario: sembrados que se extienden de sierra á sierra, álamos que se levantan sobre los linderos de los caminos, espesas *paleras* que forman vallados, y muchos huertos encerrados dentro de las líneas rectas de sus cercas y esparcidos alrededor de la población, á la cual envían el aire perfumado con la esencia que exhalan las flores de los frutales.

He ahí todo lo que la naturaleza ofrece.

Por lo que hace al pueblo, no es más que un conjunto de casas más altas y más bajas, en que las más humildes se mezclan entre las más opulentas familiarmente, uniéndose los ricos y los pobres en vecindad íntima, como si unos y otros comprendieran que la Providencia los ha hecho inseparables.

Las calles presentan las mismas desigualdades que las casas, y entran y salen, se ensanchan y se estrechan caprichosamente, enredándose unas en otras, sin orden, sin plan y sin concierto: parece que han brotado espontáneamente de la tierra como las higueras silvestres que nacen en las quebras de los barrancos.

No me ofrecía, pues, la población gran atractivo, ni el paisaje singularidad alguna, pero la mañana era hermosa, viéndose el cielo ligeramente entoldado. Además, nada tenía que hacer en la posada; así es que le volví la espalda, y tomé la primera calle que se me puso delante.

Esta calle me condujo á la plaza, en la cual encontré los dos grandes edificios del pueblo, la Iglesia y el Ayuntamiento; la madre y el hijo, porque

ya sabemos que el municipio ha nacido á la sombra de la Iglesia.

Por medio de la plaza, cortándola diagonalmente, vi cruzar un hombre, llamándome desde luego la atención la singularidad de su aspecto. Al pasar junto á mí, pude observarlo detenidamente, pues marchaba con lentitud, apoyándose, más por costumbre que por necesidad, en un grueso bastón que llevaba en la mano derecha. Iba envuelto en un saco de color de tierra, abrochado en toda su longitud, marcando una espalda recta y unos hombros no exentos de gallardía. Fácil me fué distinguir que esta parte principal de su vestido no era obra del sastre del pueblo, pues aun cuando el corte era ya antiguo y la tela parecía bastante usada, el aire del saco era elegante. El pantalón, casi del mismo color, venía á caer sobre unos grandes zapatos de doble suela, hechos de piel de becerro sin teñir. La cabeza de este personaje, inclinada sobre el pecho, se escondía bajo las alas de un hongo del mismo color, poco más ó menos, que el saco y los pantalones. Todo era en él de color de tierra.

Ciertamente no hay en el traje que acabo de bosquejar ninguna circunstancia que pudiera excitar interés ó curiosidad; mas estoy seguro de que en el pueblo en que nos encontramos nadie vestía de esa manera.

Al verlo desembocar en la plaza, creí que sería alguno de los viajeros que habían venido en el coche cuyo eje se había roto; pero no recordaba haberlo visto entre mis compañeros de viaje, y no era fácil que se me hubiera escapado.

Pasó junto á mí, y al confrontarse conmigo alzó los ojos sin levantar la cabeza, dirigiéndome una mirada penetrante, profunda, llena de desesperación

y de angustia, mirada acerba, adusta, en la cual relampagueaba el fuego sombrío y árido de un dolor sin lágrimas. Creo que Lucifer, al caer de las alturas excelsas al abismo de su eterna desdicha, miraría al cielo del mismo modo.

Yo tuve que recurrir á un grande esfuerzo de voluntad para hacer frente al furor de aquella mirada, y pude ver en su semblante los estragos que dejan en el rostro humano las terribles tempestades del alma.

Indudablemente habían pasado por allí el relámpago, el trueno y el rayo en furiosa tormenta.

Una barba espesa, borrascosa, larga y cenicienta, cubría el semblante de este hombre, cayendo sobre su pecho; parecía la maleza que crece entre las ruinas, y daba á la expresión de su rostro un aspecto salvaje. Los pómulos de las mejillas se marcaban vigorosamente, y las cejas, anchas y espesas, uniéndose en el nacimiento de la nariz, prestaban á su frente y á sus ojos audacia y dureza: la desolación se reflejaba en toda su fisonomía.

Yo lo seguí con la mirada, seguro de que contemplaba al principal personaje de algún drama tremendo.

Observé que la gente que lo encontraba al paso lo miraba sin interés y sin curiosidad, y semejante indiferencia me hizo creer que los vecinos del pueblo estaban familiarizados con su presencia; para ellos no ofrecía novedad alguna aquel ser de tan sombrío aspecto que llamaba mi atención, excitándola vivamente.

Desde la parada de la diligencia donde había ocurrido el fracaso que me detenía en aquel pueblo, me siguieron algunos chicos de esos que con semblantes alegres y voces lastimeras acometen á los

viajeros pidiéndoles limosna en todos los pueblos de España, excepto en las Provincias Vascongadas, provincias muy pobres, en las que, sin embargo, el viajero no se ve asediado en los puntos donde se detiene por pobres que le pidan limosna.

Había yo distribuido algunas monedas de cobre entre ellos; mas no parecían satisfechos de mi prodigalidad, y me seguían, sin duda alguna resueltos á averiguar hasta dónde llegaba la capacidad de mi bolsillo.

Uno de ellos, reparando en la distraída atención con que yo miraba al hombre de las barbas, cambiando repentinamente el tono lastimero y doliente con que excitaba mi compasión, me dijo con cierta impaciencia:

—No habla.

—¡Ya! (añadí yo.) ¿Es mudo?

—No, — me contestó otro.

—Si no es mudo (repliqué), ¿por qué no habla?

Al oír esta pregunta, me miraron como sorprendidos, y se encogieron de hombros.

Uno de ellos creyó, y con razón, que aquella respuesta no me satisfacía, y lanzando con ímpetu hacia el tejado de la iglesia una piedra que tenía en la mano, dijo:

—Es que está loco.

Una muchacha, al parecer de diez años, que llevaba á otra de dos en brazos, hizo un respingo con la boca, exclamando:

—¡Sí, loco!

—Pues ¿qué le pasa?—pregunté.

La misma muchacha me contestó muy formalmente, diciendo:

—¡Toma!.... que está *condenao*.

—¿Y por eso no habla?

—¡Pues!

—¿Vive en este pueblo?

—Aquí vivía.

—Pues ¿dónde vive ahora?

—En ninguna parte.

—¡Cómo!....

—Se murió.

—¡Demonio!

—Hace dos años.

—Dime, hija mía: ¿y se permite en este pueblo que los muertos anden por las calles?

—Como que no pudieron enterrarlo.

—¿Por qué?

—Porque al sacarlo de su casa para llevarlo á la iglesia se sentó en la caja.

—¿Y qué?

—¡Toma! Los que lo llevaban echaron á correr.

—¿Y lo dejaron solo?

—Solo.

—¡Ya!

—Sí, señor.

—¿Y luego?

—Nadie se determinaba á entrar en la casa.

—¿De miedo?

—¡Pues!

—¿Á quién?

—Al difunto.

—¡Si estaba vivo!

—¡Vivo!.... Sí; muerto y remuerto.

—Y tan muerto (añadió otro muchacho), como que desde entonces no le ha oído nadie el metal de la voz.

—Y el perro aullaba (dijo otro), y atemorizaba oírlo.

—¿Qué perro?....

—Aquel... Mire V.: aquel perro negro que lleva delante, y que lo sigue á cuantas partes va; porque, mire V., caballero; desde que se murió, no para su cuerpo; anda que te anda, por aquí entro, por aquí salgo, sin decir esta boca es mía y sin cansarse; unas veces por el pueblo y otras por las huertas, no entra en ninguna casa, va y viene, y el perro siempre delante.

Hice nuevas preguntas, cuyas respuestas no me dieron más luz acerca de este extraño personaje, objeto de las más disparatadas imaginaciones por parte de las gentes sencillas; y como no tenía otra cosa que hacer, me dirigí hacia el punto de la plaza por donde acababa de desaparecer aquel muerto ambulante.

Me propuse seguirlo, examinarlo de cerca y despacio, dirigirle la palabra y obligarlo á hablar. Si era mudo, nos entenderíamos por señas; si estaba loco, tal vez no me fuera difícil averiguar la causa de su locura; y si en efecto era un ser del otro mundo, debía ser muy curiosa la razón que le obligara á permanecer todavía en este, después de haber pasado por el terrible trance de morir.

De todas maneras, una conversación con un difunto habría de ser forzosamente mucho más interesante que cualquiera de las que solemos entablar con los vivos.

## CAPÍTULO II.

### El hombre y el perro.

Llegué á la esquina de la plaza, y me encontré con tres calles que, partiendo de una misma confluencia, se extendían más ó menos tortuosas, separándose unas de otras conforme adelantaban, del mismo modo que los rayos de una estrella. Por lo que pude advertir, las tres iban á parar á las últimas casas del pueblo.

Tendí la vista por ellas en busca del hombre mudo, loco ó difunto que había visto cruzar la plaza con su saco de color de tierra y sus barbas de color de ceniza; pero inútilmente registré aquellas calles solitarias, pues había desaparecido, sin dejar señal ninguna de su paso.

Según la lentitud con que marchaba, no había trascurrido tiempo suficiente para que hubiera podido ocultarse en los extremos de las calles que alcanzaban mis ojos desde el punto en que me hallaba, y presumí que habría doblado alguna de las esquinas que formaban las callejuelas trasversales.

No soy partidario de los términos medios; mas en esta ocasión, teniendo que elegir entre tres ca-

—Aquel... Mire V.: aquel perro negro que lleva delante, y que lo sigue á cuantas partes va; porque, mire V., caballero; desde que se murió, no para su cuerpo; anda que te anda, por aquí entro, por aquí salgo, sin decir esta boca es mía y sin cansarse; unas veces por el pueblo y otras por las huertas, no entra en ninguna casa, va y viene, y el perro siempre delante.

Hice nuevas preguntas, cuyas respuestas no me dieron más luz acerca de este extraño personaje, objeto de las más disparatadas imaginaciones por parte de las gentes sencillas; y como no tenía otra cosa que hacer, me dirigí hacia el punto de la plaza por donde acababa de desaparecer aquel muerto ambulante.

Me propuse seguirlo, examinarlo de cerca y despacio, dirigirle la palabra y obligarlo á hablar. Si era mudo, nos entenderíamos por señas; si estaba loco, tal vez no me fuera difícil averiguar la causa de su locura; y si en efecto era un ser del otro mundo, debía ser muy curiosa la razón que le obligara á permanecer todavía en este, después de haber pasado por el terrible trance de morir.

De todas maneras, una conversación con un difunto habría de ser forzosamente mucho más interesante que cualquiera de las que solemos entablar con los vivos.

## CAPÍTULO II.

### El hombre y el perro.

Llegué á la esquina de la plaza, y me encontré con tres calles que, partiendo de una misma confluencia, se extendían más ó menos tortuosas, separándose unas de otras conforme adelantaban, del mismo modo que los rayos de una estrella. Por lo que pude advertir, las tres iban á parar á las últimas casas del pueblo.

Tendí la vista por ellas en busca del hombre mudo, loco ó difunto que había visto cruzar la plaza con su saco de color de tierra y sus barbas de color de ceniza; pero inútilmente registré aquellas calles solitarias, pues había desaparecido, sin dejar señal ninguna de su paso.

Según la lentitud con que marchaba, no había trascurrido tiempo suficiente para que hubiera podido ocultarse en los extremos de las calles que alcanzaban mis ojos desde el punto en que me hallaba, y presumí que habría doblado alguna de las esquinas que formaban las callejuelas trasversales.

No soy partidario de los términos medios; mas en esta ocasión, teniendo que elegir entre tres ca-

minos, opté por el de en medio, como el más estratégico para el éxito de mis pesquisas.

Penetré en la calle, atrayendo sobre mí las miradas curiosas de las vecinas, que, detrás de las puertas de sus respectivas casas ó bajo las cortinas que cubrían las ventanas, hilaban unas, cosían otras y miraban todas al través de sus grandes ojos negros guarnecidos de largas pestañas. Más de una vez interrumpí el hilo de las conversaciones que se cruzaban, entre las vecinas más habladoras, de ventana á ventana y de puerta á puerta. El ruido de mis pasos cortaba otras veces los caprichosos cantos con que las madres se obstinaban en acallar el llanto de sus hijos, meciéndolos en la cuna ó meciéndolos en sus brazos.

Seguía yo adelante mi camino, recogiendo esos ligeros detalles y observando al paso que las mujeres que iba viendo en el trascurso de mi expedición eran modelos de belleza. Allí donde el viajero no encontraba ningún monumento artístico que admirar, cada mujer era una estatua. Cabezas gallardas, ojos magníficos, facciones que parecían dibujadas por el lápiz de Rafael y animadas por las tintas suaves del pincel de Murillo. Á la sombra de las puertas, y bajo los pliegues de las cortinas que cubrían las ventanas, los semblantes se destacaban sobre un fondo oscuro que, dulcificando los contornos del dibujo, hacía más misteriosa y más artística la expresión de las figuras. En cada puerta y en cada ventana mi imaginación veía un cuadro, y reflexionaba cómo en la humilde calle de un pueblo ignorado puede encontrarse el viajero un Museo vivo.

Al mismo tiempo notaba que la calle por donde yo descendía no era calle, sino más bien un barranco que, interrumpido por la rambla que cruzaba

al pueblo, iba á perderse en los sembrados de la huerta.

Al elegir una de las tres calles que se me ofrecieron al salir de la plaza, había elegido indudablemente la peor, pues por lo que hace al hombre que yo buscaba, no parecía por ninguna parte.

Me hallaba sobre el punto más elevado de aquella especie de barranco, y me detuve para examinar el terreno, indeciso entre la idea de volverme ó seguir adelante; porque, disipada la impresión que el hombre de las barbas me había causado, comenzaba á parecerme una extravagancia el intento que había concebido.

Correr detrás de un mudo, de un loco ó de un muerto, sin más fin que sorprender el secreto que, á mi juicio, debía esconderse dentro de aquel ser cuya extraña presencia acababa de herir mi imaginación, no era por cierto un empeño sobradamente juicioso, porque, en verdad, pudiera ser muy bien que el infeliz no tuviera secreto ninguno que confiarme; y aun en el caso de que se encerrara en su vida algún drama misterioso y terrible, no me parecía natural que fuera á confiarlo á una persona para él desconocida, cuando, por lo que yo suponía, la historia íntima de su existencia no tenía más pormenores conocidos que aquellos que yo había oído en boca de los chicos al verlo pasar por la plaza.

Verdaderamente podía ser uno de esos locos inofensivos que suelen encontrarse en los pueblos pequeños del Mediodía de España, y cuya historia está reducida al relato, por lo común poco interesante de sus singulares manías.

He conocido uno de estos monomaniacos en un pueblo de la provincia de Murcia, y su locura consistía pura y simplemente en creerse murciélago;



el día lo pasaba en un desván de su casa, metido en un rollo de estera, y durante la noche vagaba por las calles del pueblo, hasta que los primeros resplandores del alba lo obligaban á volver á su escondite.

El hombre de las barbas podía muy bien pertenecer á esta clase de insensatos. Habiendo pasado por una enfermedad que lo condujo á las puertas de la muerte, como ya sabemos, hasta el punto de haberse dispuesto su entierro, el hecho, digámoslo así, de su resurrección haría que la sencilla credulidad de las gentes del pueblo lo mirara al principio con terror y después con retraída indiferencia. Él mismo, al encontrarse con vida, probablemente cuando menos lo esperaba, viendo el efecto que su presencia producía, excitada su imaginación, pudo muy bien llegar á creerse que era en efecto un ser del otro mundo, y con ese discernimiento particular con que los locos discurren acerca de sus propias manías, debió imponerse el obstinado silencio que guardaba, para acabar de persuadirse de que no pertenecía al número de los vivos. Si se había propuesto representar á sus propios ojos el fúnebre papel de difunto, no debe extrañarse que se encerrara en sepulcral silencio.

Como la vanidad es tan propia de la naturaleza humana, quién sabe si el extravío de su razón reconocería por causa la locura de la vanidad. No se renuncia fácilmente á la celebridad una vez adquirida, sea de la especie que quiera. Pasar entre los simples mortales que se arrastran por el polvo de la tierra por un ser extraordinario, fantástico y sobrenatural, que vuelve del otro mundo, es una gloria bastante rara, para que este hombre no quisiera conservarla. ¡Vamos!: era un loco que al volver á la vida se había dejado el juicio en la sepultura.

Así discurría yo, dando mis reflexiones por exactas, y decidido á abandonar la empresa de mis investigaciones, cuando al otro lado de la rambla, y en el último extremo de la calle, descubrí una casa de dos pisos, blanca como la nieve, pintados de un verde muy vivo los hierros de las rejas y de los balcones.

No me pareció una obra de arte digna de ser examinada de cerca; pero colocada sobre la explanada de una eminencia coronada de árboles, entre la población y la huerta, calculé, por la posición que ocupaba y por la parte de horizonte que yo descubría, que debía ofrecer bellos puntos de vista.

Con sus paredes blancas, sus tejas de barro encarnado y sus balcones verdes, saliendo al parecer de la lejana esquina de la calle, y dibujándose sobre el lienzo que formaban los sembrados que ascendían sucesivamente hasta cubrir la extensa loma de la colina lejana que cerraba el horizonte, podría creerse que aquella pequeña casa salía de la población en busca de las tranquilas soledades del campo.

Me dirigí hacia ella, y observé que conforme yo adelantaba en mi camino, la casa se iba separando de la población, como si en efecto huyera del pueblo.

Cuando llegué á las últimas casas, la vi detenerse como si me esperara, convidándome á recrear la vista en la extensión del paisaje bajo los árboles que la circuían.

Hubiera sido una descortesía no corresponder á esta muda hospitalidad, y comencé á subir la cómoda pendiente que conducía á la puerta principal de la casa, que estaba entornada. Allí me detuve, y apoyándome en el tronco de un frondoso nogal, dejé correr la vista á su capricho por los variados

accidentes del paisaje que se extendía delante de mis ojos.

Apoyado en el tronco del nogal, daba la espalda á la casa y tenía delante de mí un valle que se alejaba hasta trepar por la falda de la sierra, perdiéndose á lo lejos en un bosque de pinos, bajo cuyas verdes copas blanqueaban las humildes paredes de una ermita, empinando en el aire la modesta torre sobre los muros solitarios de un monasterio que la piedad había salvado de la rapiña y de los incendios de 1834.

La fe sencilla y profunda del pueblo guardaba escondido en aquel apartado asilo el santuario de su particular devoción, como si la piedad, huyendo de las ciudades tempestuosas, hubiera ido á refugiarse al seno tranquilo de la naturaleza. La comunidad que en él se albergaba había desaparecido; pero el monasterio subsistía.

Medio oculto el sol entre los celajes que cubrían el cielo, bañaba el paisaje con un tono de luz suave que ningún pincel humano ha sabido reproducir. Sobre el doble lienzo del cielo y de la tierra se dibujaba la perspectiva en cuyo fondo y sobre las asperezas de la sierra se delineaban los blancos contornos de la ermita entre el verde brillante de los pinos que le daban sombra, mientras el valle, adelantándose, abría á derecha y á izquierda líneas uniformes de extensos olivares cubiertos de flor, espesos viñedos que empezaban á cubrirse de pámpanos, y de trecho en trecho levantaban los torcidos troncos de las higueras sus anchas hojas, bajo las que se escondían los hinchados botones, prontos á brotar su primer fruto.

Del mismo pie de la ermita bajaba por toda la pendiente de la sierra un torrente de vegetación,

que, extendiéndose en la llanura, llegaba hasta lamer las primeras casas del pueblo por la parte que daba á la sierra, como si la presencia del santuario fuera la bendición del cielo derramada por aquellos campos.

Doble hilera de álamos marcaba el camino que conducía del pueblo á la ermita.

Todo esto contemplaba yo, agradablemente embebido en el espectáculo que el paisaje tendía delante de mis ojos, cuando oí resonar las notas sucesivas de la escala, formando ese prelude indispensable con que todo instrumento parece que mide la extensión de su voz antes de prorumpir en el canto, del mismo modo que el gimnasta prueba la elasticidad de sus músculos ejercitados, antes de dar principio á la variada serie de sus difíciles equilibrios.

El prelude que acababa de oír me hizo volver la cabeza, pues la música sonaba á mi espalda, y pronto comprendí que detrás de una de las rejas que decoraban la fachada principal de la casa, dedos medianamente ágiles recorrían las teclas de un piano. La vaguedad del paisaje que se alejaba en caprichosas ondulaciones se unía perfectamente á la vaguedad de la música que de tan inesperada manera venía á sorprenderme en mis mudas contemplaciones.

Me acomodé lo mejor que pude, arrellanándome, si puedo decirlo así, sobre el tronco del nogal en que estaba apoyado, ni más ni menos que hubiera podido hacerlo en una butaca del teatro Real en el momento de alzarse el telón.

Por lo que hace á la decoración, cuyo ligerísimo bosquejo acabo de trazar, bien podía competir con el más acabado artificio escenográfico del teatro más opulento de Europa; pero en cuanto á la orquesta,

forzoso me es confesar que no pasaba de los humildes límites de la más modesta medianía. Sin embargo, aquellas notas solitarias me causaron una impresión muy agradable, y poco á poco mis oídos, abiertos de par en par, advirtieron que la naturaleza, con sus múltiples voces, se asociaba al canto del piano, formando un dulce y suave acompañamiento.

¡Ya se ve!: los pájaros gorjeaban, saltando sobre las ramas de los árboles que daban sombra á la reja; el viento suspiraba en las hojas, gemía en los vástagos doblándolos á su paso, y murmuraba á lo lejos al tenderse por los sembrados de la huerta; y, por último, el agua, saltando de un surtidor de piedra, se precipitaba en el cauce, cayendo después en una balsa inmediata, produciendo ese murmullo sordo y continuo esa nota vaga y sostenida, especie de arrullo que tan bien se une al gorjeo de los pájaros y á los suspiros del aire.

Sobre este conjunto armonioso, lleno de misteriosas modulaciones y de caprichosas melodías, se destacaban vivas y brillantes las notas del piano. Parecía que desde muy lejos le enviaba sus voces fugitivas un *armonium* invisible. Tal era, por lo menos, el efecto que en mí causaba la combinación de aquella doble armonía.

Acabóse el preludio, respiró el piano, y comenzó el canto, ese canto sencillo y tierno de *Badarzemska*, que se titula *La oración de una Virgen*. La lentitud del compás daba cierto fervor á la melodía, porque las notas, deteniéndose, parecían complacidas en sí mismas, y el canto, semejante á un largo suspiro, hacía creer que se exhalaba del fondo tranquilo de una conciencia pura.

Hay en esta composición de *Badarzemska* verdadera inocencia; se respira en ella cierto perfume

místico, que aleja el pensamiento de la voluptuosidad de la tierra, de que la música suele ser expresivo intérprete. Muchas veces la he oído ejecutada por manos más diestras, pero en ninguna ocasión ha producido en mi ánimo tan agradable efecto. No sé por qué imaginaba yo que las manos que hacían brotar de las teclas aquellos tonos misteriosos habían de ser las manos de una mujer. Necesitaba yo sin duda esta suposición para que la melodía que embargaba mis oídos me inspirara un interés más vivo; y claro está que, suponiéndola mujer, había de adornarla pródigamente con todos los atractivos propios del caso. ¡Vaya V. á detener á una imaginación ociosa, una vez puesta en el camino de las suposiciones!

De pronto cortó la melodía, cuyo lento compás llevaba yo con mi pensamiento, un gemido ahogado, y volví los ojos hacia la reja, de la cual me ocultaba el tronco del nogal, y vi al pie de la ventana un perro negro de raza indescifrable, en el que, no obstante, un inteligente habría encontrado algo de lo que distingue á la noble raza de los perros de Terranova.

Parado delante de la casa, miraba atentamente á la reja de donde salían los acordes del piano, y movía la cola con íntima impaciencia, como si hubiera visto ú olfateado á algún antiguo conocido. En el movimiento de sus orejas se advertía que escuchaba con atención asidua las acompasadas notas de la melodía, y de sus fauces entreabiertas se escapaba de vez en cuando un aullido sordo, ni más ni menos que si quisiera con su propia voz seguir el canto, para asegurarse de que no era la primera vez que lo oía. Al mismo tiempo levantaba el hocico, buscando en el aire algo que por lo visto no encontraba.

—He aquí (dije yo para mis adentros) un perro filarmónico. Indudablemente la música á las fieras domestica.

Presumí, no obstante, que sería algún perro de la casa, y que en la emoción de que parecía poseído tendría más parte la persona que tocaba el piano que las armoniosas modulaciones que se escapaban de las teclas. El animal comprendía que su ama estaba al otro lado de la reja, y le rendía aquel homenaje, más de sumisión que de arte.

Mas debo advertir que varié de parecer ante una reflexión bastante natural que me ocurrió en el acto. ¿Cómo el perro se detenía absorto delante de la reja, y no entraba en la casa? La puerta que, como dije antes, se hallaba entornada, no le ofrecía obstáculo ninguno. Por otra parte, siendo uno de los habitantes de aquella casita solitaria, debía estar habituado á los sonidos del piano que sonaba al otro lado de la reja, y yo confieso que los ademanes del perro indicaban sorpresa, y aun creo que la música que, si puedo decirlo así, tan religiosamente escuchaba, era en el pobre animal más bien motivo de tristeza que de alegría.

De todas maneras, merecía observarse su actitud, á la vez inquieta y atenta, y yo, inmóvil para no distraerlo, espiaba sus movimientos, buscando en mis conocimientos de Historia natural la explicación satisfactoria del curioso caso que estaba presenciando; pero toda mi ciencia no era bastante, por lo visto, para explicarme la decidida afición de aquel perro á la música. Ello es que las notas le hacían prorumpir en ahogados gemidos, y tuve por cosa cierta que despertaba en el perro dolorosos recuerdos. ¿Por qué no? Estos animales, dotados de particular instinto, ofrecen frecuentes ejemplos de una

memoria que más de una vez echamos de menos en los hombres. Es verdad que los perros no suelen olvidar los agravios; pero es en ellos más difícil todavía olvidar los beneficios. El perro á quien acariciéis una vez, os reconocerá siempre.

Entre todos los animales domésticos, ninguno toma una parte más inmediata, más íntima, en las angustias y en las alegrías de la vida del hombre.

El caballo será más útil, pero el perro es más servicial.

Al caballo hay que domarlo, dirigirlo, tenerlo siempre sujeto bajo la acción del látigo, de la brida y de la espuela, mientras el perro acude voluntariamente á ofrecernos sus leales servicios.

Eso sí: el caballo correrá sin descanso hasta agotar el último aliento por salvaros del enemigo que os persigue, volará mientras respire; pero el perro se dejará despedazar mil veces antes que abandonaros.

El primero de estos nobles brutos es un excelente compañero; el segundo es un tierno amigo.

El perro que yo observaba pertenecía por su complicada especie á la clase de los perros vulgares: había en él algo del noble mastín; mas la naturaleza no le había concedido la arrogante corpulencia de esa noble raza.

Se conocía que era hijo de alguna unión desigual. Tal vez su madre, por un capricho indisculpable, olvidándose de la pureza de la sangre que corría por sus venas, se dejó seducir por algún perro aventurero, indigno de su clase; mas este origen, medio aristocrático, medio plebeyo, no lo excluía de la herencia del noble instinto propio de la raza de su madre.

Era, pues, un perro que, cuando menos, se había

mecido en buena cuna, y si no presentaba en el conjunto de su porte los rasgos característicos de una alta alcurnia, debía inferirse que había recibido una educación esmerada.

Por lo demás, sus largas orejas, anchas, caídas y finas, su piel negra y lustrosa, su mirada inteligente y triste, y su cola majestuosa y movable, no carecían de la distinción necesaria para adquirir la benevolencia de las gentes.

Mientras yo hacía todas estas reflexiones, el perro continuaba escuchando atentamente las notas que exhalaba el piano, clavados los ojos en la reja.

Llegaba el canto á sus últimos compases, en los que la melodía es más viva y la frase musical más fervorosa, cuando lo vi volver la cabeza hacia la derecha y cambiar completamente de aspecto.

Fué una transformación súbita, que atribuí á la aparición de algún testigo importuno.

Erizó el lomo, como si se viera sorprendido por una fiera pronta á acometerle; la cola se enroscó sobre sí misma, también erizada, y replegando los caídos labios sobre los flancos de sus fauces, dejó ver los terribles colmillos blancos, largos y agudos, en señal de sangrienta amenaza.

Me pareció que iba á lanzarse sobre su enemigo ó sobre su presa, con feroz intento de despedazarla; pero no se movió, y únicamente dejó escapar un ronquido áspero y profundo, indicio vehemente de su enojada ira.

¿Qué veía? ¿Contra qué especie de enemigo iban dirigidas aquellas muestras de repentino coraje? Su furor parecía reconcentrado y reflexivo.

Adelanté yo la cabeza al amparo del tronco, y dirigí los ojos hacia el punto en que el perro tendía su hocico iracundo. Miré, y estuve á punto de lanzar

un grito de sorpresa: tan inesperado era para mí lo que estaba viendo.

Á diez pasos del perro, apoyadas ambas manos sobre el puño del bastón, con la cabeza caída sobre el pecho, con los ojos fijos en la tierra, sumergido Dios sabe en qué clase de pensamientos, el mudo, el loco, el difunto, el hombre de las barbas, el raro personaje que había despertado en mi ánimo tan viva y tan fugitiva curiosidad, se hallaba allí, inmóvil como una estatua, más bien como una sombra.

Contra él se dirigían las sordas amenazas del perro, ante las que permanecía indiferente.

Entonces pude observar que había en su rostro algo de cadavérico, y hubo un momento en que creí que era, en efecto, un ser del otro mundo, pareciéndome que su silenciosa aparición producía en el perro más terror que ira.

La escena muda que se representaba ante mis ojos comenzó á tomar en mi imaginación proporciones fantásticas. La inmovilidad del hombre y el horror de que el perro se mostraba poseído, infundieron en mi ánimo los más pueriles terrores, que la razón se obstinaba en desvanecer con discretas observaciones.

Verdaderamente era risible la suposición de que aquel hombre hubiera alcanzado el singularísimo privilegio de andar por el mundo después de muerto. ¿Á qué fin extraordinario podía conducir semejante supervivencia?... Este mundo no es tan agradable para que se resignen á volver á él los que una vez lo han abandonado. La muerte es irrevocable, y sería necesario un milagro para volver la vida á un cadáver. Además, ¿qué fundamento podía darse á la suposición de un caso tan extraordinario? En honor de la verdad, ninguno. Cuatro muchachos que pi-

den limosna no son testigos abonados para dar testimonio de una resurrección. Podría ser esa la creencia general en el pueblo; pero la credulidad de las gentes sencillas no es un dato concluyente.

Dios puede hacerlo todo; mas por eso no hemos de creer que hace todo lo que nosotros nos imaginamos.

Me hallaba plenamente convencido de que aquel hombre vivía arrastrando más ó menos penosamente su existencia como el resto de los mortales.

Yo mismo me reía interiormente de mi propia credulidad; pero mis ojos, atraídos por la presencia de tan raro personaje, encontraban en él un no sé qué de horrible y sombrío, que se pintaba en mi imaginación con rasgos tenebrosos, tomando su figura los contornos vaporosos de una aparición impalpable.

Desde donde yo lo contemplaba aparecía destacándose sobre el fondo azul del horizonte como una sombra, y un rayo de sol, escapándose por entre las hojas del parral que cubría la puerta de la casa, iba á desvanecerse en su rostro como si se negara á iluminarlo.

El aire, que agitaba ligeramente las ramas de los árboles, no movía ni un pliegue de su vestido ni un cabello siquiera de la enmarañada melena que caía sobre sus hombros bajo las alas del sombrero. Ó el aire no se atrevía á tocarlo, ó los contornos de su figura eran duros como la piedra.

En la profunda inmovilidad en que, digámoslo así, yacía, era imposible encontrar ninguna señal de vida, ninguno de esos movimientos imperceptibles de los nervios, de la sangre ó de los músculos; su corazón no latía, sus pulmones no respiraban.

Si hubiera estrechado una de sus manos, la ha-

bría encontrado áspera como un guijarro y fría como la muerte.

La actitud del perro era también muy singular; gruñía sin acometer, y enseñaba sus afilados dientes, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia la reja, detrás de la que sonaba el piano.

Llegué á creer que el animal, sorprendido, defendía aquel canto contra la interrupción de aquel hombre.

¿Por qué no ladraba? ¿Quién detenía los movimientos impetuosos de su miedo ó de su cólera?

Mi admiración creció de punto al advertir que aquel perro debía ser el mismo que yo vi cruzar la plaza delante del hombre que era en aquel instante objeto de mis observaciones.

Indudablemente era su perro, aquel perro que lo seguía á todas partes.

Pero entonces, ¿cómo amenazaba tan fieramente á su propio amo?

Los perros acometidos de hidrofobia huyen de la casa para no morder á sus dueños.

Hasta ese extremo heroico llevan la fidelidad y el cariño hacia sus dueños.

Presenciaba yo, pues, un caso verdaderamente extraordinario: el de un perro amenazando á su amo, á un amo del cual hacía dos años no se separaba nunca.

Espiró en el piano la última frase de *La Oración de una virgen*, y el hombre, inmóvil, alzó los párpados, sin atreverse á levantar la mirada. ¿Temía su alma tempestuosa encontrarse con la serenidad del cielo?

Yo vi brillar en sus hondas pupilas los relámpagos de un fuego oculto, cual abismo de su corazón. Á pesar de la espesa barba que cubría su boca, creí

distinguir una sonrisa desolada que, en vez de dilatar sus labios descoloridos, más bien los contraía.

Con paso lento, como el que camina al suplicio, se adelantó, pasando por delante de la casa, y desapareciendo por la pendiente de la colina, del mismo modo que si la tierra se lo hubiera tragado.

El perro apaciguó su enojo, puso las manos sobre los hierros de la ventana, y aulló dulcemente. Después se lanzó con ímpetu, siguiendo los pasos del que un momento antes había sido objeto de sus amenazas.

Cuando yo asomé sobre la explanada de la casa, el hombre cruzaba la profundidad del valle, y el perro, que lo había alcanzado, marchaba delante.

Los seguí, guardando siempre una distancia respetuosa; y, como ellos, crucé el valle, subiendo la pendiente al través de las anchas palas de los nopales, por donde se abría paso el camino.

El perro iba delante, como quien sirve de guía, sin volver la cabeza, sin detenerse en ninguna parte, serio, triste y grave; y el hombre lo seguía, apoyándose en su bastón, con el mismo aire abatido y desolado con que una hora antes lo había visto yo atravesar la plaza del pueblo.

Hundíase el terreno al otro lado de los nopales, formando una ancha hondonada, y en ella desaparecieron de mi vista el hombre y el perro.

Apresuré el paso para volver á encontrarlos, temeroso de perder el camino que llevaban, pues en aquel momento hubiera sido capaz de seguirlos al fin del mundo: tan vivo era el extraño interés que al mismo tiempo me inspiraban aquel perro y aquel hombre.

Cuando dominé la hondonada, volví á distin-

guirlos subiendo el repecho que cortaba la misma; el perro marchaba siempre delante.

La tierra se extendía por aquella parte fluctuando en suaves ondulaciones, desnuda de toda vegetación, sobre la que serpenteaba una senda que iba á morir ante la puerta de un gran cercado, sobre cuyas tapias levantaban sus macilentas copas algunos cipreses, que formaban una cruz en medio del terreno cercado.

Asomaban también sobre las paredes los desiguales remates de caprichosos monumentos, y las desmayadas ramas de cuatro sauces que, cayendo sobre los cuatro ángulos de la cerca, mostraban sus hojas siempre tristes y siempre verdes, para dar testimonio continuo de la perpetuidad de su llanto.

Encima de la puerta se empinaban dos postes, entre los que aparecía colgada una campana.

Estos pormenores, la soledad del sitio, el silencio que allí reinaba y la aridez del terreno que circuía la cerca, me hicieron comprender bien pronto que el perro, seguido del hombre, se dirigían al cementerio.

Me detuve oculto entre los últimos nopales, y vi al perro llegar hasta la puerta, ante la que se detuvo, por la sencilla razón de que estaba cerrada; rascó con sus uñas la madera que le cerraba el paso; pero la puerta permaneció inmóvil y muda. Volvióse á su dueño, y prorumpió en un ladrido, que resonó en medio del silencio como un grito en el cual había impaciencia, súplica y amenaza; pero su dueño, tan insensible como la puerta, permaneció también inmóvil y mudo delante de su guía.

Los perros son tenaces en sus empeños, y el animal se lanzó otra vez á la puerta, y comenzó á escarbar en la tierra, pretendiendo por lo visto abrirse

paso de esta manera. De vez en cuando sepultaba el hocico en la zanja que abría con sus uñas, y exhalaba aullidos prolongados y lastimeros; mas sus esfuerzos eran inútiles, porque sus uñas se embotaban en el portal de piedra al que se ajustaba la puerta.

Entonces apeló á un nuevo recurso.

De un salto se colocó junto á su amo, y asiendo con los dientes el extremo del saco con que éste cubría sus hombros, empezó á tirar obstinadamente, empeñado en arrastrarlo hasta la puerta del cementerio.

El hombre se resistía, y el perro luchaba.

Era evidente que el perro quería penetrar en el cementerio, y no cabía duda de que el hombre se negaba resueltamente á llegar á la puerta de aquel solitario asilo.

El perro tiraba con furioso empeño, y el hombre retrocedía con visible espanto.

Y ¡cosa singular! el hombre estaba armado de un bastón enorme, con cuyo uso habría podido desasirse del enemigo que tan vivamente lo asediaba, y el perro se hallaba armado de vigorosos dientes, con los que hubiera podido vengarse de la resistencia que se le oponía, y, sin embargo, ni uno ni otro apelaban al recurso de sus armas.

Luchaban sin ofenderse.

¿Qué poderosa fuerza atraía al perro hacia el cementerio?... ¿Qué especie de horror alejaba al hombre del umbral de la puerta?

Yo asistía á esta escena con curiosidad indecible, sintiéndome inclinado en favor del perro, que iba perdiendo terreno conforme el hombre retrocedía.

Aullaba el animal, y me pareció que pedía auxilio; no vacilé en prestárselo, y acudí en su socorro.

Abandoné el lugar en que me ocultaba, y tomé la senda que conducía á la puerta del cementerio.

Mi primer intento fué dirigirme al perro y al hombre, que continuaban luchando; pero ¿cómo podía yo tomar parte en aquella contienda?... Varié de parecer, y me dirigí al cementerio.

Llegué á la puerta, la empujé vigorosamente, y una de sus hojas se abrió lentamente, rechinando con aspereza sobre sus goznes enmohecidos.

Fuí á entrar, y me detuve.... Me detuve, porque divisé en el extremo de la calle que formaban los cipreses una sombra que desapareció detrás de la lápida de un sepulcro en el momento mismo en que se abría la puerta.



## CAPÍTULO III.

## El capellán del cementerio.

Me detuve, es verdad; pero debo añadir que fué efecto de un movimiento involuntario, al que mi razón se sobrepuso inmediatamente, ofendida de aquel temor instintivo que sujetó mis pasos en el momento en que iba á salvar el umbral de la puerta. Además, no fué solamente la causa de mi detención la presencia de la sombra que vi desaparecer detrás del sepulcro, sino que la hoja de la puerta, vuelta sobre sí misma, empujaba mi mano, que la sostenía, empeñada en volver á cerrarse, ni más ni menos que si quisiera impedirme el paso.

Parecía que una mano invisible la sujetaba por la parte de adentro, obligándola á resistir el empuje con que yo la sostenía para que no se cerrara.

Esto en otra puerta habría sido una cosa que me hubiera explicado fácilmente; pero tratándose de la puerta de un cementerio, después de la escena que acababa de presenciar, mi imaginación suspensa lo atribuyó á otra causa, haciéndome pensar por un momento que alguna alma en pena condenada á vagar por las soledades del campo santo se negaba á recibir mi visita, y me detuve contra

mi voluntad, á pesar mío, sin querer detenerme.

Entre tanto el perro, al ver abierta la puerta del cementerio, abandonó á su amo, y se precipitó por ella, corriendo á todo correr por la calle de cipreses, hasta llegar al extremo donde yo había visto flotar la sombra perdiéndose detrás del sepulcro.

Y por lo que hace á esta sombra fugitiva, estaba yo seguro de que no era una ilusión de mis ojos. Sin poder determinar con exactitud su forma, la había visto perfectamente, alta, estrecha, negra, fugaz y misteriosa.

El perro llegó al punto que he dicho, y allí comenzó á saltar, dando muestras de repentina alegría; de esa alegría que muestran los perros cuando los acaricia una mano amiga.

¿Sería la presencia de la sombra la causa de tanto regocijo?

Aquel perro tan triste, ¿qué singular motivo de alegría encontraba allí, entre las desiertas sepulturas del silencioso cementerio?

Á todo esto el hombre de las barbas había desaparecido, y yo permanecía sosteniendo la hoja de la puerta, que pesaba en mi mano, empeñada en cerrarse.

Hice un esfuerzo, y entré, y la hoja de la puerta, abandonada á sí misma, gimió sobre los goznes, cerrándose pesadamente.

Con paso temeroso me adelanté por la calle de cipreses, al través de los que registraba el silencioso recinto del campo santo.

Donde quiera que se detenían mis ojos, encontraba una sepultura; las paredes estaban llenas de lápidas que en vano querían perpetuar la memoria de los nombres que contenían; sobre la tierra, removida en diferentes sitios, cruces sencillas de ma-

33854

dera, que la piedad renovaba, tendían sus brazos eternamente abiertos; en algunas sepulturas brotaban flores silvestres, humilde homenaje que la naturaleza ofrecía al último asilo del hombre sobre la tierra.

En ninguna parte se despierta en nuestro espíritu más vivamente el sentimiento de la inmortalidad que en los cementerios. La idea de la vida eterna brota del fondo mismo de las sepulturas donde, digámoslo así, vive la muerte.

Al otro lado de la losa que cierra el sepulcro, ó bajo la tierra removida de la sepultura, los ojos humanos, iluminados por la luz del espíritu, ven siempre la eternidad, la puerta misteriosa que nos conduce á la otra vida, el paso silencioso de la pequeñez de este mundo á la inmensidad del otro.

Bajo las bóvedas de los templos, y en medio de las augustas solemnidades del culto, el hombre siente la majestad de Dios; delante del suntuoso espectáculo del universo, ve su grandeza en las silenciosas soledades de los cementerios oye en el fondo del alma la voz solemne de su justicia.

Por eso nos prosternamos ante los altares poseídos de ardiente fe; por eso contemplamos los cielos animados por consoladoras esperanzas; por eso nos acercamos á los sepulcros llenos de temor profundo.

La muerte salía al paso de mis ojos por todas partes; mis pies pisaban en aquel momento generaciones de cadáveres, y, sin embargo, todo se movía á mi alrededor como animado de una vida extraña. Las losas de los sepulcros hablaban el mudo lenguaje de sus fúnebres epitafios; los túmulos, esparcidos á uno y otro lado, parecía que andaban, siguiendo el curso macilento de mis pasos y volviendo

hacia mí sus semblantes de piedra; el terreno removido ondulaba en todas direcciones como las olas del mar en los días serenos, y sobre estas ondas tranquilas veía yo flotar los brazos de las cruces, brotando del seno de las sepulturas, en doble señal de dolor y de triunfo.

Juntaban los cipreses sus estrechas hojas, levantándolas al cielo en oración perpetua, y los sauces afligidos dejaban caer sus interminables ramas, como si de este modo quisieran decir que su llanto era eterno; suspiraba el aire, formando murmullos casi imperceptibles, que huían y se acercaban temerosamente. Era la respiración del cementerio; la voz de las sepulturas, que, semejante á un soplo, llevaba de una parte á otra misteriosas confidencias.

Sobre el mármol negro de unas lápidas relampagueaban las letras doradas de los epitafios, últimos resplandores de las vanidades humanas, y sobre el mármol blanco de otras proyectaban las letras sus rasgos negros, del mismo modo que sobre la frente pálida del moribundo se proyectan en los momentos supremos de la agonía las sombras de la muerte.

En fin: me parecía sentir que la tierra palpitaba debajo de mis plantas.

Dominado por estas impresiones, llegué al punto en que había visto desaparecer la sombra, y he aquí el espectáculo que se ofreció á mi vista.

Delante de la sencilla lápida de un modesto sepulcro tendía un rosal sus hojas, sobre las que campeaban á medio abrir delicadas rosas de nacarada blancura, teñidas de ese resplandor purpúreo con que la aurora ilumina los primeros albores del día.

Al pie de la lápida estaba el perro recostado, de la manera que estos animales suelen tenderse á los

pies de sus amos : lamía el borde del mármol, ni más ni menos que si fuera la mano de su dueño.

Á algunos pasos del sepulcro, y sobre el humilde césped que bordaba la tierra, se veía un pequeño banco de piedra, por medio del que la sepultura parecía decir : «espera.»

Sentada en este banco, leyendo en un libro de numerosas hojas, se hallaba la sombra, con la cabeza inclinada sobre el libro y sumergida en tan profundo reposo, que no advirtió mi presencia.

Mi primer pensamiento fué retroceder. ¿Tenía yo derecho á interrumpir el sosiego de aquella escena con mi intempestiva presencia? Cualquiera que sea el derecho que el viajero detenido en un pueblo, por gusto ó por necesidad, tenga á buscar en las solitarias calles del cementerio algo que entretenga su curiosidad ó su ocio, ¿podía yo sorprender de aquel modo el sosiego de la sombra que leía y las caricias que el perro tributaba sin duda ninguna al cadáver encerrado dentro de aquel sepulcro?

Mi aparición en aquel lugar y en aquel momento me pareció de malísimo gusto, y á pesar del interés que me inspiraba todo lo que había visto en el curso de mi expedición en aquella mañana, resolví retirarme silenciosamente por el mismo camino que había llevado.

El hombre de las barbas, con su aspecto á la vez desolado y terrible; el perro aquel tan misterioso, tan incomprensible, sobre el que ejercen particular dominio las notas acordadas de un piano y tan poderoso atractivo la losa de un sepulcro; ese mismo sepulcro, coronado de rosas como la frente de una virgen; la sombra, en fin, leyendo tal vez las desdichas de la vida sobre los tenebrosos abismos de la muerte; todo esto despertaba en mí, no sé si in-

terés ó curiosidad; pero, curiosidad ó interés, yo sentía vivísimo deseo de penetrar el secreto que indudablemente se encerraba en el conjunto de circunstancias que voy reseñando.

El perro y el hombre, el sepulcro y la sombra, aparecían ante los ojos de mi imaginación como figuras misteriosas de un jeroglífico, que combinaba de diversas maneras, sin encontrarles solución ni sentido.

Antes de emprender la retirada, busqué en la lápida del sepulcro el epitafio que contenía, y no hallé más que un nombre de mujer, al pie del cual se leían estas palabras :

#### SU MADRE RESIGNADA.

No es la literatura de los cementerios la más escogida. Ó el verdadero dolor no tiene expresión fácil en la lengua humana, ó deberemos presumir que la pena, más pudorosa que la alegría, se niega á salir del fondo del alma en que ha penetrado. Ello es que se encuentran, lo mismo en los cementerios de las aldeas que en los cementerios de las ciudades, desastrosos epitafios en prosa y en verso.

Por lo común, poetas anónimos, genios de los sepulcros, desconocidos de los hombres, se encargan de interpretar el dolor del padre, del hermano ó del esposo, en variedad de metros, á ojo de buen cubero; y sus lacrimosos versos, más duros que la misma piedra en que suelen estar esculpidos, y más largos que la eternidad misma á cuyas puertas se ostentan, son testimonio de que la poesía fúnebre no ha llegado entre nosotros á muy respetable altura.

Recordaba yo haber visto en muchas lápidas se

pulcrales la exposición del dolor, unas veces del esposo desolado, otras del padre afligido, otras de la hermana desconsolada; pero no recordaba haber visto en ninguno de estos epitafios de bombo y platillos la resignación cristiana tan sencillamente expuesta como en la lápida que tenía delante.

Mas ¿qué sacaba en limpio mi curiosidad?... Que allí había sido enterrada una hija, probablemente en el verdor de la primera juventud, y que su madre, poseída del verdadero espíritu de la Religión, se resignaba humildemente á sufrir la pena con que Dios probaba la fortaleza de su alma.

En verdad, aquella lápida ofrecía un bello ejemplo, y la resignación de la madre añadía el reposo de la fe al reposo de la muerte.

Así pensaba yo, cuando el perro, alzando el hocico, aspiró con ansia el aire, gruñendo sordamente; por lo visto su olfato fino le advertía la presencia allí de alguna persona extraña.

Antes que yo pudiera retirarme, volvió la cabeza hacia el sitio donde yo estaba, y sus ojos me descubrieron.

Verme, dar un salto y lanzar un ladrido, todo fué obra de un momento.

Entonces la sombra que leía sentada en el banco de piedra contiguo al sepulcro levantó la cabeza, y me vió; yo no supe qué decir, y guardé silencio, permaneciendo inmóvil.

La sombra cerró el libro en que leía, dejando el dedo índice entre hoja y hoja para conservar el lugar de la lectura, y se puso de pie, saludándome con bondadosa cortesía por medio de una afable inclinación de cabeza, del mismo modo que habría podido hacerlo el dueño hospitalario de una casa al encontrarse en ella con un huésped inesperado.

Correspondí debidamente al saludo que acababa de recibir, y sonriendo de la manera más afable que me fué posible, le dije :

—Perdone V. la indiscreción con que, á pesar mío, he interrumpido su lectura.

—Mi obligación (replicó) es recibir á todos los que vienen.

Y sonriendo á su vez, añadió :

—No tengo ninguna indiscreción que perdonar, pues puede V. estar seguro de que ha entrado en su casa.

—No tanto (le advertí con viveza). El cementerio es la casa de los muertos, y sería una usurpación anticiparse á poseerlo.

—Sin duda (me contestó); pero la vida es un título incontestable que nos asegura el derecho á la muerte.

—Por supuesto (insistí yo); pero mientras uno viva, no hay manera de hacerle tomar posesión de la sepultura.

—¡Ah!—exclamó alzando los ojos al cielo.

Parecióme que dudaba de la exactitud de mi observación, y me apresuré á preguntarle :

—¿Acaso no es así?

—Así es (me contestó); pues aun cuando la sepultura la heredamos desde el momento que nacemos, no llegamos á poseerla hasta después de muertos.

Parecía que se lastimaba de que la muerte tardara tanto en llegar á poner término á la vida, y semejante pensamiento no se acomodaba bien á la dulce tranquilidad que se reflejaba en su semblante.

Si no se advertían en la expresión de su rostro las señales de una felicidad suprema, traslucíase claramente que no se hallaba descontento de vivir, pues

brillaba en su frente cierto resplandor apacible que la cubría de serena mansedumbre.

Por su parte, el lector pensará que una sombra solitaria entre aquellos sepulcros, un espíritu del otro mundo, visible é impalpable, aun en el caso de que se dignara trabar conversación con un simple mortal, debería expresarse en un lenguaje menos humano.

Ciertamente; pero es el caso que lo que yo tuve por sombra al abrir la puerta de la cerca, no era tal sombra, sino el cuerpo hecho y derecho, vivo y sano, del humilde capellán del cementerio.

Ó lo que es lo mismo, un hombre como de cincuenta años, de faz bondadosa, mirada paciente y suave sonrisa, cubierto con un balandrán limpio, pero raído.

Era sin duda alguna un alma, y por la bondad que se veía pintada en su semblante, debía ser un alma hermosa, un alma más cerca del cielo que de la tierra, pero encerrada todavía en la cárcel mortal del cuerpo á que Dios la había destinado.

Ésta era la sombra, ni más ni menos.

—De todos modos (le dije), siento haber interrumpido la lectura en que parecía V. abismado.

—Leía el libro de Job (me contestó con dulzura). Es un libro que debieran saber de memoria todos los hombres.

—Sería inútil (advertí yo), porque las cuatro quintas partes de los hombres no lo entenderían.

—Á lo menos (insistió diciendo), aprenderían á tener humildad y paciencia: santas virtudes que hacen al hombre dueño de sí mismo, puesto que impiden que lo domine la soberbia y lo posea la ira.

—Mas, supongo que habrá V. venido á ver el cementerio, y, aunque artísticamente ofrece poco que ver

el pobre campo santo de una aldea, la curiosidad siempre encuentra algo para entretenerse, y no dejan de ser curiosos estos lugares, en que del mismo modo acaban todas las grandezas y todas las miserias, todos los dolores y todas las alegrías de la tierra.

—Aseguro á V. (le dije) que he venido por casualidad, sin pensarlo, sin saber que venía á este sitio.

—¡Ah! (exclamó.) ¡Cuán triste verdad encierran esas palabras!.... Nos acercamos á la muerte paso á paso, sin pensar en ella.

Diciendo esto, se acercó á mí.

El perro nos miraba alternativamente á uno y á otro, como si no quisiera perder palabra de nuestra conversación.

Por lo que hace á mí, me sentía inclinado hacia este hombre tan afablemente fúnebre, que hablaba como un sepulcro.

—Soy un viajero (le dije) detenido en este pueblo por una circunstancia imprevista.

—Todos (advirtió) somos viajeros en este mundo, porque todos estamos en él de paso.—Vamos por aquí (añadió, señalando el camino que se extendía delante de las lápidas incrustadas en la pared), y daremos una vuelta por la cerca, si es que V. quiere ver el cementerio y no le es enfadosa mi compañía.

—La acepto con mucho gusto (le contesté, tomando la dirección que me señalaba). Eche V. delante.

—Sí (dijo); echaré delante, puesto que V. se empeña en ello.

Seguílo, y anduvimos en silencio algunos pasos.

No sé en qué iría pensando él; probablemente

en Job, cuyo libro llevaba en la mano. Yo, por mi parte, pensaba en el perro, en el sepulcro del rosal y en el hombre de las barbas, que continuaban dando vueltas en mi cabeza.

De pronto se detuvo, y volviéndose hacia mí, dijo:

—No sé por qué le llaman á este sitio lugar de dolor y de tristeza, cuando más bien es lugar de esperanza. Comprendo que el cuerpo en que vive prisionero nuestro espíritu sienta horror á la muerte; pero el alma debe ver en ella el término feliz de la esclavitud en que por nuestra culpa hemos nacido.

—La muerte (advertí yo con cierto énfasis filosófico) es una separación, y las ausencias son casi siempre dolorosas. Por rápido que sea nuestro tránsito sobre la tierra, nunca nos falta tiempo para crear tiernos afectos, que no se pueden romper sin que el alma se despedace.

—Ese es el caso (replicó), que lloramos las separaciones que la muerte causa, como si fueran eternas, cuando en verdad no son muy largas.

—Siempre son bastante largas para que nos consolamos; el mundo sabe vivir, y á nadie olvida tan pronto como al que muere.

—El mundo es así, en efecto.

Dimos una vuelta al cementerio, leyendo al paso algunos epitafios, y vinimos á caer al mismo sitio de donde habíamos salido. Allí estaba el perro todavía, y al vernos llegar se dirigió á mi guía, tendiéndose á sus pies, y acariciándolo con impacientes halagos.

—Ya sé lo que quieres (dijo el capellán, golpeando con cariño la cabeza del perro). ¡Vamos!; ven, y hasta mañana.

Diciendo esto, se encaminó á la puerta del cementerio, siguiendo la calle trazada por los cipreses.

Siguió el perro, y yo me senté en el banco de piedra que había junto al sepulcro.

Cuando volvió el capellán, volvía solo.

Yo le pregunté:

—¿Es de V. ese perro?

—No,—me contestó.

—Me parece un perro singular.

—¡Oh! sí, admirable.

—¿No tiene dueño?

—¡Phs!

—Él es el que me ha traído aquí esta mañana.

—¿Sí, eh?

—Sin duda.

—Aquí viene todos los días.

—Estando en la plaza del pueblo, vi pasar un hombre de tan raro aspecto, que llamó mi atención vivamente, causándome una impresión mezclada de terror y de lástima, que no he podido desechar todavía.

Al oír estas palabras, el capellán exhaló un profundo suspiro, exclamando al mismo tiempo:

—¡Infeliz!

—El perro iba delante de ese hombre.

—Como siempre.

—Había á mi alrededor algunos chicos que me pedían limosna, y por ellos supe....

—¿Qué?

—Que no habla.

—Es verdad.

—Otros me dijeron que está loco.

—Es posible.

—Y una muchacha bastante resuelta me aseguró que estaba muerto hacía dos años.

—¡Quién sabe!

Esta exclamación del capellán me dejó con la boca abierta.

¿Se burlaba de mí aquel hombre que parecía tan bondadoso? Bueno que la costumbre de vivir entre las sepulturas, como una sombra fúnebre, le hiciera ver la muerte en todas partes y en todas las cosas; mas desde un principio le tuve por demasiado discreto para suponer que creyera muerto á un ser que, por misteriosa é irregular que fuera su existencia, al fin y al cabo vivía como el resto de los mortales.

Debió descubrir en mis ojos la sorpresa que su exclamación me había causado, pues dejome ver cierta sonrisa compasiva, pronunciando á la vez estas palabras:

—No digo yo que sea un cadáver cuyos músculos rígidos carecen de movimiento, cuya sangre no circula, cuyo corazón no late, cuyos pulmones no respiran....

—Entonces (me apresuré á decir) vive como V. y como yo vivimos, y no me parece justo declararleroo de una vida fraudulenta; y, de todas maneras, sería curioso saber cómo ha encontrado el secreto de sobrevivirse.

El tono burlón con que le dirigí estas palabras no alteró ni en lo más mínimo la paz de su semblante, conservando íntegra la expresión bondadosa de su rostro.

—No es curioso (dijo rectificando mi frase), sino terrible, cómo ha llegado al doloroso extremo en que se halla.

—¿De manera (pregunté yo) que el caso tiene su historia?

—Sí, una triste historia.

—Supongo que el perro hará en ella un papel interesante.

—Diga V. más bien un papel maravilloso.

—¿Será también ese pobre animal un perro del otro mundo?

—Lo parece,—me contestó sencillamente el capellán del cementerio.

—No quisiera (añadí yo) sorprender un secreto que acaso deba permanecer oculto.

—No, señor; esta historia la sabe todo el pueblo.

—Casi me atrevo á imaginarla.

—No es difícil, porque, en el fondo, la historia de las desdichas humanas siempre es la misma.

—Yo supongo que ese infeliz, viéndose alguna vez desesperado por la viva ansia de algún deseo irrealizable, intentó apelar al socorrido recurso de quitarse la vida; pero, ¡ya se ve!, por seguro que sea este expediente para salir del paso, no deja por eso de ser incómodo el momento de ejecutarlo; y debemos inclinarnos á creer que ideó otro medio, igualmente trágico, pero algo más dramático. Por ejemplo: esperó á que la noche cubriera con sus sombras la soledad de estos lugares. Si la atmósfera, advertida de lo que iba á suceder, tuvo la previsión de suspender sobre la tierra la lóbreguez de alguna nube tempestuosa, convengamos en que el relámpago, el rayo y el trueno vendrían como de molde para dar á la escena todo el aparato fantástico que semejantes casos requieren. El hombre buscaría el lugar más agreste; es decir, más propio para la realización tenebrosa de su proyecto, bien subiendo al pico más escarpado de la sierra, ó bien sepultándose en el seno de alguna caverna, y allí invocaría al espíritu de las tinieblas, que acudiría presuroso al llamamiento, encontrándose frente á frente con el

mismo demonio en persona, ajustándose entre ambos un mutuo convenio, un horrible pacto, bajo la mutua fe de sus respectivas palabras. ¿No es esto?

Me detuve para observar cómo recibía mis palabras; pero su semblante no mostró alteración alguna, y únicamente hizo esta advertencia:

—Siempre que obramos mal hacemos ese pacto.

Yo proseguí diciendo:

—Rara vez el demonio, á pesar de ser tan listo, deja de verse engañado en estos convenios, porque, ¡vaya V. á fiarse en la palabra de los hombres!

—¡Ojalá (exclamó interrumpiéndome) sea el demonio esta vez engañado!...

—¿Es decir (pregunté yo), que estoy adivinando la historia tenebrosa de ese hombre?

—Siga V., siga V. (me dijo). Lo oigo con mucho gusto.

—Pues es el caso que el demonio comenzó á desconfiar del fiel cumplimiento de la palabra empeñada, y antes de que el hombre pudiera arrepentirse, como es natural que al demonio no se le ocurra cosa buena, concibió, por lo visto, la idea de matarle, haciéndole caer en el lazo de alguna de esas enfermedades que acaban con la vida cuando uno menos lo espera; y, dicho y hecho, el hombre se vió á las puertas de la muerte. Mas como el espíritu de las tinieblas no tiene poder para matar á nadie cuando sus días no están cumplidos, se encontró con que la presa se le escapaba de las manos. Este espíritu es de suyo sutil é ingenioso, y sabe aprovechar en beneficio propio las más adversas circunstancias, y en tan apurado lance se le ocurriría hacerle creer que estaba muerto, que ya no tenía tiempo para arrepentirse, y que no había más remedio que entregar el alma al que se la había vendido.

Al ver el hombre el terrible destino que le esperaba, le pediría con las lágrimas en los ojos el favor de que lo dejara pasar algunos años más sobre la tierra, y el demonio, echándola de generoso y de compasivo, accedió á su súplica, dejándolo vivir sin sosiego y sin esperanza, y sin más guía que la de ese perro misterioso, dentro del que debe residir algún espíritu maligno, encargado de espiarle.

—No (dijo interrumpiéndome de nuevo con sencilla naturalidad y como queriendo corregir la parte que le parecía inexacta de mi relato): no, el perro representa un papel no menos terrible, pero más noble.

—Es lo mismo (añadí yo). El caso es que así se explica perfectamente la singularidad del hombre y del perro. De otro modo, las imaginaciones novelescas, y suelen serlo casi todas, no comprenderían la novedad del suceso. Porque ha de saber V. que he presenciado el afán del perro por arrastrar aquí al hombre, y la obstinada resistencia del hombre por no acercarse á la puerta del cementerio. Huye de la muerte, porque la muerte es su condenación eterna.

Quise dar á mis palabras cierto acento de sinceridad irónica, que entonces me pareció de una superioridad filosófica incontestable, y que, al recordarlas ahora, me parecen, por el contrario, de malísimo gusto.

—¡Oh!.... (exclamó el capellán desde la altura inaccesible de su inalterabilidad, y tomando al pie de la letra mis palabras.) Y eso que V. no sabe las fatales influencias que se le atribuyen: su aparición suele ser el anuncio de alguna desgracia. Había en el fondo del barranco que atraviesa el pueblo una higuera que no tenía dueño, pues había nacido sin que nadie la plantara y en terreno que á nadie pertenecía. Era un árbol inmenso, cuyo abundante



fruto se repartían como buenos hermanos los muchachos de las casas vecinas y los pájaros de la huerta que anidaban entre sus ramas. Pues bien: ese hombre infeliz dió en pasar las siestas sentado al pie del tronco, á la sombra de la frondosa higuera, y aquel año no hubo higos ni para los chicos ni para los pájaros.

—¡Hola!... (exclamé); se los comía todos.

—No; el árbol no los produjo aquel año.

—¿Y al año siguiente?

—El año siguiente es este en que estamos, y hace ya diez meses que se secó la higuera.

—Mal negocio (añadí yo) para los muchachos y para los pájaros.

—Otro día (prosiguió diciendo el capellán del cementerio), al lado allá de la rambla, dos chicos de siete á ocho años jugaban, tirándose piedras uno á otro; el más pequeño lanzó su guijarro á tiempo en que él pasaba por lo alto de la rambla, y la piedra fué á chocar con su cabeza. Arrojóse sobre el chico, levantando el bastón que siempre lleva en la mano; pero, al descargar el golpe, varió de dirección, y dando media vuelta, siguió su camino.

—¡Vamos, señor cura!; para estar en poder del demonio, ese hombre tuvo bastante dominio sobre sí mismo para contener la ira. Decididamente el demonio que lo maneja es un pobre diablo.

—No sé (me contestó humildemente); pero es el caso que aquella noche el chico cayó enfermo, y á las veinticuatro horas justas era difunto. No está muy lejos de aquí su sepultura.

—Se comprende perfectamente (dije) que ese hombre sea el terror de los muchachos del pueblo. Primero les seca la higuera; después los mata, sólo con mirarlos.

—Eso creyó el padre del niño muerto; y como el pobre no tiene muy buena cabeza, se le encasquetó la idea de quitar de en medio, como él decía, al asesino de su hijo. Cogió la escopeta, y salió á buscarlo.

—¿Y lo encontró?

—Sí, señor; á la vuelta de los últimos olivares que hay al pie de la sierra. Lo vió venir, y amparándose á un olivo, lo esperó, resuelto á matarlo. Ya era casi oscuro, y lo solitario del sitio se prestaba á la consumación de tan terrible proyecto. Como siempre, el perro iba delante. Cuenta el padre del chico que, al verlo acercarse, sintió como si el corazón se le apretara y toda la sangre se le subiera á los ojos. Preparó la escopeta, y se la echó á la cara.

—¿Va á morir por segunda vez?—pregunté.

—Verá V. (me contestó); lo tenía encañonado á diez pasos de distancia; no había más que doblar el dedo, y la bala saldría silbando para ir á estamparse en su frente. Esperó un instante más, y el bulto, que adelantaba lentamente en medio de las primeras sombras de la noche, llegó hasta pasar casi rozando la boca del cañón de la escopeta. Entonces dice que cerró los ojos, porque creyó ver ráfagas de fuego que relampagueaban en el aire, hendiendo la oscuridad como los rayos que surcan las nubes. Al mismo tiempo que cerró los ojos asegura que oprimió el gatillo de la escopeta, y que sintió un terror indecible al observar que la llave permanecía inmóvil; reconoció el arma, y aunque jura y perjura que la montó antes de apuntar, es lo cierto que la llave estaba en el seguro. Es terco, y, preparando de nuevo la escopeta, buscó ansioso al que era objeto de su rencor; pero lo buscó inútilmente. Había cerrado la noche, y la oscuridad lo protegía. No acierta

á explicar el tumulto de pensamientos que en aquellos instantes invadieron su ánimo; pero es el caso que desde aquella noche renunció á su propósito para siempre. Ahora bien: ¿qué piensa V. de todo esto?

—Pienso (le contesté hablando formalmente y con aire de suficiencia) que todo eso puede herir y poblar de visiones la imaginación de las gentes sencillas, cuya excesiva credulidad busca en causas extraordinarias y maravillosas la explicación de los hechos más naturales.

—Pues bien (me dijo): oiga V. ahora la historia, tal y como ha sucedido.

Diciendo esto, vino á sentarse junto á mí en el banco de piedra, y dió principio á un relato, que escuché primero con cierta aparente indiferencia, después con interés creciente, y por último con mudo y profundo respeto.

Terminada la narración, y viéndome pensativo, me dijo:

—Empieza á caer la tarde, y no tardará mucho en ponerse el sol detrás de la sierra. ¿Le habré hecho á V. perder el tiempo con mi pesado relato?

—No (le contesté): no he perdido el tiempo; pero ya es hora de que el coche esté en disposición de continuar el viaje.

Me levanté para despedirme; mas no me dejó ir solo, y me acompañó hasta el pueblo.

Durante el camino hablamos.... ¡qué sé yo lo que hablamos!.... Oscureciendo estaba ya cuando llegamos á la posada donde había parado la diligencia, y llegamos á tiempo, porque ya estaban enganchoando los caballos. Nos despedimos como dos amigos de toda la vida, y yo entré en la berlina, llevándome un mundo de pensamientos en la cabeza.

## CAPÍTULO IV.

### Un secreto que parece impenetrable.

Cualquiera que sea la idea que tengamos de la belleza del rostro humano; cualquiera que sea la originalidad ó la corrección del tipo que admiremos, no pasará la impresión que nos cause de esa complacencia, digámoslo así, estética con que la armonía del color ó de las líneas hiere la parte más ó menos artística que todos llevamos en el alma, si detrás del rostro que contemplamos no brilla el resplandor misterioso de un bello espíritu.

Entiendo yo que, así como los rasgos más puros de un cuadro se desvanecen ó se descomponen cuando la luz no los ilumina desde el punto conveniente, de la misma manera los rasgos más nobles de la fisonomía humana se oscurecen cuando no los anima la vida del alma.

El secreto atractivo de la belleza está principalmente en la expresión, y la expresión viene á ser como el reflejo del rayo divino que interiormente nos ilumina.

La naturaleza, dirigida por la mano creadora del Supremo Artista, ofrece muchas veces modelos de belleza que el arte humano no acierta á imitar, por-

á explicar el tumulto de pensamientos que en aquellos instantes invadieron su ánimo; pero es el caso que desde aquella noche renunció á su propósito para siempre. Ahora bien: ¿qué piensa V. de todo esto?

—Pienso (le contesté hablando formalmente y con aire de suficiencia) que todo eso puede herir y poblar de visiones la imaginación de las gentes sencillas, cuya excesiva credulidad busca en causas extraordinarias y maravillosas la explicación de los hechos más naturales.

—Pues bien (me dijo): oiga V. ahora la historia, tal y como ha sucedido.

Diciendo esto, vino á sentarse junto á mí en el banco de piedra, y dió principio á un relato, que escuché primero con cierta aparente indiferencia, después con interés creciente, y por último con mudo y profundo respeto.

Terminada la narración, y viéndome pensativo, me dijo:

—Empieza á caer la tarde, y no tardará mucho en ponerse el sol detrás de la sierra. ¿Le habré hecho á V. perder el tiempo con mi pesado relato?

—No (le contesté): no he perdido el tiempo; pero ya es hora de que el coche esté en disposición de continuar el viaje.

Me levanté para despedirme; mas no me dejó ir solo, y me acompañó hasta el pueblo.

Durante el camino hablamos.... ¡qué sé yo lo que hablamos!.... Oscureciendo estaba ya cuando llegamos á la posada donde había parado la diligencia, y llegamos á tiempo, porque ya estaban enganchoando los caballos. Nos despedimos como dos amigos de toda la vida, y yo entré en la berlina, llevándome un mundo de pensamientos en la cabeza.

## CAPÍTULO IV.

### Un secreto que parece impenetrable.

Cualquiera que sea la idea que tengamos de la belleza del rostro humano; cualquiera que sea la originalidad ó la corrección del tipo que admiremos, no pasará la impresión que nos cause de esa complacencia, digámoslo así, estética con que la armonía del color ó de las líneas hiere la parte más ó menos artística que todos llevamos en el alma, si detrás del rostro que contemplamos no brilla el resplandor misterioso de un bello espíritu.

Entiendo yo que, así como los rasgos más puros de un cuadro se desvanecen ó se descomponen cuando la luz no los ilumina desde el punto conveniente, de la misma manera los rasgos más nobles de la fisonomía humana se oscurecen cuando no los anima la vida del alma.

El secreto atractivo de la belleza está principalmente en la expresión, y la expresión viene á ser como el reflejo del rayo divino que interiormente nos ilumina.

La naturaleza, dirigida por la mano creadora del Supremo Artista, ofrece muchas veces modelos de belleza que el arte humano no acierta á imitar, por-

que carece, sea el que quiera su orgullo, del singular privilegio de embellecer las imperfecciones; dentro de su estrecha cuadrícula no cabe este don prodigioso.

En la presente historia se nos ofrece uno de esos modelos, cuya belleza no podría resistir el análisis riguroso del arte. Murillo ó Velázquez, Rafael ó Miguel Ángel, tendrían mucho que corregir en el dibujo de esta figura; pero el lápiz de tan grandes maestros, al perfeccionar los contornos y al dar más rigor estético á las líneas, destruiría todo su encanto, porque es una obra incorrecta y al mismo tiempo incorregible.

No se puede tocar á sus defectos sin correr el riesgo de destruir sus perfecciones. Es un punto particular de luz y sombra en que hay algo de las misteriosas tintas del crepúsculo; cierta indecisión en los rasgos generales de su fisonomía, que me atrevo á comparar á la incertidumbre con que brillan dudosas las primeras claridades del día sobre las últimas sombras de la noche.

Tal vez la línea de la frente es demasiado severa; quizá el dibujo de la nariz es demasiado recto; sin duda el labio superior debería terminar un momento antes; sin duda la barba debiera contornearse más delicadamente; es seguro que si la redondez de las mejillas no sufriera una ligera depresión al llegar á los extremos de la boca, el óvalo del semblante presentaría un contorno más suave; y es claro que, mitigando un poco la inclinación lateral de las sienes, la cabeza resultaría más redonda.

Estas son, digámoslo así, las oscuridades que sombrean el rostro de que hablamos; estas son las incorrecciones que se pueden notar en el dibujo; en cambio, la luz que lo ilumina parte de dos ojos ne-

gros, grandes, rasgados, que resplandecen entre espesas, largas y corvas pestañas, y bajo dos cejas ligeramente arqueadas que se levantan hacia las sienes por sus opuestos extremos, dando á la frente una expresión pensativa.

La mirada que se escapa al través de los extensos párpados es triste y profunda; se encuentra en ella la inmensidad de una noche serena.

Cuando estos ojos se levantan al cielo, brilla en sus pupilas el suave fulgor de una dulce esperanza; y cuando inclinan la mirada hacia la tierra, caen los párpados lentamente con apacible mansedumbre.

Sobre el fondo triste que forma en su semblante la expresión reflexiva de los ojos, relampaguea una sonrisa particular llena de viva alegría, que hace el efecto de un rayo de sol rasgando la vaga oscuridad de una nube lejana.

Todas las incorrecciones que hemos advertido en los contornos de este semblante desaparecen bajo el encanto de la sonrisa que anima su boca; ante ella se disipan las irregularidades de las líneas, las escabrosidades del dibujo, de la misma manera que se desvanecen en el cielo los rasgos de las nubes al tenderse en la atmósfera serena los vivos colores del arco iris.

Rosalía, cuyo rostro acabo de bosquejar ligeramente, ha cumplido ya diez y seis años; es morena, alta y flexible; sus manos son pequeñas, blancas y finas; pero carecen de esa tinta sonrosada que da á las manos de las rubias los tornasoles del nácar.

Ocupa en la sociedad una posición un tanto incómoda, porque, si bien es verdad que pertenece á una de las familias más ilustres del pueblo, desgracias irremediables han consumido las rentas de la

casa, dejándola en el mundo sin padre y sin bienes de fortuna.

La pobre Rosalía lleva con bastante resignación esta crueldad de la suerte, que, después de todo, no es tan desesperada, porque, sea como quiera, tiene un tío solterón que conserva mejorado su buen patrimonio, del que al fin y al cabo será ella la heredera.

Tal es, por lo menos, la esperanza de la madre de esta hija única, esperanza llena de inquietud, como todas las esperanzas humanas, pues la herencia será señal de luto, por cuanto el hermano de la viuda no parece dispuesto á dejarse heredar en vida, aunque, justo es decirlo, acude con mano generosa á cubrir las necesidades de su hermana y de su sobrina.

Ello es que Rosalía hace un papel principal en el pueblo, á pesar de que vive con aquella modestia decorosa de las gentes que saben ser pobres, y no aspira á competir con las que ostentan las vanas pompas con que en todas partes seduce el lujo á las mujeres; pero si no las vence en la riqueza de las galas, las supera á todas en el gusto de los adornos, y principalmente en la distinción de los modales, en la viveza del ingenio y en la bondad de su carácter.

Claro es que no le han de perdonar estas cualidades ni sus más íntimas amigas, sin embargo de que pretenden imitarla, la mayor parte de las veces con deplorable éxito.

¡Ya se ve! : Rosalía se distingue, sobre todo, por la originalidad en su modo de ser, en su modo de pensar y en su modo de sentir, que constituyen en ella un estilo propio; y lo que es verdaderamente original se conoce en que es inimitable.

Sin embargo, la envidia no encuentra dónde clavar los dientes, y las señoritas del lugar no disponen de gran ingenio para inventar defectos que la desconceptúen en el ánimo de los hombres, entre los que tiene Rosalía mucho partido.

Piensan que es orgullosa, pero no se atreven á decirlo, porque la sencillez de su trato desmiente suposición semejante. Es verdad que las humilla; mas esto no quieren confesarlo, y les sería imposible probar que pretenda humillarlas.

La educación no es en los pueblos pequeños un ramo al que se le da gran importancia, y estas buenas gentes, que por lo común participan de todos los defectos propios de la naturaleza humana, no saben disimularlos, carecen de esa naturalidad exterior que engendra el trato, y descubren con excesiva frecuencia las asperezas del carácter.

Rosalía mostraba en este punto una superioridad invencible, pagando muchas veces con afables benevolencias los desaires de que era objeto por parte de las más envidiosas. Su bondad ó su talento se sobreponían, elevándola sobre todas las demás. Podía creerse que respiraba en una atmósfera más alta y que no era el pueblo en que vivía la región propia de su naturaleza delicada y exquisita.

Del mismo modo que sabía tener á raya la maledicencia de las mujeres que la envidiaban, sabía detener á respetuosa distancia las pretensiones de los hombres que más decididamente aspiraban á obtener su preferencia: la huérfana no prefería á nadie, y las más atrevidas esperanzas se desvanecían ante su candor inaccesible; candor amable, que no podía dar nunca ocasión á resentimientos ni quejas.

Rechazaba el amor de sus pretendientes sin excitar en ellos el amor propio.

UNIVERSIDAD  
ALFONSO REYES  
1925 MONTERREY, MEXICO

Por una singularidad impropia de sus años, y sobre todo de su condición de mujer, huía de las preferencias de que solía ser objeto, eludía los obsequios, no se dejaba querer, no se dejaba amar, no entraba de ningún modo en la competencia con que, lo mismo en las humildes aldeas que en las opulentas ciudades, se disputan las mujeres el imperio sobre los hombres.

¿Era modestia ó era soberbia?

¿Había concebido su espíritu la idea de otro mundo, de otros seres, de otros sentimientos, en el cual vivía su imaginación, ó es que, ignorándose á sí misma, se consideraba sin mérito para aspirar al triunfo?

Bien puede admitirse que el amor no hubiera despertado todavía en su alma el secreto impulso de los tiernos afectos; pero ¿y la vanidad? ¿Acaso el espejo no le decía que sus ojos eran negros, grandes y hermosos, que su sonrisa tenía un encanto irresistible, que era gentil su talle y gracioso el contorno de su cabeza?

Ello es que parecía insensible lo mismo al amor que á la vanidad, y, sin embargo, por instinto ó por estudio, acertaba siempre con los adornos que más realce daban á su persona. Ella misma era su doncella y su modista, y pocas mujeres ansiosas de agrandar sabrían obtener mayor éxito de la sencillez con que se vestía y con que se peinaba.

Por lo demás, poseía algunas habilidades: bordaba primorosamente, y sus pequeños dedos habían aprendido á recorrer las teclas del piano, único mueble salvado del naufragio de la desgracia, al cual llamaba ella su verdadero amigo porque no las había abandonado en la pobreza.

La madre de Rosalía era, además de su madre,

su amiga, y además de amiga y madre, era su sombra: existía entre ambas la diferencia y la semejanza que existe entre el sol que sale y el sol que se pone: las unía la semejanza que siempre hay entre las madres y las hijas, y las separaba la diferencia que el tiempo establece entre los diez y seis y los treinta y seis años.

La primera se hallaba en la aurora de la vida; la segunda tocaba ya en el ocaso de la juventud; las dos llevaban en el alma la misma pena, pues la hija era huérfana y la madre viuda.

Hallaba la huérfana en su madre todo el amparo que su juventud necesitaba, y la viuda encontraba en la huérfana todo el consuelo necesario para ir sobrellevando la soledad en que su corazón vivía.

El corazón de la madre y el corazón de la hija se refugiaban el uno en el otro, en esa tierna intimidad con que estrecha los afectos el vínculo común de una misma desgracia.

¿No existía entre ellas secreto alguno? ¿Nada tenían que ocultarse? ¿No guardaba ninguna de ellas algo escondido en el rincón más impenetrable de su alma?

En ciertas ocasiones, un observador perspicaz, acostumbrado á leer en las profundidades del pensamiento al través de la más obstinada reserva, habría advertido señales sospechosas, indicios de que algo ocultaba la madre en el fondo de su pecho.

Más de una vez fijaba Rosalía su mirada atenta en los ojos de la viuda, como si espicara el momento de sorprender en ellos el relámpago fugitivo de algún misterio que su ternura no acertaba á descubrir. Esto podía ser puramente una delicada solicitud de su cariño; la complacencia de una hija que se mira en los ojos de su madre; el afán de adivinar

sus deseos para anticiparse á cumplirlos; pero es el caso que la viuda apartaba los ojos, temerosa de que Rosalía pudiera leer en ellos su pensamiento; y bajando dulcemente los párpados, parecía decirle:

«No, hija mía; no debes saberlo.»

Otras veces, en vez de bajar los párpados, los levantaba, dirigiendo la mirada al cielo en busca de algún rayo de luz que iluminara su entendimiento, como si su espíritu indeciso quisiera penetrar el misterio de algún oculto destino.

Cuando se hallaba sola, dejaba la aguja con que cosía, y, cruzando las manos, parecía sumergirse en hondas meditaciones, cuyo término era siempre el mismo, pues salía de ellas moviendo la cabeza tristemente, inclinándola, ya sobre un hombro, ya sobre otro, ni más ni menos que si la balanza de su corazón vacilara sin saber á qué lado inclinarse.

Es de presumir que se agitaba en su espíritu algún pensamiento oculto, alguna idea fija que le era imposible desechar, y de tan íntima naturaleza, que por lo visto no se atrevía á confiarlo á nadie, pues mostraba particular empeño en alejar toda sospecha que pudiera descubrir de algún modo las inquietudes de su alma. Ni el P. Antonio, que poseía toda su confianza, que era el amigo predilecto de la casa, que entraba y salía en ella, encontrando siempre la cordial acogida de un verdadero afecto, había recibido la particular confidencia del secreto que la madre de Rosalía ocultaba tan cuidadosamente.

El P. Antonio ejercía, lo mismo en la madre que en la hija, una influencia decisiva. Era un ser inofensivo, que llevaba la bondad en las palabras, la paz en el semblante y la grandeza en las acciones.

La historia de su vida, tan sencilla como su corazón, se reducía á este breve relato.

En 1834 tenía catorce años, y era novicio de la comunidad de frailes bernardos que se albergaba en el monasterio de que antes hicimos mención. Suprimidas las comunidades religiosas, se encontró el pobre muchacho sin albergue y sin familia, pues era huérfano de padre y madre; mas el pueblo mantuvo el culto en aquel santuario, y el novicio siguió viviendo en el monasterio con el empleo de sacristán de la ermita.

Así pasó cuatro años, hasta que, cumplidos los diez y ocho, entró en quintas; pero con tan buena suerte, que sacó un número muy alto, tan alto que quedó libre del servicio de las armas.

Seguro de su buena fortuna, se volvía una tarde del pueblo á la ermita loco de alegría, cuando oyó grandes lamentos y sollozos; detúvose, y vió á una mujer deshecha en lágrimas, colgada al cuello de su hijo, como si quisiera sujetarlo, como si quisiera detenerlo, mientras el padre trataba de consolarla con medias palabras, limpiándose los ojos con el revés de las manos.

Pronto comprendió el sacristán de la ermita que estaba presenciando la dolorosa escena de una terrible despedida. Era uno de los mozos, que, menos afortunado que él, daba en aquel momento á su madre un ¡adiós!, quizá eterno. Aquella tarde se llevaban á la ciudad inmediata los quintos del pueblo.

Toda la alegría de que iba lleno el corazón del novicio se nubló en aquel instante; no se atrevió á acercarse á aquel dolor que le llegaba al alma; los gritos de la madre se clavaban en su corazón, y no se le ocurría ni una palabra con que mitigar tanta angustia. Su propia fortuna lo avergonzaba ante

aquella desgracia, y se sintió enojado contra las brutalidades de la suerte.

Casualmente se trataba de un mozo, única esperanza de su padre enfermo, de su madre afligida y de tres hermanas; de un mozo trabajador y amante como ninguno de su familia. Aquel mocetón se enjugaba también los ojos, porque también lloraba al ver sollozar á sus hermanas.

El sacristán de la ermita tampoco pudo contener la emoción que experimentaba, y se cubrieron de lágrimas sus ojos; mas esquivó el encuentro con aquel mar de pena, y ocultándose entre los álamos que ceñían el camino, siguió adelante en dirección del monasterio, cabizbajo y meditabundo, como si su corazón hubiera caído de las alturas del regocijo á las profundidades de un pesar inmenso.

Al día siguiente fué preciso proveer la plaza de sacristán del santuario, porque el novicio había desaparecido, sin que nadie supiera su paradero; mas al poco tiempo, la madre que hemos visto abrazada á su hijo en el cruel momento de la despedida, alborotó el pueblo contando de puerta en puerta que su Colás había vuelto á la casa libre del servicio, porque el sacristán de la ermita se había empeñado en servir al Rey, y lo había sustituido.

Con este rasgo se ganó el novicio el corazón de todas las madres.

Á los seis años volvió al pueblo, llevando pendiente del cuello un canuto de hoja de lata, dentro del que iba la licencia absoluta. Aquel día recibió innumerables abrazos, y los más pobres y los más ricos se disputaron el honor de hospedarlo; pero la madre de Colás interpuso sus legítimos derechos, y se lo llevó á su casa, llorando de alegría, lo mismo que seis años antes había llorado de pena.

Ahora lo encontramos revestido con el sagrado carácter de sacerdote, que había sido el afán de toda su vida. En el monasterio hizo los primeros estudios; después que volvió del servicio los completó, y al fin pudo llegar á cantar Misa.

Su carácter recibió esta alta investidura, pero su posición social era la misma, pues continuaba siendo el sacristán de la ermita del monasterio, porque no quería ser otra cosa.

Pues bien: ni el P. Antonio ni Rosalía merecían, por lo visto, ser depositarios del secreto que la viuda escondía en el fondo de su alma.

¿Qué secreto será este que tanto la agita y que tanto lo oculta?



## CAPÍTULO V.

Que pone al lector en camino del capítulo siguiente.

Los tres personajes cuyos perfiles dejo bosquejados en el anterior capítulo, se hallaban una tarde reunidos en la pequeña sala de la modesta casa en que vivía la viuda. Esta habitación se hallaba situada en el piso bajo, porque la casa no tenía más que un piso, fuera de los desvanes que formaban las pendientes de los tejados.

Desde la puerta de la calle se veía una especie de jardín, que ocupaba la parte posterior de la casa, por medio del que se comunicaba con la gran casa que habitaba el hermano de la viuda; ó, más bien, la casa en que ésta vivía era una dependencia de la casa de su hermano, separada del resto del edificio por un descubierta donde crecían algunos árboles, y del que había hecho Rosalía un jardín, llenándolo de macetas que ella misma cuidaba.

Los muebles que adornaban la estancia en que hemos penetrado consistían en los absolutamente indispensables, y cuyo inventario se reduce á unas cuantas sillas con asiento de enea, un sofá de la misma clase, una mesa de nogal, sobre la que se levantaba un espejo de marco negro, entre dos fanales que cubrían dos floreros, obra de Rosalía: sobre la pared del sofá se extendía un lienzo pintado al óleo,

que representaba un *Ecce-Homo*, cuadro de fondo oscuro, en el que el pintor, sin ser consumado en el arte, había sabido dar al rostro de Jesús la doble expresión de la angustia humana y de la grandeza divina: enfrente de la mesa de los floreros estaba el piano, contemplándose en el espejo, y dejando ver en el facistol un cuaderno de música, sobre cuya cubierta amarilla podía leerse en letras altas y estrechas un letrero ondeado, que decía:

ESTUDIOS DE BELLINI.

Algunos marcos de aparente caoba adornaban las paredes, no muy tersas, pero sí muy blancas, ó, mejor dicho, muy limpias; marcos que ostentaban grabados de dudoso mérito, que representaban asuntos del Antiguo Testamento. Sobre la única ventana que daba luz á la sala descendía en dos pabellones una cortina de percal francés, cuyo fondo blanco desaparecía bajo un laberinto de ramos verdes de que estaba sembrada la tela; otra cortina igual colgaba sobre la puerta que daba á los dormitorios de la madre y de la hija.

Sería una lisonja excesiva decir que en esta sala había lujo; lujo relativo, dadas las modestas circunstancias del pueblo en que nos hallamos; pero puedo asegurar que se respiraba en ella cierto ambiente aristocrático, cierto perfume delicado, que daba distinción á la pobreza de la casa; y así lo comprenderán cuantos hayan observado las vulgaridades algo frecuentes en que incurre el lujo más suntuoso; porque, seamos francos, y perdónenos la divinidad del oro nuestra ingenuidad: tener dinero, no es tener buen gusto.

La viuda mantenía el lustre de su familia, que,

como ya he dicho, pertenecía á la primera aristocracia del pueblo, haciéndolo brillar en medio de la pobreza con esa sencilla dignidad que revela, no la pureza de esta sangre ó de la otra, sino el nobilísimo origen del género humano.

No había, ciertamente, en la puerta de esta casa un escudo de armas que atestiguara la prosapia de sus moradores, dando noticia de su antiguo ó reciente abolengo; tampoco el apellido de la viuda ni el de su difunto marido sonaban en el mundo con el ruido de ninguna especie de celebridad; más allá de las últimas tapias del pueblo no serían probablemente conocidos, y, no obstante, entraríais en esta humilde casa con paso confiado y respetuoso, y en presencia de la madre ó de la hija os inclinaríais cortésmente, porque veríais en el semblante de una y otra el escudo de armas de sus nobles sentimientos, y leeríais en ellos estos dos nombres ilustres: bondad y virtud.

Dios ensalza á los humildes y humilla á los soberbios; en ninguna parte se conoce más pronto la pequeñez de los corazones ruines que en la grandeza de los palacios, y en ninguna parte brilla tanto la nobleza del alma como en la desgracia; la pobreza, pues, que rodeaba á la viuda y á la huérfana, venía á ser como la majestuosa oscuridad de la noche, al través de la que resplandecen más vivamente las estrellas, que huyen de la claridad deslumbradora del día.

El alma del hombre se refleja en sus acciones, en sus costumbres, en sus palabras, en sus inclinaciones y en sus deseos, y el alma de la mujer se refleja principalmente en la casa, como quiera que la casa es su verdadero centro, la atmósfera que le es propia, el elemento de su vida moral, el mundo en que verdaderamente vive.

Se respiraba, como digo, en la casa de la viuda el delicado perfume de los nobles sentimientos que se albergaban en los corazones de la madre y de la hija.

Rosalía acababa de sentarse delante del piano, y las teclas respondían á la suave presión de sus dedos, balbuceando notas entrecortadas, de la manera que suelen los niños prorumpir en impacientes gritos cuando sienten los cariñosos halagos de una mano amiga; mas ella no parecía complacida de su habilidad, pues movía la cabeza con mal contenido enojo, como si quisiera decirle al piano: «¡Eh, no es eso, no es eso!», é interrumpiendo la frase musical que se le resistía, volvía á comenzar de nuevo, repasando antes con los ojos el papel de música que tenía delante.

Estaba empeñada en que las cuerdas del piano cantaran con justa precisión las notas unidas que llenaban de misteriosos signos la extensión del pentágrama; pero si su inteligencia comprendía todo el valor de las notas escritas, sus manos, menos ágiles, no acertaban á reproducir las frases con el rigor que ella deseaba.

Luchando con sus dedos rebeldes experimentaba el tormento de los grandes artistas, que no ven nunca en las obras que salen de sus manos aquella perfección ideal con que las han sentido en el pensamiento.

La viuda, sentada al pie de la ventana, teniendo sobre las rodillas una almohadilla forrada de tela de seda, y delante de los pies un canasto de ropa, limpia como los chorros del agua y blanca como los ampos de la nieve, cosía, inclinada la cabeza sobre el pecho, con atención reflexiva, con la natural y majestuosa mansedumbre con que Isabel la Católica

la más grande y la más sencilla de las Reinas, debía coser la ropa blanca de su augusto esposo.

El P. Antonio se hallaba de pie en medio de la estancia entre la madre y la hija, mordiéndose los labios para contener la risa que retozaba en su boca. ¡Ya se ve! había entrado silenciosamente, y Rosalía, empeñada en vencer la rebeldía de sus dedos, y la viuda absorta, más bien abismada, en la labor que traía entre manos, no habían reparado en la silenciosa presencia del P. Antonio, y éste gozaba sin duda pensando en la sorpresa que iba á causarles.

Debajo del balandrán, y sujetándolo al pecho con la mano izquierda, se notaba un pequeño bulto, dejando traslucir claramente que algo ocultaba, y que debía ser cosa delicada, en razón al cuidado con que sujetaba el bulto que debajo del balandrán se advertía.

Ni Rosalía ni su madre parecían dispuestas á abandonar, la una su actitud reflexiva, y la otra el empeño de vencer la obstinada resistencia de sus dedos inexpertos.

El que haya observado la impaciencia con que los niños desean ser descubiertos cuando juegan á esconderse, podrá formarse una idea de la expresión que se dibujaba en la apacible fisonomía del P. Antonio; pero ninguna de las dos volvía la cabeza, y en vano el antiguo novicio del monasterio, con su maliciosa sonrisa y sus miradas inquietas, parecía decirles: «¡Eh, señoras; aquí estoy!»; mas la hija, en aquel momento, no oía más que los tímidos acentos que se exhalaban del piano; y, en cuanto á la viuda, no veía nada, embebida en su labor, ó embebida en sus secretos pensamientos.

No sé cuánto tiempo habría durado esta escena muda, si un débil gemido, que parecía salir del

seno de la tierra, no hubiera hecho volver la cabeza á la madre y á la hija, dirigiendo ambas los ojos hacia el mismo punto.

Entonces las dos exclamaron á la vez:

—¡Ay! ¡El P. Antonio!

—Eso es (dijo éste); gracias á Dios que han caído Vds. en la cuenta de que no estaban solas. Lo menos hace dos minutos que estoy aquí hecho un poste.

Estas últimas palabras las pronunció con cierto énfasis, como si al decir *dos minutos* hubiera querido expresar *dos siglos*.

Rosalía arqueó sus hermosas cejas, y tomando á la vez una actitud medio sumisa y casi burlona, abandonó el piano, diciendo:

—Perdone V., P. Antonio; otra vez adivinaremos su presencia, si Dios nos concede el don de adivinarla.

Dicho esto, cogió una silla, y la acercó á la de su madre, añadiendo:

—Ahora siéntese V. y descanse, porque después de un plantón de dos minutos mortales, debe V. estar muerto de fatiga.

—Bien (exclamó el P. Antonio, sentándose en la silla que Rosalía le presentaba). Me recibes como siempre, á sangre y fuego, contando con que yo siempre emprendo la retirada ó me entrego con armas y bagajes; pero esta vez no cantes victoria, porque voy á tomar la ofensiva.

—¡Muy bien hecho! (exclamó la madre.) Esta niña tan juiciosa para todo, es preciso que empiece á sentar la cabeza para con V.

—Me moriré de vieja (exclamó Rosalía), y siempre seré la misma para el P. Antonio. Vamos, soy incorregible en esto. Nada me agrada tanto en el

mundo como sacarlo de tino y llenarlo de picardías.

—Niña, niña.... (dijo la viuda sonriéndose.) Tú olvidas que el P. Antonio es un sacerdote.

—Déjela V., señora, que gaste la pólvora en salvas; porque en cuanto yo forme mi línea de combate y le presente la batalla, verá V. qué pronto le apago los fuegos.

Por lo que se ve, el P. Antonio conservaba viva la memoria de sus servicios militares, y mostraba singular predilección por las imágenes y figuras que había aprendido en el lenguaje de los campamentos, y era curioso el contraste que ofrecía su semblante de paz con sus palabras de guerra.

—No me asusta V., P. Antonio; mi superioridad consiste en que conozco á mi enemigo, y sé muy bien cómo se le vence; y si no, veamos.

Diciendo esto, adelantó la cabeza, presentando al padre una sonrisa llena de afabilidad y de gracia.

—He ahí toda tu estrategia (dijo el P. Antonio). Me provocas con las guerrillas de tus palabras, y cuando me preparo á cargar sobre el enemigo, me presentas esa sonrisa, que es tu bandera de guerra, me desarmas, y caigo prisionero. Es una emboscada. Pero has de saber, hija mía, que se han reforzado mis ejércitos, y cuento con un auxiliar muy poderoso para someterte. Verá V., señora (añadió volviéndose á la viuda), cómo le hago rendir las armas.

La madre de Rosalía, que escuchaba con la sonrisa en los labios y sin dejar la costura esta milésima edición de las continuas reyertas de confianza y de cariño entabladas siempre entre el P. Antonio y su hija, se puso repentinamente seria, al oír que el aguerrido sacristán de la ermita contaba con un auxiliar poderoso para vencerla, y mirándolo fijamente, le preguntó:

—¿Tan poderoso es el auxiliar con que V. cuenta?

—Mucho,—contestó el P. Antonio.

—No le temo,—añadió Rosalía.

—Veremos si le temes. No creas tú que es hombre que cede fácilmente. Hoy mismo ha ido á buscarme para ponerse á mis órdenes, decidido á entrar en campaña.

La madre de Rosalía clavó la aguja en la almohadilla sobre la que cosía, apoyó en ella el codo, puso la barba sobre el hueco de la mano en ademán pensativo, y volvió á preguntar:

—¿Hoy mismo, eh?

—Hoy mismo; esta mañana me sorprendió con una visita.

—¿Y qué?

—Hemos tenido una conferencia.

—¡Hola!

—Y el hombre propone un convenio.

Rosalía no pudo contenerse, y preguntó á su vez con viveza:

—¿Quién es ese hombre?

—¡Phs! (contestó el P. Antonio.) Un.... ¡Bah!.... ¿Quién ha de ser?... Un hombre que ha perdido la chaveta.... ¡Ya se ve! (añadió, dirigiéndose á la viuda); ¡el corazón es tan loco! Vaya V. á ponerle puertas al campo.... Ello es bien natural; pero yo me lavo las manos.... En fin: él parece resuelto á quemar hasta el último cartucho, y me ha encargado á mí que averigüe.... Figúrese V. qué embajada.

—¿Qué?—preguntó la madre.

—Pues.... quiere saber si Rosalía ha hecho voto de ser monja....

—¿Qué curiosidad!—exclamó la viuda.

—¡Toma! (añadió el P. Antonio): como que el hombre piensa en pedir su mano.... claro está....

Es una exploración.... y yo.... comprendo que si no piensa ser monja, alguna vez ha de pensar en casarse....

Bajó Rosalía los ojos, y se puso ligeramente encarnada, mientras las mejillas de su madre se tiñeron de palidez repentina.

—¿No lo anuncié?... (siguió diciendo el P. Antonio con la satisfacción del triunfo.) Vea V. cómo le he apagado los fuegos.... Baja los ojos y calla: se le han acabado las municiones.... ni siquiera se bate en retirada. Ahora voy á presentar mi reserva para completar la victoria: el pretendiente á la mano de este demonio de ángel que siempre me está sacando de tino, es....

La palabra se detuvo en los labios del P. Antonio en el momento en que iba á pronunciar el nombre del pretendiente de Rosalía, porque la viuda, llevando disimuladamente el dedo á la boca, le impuso silencio sin que Rosalía lo advirtiera.

Sorprendido y hasta maravillado por esta seña inesperada y misteriosa, hizo un movimiento involuntario, oprimiendo el bulto que sujetaba con el brazo izquierdo debajo del balandrán, y un gemido como el que oímos al principio de esta escena se exhaló, al parecer, de la misma silla en que el buen sacristán estaba sentado.

Rosalía levantó los ojos y miró á su madre. Las dos habían notado el bulto que el P. Antonio llevaba debajo del balandrán, y este segundo gemido hizo que ambas volvieran las miradas hacia él, llenas de cierta curiosidad.

Entonces el P. Antonio dijo:

—Es que tiene hambre.

—¡Hambre!—exclamaron ellas.

—Sin duda.

—Pero ¿quién?—preguntó Rosalía.

—Este ser abandonado que traigo conmigo. Sentí sus gemidos al pasar por el barranco, y me acerqué, y lo recogí, y aquí lo llevo debajo de la sotana; debe tener muy pocos días.... casi recién nacido.

—Pero ¿y su madre?—preguntó la viuda.

—Sí, échele V. un galgo á su madre.

—Deme V. ese niño (dijo Rosalía). Lo va V. á ahogar.... Nosotras le serviremos de madre.—¡Vaya una crueldad haberlo abandonado!

Diciendo así, tendía sus brazos al P. Antonio.

Éste abrió el balandrán, y puso en el regazo de Rosalía á aquel ser abandonado.

Al verlo, la madre y la hija prorumpieron en una exclamación tan viva y tan espontánea, que el padre Antonio, sin poder contenerse, rompió en una ruidosa carcajada.

## CAPÍTULO VI.

El ser abandonado.

Tan espontánea y tan natural fué la carcajada del P. Antonio, que la madre y la hija se sintieron á la vez acometidas de la misma hilaridad; y aunque la primera no parecía, por su aspecto pensativo, que se mostraba muy dispuesta á entregarse á la súbita algazara de aquella intempestiva alegría, ambas pasaron de la sorpresa á la risa.

Lo que el P. Antonio había puesto en el regazo de Rosalía no era precisamente el motivo que les hacía reír; pues, en honor de la verdad, él se reía de la sorpresa que les había causado, y ellas de ver reír al P. Antonio.

El primer movimiento de Rosalía al sentir sobre la falda el peso del *ser abandonado*, fué sacudir el vestido y arrojarle lejos de sí; mas se contuvo, y acudió con las manos á retenerlo y á acariciarlo, reconociendo que era un perro de piel negra y lustrosa, que debía tener pocos días; y se comprende perfectamente que la hija de la viuda cambiara de propósito, pues el pobre animal gruñía lastimosamente lamiendo las manos de Rosalía, como si pretendiera enternecerla llorando su triste suerte, y la pidiera el amparo de su compasión.

—Vamos á ver (dijo el P. Antonio sin dejar de reirse) cómo te las compones para cumplir la promesa que has hecho de servirle de madre.

—Ya lo verá V. (contestó Rosalía); eso corre de mi cuenta.

—Será preciso (advirtió la viuda) buscarle una nodriza, y no es tan fácil encontrarla.

—No hay necesidad de nodriza. ¿No crié á *Petrico*, que vino á mis manos cuando apenas había salido del cascarón? Pues lo mismo criaré á éste.

—Sí, hija mía (replicó la madre); pero un mirlo no es un perro.

—Para el caso es lo mismo.

—Así quiere (exclamó el P. Antonio golpeándose las rodillas con las manos). No he oído otra en mi vida. ¿Vaya que se propone criarlo con cañamones? Por supuesto, al mirlo debes ponerle un collar con cascabeles, y que guarde la casa, y al perro debes encerrarlo en una jaula y que cante. ¿No es esto, hija mía?

Jamás en sus continuas reyertas con la hija de la viuda se había visto el P. Antonio en posición tan firme. Confundir á un perro con un pájaro, era poner en su mano un arma poderosa para contener los mordaces ataques con que Rosalía lo estaba provocando siempre, arma de la que se proponía indudablemente hacer un uso terrible. Á cada triquitraque saldrían á relucir el perro y el mirlo, y ella tendría que morderse la lengua.

En el rostro del buen sacerdote se veía pintada la satisfacción del que encuentra de repente desarmado y vencido á su implacable enemigo; porque, en honor de la verdad, Rosalía, como abrumada por el peso de las palabras del P. Antonio, permanecía cabizbaja, contemplando sobre sus rodillas al pe-

queño mastín, que se agitaba y gruñía. Tal vez empezaba á comprender que no era tan fácil criar á un perro recién nacido como á un pájaro que se coge en el nido.

Ello es que permanecía silenciosa y meditabunda, sin tener, ¡cosa rara en ella!, nada que replicar al P. Antonio, mientras éste, ufano de la triunfante causticidad de sus palabras, añadía, exclamando:

—¡Victoria en toda la línea!.... Al enemigo se le han acabado las municiones, y se rinde y se entrega. ¡Gracias á Dios! (añadió respirando con fuerza, como quien acaba de levantar un peso enorme): gracias á Dios que he acertado una vez á parar la agilidad de esa lengüecilla, mojada siempre para mí en hiel y vinagre. Esto se llama copar al enemigo.

Rosalía movió la cabeza con visible impaciencia, y el P. Antonio hizo un cambio de tono, como si dijéramos, un cambio de frente, y prosiguió diciendo:

—Pero no es noble abusar de la victoria; al enemigo vencido debe tendersele la mano, y yo quiero ser generoso. Convengamos ante todo en que no es lo mismo un mirlo que un perro mastín, aunque éste sea recién nacido, y hagamos las paces por hoy. Yo me encargo de proporcionar la nodriza indispensable. Casualmente la perra del labrador que cuida la huerta del monasterio está criando, y no tendrá inconveniente en admitir un hijo más.

—No (replicó Rosalía); no hay necesidad de molestar á esa señora, aumentándole la familia con un nuevo individuo.... Harto hará la pobre con salir adelante con los suyos.... he dicho que no es menester nodriza.

—Si se empeña en ello (añadió la viuda), no habrá modo de convencerla. Es obstinada como su padre.

Diciendo esto, miraba á Rosalía con tierna solicitud, porque al hacer notar este defecto en el carácter de su hija, se complacía en ver reflejarse en ella la entereza de alma de su difunto marido.

—Yo (dijo el P. Antonio, encogiéndose de hombros) descanso sobre las armas; es decir, que me lavo las manos; pero anuncio una catástrofe; porque el pobre animal morirá al fin y al cabo sitiado por hambre.

—Lo veremos (replicó Rosalía, pasando suavemente las manos por el lomo del perro, acurrucado en su falda, ni más ni menos que si pretendiera alimentarlo con sus caricias, y añadió): lo veremos, P. Antonio. Por de pronto, no lo necesito á V. ni para bautizarlo, pues desde este momento se llamará....

—Veamos.

—Se llamará....

—¿Qué?....

—Le pondremos....

La viuda, que por segunda vez había suspendido la tarea de su labor, miraba atentamente á su hija, esperando el nombre que no acertaba á salir de los labios de Rosalía.

Es posible que no encontrara uno á su gusto, y es posible también que la ocurrieran en el momento de ir á pronunciarlo serias dudas acerca de la terminación que había de dar al nombre, porque verdaderamente ignoraba si debería llamarle *Turco* ó *Turca*, *Lindo* ó *Linda*; y una equivocación en este punto la expondría á una nueva carcajada del P. Antonio, que no perdería ocasión tan propicia de tentarle la paciencia; y en tal caso, ¿cómo salir de la duda?.... Tal vez allá en las intimidades de su alma candorosa se desesperaba viendo las dificultades que

para salir airosamente del paso le ofrecía su honesta ignorancia.

Cualquiera que sea la malicia que el lector conceda al P. Antonio, debemos creer que no le ocurrió la sospecha que á nosotros acaba de asaltarnos, porque entonces habría abusado de la perplejidad de Rosalía sin misericordia, y no fué así, sino que, por el contrario, él mismo vino á sacarla del apuro en que se veía, exclamando con desdén fingido:

—¡Bah, bah!.... Ni siquiera encuentras un nombre á propósito que poner á ese infeliz recién nacido, cuando el nombre que le conviene se está cayendo de su peso. La cosa es clara. No se necesita abrir ni cerrar ningún libro para dar en ello. El nombre salta á los ojos. Debe llamarse *Camaleón*, puesto que ha de mantenerse del aire, á lo menos mientras su boca no adquiera la fuerza necesaria para proveerse de otros alimentos más sólidos.

Sonrióse Rosalía al oír estas palabras, presentando al P. Antonio aquel semblante expresivo y lleno de gracia, que, digámoslo así, se iluminaba siempre que sus labios se sonreían.

¿Celebraba de este modo la ocurrencia de su triunfante adversario, ó es que el nombre que acababa de oír destruía todas sus dudas? He aquí una cosa que dejo al buen juicio de los lectores, en razón á que yo nunca pude averiguarlo.

Viéndola sonreír de tan bella manera, el P. Antonio se rascó la frente, echando hacia atrás el gorro de felpa negra que cubría su cabeza, haciendo resaltar sobre las sienes los primeros albores de la ancianidad, y le dijo:

—¡Hola, hola! Ya apelas al recurso de enseñarme los dientes: ese es tu último recurso; pero esta

vez me mantengo firme, resuelto á rechazar la fuerza con la fuerza.

Y diciendo y haciendo, presentó á su vez á Rosalía el semblante más cómicamente serio que puede imaginarse, tanto que la sonrisa de ésta acabó por convertirse en ruidosa carcajada.

—¡Muy bien! (dijo la viuda.) Me parece que van Vds. á entrar en negociaciones, y me alegro, porque mientras Vds. riñen el perro se muere de hambre.

—Por supuesto (añadió el P. Antonio): esa risa estrepitosa significa que el enemigo pone bandera blanca y pide parlamento.

—No significa nada de eso (replicó Rosalía): y en prueba de ello, que ni cedo en mi propósito, ni siquiera admito el nombre de *Camaleón* con que V. quiere bautizarle. Este perro no se separará de mí mientras yo viva.

—Hija mía (advirtió la viuda): los perros no viven tanto como las personas; su vida es mucho más corta.

Rosalía movió la cabeza con cierta tristeza, no teniendo nada que replicar á la observación de su madre, y ésta añadió:

—Parece que te anticipas á sentir su muerte, que por el orden natural de las cosas ha de ser antes que la tuya.

—¡Quién sabe! (exclamó Rosalía con viva naturalidad.) ¿Cuánto tiempo puede vivir un perro?

—Un perro (contestó el P. Antonio), lo más que puede vivir son veinticinco años.

—Pues bien (añadió ella): yo no viviré tanto.

Articuló estas palabras con tal acento de ingenua y sincera convicción, que su madre, alarmada, no pudo reprimir un movimiento de inquietud, exclamando:



—¡Oh! ¡qué cosas dices! Ya te he oído dos ó tres veces hablar de la muerte. De seguro que ninguna joven de tu edad piensa en semejante cosa. ¡Mire V. que es capricho pensar en morirse cuando empieza á vivir! Cualquiera diría que deseas morirte, y con eso ofendes á Dios y me ofendes á mí.... ¿No es verdad, P. Antonio?

—Señora (contestó el sacerdote): habla V. como un libro.

Miró Rosalía á su madre con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos, porque las palabras de la viuda habían penetrado en el corazón de su hija.

Si nos es lícito traducir esta doble expresión de su rostro, bien pudiera verse en la sonrisa una dulce esperanza y en sus lágrimas un triste presentimiento. Positivamente su alma se hallaría bien distante de uno y otro afecto, y es más natural creer que se sonreía por tranquilizar á su madre, y lloraba expresando el pesar que le causaba haberla afligido; pero algunas veces la fisonomía humana, como anticipándose á las desdichas ó á las felicidades que nos guarda nuestro destino, presenta misteriosos aspectos, que parecen anuncios de dichas ó desventuras más ó menos lejanas. ¡Cuántas veces creemos entrever en los rasgos del semblante, en las miradas ó en las sonrisas, en las líneas de la boca ó en las sombras de la frente, un porvenir, ya adverso, ya favorable! ¿No va algunas veces claramente impreso en el rostro de la criatura el vago secreto de sus futuros destinos? ¿No habéis reparado alguna vez en la tristeza que baña el semblante de los niños condenados por el vicio á orfandad perpetua antes que comprendan la crueldad de su suerte? ¿Qué sabemos de la vida en el momento de venir al mun-

do? Y, sin embargo, nuestros gemidos y nuestras lágrimas en el instante mismo de nacer, ¿no son como el anuncio de las desdichas que nos esperan sobre la tierra?

Sea como quiera, es lo cierto que la viuda bajó los ojos, como si pesaran sobre sus párpados la sonrisa y las lágrimas de Rosalía.

Notando el P. Antonio todo esto más con los ojos de su bondad que con los de su perspicacia, quiso torcer el triste rumbo que la conversación tomaba, y exclamó diciendo:

—¡Morir!.... ¡Vaya una ocurrencia!.... Y vea V. en qué ocasión se le mete en la cabeza semejante capricho, cuando....

Aquí se detuvo, como si una idea repentina hubiera paralizado su lengua, y se mordió los labios, queriendo de este modo imponerles silencio. Sin duda ninguna iba á incurrir en una de esas indiscreciones involuntarias que, si se nos escapan, somos nosotros mismos los primeros que nos sorprendemos.

—¿Cuándo qué?—preguntó Rosalía.

—Cuando.... ¡claro está! (contestó.) Cuando tienes doble obligación de vivir, puesto que has adoptado á ese pobre huérfano que gruñe sobre tus rodillas. Yo supongo que abandonar á tu madre para siempre, dejándola sola en el mundo, no es un caso de conciencia que deba obligarte á vivir hasta la consumación de los siglos; pero dejar abandonado á ese perro infeliz á todas las desdichas de su suerte, debe ser para tu corazón una cosa más seria. ¿No es esto?

Al acabar de pronunciar estas palabras cruzó los brazos, admirándose de que ni la madre ni la hija celebraran aquel rasgo de su ingenio; pero ambas permanecieron silenciosas, dejando al P. Antonio con la boca abierta. Al fin la viuda dijo:

—¡Ea!.... no se hable más de este asunto. ¿Á qué hablar de la muerte?

—Eso es (añadió Rosalía). Yo, por mi parte, aseguro que viviré toda mi vida, y mi vida es la vida de mi madre.

—Te pones en razón (dijo el P. Antonio); pero entre tanto aún no sabemos el nombre ilustre que ha de llevar el huérfano, ni cómo te las vas á componer para que el infeliz no resuelva al fin y al cabo morirse de hambre.... Yo insisto en que se llame *Camaleón*.

—Camaleón.... Camaleón.... (repitió Rosalía.) Ese es un nombre insignificante. Yo quiero que se llame.... ya lo sé.... éste sí que es un gran nombre: se llamará *César*.

—Nombre augusto (añadió el P. Antonio). Si tiene la fortuna de pasar felizmente el rubicón del hambre que le espera, será tan célebre en este pueblo como lo fué Julio César en Roma. Bien: por lo que hace al nombre, ya hemos salido del apuro; llámese *César* enhorabuena; pero ¿cómo va á salir de la lactancia el futuro rey de los perros? Porque no le basta llamarse *César* para vivir, si le falta *el pan nuestro de cada día*.

—Ya he dicho (replicó Rosalía) que eso corre de mi cuenta.

—No podía V. hacer cosa peor (dijo la viuda, dirigiéndose al P. Antonio) que el habernos traído este pequeño huésped; porque conozco á mi hija, y sé que desde hoy no va á vivir pensando en *César*. ¡Es mucha criatura! Le dió por las flores, y ha convertido la casa en una primavera: luego vino el mirlo, y fué el cuento de nunca acabar: ahora nos ha caído el perro.... pues ya estamos frescos.

—¿Oye V. eso, P. Antonio?.... Pues bien: mi ma-

dre es la primera que me ayuda á cuidar las flores, la primera que se encanta oyendo silbar al mirlo siempre que yo lo llamo ó lo acaricio. Ahora mismo está pensando cómo podremos criar á *César* sin que eche de menos á su madre.

—Trabajo le mando,—dijo el P. Antonio.

—Pues ello es preciso (añadió Rosalía con ademán resuelto). Ya sé yo que *César* no le hará mucha gracia á mi tío, porque al buen señor no le gustan las flores, ni los pájaros, ni los perros. ¿Qué daño le habrán hecho las flores, que todo lo perfuman; los pájaros, que todo lo alegran, y los perros, que todo lo guardan.... es decir, lo más bello, lo más alegre y lo más fiel que hay en el mundo?

—¡Bah! (exclamó el P. Antonio.) Tú querrás que tu señor tío, con sus cuarenta años de edad y sus veinte años de servicio en el cuerpo de artillería, se ponga á jugar contigo como un cadete. Es verdad que cuarenta años los tiene cualquiera, y que él es un roble, un poco duro de genio, algo áspero, y, aunque sabiendo llevarle el aire es un cordero, no es cosa de que deje su formalidad y se dedique á cuidar flores, á criar pájaros y á acariciar perros recién nacidos. ¿Y por qué?... Porque tiene una sobrina de diez y siete años cumplidos, que se ha empeñado en ser eternamente niña, cuando podía ser ya ama de su casa.

Estas palabras del P. Antonio despertaron, al parecer, en la viuda cierta curiosidad, pues clavó los ojos en su hija, como quien espera una respuesta temida ó deseada; pero Rosalía no tuvo por conveniente dar contestación alguna, mostrándose indiferente á lo que acababa de oír. Al mismo tiempo *César* dejó escapar un gruñido lastimero. Indudablemente el hambre empezaba á inquietarlo.

—Tenga V. paciencia, *señor César* (dijo Rosalía acariciando al perro), que mi madre está pensando en este momento cómo hemos de salir del paso.

—El paso (replicó la viuda) no tiene más que una salida: dale ese pobre animal al P. Antonio, y que se lo lleve al monasterio.

—No hay otro remedio—añadió el P. Antonio.

—Sí hay,—insistió Rosalía.

—¿Cuál?

—Uno; porque es preciso que lo haya.

La madre pareció asombrada de la terquedad de su hija, y mirándola medio seria y medio risueña, le dijo:

—No sé, hija mía, si estará admitido entre los perros el uso del *biberón*; si lo estuviera, sería un recurso.

—¡Bravo! (exclamó el sacristán de la ermita.) Un perro criado con *biberón* debe llevarse á la historia natural. ¡Ea! Ya tienes un medio. Si el perro vive, será un milagro.

—Pues vivirá (añadió Rosalía poniéndose de pie); y tendrá V. que respetarme como á una santa, porque voy á hacer un milagro.

Y diciendo y haciendo, salió apresuradamente de la sala, llevándose á *César* acurrucado en el fondo del delantal de sarga negra que llevaba ceñido á la cintura.

## CAPÍTULO VII.

### Una mala noticia que alegra á la viuda.

—¡Qué criatura! (exclamó el P. Antonio, viendo salir á Rosalía.) Es una paloma sin hiel.

—Sí (replicó la viuda); pero es muy terca.

—¡Terca!.... ¡Bah!.... No paso por eso. Tiene la voluntad muy firme; convenido; pero no es eso lo que debe V. mirar, señora. ¿Acaso se empeña alguna vez en cosas que no sean justas y buenas?

—No la defienda V., P. Antonio. Muchas veces hemos hablado de esto mismo, y siempre he dicho: Rosalía es muy amiga de su gusto.

—¿Pero cuál es su gusto? También dirá V. que los santos son muy testarudos porque se empeñan en ser buenos.

—¡Vamos.... V. ha creído que Rosalía es una santa!

—Así lo creo.

—Pues no es más que una niña mimada, y ya es preciso ir corrigiendo los defectos de su carácter.

Si en la inocencia ingénita del P. Antonio cupiera alguna sombra de malicia, habría sospechado en esta ocasión que la viuda se complacía en acusar á su hija sólo por el gusto de oír sus alabanzas. Podría suponer que la deprimía para verla ensalzada. ¿Acaso no es este un aspecto de la ternura que las madres sienten por sus hijas?

—Tenga V. paciencia, *señor César* (dijo Rosalía acariciando al perro), que mi madre está pensando en este momento cómo hemos de salir del paso.

—El paso (replicó la viuda) no tiene más que una salida: dale ese pobre animal al P. Antonio, y que se lo lleve al monasterio.

—No hay otro remedio—añadió el P. Antonio.

—Sí hay,—insistió Rosalía.

—¿Cuál?

—Uno; porque es preciso que lo haya.

La madre pareció asombrada de la terquedad de su hija, y mirándola medio seria y medio risueña, le dijo:

—No sé, hija mía, si estará admitido entre los perros el uso del *biberón*; si lo estuviera, sería un recurso.

—¡Bravo! (exclamó el sacristán de la ermita.) Un perro criado con *biberón* debe llevarse á la historia natural. ¡Ea! Ya tienes un medio. Si el perro vive, será un milagro.

—Pues vivirá (añadió Rosalía poniéndose de pie); y tendrá V. que respetarme como á una santa, porque voy á hacer un milagro.

Y diciendo y haciendo, salió apresuradamente de la sala, llevándose á *César* acurrucado en el fondo del delantal de sarga negra que llevaba ceñido á la cintura.

## CAPÍTULO VII.

### Una mala noticia que alegra á la viuda.

—¡Qué criatura! (exclamó el P. Antonio, viendo salir á Rosalía.) Es una paloma sin hiel.

—Sí (replicó la viuda); pero es muy terca.

—¡Terca!.... ¡Bah!.... No paso por eso. Tiene la voluntad muy firme; convenido; pero no es eso lo que debe V. mirar, señora. ¿Acaso se empeña alguna vez en cosas que no sean justas y buenas?

—No la defienda V., P. Antonio. Muchas veces hemos hablado de esto mismo, y siempre he dicho: Rosalía es muy amiga de su gusto.

—¿Pero cuál es su gusto? También dirá V. que los santos son muy testarudos porque se empeñan en ser buenos.

—¡Vamos.... V. ha creído que Rosalía es una santa!

—Así lo creo.

—Pues no es más que una niña mimada, y ya es preciso ir corrigiendo los defectos de su carácter.

Si en la inocencia ingénita del P. Antonio cupiera alguna sombra de malicia, habría sospechado en esta ocasión que la viuda se complacía en acusar á su hija sólo por el gusto de oír sus alabanzas. Podría suponer que la deprimía para verla ensalzada. ¿Acaso no es este un aspecto de la ternura que las madres sienten por sus hijas?

Tal vez se disculpaba á sus propios ojos de las debilidades de su cariño con estos arranques de severidad; pero el P. Antonio tomaba al pie de la letra las palabras de la viuda, pareciéndole demasiado exigente aquel amor de madre.

—Eso es ambición, señora (le dijo). Rosalía puede servir de modelo á las jóvenes de su edad. Es el corazón más hermoso que Dios ha puesto sobre la tierra.

—Á su corazón (añadió la viuda, como hablando consigo misma) es á lo que yo le tengo miedo.

—¡Miedo! (exclamó el P. Antonio.) ¿Por qué?

—No lo sé (contestó); y además, sería inútil que intentara explicar la inquietud que siento, porque V., P. Antonio, no me entendería.

—Bueno; pero ¿qué teme V. de su corazón?

—Esa es la misma pregunta.

—Es verdad.

—Temo (añadió la viuda) la viveza de sus sentimientos.

—¡Toma, toma!.... V. teme que de la noche á la mañana advierta que ya es una mujer hecha y derecha, y quiera hacer lo que V. hizo, y lo que al fin y al cabo hacen todas las mujeres. Ahora caigo por qué me hizo V. una seña cuando yo iba á decir el nombre del que aspira muy formalmente á la mano de la muchacha.

—Hable V. más bajo, P. Antonio (advirtió la viuda). No es prudente que Rosalía nos oiga, y puede oírnos.

—Me parece (añadió el P. Antonio bajando la voz) que todos estos misterios son inútiles.

—¡Ojalá que lo fueran!

—¿Sabe V. de quién se trata?

Á esta pregunta contestó la viuda con un mo-

vimiento de cabeza, que no era afirmativo ni negativo, pues por el arqueamiento de ojos con que le acompañó, más bien parecía que lamentaba el caso; de lo que el P. Antonio dedujo, lo que cualquiera en su lugar habríamos deducido; á saber: que á la madre le era indiferente el nombre del pretendiente de su hija, en razón á haber resuelto no casarla nunca. Así es que contestó al movimiento de cabeza de la viuda con un fruncimiento de boca, que claramente expresaba lo inexplicable que era para él semejante propósito, en una madre que, por las circunstancias particulares de su situación, debía pensar más que ninguna otra en casar á su hija pronto, es decir, cuanto antes.

—Creí (dijo) que entraba aquí esta tarde trayendo una buena noticia.

—Lo creo.

—Pero, ¡ya se ve!, el hombre propone y Dios dispone.

—Eso, P. Antonio, sucede siempre.

—Cuando yo admití el encargo de servir de parlamentario, fué.....

—¿Por qué?

—Porque estaba seguro....

—¿Seguro de qué?

—Seguro de que habría por lo menos un armisticio.

—V. no ve (añadió la viuda) todo lo que hay de terrible en este asunto.

—¡Terrible! (exclamó el P. Antonio.) No le encuentro nada de terrible; al contrario, me parece la cosa más natural del mundo. Ya sabemos que Rosalía se merece un príncipe; pero en lo que aquí hay para escoger, es inmejorable.

—¿Á V. le parece eso?

—¡Claro está!

—¡Ay, P. Antonio!

—¿Qué?

—Nada... nada.

—Pertenece (insistió el P. Antonio) á una de las familias más ilustres del pueblo.

—Lo ilustre de las familias no asegura la dicha.

—Es rico.

—V. es pobre (replicó la viuda), y sin embargo es dichoso.

—Es verdad; no me desespera mi pobreza, y vivo contento con ella; pero ¡cuánto bien se puede hacer en el mundo teniendo un buen corazón y un buen bolsillo! (Y buscando en el repertorio de su vocabulario militar una imagen que representara bien su pensamiento, añadió:) Sin municiones no se puede hacer fuego. No es esto sólo, porque hay que pensarlo todo: Rosalía rica sería una bendición para este pueblo.

—No sé, P. Antonio (advirtió la viuda, después de un momento de reflexión), si puede una madre vender el corazón de su hija sin ofender á Dios, por grandes que sean los beneficios que de ello resulten.

El fondo del espíritu del P. Antonio era la caridad; esto es, la unión ardiente y perfecta de dos grandes amores: el amor á Dios sobre todas las cosas, y el amor al prójimo. Tan hermoso sentimiento llenaba su alma de tal modo, que no presumía siquiera que pudieran detenerse los divinos impulsos de esta santa ternura ante ningún género de sacrificios. Así es que la objeción de la viuda hirió su entendimiento como un golpe inesperado. Mostróse perplejo, indeciso, sin acertar á unir los dos extremos de la cuestión que se le ofrecía.

Verdaderamente, Dios debe irritarse contra la madre que vende el corazón de su hija, aunque la guíe el más noble propósito, porque al hombre le está prohibido hacer el bien por medio del mal. La hija misma puede hacer el sacrificio de su corazón en el altar de la caridad, y esto es sublime; pero el heroísmo no se impone; los sacrificios han de ser voluntarios, y el corazón humano sólo los consume cuando tiene de su parte el auxilio de la divina gracia.

No era el P. Antonio un sabio, como ya hemos podido advertir; ignoraba felizmente todo ese cúmulo de conocimientos que llenan en ciertos momentos de oscuridad el mundo y extravían la inteligencia degradada y concupiscente de nuestro siglo. Su ciencia no pasaba de los límites del catecismo en que se halla contenida la doctrina cristiana. En ese pequeño volumen encontraba la tranquila luz de la verdad eterna, enseñanza inagotable, y la solución sencilla y profunda de todas sus dudas. Tampoco estaba su talento dotado de facultades extraordinarias; era lo que el mundo llamaría un talento vulgar, sin advertir que Dios lo había dotado con el genio de la virtud.

Á pesar, pues, de su escasa ciencia y de sus cortos alcances, vió claramente la cuestión propuesta por la viuda del modo que acabo de presentarla, y se encontró, si me es permitido el uso de esta imagen, entre la espada de su recta moral y la pared de su caridad ardiente.

Tal debió ser, digo mal, tal fué, pues me consta, la causa de su vacilación, y aunque por de pronto no supo qué responder á la grave dificultad que la viuda acababa de presentarle, no duró mucho tiempo su perplejidad, pues dándose una gran palmada en la frente, replicó diciendo:

—Esa es una emboscada. Sí, señora; Dios se enojará con la madre que venda el corazón de su hija, aunque emplee el dinero en socorrer y consolar todas las desgracias de la tierra: esto es claro como la luz del día; pero, vamos á cuentas, ¿quién habla aquí de vender corazón alguno? ¡Por vida de sanes! ¿Casarse es acaso venderse?... Bendito sea Dios, que todo lo dispone según su misericordia y su justicia: vivimos entre cristianos, y no entre turcos. Rosalía (añadió bajando la voz) puede llegar á ser la bendición de este pueblo sin hacer el sacrificio de su corazón.... ¿Qué sabemos?... ¿Cree V. que si hubiera bajado un oso de la sierra á pedir la mano de la muchacha habría yo venido á proponerle?...

—Supongo (dijo la viuda) que sea lo que se llama un buen partido....

—Un gran partido (añadió el P. Antonio): un gran partido.

—Joven.

—No es viejo.

—Hermoso.

—No es feo.

—Rico.

—Su fortuna es la más saneada del pueblo.

—Supongo también que ha concebido por mi hija un sentimiento profundo, un afecto verdadero.

—¡Oh! (exclamó el P. Antonio.) Eso es hablar de la mar. No sabe dónde ponerla.... Jura y perjura que la lleva en el pensamiento, y dice todos los desatinos que los hombres suelen decir en estos casos.... ¡Vamos!: da compasión oírlo.

—Pues bien (replicó la viuda): joven, según V. dice, de buena presencia, de buena fortuna, de ilus-

tre familia y enamorado como un tudesco, todavía se ofrece el principal inconveniente.

Quedóse el P. Antonio, al oír estas palabras, mirando atentamente á la viuda, con ojos llenos de asombro, y con la ingenuidad propia de su carácter, dejó escapar las siguientes frases:

—Señora (dijo): por lo visto, V. ha pensado casar á su hija con Napoleón I ó con el preste Juan de las Indias, á no ser que haya decidido conservarla para vestir imágenes.

—Se le ha olvidado á V. (contestó la viuda) incluir en el inventario una circunstancia muy importante. Tenemos en nuestro pretendiente juventud, belleza, amor, dinero, y un apellido recomendable. Muy bien, P. Antonio; pero ¿á cuántas estamos de virtudes?

—¡Por vida de sanes! (exclamó el sacristán de la ermita.) Para mí todos los hombres tienen virtudes. No es un anacoreta, pero es un buen hombre.

—¿Y ella?... ¿y Rosalía?... (volvió á preguntar la viuda.) ¿Cree V. que llene los deseos de su corazón ese matrimonio tan ventajoso?

—¿Por qué no?

—Por razones inexplicables, por caprichos incomprendibles, por misterios que no entendemos. Mi hija (añadió con cierto orgullo) es indiferente á las lisonjas que tanto halagan á las mujeres cuando tienen diez y seis años. Yo vigilo sus acciones, sus palabras, y espío hasta sus sueños, y sé que nada ha visto todavía que despierte en ella inclinación ninguna, ni persistente ni pasajera, ni de afecto ni de vanidad. Hasta ahora para ella los hombres no significan nada: su corazón está en el limbo.

—Mejor que mejor (insistió el P. Antonio). Eso es miel sobre hojuelas.... Quiere decir que....

—Quiere decir (repitió la viuda interrumpiendo al P. Antonio) que eso es impropio de su edad, que hay en su corazón un mundo extraño del cual se obstina en no salir, y esto es lo que me da miedo. Yo no sé si me explicaré bien; pero me sucede con esta criatura lo que con los niños que están dormidos: no se atreve una á acercarse á ellos por temor de despertarlos.

El P. Antonio se encogió de hombros, diciendo:

—¡Vaya! eso parece cosa de novela; son cavilaciones que debe V. desechar, porque es preciso ir pensando más juiciosamente. Creo que se le presenta á Rosalía un buen partido: ¿por qué ponerle bandera negra?

La viuda movió la cabeza por toda respuesta, y él prosiguió diciendo:

—¿Quién sabe si la muchacha habrá comprendido el caso? Porque, para estos asuntos, esos ángeles del cielo hablan con el demonio.

—No es posible.

—¡No es posible! Bueno. ¿Y si le agrada?

—Eso es más imposible todavía.

—Me va V. arrojando de todas mis posiciones; pero aún no me pronuncio en retirada. Hagamos la prueba; póngala V. en autos, y que ella decida.

—¡Nunca!—contestó la viuda con ademán resuelto.

Hubo un momento de silencio, durante el cual ambos interlocutores se contemplaron mutuamente, como dos enemigos que se miden antes de acometerse.

Es de creer que respectivamente experimentaran las mismas dudas que nosotros debemos haber concebido, viendo la insistencia del P. Antonio en lle-

var á buen término aquel repentino proyecto de matrimonio, y la resistencia de la viuda á entrar en negociaciones.

En verdad, era cosa extraña uno y otro empeño. ¿Por qué se obstinaba el P. Antonio en casar á Rosalía? ¿Por qué su madre se oponía tan resueltamente á un matrimonio que presentaba un conjunto tan favorable de buenas circunstancias? Las razones de la madre eran un tanto fantásticas y no poco especiosas; la conducta del P. Antonio era á su vez incomprendible. Por de pronto, sorprendía á la viuda que el buen sacerdote se hubiera encargado de aquella especie de tercería, y, en cuanto á él, parecía que nunca hubiera creído encontrar tan firme resistencia.

He aquí por qué se miraban uno á otro, queriendo sorprender en el ademán ó en la expresión el secreto impulso de sus respectivas conductas.

La sonrisa con que la viuda marcaba más expresivamente la intención de su mirada, daba indicios de que su perspicacia había penetrado algo en el secreto del P. Antonio; por el contrario, la actitud suspensa de éste revelaba que su espíritu se sumergía en un mar de confusiones. Tenía gran fe en la índole grave y juiciosa de la viuda, y no podía explicarse semejante locura.

Al cabo de algunos instantes de reflexión, dijo:

—Comprendo que no quiera V. compartir con nadie el cariño de su hija; pero, vamos: V. no ha de ser eterna: ¿y le parece á V. bien dejarla sola en el mundo?

La viuda bajó los ojos, como si quisiera ocultar la angustia que estas palabras producían en su alma, y el P. Antonio siguió diciendo:

—Sola y pobre.



Aquí exhaló un gran suspiro, como si las palabras que iba á añadir se arrancaran de lo íntimo de su pecho, y añadió:

—¡Cómo dispone las cosas la Providencia! Yo venía esta tarde alegre, creyendo que traía una buena noticia, y voy á salir de aquí triste, porque voy á dejar una noticia mala.

—¡Mala!—exclamó la viuda.

—No se trata del fin del mundo; pero es un contratiempo, que hace ya muchos días me quita el sueño. Yo guardaba este secreto; mas ya es preciso que V. lo sepa. Es una diablura. ¡Ya se ve!: cuando el demonio mete la pata....

—Sepamos la mala noticia (dijo la viuda, tratando de disimular su inquietud.) No dé V. más rodeos, puesto que es preciso que yo la sepa.

El P. Antonio se inclinó, acercando la boca al oído de la viuda, y bajando la voz cuanto le fué posible, articuló lentamente estas palabras:

—Tengo muy poderosas razones para asegurarle á V. que Rosalía no será la heredera de su tío.

—¡Ah! (exclamó la viuda sorprendida.) ¿Mi hermano se casa?

—¡Bah! No piensa en semejante cosa; pero tiene un heredero forzoso.

—¡Forzoso!....

—Pues.

—Yo soy su hermana única, y no hay otros parientes más cercanos. ¿Cómo puede ser eso?

—Es un heredero forzoso para la conciencia. ¿Comprende V.?

—Sospecho....

—Eso mismo: un extravío de los primeros años. ¿Qué culpa tiene la pobre criatura de que sus padres?.... Hay por medio una infeliz criatura, un po-

bre niño, que ya debe ser un hombre; un hijo, en fin, á quien ¡válgame Dios!, no puede darle su nombre.

—Y mi hermano, ¿qué piensa?

—¡Qué ha de pensar, si es su padre!....

—¡P. Antonio! (exclamó la viuda.) No sabe V. qué gran peso me quita de encima con esa noticia; yo no sabía nada, porque mi hermano es muy reservado, y, además, esas cosas debe costar mucho trabajo confesarlas. Y yo temía.... ¡qué visiones se ven algunas veces! ¡Claro está!: mi hermano, ¿en qué ha de pensar más que en su hijo?.... ¡Ay, P. Antonio! Cuando se tienen hijos, llenan el corazón de tal modo, que no dejan lugar para nada. ¿Y por qué no me lo ha dicho V. antes?.... Mi hermano (añadió con viveza) será un buen padre, ¿no es verdad, padre Antonio? Dedicará sus cuidados y todo su cariño á su hijo, porque así borraré su falta. Ahora comprendo la causa de la silenciosa tristeza que algunas veces distingo yo en su semblante. Tiene remordimientos.... debe tenerlos.... ¿No ha observado V. cómo relampaguean sus ojos cuando los fija en Rosalía, y cómo se estremece cuando ella ríe y cuando ella habla? Pues es sin duda alguna que la presencia de mi hija aviva en su corazón el recuerdo de su hijo.—¡Vamos, vamos!....! es una felicidad esta desgracia.

Hablando así, buscaba en los ademanes del padre Antonio asentimiento á sus palabras; pero el buen sacerdote, poseído de nueva sorpresa, permanecía inmóvil, sin saber qué pensar de aquella locuacidad repentina, cuyos conceptos no acababa de entender.

Al fin se encogió de hombros, diciendo:

—Todo eso significa que V. se alegra de que Rosalía no herede á su tío.

—¡Oh, sí! (se apresuró á decir la viuda.) Me alegro con toda mi alma.

Y, en efecto, la alegría iluminaba sus facciones con los vivos reflejos de un gozo inesperado.

El P. Antonio no alcanzaba la razón de este regocijo; mas volvió á su tema, dirigiéndole esta pregunta:

—¿Comprende V. ahora mi empeño en casar á la muchacha?

—Sí (contestó ella, dejando ver en sus ojos una mirada de gratitud). Ahora lo comprendo.

—¡Y bien!...

—¡Phs!... alguna vez será preciso pensar en ello; pero esto, que es siempre un asunto muy delicado, tratándose de Rosalía se hace el caso más grave, porque bajo esa apariencia indiferente se esconden sentimientos muy vivos: la más pequeña violencia hecha á su corazón le costaría la vida.

—No digo yo (replicó el P. Antonio con cierta impaciencia) que le echemos ahora mismo las bendiciones; pero si alguna vez hay que pensar en ello, ¿por qué no pensar ya?... La ocasión se presenta, y no hay razón para darle con la puerta en las narices.

La viuda movió la cabeza con ademán dudoso; pero estas últimas observaciones del P. Antonio debieron hacerle alguna fuerza, porque contestó diciendo:

—Dudo que ese misterioso pretendiente encuentre cabida en el corazón de Rosalía.

—¿Por qué?—preguntó el P. Antonio.

Miró la viuda al sacerdote con la sonrisa de compasión con que la suficiencia debe mirar á la ignorancia, y apoyando el codo sobre la rodilla, y la barba en el hueco de la mano, dijo:

—Si ese hombre hubiera alcanzado de Rosalía alguna señal de esperanza, no habría recurrido á V. para que le sirva de intermediario. Me parece que esto es claro como el agua.

El aire de convicción profunda con que fueron pronunciadas estas palabras, no dejaron duda en el ánimo del P. Antonio acerca de su exactitud, haciéndole reconocer, aunque interiormente, su insuficiencia en la materia. La viuda añadió:

—Y á todo esto, aún no sé el nombre. Veamos: ¿quién aspira á ser mi yerno?

Esta repentina é inesperada curiosidad era una esperanza. El P. Antonio creyó que el corazón de la madre se ablandaba ante la perspectiva de su hija desheredada, y se apresuró á pronunciar el nombre que la viuda había detenido en sus labios media hora antes.

En honor de la verdad, no fué un nombre propio lo que pronunció el P. Antonio, sino un mote, uno de esos sobrenombres tan comunes en los pueblos pequeños, y á que da origen cualquier circunstancia particular en la vida ó en la persona. Estos apodosos se heredan y pasan de padres á hijos, y de ellos se han formado muchos apellidos ilustres.

Al oír el nombre articulado por el P. Antonio, exclamó la viuda con risueño asombro:

—¡Hola! ¡*el Niño* piensa ya en esas cosas!

—*El Niño* (replicó el P. Antonio) ha cumplido ya veintiun años, está hecho un varal, tiene más fuerza que un toro, y maneja un par de mulas que no hay más que pedirle.

—Cierto: la mayor parte de las jóvenes del pueblo se darían por muy contentas con la boda que V. me propone para mi hija, porque *el Niño* es un buen partido: sabe leer, sabe escribir, reúne una

gran herencia, posee el mejor olivar de estas cercanías, tiene muchos pares de labor; pero Rosalía es caprichosa, y se le ha metido en la cabeza que *el Niño* es tonto de remate. Además, creo que el abuelo proyecta un matrimonio de familia, un matrimonio de conveniencia; por consiguiente, no debemos hablar más del asunto.

Semejantes palabras acabaron de disipar las esperanzas que el P. Antonio había concebido, y renunció humildemente á ellas.

—Bueno (dijo levantándose). No hay nada perdido; pero ¿con quién se va á casar esa muchacha?

—No sé (contestó la madre): eso es cuenta de ella; y ¡ojalá....!

La exclamación se detuvo en sus labios, como temerosa de descubrir un deseo imposible.

—Pues, señor (dijo el P. Antonio), levanto el sitio: he quemado hasta el último cartucho, y me vuelvo al monasterio. La paz de Dios sea en esta casa.

—V. la ha traído esta tarde, P. Antonio.

Ambos interlocutores se miraron un momento, la viuda con ojos llenos de gratitud, y el P. Antonio con ojos llenos de asombro. Este último salió de la casa pensativo, y se dirigió al santuario, dando vueltas en su imaginación á una especie de logogrifo que no acertaba á explicarse.

Él decía, hablando entre dientes:

—Que esta buena señora no tenga prisa por casar á su hija, no es lo corriente; pero, ¡vamos!, no me maravilla, y es natural que espere como llovido del cielo un yerno de muchas campanillas; mas, ¿por qué se alegra de que á Rosalía le haya salido un primo que de una mano á otra le quita la herencia de su tío?....

Ante esta pregunta se detenía su pensamiento

como un ciego que pierde el tino, y andaba á tientas, sin encontrar salida á la oscuridad del caso. En la sencillez de su entendimiento no había advertido que en el corazón de la madre se ocultaba algún secreto, algún triste y vago presentimiento, alguno de esos anuncios que, saliendo del fondo misterioso del alma, nos anticipan el temor inexplicable de futuras desdichas.

Ello es, por raro que parezca, que la viuda había recibido aquella mala noticia con muestras inequívocas de sincera alegría. Aquél sobrino ignorado, hijo de una falta que la viuda parecía dispuesta á disculpar acaso con excesiva benevolencia, y que aparecía de repente quitando á Rosalía la esperanza de una buena herencia, era efectivamente para la viuda un motivo de júbilo.

Desde que el P. Antonio le descubrió este secreto de su hermano, debió dilatarse su corazón íntimamente oprimido, porque la alegría se reflejó en su semblante como un rayo de sol sobre un cielo nublado.

Mas el P. Antonio encontró al fin la clave del enigma, pues al cruzar el solitario claustro del monasterio, iba diciendo á media voz:

—¡Bah!.... es una santa.... recibe con regocijo las contrariedades con que Dios prueba su paciencia.... esa es la virtud.

De esta manera la bondad de su corazón resolvió la duda de su entendimiento.

## CAPÍTULO VIII.

**El comandante y el asistente.**

Vivía el hermano de la viuda en la casa solariega de la familia, que, como ya sabemos, se hallaba separada de la de su hermana por un corral espacioso cerrado por dos tapias laterales, y por las paredes posteriores de ambas casas, cuyas fachadas principales caían á dos calles distintas y opuestas, que corrían paralelas de Mediodía á Norte; de manera que la humilde fachada de la pequeña casa de la viuda miraba á Oriente, mientras la gran fachada de la casa del hermano miraba á Poniente.

Eran dos casas verdaderamente opuestas, que se habían vuelto la espalda, y que formaban entre sí el más vivo contraste. La casa del hermano era un caserón antiguo, cuya puerta enorme aparecía decorada por dos columnas de piedra toscamente labradas, sobre cuyos capiteles descansaba el piso de un balcón tan espacioso como la puerta, del cual pendía, carcomido por la intemperie, el escudo de armas que atestiguaba el noble origen de la familia.

Dos balcones más pequeños, abiertos á igual distancia del balcón principal; dos ventanas cruzadas por barrotes de hierro como las rejas de una cárcel,

colocadas á uno y otro lado de la puerta, y tres tragaluces que abrían sus bocas ovaladas bajo el alero del tejado, componían todos los accidentes arquitectónicos de la fachada.

En la planta baja estaban las cuadras y la bodega, en el piso principal los salones, y en el último piso los graneros; pero á la sazón bodegas y cuadras se hallaban vacías, los salones desiertos y los graneros abandonados, porque el actual dueño tenía dadas en arrendamiento todas sus propiedades, y había desaparecido de la casa la animación que producen las tareas del campo.

El aspecto exterior de la casa era triste; más aún, sombrío; aquellas paredes ennegrecidas por el tiempo, surcadas por la lluvia; aquellos balcones siempre cerrados; aquella puerta siempre entornada, la cubrían de una sombra extraña de soledad y de abandono.

En cambio, la casa de la viuda era blanca y alegre; su modesta fachada, reducida á una puerta y dos rejas, sonreía, si es posible decirlo así, con la afable franqueza de una fisonomía ingenua.

En el interior de ambas casas resaltaba más vivamente el contraste que acabo de indicar. Las reducidas habitaciones que servían de albergue á la viuda y á su hija, brillaban por esa esmerada limpieza con que el aseo ennoblece lo mismo á las más humildes personas que al más modesto mueblaje. Podía decirse que la luz, al penetrar en esta estancia, se recreaba en la blancura de las paredes, en la tersura del pavimento, en la transparencia de los cristales. Al través de las rejas que daban al corral colgaban sus vástagos, sus racimos y sus flores la enredadera trepadora, la pomposa parra y los copiosos jazmineros, como si la naturaleza quisiera con-

tribuir al esplendor de este albergue, donde puede decirse que anidaban la viuda y su hija.

Para entrar en la casa del hermano era preciso empujar la pesada hoja de la puerta, constantemente entornada, y los enormes goznes, poco acostumbrados á las funciones de su oficio, rechinaban ásperamente, entorpecidos por la falta de uso. Una vez dentro, se encontraba el pavimento empedrado bajo el arco macizo de una bóveda, en cuyo muro se abría un nicho sin imagen, delante del que pendía un farol ennegrecido y roto. Al otro lado de este arco, semejante al ojo de un puente, se veía la escalera, formada de anchos peldaños de piedra con pasamanos de roble, que subía hasta el piso principal. Allí se encontraban tres puertas: la del salón, que nunca se abría, y sobre cuyas molduras tejían tranquilamente las arañas sus finísimas telas. La puerta de la derecha conducía á la cocina, y la de la izquierda á las habitaciones ocupadas por el dueño de la casa.

La primera pieza que salía al paso servía indudablemente de comedor, pues se veían en ella dos grandes aparadores de nogal con vajilla de loza, copas, vasos, botellas, fruteros, y una máquina de hacer café; había en medio una mesa redonda, y delante un sillón de baqueta, único mueble en que poder sentarse. Colegíase que el dueño de la casa no había de darse mala vida, y que los placeres de la mesa se los reservaba para él solo. Del comedor se pasaba á otra pieza guarnecida de sillas de alto respaldo, severamente talladas, y del sofá correspondiente á las sillas; sobre la pared campeaba una percha, en la cual descansaban una escopeta de dos cañones, una carabina de tiro y un gran cuchillo de monte. Arrinconada en un ángulo de la estancia, como un mueble inútil, yacía, digámoslo así, una

mesa de escritorio con su escribanía de plata empolvada, y sobre el mármol ennegrecido de la gran chimenea descansaba una caja de pistolas y un estuche con instrumentos de matemáticas. Un solo libro se veía en toda la estancia, libro de gran superficie y de poco fondo, que, apoyado contra el respaldo de una silla, dejaba ver en la cubierta, trazado con letras doradas, el siguiente título: *Album topográfico de la guerra de África*.

La habitación inmediata á esta era el dormitorio del hermano de la viuda, en el que no había más que la cama, una maleta vacía y un ropero lleno con todas las prendas de un equipaje militar. En un rincón, y encerrada en su funda de vaqueta, descansaba la espada de las fatigas del servicio. Junto á la cama había una especie de mesilla de noche, sobre la que se hallaban en amigable compañía una gran pipa, un reloj de bolsillo y un revólver de seis tiros, que venían á ser como tres formas de un mismo pensamiento.

La pipa indolente recordaba que son humo las grandezas de la tierra.

El reloj inquieto advertía la rapidez del tiempo. El revólver insensible daba testimonio de la fragilidad de la vida.

Esto es: la vida que se desvanece, la vida que huye, la vida que acaba.

No era posible cruzar el umbral solitario de esta casa casi desierta sin sentir cierta impresión fría, la impresión que debe experimentarse en el vacío; porque parecía que faltaba allí, si no el aire que respiran los pulmones, á lo menos el aire que respira el alma: era como una casa muerta: la lobreguez de aquellas paredes macizas cubiertas de polvo; el silencio y la sombra de aquellas mudas habitaciones;

la inmovilidad de aquellas puertas, en todo esto había algo de lúgubre, de sepulcral, de fúnebre.

Hacia veinticinco años que el hermano de la viuda salió de esta casa para incorporarse al ejército, pues en los cuatro años anteriores había adquirido, como alumno del colegio de artillería de Segovia, los conocimientos necesarios para arrasar el mundo en más ó menos tiempo, merced al ímpetu inicial de los proyectiles y á la fuerza expansiva de la pólvora. Era capaz de clavar una bala de cañón en la punta de una aguja, y hacía reventar una granada en el mismo punto adonde iba dirigida, como puesta con la mano. En una palabra: el joven alumno del colegio de Segovia, colocado detrás de una batería, era terrible; y era, por lo tanto, una esperanza de la patria, pues habiendo aprendido tan perfectamente el oficio de destruir, claro está que no perdería ocasión de abrirse paso en el camino de la gloria. Tal era, por lo menos, la ambición de su padre y el temor de su madre.

Salió de la casa colmado de abrazos y de bendiciones, dejando en ella las silenciosas lágrimas de su madre y los mal reprimidos sollozos de su hermana, sin que sus ojos se humedecieran ni temblaran sus manos al recibir aquellos abrazos, aquellas bendiciones y aquellas lágrimas; porque, ¡ya se ve!, el vistoso uniforme que vestía no podía consentirle señal alguna de debilidad que contradijera la dureza de corazón propia de aquel héroe en ciernes.

Á los veinticinco años de ausencia volvió al pueblo, siendo ya comandante de artillería, después de haber tomado parte en la campaña de África, y se encontró la casa desierta y á su hermana viuda. Había venido con licencia temporal, sin más fin que arreglar la administración de lo que constituía

su herencia desde la muerte de sus padres, abrazar á su hermana, y volverse otra vez al regimiento.

En los primeros días de su estancia en el pueblo era comunicativo: á pesar de la aspereza de su carácter, se mostraba afable con su hermana y cariñoso con su sobrina. Mas pronto comenzó á hacerse reservado, á huir del trato de las gentes, á encerrarse en su casa días enteros sin ver á nadie, dejando entender que alguna secreta inquietud agitaba su espíritu. Semejante cambio dió motivo á diversas suposiciones, conviniéndose al fin en que la vida pacífica del pueblo se avenía mal con las costumbres militares del hermano de la viuda. Indudablemente echaba de menos la vida de los cuarteles y el tumulto del mundo. Decididamente, en cuanto terminara el arreglo de los asuntos que lo detenían en el pueblo, le volvería de nuevo la espalda al lugar en que había nacido, Dios sabe hasta cuándo. Inducía á creerlo así el sistema que había adoptado para simplificar la administración de sus bienes, poniendo en arrendamiento todas las tierras de su propiedad.

No miraron todos con buenos ojos esta especie de desdén, porque la susceptibilidad de pueblo pequeño, que es la más impertinente de todas las susceptibilidades conocidas hasta el día, se dió por ofendida de que nuestro hombre no encontrara allí todas las delicias del paraíso con preferencia á las más bellas y á las más ricas capitales, y hasta hubo quien calificó de inmoral semejante proceder, fundándose en que era una ingratitud irse á gastar las rentas de su patrimonio á Madrid ó Barcelona, á Sevilla ó Valencia, pudiendo vivir en aquel pueblo tan sano, donde se moría la gente lo mismo que en todas partes. Claro es que las mujeres tomaban

gran calor en estas discusiones, porque el comandante era un solterón muy aceptable.

Este parecer casi unánime no impedía que cuantos vecinos lograban alguna prosperidad en su fortuna cambiaran de domicilio, yendo á buscar las ventajas que ofrecen las grandes poblaciones. Los restantes seguían profesando el principio de la inmovilidad humana, y no les faltaba razón; para vegetar como las plantas, es preciso echar raíces como los árboles; vida semejante á la vida de los alcornoques.

Este punto se discutía en el casino y en la tertulia del boticario, cuando corrió una noticia verdaderamente estupenda; á saber: que el hermano de la viuda había solicitado y obtenido su licencia absoluta. El secretario del ayuntamiento daba testimonio de la autenticidad del caso, mostrando la *Gaceta de Madrid*, donde oficialmente constaba el hecho.

Se hicieron diversas conjeturas acerca de este paso; pero el hermano de la viuda, cada vez más apartado del trato de las gentes que deseaban su amistad, retraído y taciturno, no dejó traslucir indicio alguno que descubriera la verdadera causa de su determinación. Por lo demás, se creía que había resuelto definitivamente fijar su residencia en el pueblo, haciendo una vida misteriosa é impenetrable.

Gil, soldado viejo, que acababa de cumplir el tiempo de su segundo enganche, á quien el comandante había traído á su servicio, era el único que al parecer merecía su confianza. Era á la vez su cocinero, su ayuda de cámara y su amigo, ó por lo menos su compañero inseparable.

Muchos días cargaba Gil con el morral de las

provisiones, su amo se echaba al hombro la escopeta, y tomando el camino de la sierra, se perdían en los pinares, trepando por las asperezas de las cumbres, de donde no solían volver hasta muy entrada la noche.

De vez en cuando visitaba el comandante á su hermana, y un observador atento que hubiera presenciado estas frías entrevistas, quizá habría advertido que ambos hermanos huían de toda intimidad, como si desconfiaran el uno del otro; parecía que se miraban con recelo, con miedo, á la vez que se espiaban como si mutuamente quisieran adivinarse.

De esta manera trascurrieron dos años, en que fueron inútiles los esfuerzos de los hombres por conquistar la amistad del comandante, y las travesuras de las mujeres por cautivar su corazón. Estas últimas no se resignaban fácilmente á sufrir en silencio el rigor de tan triste desengaño, y no pudiendo atribuir á la ineficacia de sus atractivos la invencible indiferencia del comandante, echaron el muerto á la viuda, suponiendo que la astuta hermana lo aislaba, influyendo sobre su voluntad para apartarlo de toda contingencia de matrimonio, movida por la codicia de la herencia, y tal vez con la idea de casarlo con la *feróstica* de su hija.

Algunas temían que la *mala lengua* de la viuda hubiera contado á su hermano algunas de esas historias que se refieren en confianza, de oído en oído, y que corren de boca en boca con el mayor secreto, y á que dan motivo, lo mismo en los pueblos grandes que en los pueblos pequeños, las seducciones de los hombres y las fragilidades de las mujeres. Esta suposición indignaba á unas, y hacía morderse los labios á todas.

Por lo que hace á los hombres, no concebían que el comandante pudiera aburrirse en una sociedad cuya conversación giraba siempre sobre los accidentes atmosféricos, si llueve ó no llueve, si lloverá ó ha debido llover, si el aire de arriba es malo para la aceituna, si el aire de abajo es pésimo para las viñas... conversación amenizada con toda la chismografía de vecindad que los más desocupados recogían de la boca de los más habladores.

No pudiendo concebir el fastidio en tan amena comunicación de pensamientos, achacaban el aislamiento del comandante á una simple manía. Privarse así voluntariamente de las delicias de un trato tan variado, tan ameno, tan entretenido, y, sobre todo, tan instructivo, no podía ser más que un principio de locura. El boticario, sobre todo, sostenía que la cabeza del comandante no estaba sana.

El día en que nosotros vamos á empezar á penetrar en el secreto de esta misteriosa existencia, era un hermoso día de primavera. La luz de la mañana entraba en el dormitorio del comandante al través de las junturas de la puerta, llenando de ráfagas luminosas la oscuridad de la estancia, que se marcaban en la sombra por líneas de polvo, cuyos átomos suspensos en la inmovilidad del aire brillaban heridos por los rayos del sol. Llegaba allí la alegre algarabía de los innumerables pájaros que anidaban en los agujeros de las paredes y en los huecos de las tejas.

El hermano de la viuda parecía entregado á las delicias del sueño, de ese sueño que tan agradablemente nos embarga en las mañanas de Abril, que son las más dulces de dormir. Dormía indudablemente, porque la respiración ronca y profunda sonaba á intervalos, produciendo el rumor sordo é in-

termitente de un trueno lejano, como si en las profundidades de su pecho se agitara el fuego oculto de un corazón tempestuoso.

Dormía indudablemente, porque sus ojos cerrados no distinguían la sombra de Gil, que, andando cautelosamente con las puntas de los pies, se acercaba poco á poco.

Llegó el soldado hasta la cabecera de la cama, é inclinándose sobre la cabeza de su amo, permaneció así algunos instantes, al parecer, indeciso acerca del partido que debía tomar. Luego se enderezó marcialmente, se encogió de hombros, y alzando la mano derecha hasta la altura de la cabeza, hizo un saludo militar, y comenzó á retirarse andando de espaldas.

Una silla de maciza estructura y de enorme respaldo, colocada accidentalmente en medio de la estancia, vino á burlar todas las precauciones de aquella retirada silenciosa, en el momento en que Gil creía que llegaba á la puerta del dormitorio.

La silla, que por lo visto no estaba advertida, detuvo los pasos del soldado, cortándole la retirada. Al sentir Gil á su espalda este obstáculo inesperado, hizo un movimiento imprevisto, y, sin saber cómo, sin que él mismo acertara á explicárselo, la silla, empujada por las piernas del soldado, se empinó sobre los pies de atrás, vaciló un instante, y cayó de espaldas, haciendo sonar con estrépito su enorme respaldo sobre las baldosas desnudas del pavimento.

—¡Ah bribón! (gritó el comandante, incorporándose y cogiendo el revólver que tenía junto á la cabecera de la cama.) Ha llegado la última hora de tu vida.

Gil, por toda réplica, se cuadró militarmente con todo el rigor de la Ordenanza, y llevándose una



y otra mano á una y otra oreja, tiró de ambas, ni más ni menos que si hubiera querido arrancárselas á un tiempo.

—¡Firmes!—volvió á gritar el comandante.

Gil bajó los brazos de golpe, uniendo las palmas de las manos á las costuras laterales del pantalón, adoptando la actitud y la inmovilidad de un recluta.

—No te mato (dijo el hermano de la viuda bajando el revólver con que le apuntaba), porque antes quiero desollarte vivo.

Gil no hizo movimiento ninguno.

—Abre ese postigo (añadió su amo), porque quiero ver con qué ojos te atreves á mirarme.

El soldado se dirigió al balcón, y abrió el postigo de par en par, á través de cuyos vidrios empolvados entró la luz á torrentes.

—¿Á qué venías? (preguntó el comandante.) ¡Vamos, habla!

—Yo (contestó Gil) no venía.

—¡Cómo!.... ¡Tubantel!.... ¿Vas á negarme lo mismo que estoy viendo?

—Es que me iba,—replicó Gil.

—¿Y á qué habías venido?

—Usía dijo anoche que quería levantarse muy temprano.

—Anoche quería eso, imbécil; pero esta mañana habría estado durmiendo hasta el fin del mundo. ¿De qué te sirven tus veinte años de servicio, si todavía no has llegado á comprender que cuando estoy durmiendo es que no quiero despertarme? ¡Ah.... bribón!.... Me has quitado el sueño más delicioso que he tenido en mi vida.

Gil suspiró, como quien comprende todo el valor de las palabras que acababa de oír. Sin duda él tenía también delicias que soñar, delicias que, se-

mejantes al vidrio, se quebraban al tocar las duras asperezas de las realidades de la vida.

—Aún suspiras por el regimiento (siguió diciendo el comandante), ¿no es esto?

—Allí se vive,—contestó el veterano.

—Eso significa que quieres volver á engancharte.

Gil movió la cabeza circularmente, como si al mismo tiempo quisiera decir que sí y que no.

—Bueno (siguió diciendo el comandante); mientras lo piensas, acércame la ropa, que voy á vestirme.

Luego que estuvo vestido, Gil se dirigió á la puerta; pero su amo le dijo:

—Ven acá.

Ante esta orden giró sobre el talon izquierdo, y dió frente á retaguardia.

—Uno.... dos.... ¡alto!

Siguiendo al pie de la letra estas voces de mando, dió dos pasos hacia el comandante, y se detuvo.

—Óyeme bien: en un abrir y cerrar de ojos vas al monasterio....; pero antes levanta esa silla que tu torpeza ha hecho rodar por el suelo.

Levantó Gil la silla con mano vigorosa y airada, pues alzándola sobre su cabeza, parecía que iba á estreñarla contra el suelo; pero se contuvo, la bajó suavemente, y la dejó en su sitio.

—Vas al monasterio (volvió á repetir el comandante). Allí encontrarás al P. Antonio.... Bésale la mano, bribón, que aunque ha sido un *carcunda* como tú, lleva una corona como un plato y es un cura hecho y derecho. Así que le beses la mano, te lo traes.... ¡Ea!.... media vuelta á la izquierda.... de frente.... paso redoblado.... ¡marchen!....

Estos movimientos fueron ejecutados con rigurosa precisión, y Gil salió de la estancia con aire marcial, echando al paso una mirada rencorosa sobre la

silla que lo había puesto en la grave contingencia de ser desollado vivo.

Luego que el ruido de las pisadas de Gil se perdió en el hueco silencioso de la escalera, el comandante cruzó los brazos sobre el pecho, y comenzó á pasearse de un extremo á otro de la habitación, lanzando de tiempo en tiempo suspiros tempestuosos. De vez en cuando se detenía pensativo, atusaba sus largos bigotes, y fruncía el entrecejo. Últimamente, cogió una carta abierta que había sobre la mesilla de noche, se acercó al postigo del balcón, y empezó á leerla.

## CAPÍTULO IX.

### Espionaje.

Antes que el comandante terminara la carta que tenía en la mano, fué sorprendido por una detonación que resonó en la habitación inmediata, semejante al estampido de un arma de fuego. Alzó los ojos y miró tranquilamente á su alrededor, arqueando sus grandes y pobladas cejas, que casi se unían en el nacimiento de la nariz, y frunciendo la boca en señal de que no atinaba con la causa de aquel estrépito.

Sobre la chimenea del comedor se hallaba la caja de las pistolas; pero no era posible que se hubieran disparado por sí mismas; en cuanto á las escopetas, era más imposible todavía, en razón á que no estaban cargadas; y por lo que hace al revólver, inmóvil sobre la mesilla de noche, conservaba en su tambor de acero los seis tiros intactos de que se hallaba provisto.

Sin embargo, el comandante había oído en el momento de la explosión algo semejante al choque del proyectil que rebota en las paredes. Para salir de dudas, cruzó la pieza inmediata y entró en el

silla que lo había puesto en la grave contingencia de ser desollado vivo.

Luego que el ruido de las pisadas de Gil se perdió en el hueco silencioso de la escalera, el comandante cruzó los brazos sobre el pecho, y comenzó á pasearse de un extremo á otro de la habitación, lanzando de tiempo en tiempo suspiros tempestuosos. De vez en cuando se detenía pensativo, atusaba sus largos bigotes, y fruncía el entrecejo. Últimamente, cogió una carta abierta que había sobre la mesilla de noche, se acercó al postigo del balcón, y empezó á leerla.

## CAPÍTULO IX.

### Espionaje.

Antes que el comandante terminara la carta que tenía en la mano, fué sorprendido por una detonación que resonó en la habitación inmediata, semejante al estampido de un arma de fuego. Alzó los ojos y miró tranquilamente á su alrededor, arqueando sus grandes y pobladas cejas, que casi se unían en el nacimiento de la nariz, y frunciendo la boca en señal de que no atinaba con la causa de aquel estrépito.

Sobre la chimenea del comedor se hallaba la caja de las pistolas; pero no era posible que se hubieran disparado por sí mismas; en cuanto á las escopetas, era más imposible todavía, en razón á que no estaban cargadas; y por lo que hace al revólver, inmóvil sobre la mesilla de noche, conservaba en su tambor de acero los seis tiros intactos de que se hallaba provisto.

Sin embargo, el comandante había oído en el momento de la explosión algo semejante al choque del proyectil que rebota en las paredes. Para salir de dudas, cruzó la pieza inmediata y entró en el

comedor. Su primer movimiento fué arrojarle sobre la mesa y soplar vigorosamente, exclamando después:

—¡ Ah tunante!... Esta es la segunda que me haces hoy.

Gil había tenido la imprevisión de no advertir á su amo que la maquinilla de hacer café quedaba ardiendo sobre la mesa; y ¡es claro! el vapor contenido dentro del recipiente no quiso esperar más tiempo, y buscó salida, haciendo saltar con impaciente violencia el tapón de corcho que le cerraba el paso.

Este accidente recordó al comandante su costumbre de preparar el estómago con una gran taza de café, á la cual seguía su correspondiente copa de ron, despertando de esta manera el apetito, para hacerle después al almuerzo los honores debidos.

El café, el ron y el tabaco son tres amigos inseparables; el que conoce á uno de ellos, acaba por intimar estrechamente con los dos restantes.

Café puro, ron de la Jamaica y tabaco habano, son tres elementos de felicidad que han venido del otro mundo para hacernos dichosos en este. ¿Qué sería sin café, sin ron y sin tabaco del soberbio festín de Baltasar á que nos convida la moderna Babilonia?...

El comandante dispuso de nuevo la máquina, llenó de ron de color de ópalo una copa trasparente de cristal tallado, y mientras el agua hervía en el seno del recipiente recogiendo la esencia succulenta del café, se entretuvo en cargar el ahumado vaso de la pipa con repetidas capas de sustancioso tabaco.

Cualesquiera que fuesen las inquietudes ocultas del comandante, no por eso dejaba de darse buena vida, proporcionándose las satisfacciones posibles

por lo que hacía á las exigencias de su paladar, si hemos de inferirlo por el triple perfume del café, del tabaco y del ron, que á la vez se escapaba de la taza, de la pipa y de la copa.

Sorbía á grandes tragos el delicioso brebaje que humeaba en la taza, saboreaba en ligeras libaciones el trasparente licor que brillaba en la copa, y extraía de la boquilla de ámbar de su pipa largas bocanadas de humo azul, que se extendían sobre su cabeza en indolentes y caprichosas ondulaciones.

Sentado en el sillón de vaqueta, paladeaba las últimas gotas de ron, cuando hirió sus oídos el eco de una voz de hermoso timbre, que no lejos de allí cantaba; eco armonioso que lo dejó suspenso, pendiente de la voz, como si no quisiera perder ni una nota de aquel canto.

Se comprende perfectamente que un músico hubiera experimentado admiración y sorpresa al oír las cadencias de tan afinado instrumento, porque la voz era fresca, pastosa y brillante, y en el estilo dejaba traslucir un gusto exquisito; pero el comandante no entendía nada de esto; jamás había comprendido las bellezas de la música, ni había mostrado empeño por comprenderlas; la banda de trompetas de su regimiento y las detonaciones de la artillería eran las únicas notas musicales que en-  
contraban eco en sus oídos.

No obstante: aquel acento hacía vibrar alguna cuerda oculta en el fondo de su pecho, porque se puso de pie, dejó la copa sobre la mesa, y se deslizó suavemente hacia la habitación contigua en dirección al dormitorio, en pos de la voz que seguía cantando.

Enfrente de la cama, y en la pared opuesta á la del balcón, había una puerta de escape, que debía

comunicar con las habitaciones interiores de la casa, y al otro lado de esta puerta sonaba el canto, y ante ella se detuvo el hermano de la viuda, después de poner la mano sobre el picaporte de hierro que la cerraba. Muy suavemente oprimió la puerta, que, después de oponerle una débil resistencia, gimió al abrirse.

Entonces se sintió inundado por una bocanada de aire fresco, en cuya onda fugitiva se respiraban todos los perfumes de la primavera, y aspirándola con ansia, salió cautelosamente á un ancho corredor con barandal de madera, que servía de comunicación entre los dos ángulos posteriores de la casa.

Este corredor se hallaba cubierto en parte por la doble cortina de una enredadera que, trepando desde el corral que separaba la casa de la viuda de la casa de su hermano, tejía con incansable empeño su movable cortinaje de vástagos, de hojas y de flores, cubriendo el hueco del corredor, como si intentara cerrar el paso á las miradas indiscretas.

Indudablemente el comandante no quería ser visto, pues se colocó detrás de la enredadera en el punto en que era más espeso el tejido de las hojas, y allí, al través de los vástagos que se cruzaban caprichosamente delante de sus ojos, lanzó la mirada.

Hemos llamado corral al terreno interpuesto entre las dos casas; pero, en honor de la verdad, merecía el nombre de jardín. Las tapias laterales desaparecían bajo el manto de dos rosales del Borneo, que, frente á frente uno del otro, tendían sus menudas hojas y abrían sus multiplicadas flores en noble competencia. Á uno y otro lado de la puerta, y sombreando las ventanas, habían nacido dos jazmineros, que tendían ufanos sus hojas de seda y sus flores de nácar.

Los cuatro ángulos se hallaban ocupados por cuatro tiestos de barro encarnado, sobre los que se erguían cuatro ramos de azucenas como cuatro estatuas. Dobles hileras de macetas formando calles presentaban á la vista y al olfato variedad interminable de formas, de colores y de perfumes. En el centro levantaba su pomposa copa un limonero que empezaba á respirar el aura de la vida, y á su sombra brillaba un espejo de agua encerrado en su marco de piedra, en cuyo fondo se veían nadar peces de colores, pues hacía las veces de estanque una gran pila empotrada en la tierra.

Tal era el cuadro que el comandante sondeó con sus ojos al lanzar la mirada al través de la enredadera.

La voz que cantaba se detuvo antes de terminar la frase que modulaba, y prorumpió en una armoniosa carcajada, hilaridad intempestiva, que hizo fruncir el entrecejo al comandante, sin duda alguna poco satisfecho del efecto que le producía: tal vez creyó que había sido sorprendida su presencia, y que era objeto de burla; mas semejante suspicacia carecía de todo fundamento, porque la causa de aquella interrupción y de aquella risa era bien diversa.

Rosalía, que regaba las plantas y las flores de su pequeño jardín, era la que, animada por esa íntima alegría que despiertan en el alma la juventud y la primavera, daba en las melodiosas notas de su canto franca salida á las secretas y misteriosas emociones que sentía. Cantaba como cantan los pájaros, como brilla la luz, como ondea el agua, sin pensar en ello.

De una de las ramas del limonero pendía la jaula del mirlo, y el pájaro, siguiendo con atento oído el canto, daba de tiempo en tiempo notas acordes, que

revelaban el instinto musical con que la naturaleza ha dotado á los mirlos. Esta segunda voz formaba una especie de acompañamiento. De pronto la frase caía en una salida imprevista, verdadero capricho del compositor, y el mirlo, sorprendido por aquel cambio de tono inesperado, prorumpió en una nota en falso. Esta desafinación fué la que produjo la carcajada de Rosalía.

El comandante, fijo en ella, espiaba todos sus movimientos con visible complacencia; parecía absorto en la contemplación de aquella criatura movable y risueña, que iba y venía entre las flores que brotaban de las macetas, inconstante y ligera como una mariposa.

Una bata de percal blanco sembrado de pequeños lunares de color de púrpura, bajaba de sus hombros en graciosos pliegues, y ceñéndose á la cintura por medio de una cinta de la misma tela, marcaba los flexibles contornos del talle, dejando adivinar la pureza de líneas de un bello dibujo. La garganta, desnuda, brillaba con ese tornasol con que iluminan la tez aterciopelada de las mujeres morenas los ardientes rayos del sol del mediodía, mientras los rizos negros, abandonados á sus naturales ondas, vagaban copiosos alrededor de la frente, bajo la que resplandecía el iris magnífico de sus ojos, del mismo modo que resplandecen las estrellas en la sombra espaciosa de la noche, realzando la suave claridad de las mejillas, frescas por la juventud y sonrosadas por la alegría.

Verdaderamente la mirada de un artista, de un simple aficionado á saborear los atractivos del arte, habría recogido uno por uno todos los pormenores de tan gracioso conjunto, examinándolos con la atención minuciosa de una estética más ó menos subli-

me; pero el comandante no había experimentado jamás la felicidad de las impresiones artísticas. Se reía de los poetas que pintan, de los poetas que esculpen y de los poetas que escriben, como el gran Napoleón se burlaba de los ideólogos; sobre todos los museos artísticos del mundo, estaba para él el Museo de artillería. Su entendimiento, poco delicado, poco sensible, no percibía las bellezas del arte; el mejor lienzo de Rafael, de Rubens, de Velázquez ó de Murillo, lo habría cambiado sin vacilar por cualquier lienzo de muralla; ante la catedral de Burgos se encogía de hombros, mientras sonreía de satisfacción contemplando las troneras de los reductos por donde asoman las bocas salvajes de los cañones; la misma cúpula de San Pedro no ofrecía encanto alguno á sus ojos, pareciéndole muy superior el castillo de Monjuich.

Como Omar incendió la Biblioteca de Alejandria, habría él arrasado los más bellos monumentos para probar al mundo la precisión rigurosa de su puntería.

Sin duda alguna se decía á sí mismo :

«Para estatua, la del centinela que pasea el fusil delante de la puerta del cuartel.... Para arte... ¡bah!.... el arte de la guerra.»

Pues bien: esta naturaleza antiartística, movida por un corazón duro y áspero como el casco de una bomba, contemplaba con amorosa complacencia los rasgos delicados, los contornos graciosos, las líneas movibles, la luz y la sombra que se destacaban en la persona de Rosalía, como si aspirara, digámoslo así, el puro aticismo de su esbelta figura.

Detrás, y al través de las ramas entrelazadas de la enredadera, el comandante seguía espiando á su sobrina con esa avidez silenciosa y cauta con que el

gato sigue los movimientos del pájaro que salta delante de sus ojos codiciosos.

Nada más lejos del ánimo de Rosalía que el atento espionaje de que era objeto; se creía libre de toda mirada curiosa y de toda observación impertinente, y se entregaba al abandono que la soledad discreta nos consiente y la sociedad severa nos prohíbe.

Los más ocultos pensamientos de su alma se dibujaban en la ingenuidad de su semblante, seguros de que nadie viniera á sorprenderlos.

La admiración que le causaban los vivos matices, los gallardos ramos y las frescas corolas de las flores, demostraban las inclinaciones de su gusto hacia estas delicadas obras de la naturaleza, á quien Dios infunde el divino secreto del arte supremo.

En este pequeño mundo, encerrado entre cuatro paredes, se puede decir que vivía su alma. Acaso encontraba cierta relación misteriosa entre aquellas flores y sus propios pensamientos; tal vez se presentaban á sus ojos como imágenes risueñas de sus esperanzas, de sus deseos y de sus ilusiones.

Con una regadera de metal blanco, que brillaba como un jarrón de plata, fué rociando una á una las macetas, hasta dar una vuelta alrededor del pequeño jardín, y luego se acercó al estanque de los peces, que saltaron inquietos al ver la imagen de Rosalía dibujarse en el fondo del agua.

Esta visita era, por lo visto, esperada, pues todos subieron á la superficie como para recibirla, cubriendo las ondas tranquilas del estanque con relámpagos de todos colores.

Entonces la hija de la viuda recogió sobre el hombro derecho la ancha manga de la bata, y descubrió un brazo fino, redondo y nervioso, cuya piel suave resplandecía como la seda.

En aquel momento debió cruzar por la altura de las tapias del jardín alguna ráfaga de aire fugitivo, porque la enredadera que cubría el hueco del corredor se estremeció ligeramente.

Rosalía sumergió la mano en el agua, y los peces, asustados, huyeron; mas poco á poco, dando muchas vueltas, se fueron acercando, hasta morder las migas de pan que aquella mano de niña les ofrecía. Los peces saltaban por encima, disputándose la posesión del cebo apetecido.

Un pez amarillo y negro como los paños fúnebres, más impaciente que los demás, se lanzó sobre la mano; pero al sentir el contacto de los dedos de Rosalía, sacudió con violencia su cola de dos puntas, y desapareció en el fondo del estanque, haciendo que las migas de pan flotaran libres sobre el agua.

Si los peces tuvieran voz, habrían prorumpido en aquel momento en un grito de triunfo; y si, como los hombres, pudieran comprender el valor de las grandes hazañas, el pez negro y amarillo hubiera sido proclamado héroe y ceñida su frente con el laurel de la victoria; pero, por de pronto, sólo pensaron en aprovecharse de los beneficios de aquella audacia afortunada, entrando á saco en el pan como en país conquistado.

Rosalía se alejó del estanque, andando con lentitud majestuosa, y se dirigió hacia un clavel magnífico que abría ufano sus hojas de color de fuego. Sin duda era esta flor gallarda la flor favorita de la hija de la viuda, pues acercó á ella los labios frescos y sonrosados, para aspirar su perfume ó para besarla.

Bajo la sombra de la parra, y en el umbral de la puerta, se sentó sobre un taburete de tapicería que

ella misma había bordado, y colocando sobre las rodillas un pequeño costurero, enhebró la aguja, y comenzó su diaria tarea, si no precisamente triste, por lo menos pensativa.

Se hallaba colocada de manera que el comandante la veía de frente, y pudo observar la tierna vehemencia con que de vez en cuando alzaba los ojos al cielo, y pudo percibir las dilataciones de su pecho hinchado por los suspiros.

Hay una edad, llena de misteriosas sensaciones, en que el corazón de las mujeres pasa fácilmente de la alegría á la tristeza, y de la tristeza á la alegría.

La psicología, que pretende sorprender el secreto en que se ocultan las relaciones que existen entre el espíritu y la materia, nos haría sobre este punto una disertación probablemente indigesta, mas no por eso menos pretenciosa. Nosotros, que no aspiramos á tanta sabiduría, y que tenemos por peligroso el empeño de penetrar en el fondo de aquellas cosas que Dios ha velado á la mirada del hombre, debemos contentarnos con exponer el fenómeno, sin caer en la tentación de perdernos en las oscuridades de la sustancia.

La misma Rosalía no acertaría á explicarnos estos secretos cambios de su espíritu, estas transformaciones de su pensamiento, esta luz y esta sombra de su alma.

Por lo que hace al comandante, no es de presumir que buscara en las regiones de la filosofía la explicación de lo que estaba viendo; pero, sea como quiera, miraba, no con asombro, sino con curiosidad, con la curiosidad del astrónomo que observa el movimiento de un astro, descubriendo en su curso un rumbo previsto, como si el corazón de Rosalía, vagando en el espacio de las ilusiones y de los

deseos, empezara á girar dentro de su propia órbita alrededor del centro atractivo de su íntimo pensamiento.

No presentaba la fisonomía del comandante ningún rasgo que advirtiera la existencia dentro de su cabeza de un espíritu pensador; pero en el momento en que lo hallamos, daba inequívocas señales de absorta preocupación. Miraba á su sobrina como quien comprueba la exactitud de un cálculo, y parecía satisfecho del éxito de sus observaciones. Su semblante demostraba poco más ó menos la emoción de un jefe de emboscada que distingue los movimientos desprevenidos del enemigo que se acerca.

Por los detalles que dejamos apuntados, y por otros que antes tendría recogidos el comandante, habría hecho su composición de lugar respecto á su sobrina, pues indudablemente proyectaba algo acerca de ella; si no, sería inexplicable este extraño espionaje.

Rosalía continuó cosiendo, y el comandante observando.

—Bien (dijo este último, hablando consigo mismo, como quien hace el resumen de sus observaciones). La pieza está cargada, la pólvora es fina y de una gran fuerza expansiva, no hay más que aplicar la mecha, y la explosión es segura. Esa naturaleza (añadió) empieza á sentir que la sangre arde en sus venas; sus deseos no han adquirido aún la realidad que buscan; esto es, el proyectil lanzado corre el espacio sin encontrar el blanco. Estamos en el momento crítico. La niña empieza á sentir que es mujer.... ¡Bah!.... Ya era tiempo.

Puesto este corolario como término á sus consideraciones, se cruzó de brazos, é inclinando la cabeza sobre el pecho, parecía, dadas sus inclinaciones



militares, que combinaba los términos de algún plan estratégico.

Salvas algunas diferencias, podía compararse su actitud meditabunda á aquel aire reflexivo con que nos pintan á Napoleón pasando los Alpes.

El genio militar del César francés iba meditando la conquista de Europa y la dominación del mundo. ¿En qué conquista pensaba este oficial de artillería en el solitario corredor de su desierta casa? ¿Á qué dominación aspiraba?

Por lo visto, la imaginación le presentó como la cosa más fácil del mundo la realidad de sus propósitos, porque, restregándose las manos una contra otra, dejó ver la satisfacción interior de que se hallaba poseído su ánimo; y las asperezas de la expresión habitual de su rostro aparecieron iluminadas por los reflejos de la alegría.

De pronto hizo un movimiento; se volvió rápidamente sobre la derecha, y alzando el brazo en toda su extensión y mostrando el puño cerrado, lo agitó en el aire como una maza, decidido á lanzar una soberbia puñada, ni más ni menos que si se viera súbitamente acometido por un terrible adversario.

## CAPÍTULO X.

### La confesión.

Antes que el puño del comandante asestara el golpe con que amenazaba, Gil, cuya figura se dibujaba en el marco de la puerta, hizo frente á la puñada que se le venía encima, cuadrándose, y diciendo:

—Señor, ahí está el *carcunda*.

El puño se detuvo sobre su cabeza, y los ojos del fiero comandante expresaron la duda que le causaban las palabras del soldado, y éste añadió:

—Digo que ahí está el señor cura.

—¡Ah, sí! (exclamó bajando el brazo, y como quien recuerda una cosa olvidada); pero, bribón, ¿cómo has tardado tanto tiempo?

—No he gastado más tiempo que el necesario para llegar á la mitad del camino.

—¿Entonces, quiere decir que no has ido al monasterio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el P. Antonio se opuso á ello.

—¿De qué manera?

—Saliéndome al paso en el camino.

—¿Venía?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

militares, que combinaba los términos de algún plan estratégico.

Salvas algunas diferencias, podía compararse su actitud meditabunda á aquel aire reflexivo con que nos pintan á Napoleón pasando los Alpes.

El genio militar del César francés iba meditando la conquista de Europa y la dominación del mundo. ¿En qué conquista pensaba este oficial de artillería en el solitario corredor de su desierta casa? ¿Á qué dominación aspiraba?

Por lo visto, la imaginación le presentó como la cosa más fácil del mundo la realidad de sus propósitos, porque, restregándose las manos una contra otra, dejó ver la satisfacción interior de que se hallaba poseído su ánimo; y las asperezas de la expresión habitual de su rostro aparecieron iluminadas por los reflejos de la alegría.

De pronto hizo un movimiento; se volvió rápidamente sobre la derecha, y alzando el brazo en toda su extensión y mostrando el puño cerrado, lo agitó en el aire como una maza, decidido á lanzar una soberbia puñada, ni más ni menos que si se viera súbitamente acometido por un terrible adversario.

## CAPÍTULO X.

### La confesión.

Antes que el puño del comandante asestara el golpe con que amenazaba, Gil, cuya figura se dibujaba en el marco de la puerta, hizo frente á la puñada que se le venía encima, cuadrándose, y diciendo:

—Señor, ahí está el *carcunda*.

El puño se detuvo sobre su cabeza, y los ojos del fiero comandante expresaron la duda que le causaban las palabras del soldado, y éste añadió:

—Digo que ahí está el señor cura.

—¡Ah, sí! (exclamó bajando el brazo, y como quien recuerda una cosa olvidada); pero, bribón, ¿cómo has tardado tanto tiempo?

—No he gastado más tiempo que el necesario para llegar á la mitad del camino.

—¿Entonces, quiere decir que no has ido al monasterio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el P. Antonio se opuso á ello.

—¿De qué manera?

—Saliéndome al paso en el camino.

—¿Venía?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

—Sí.

—¡Imbécil!—dijo el comandante.

Quedóse Gil con la duda de si iba dirigida á él la exclamación de su amo, ó si el imbécil era el padre Antonio.

Éste esperaba entre tanto, paseándose tranquilamente en la habitación comprendida entre el comedor y el dormitorio, formando diversos cálculos acerca de aquel llamamiento tan urgente como inesperado.

Alguna cosa extraordinaria ocurría; esto era indudable; pero ¿qué cosa podía ser esta? He ahí lo dudoso.

—¿Querrá morirse? (se preguntaba á sí mismo el P. Antonio.) ¿Para qué me necesita á mí este santo varón?... ¡Ya!... acaso quiera desahogar su conciencia; porque, al fin, todos andamos por el mundo cayendo y levantando. ¡Vamos!: Dios le ha tocado en el corazón, y me llama para confesarse. Debe tener el saco muy lleno; pero estos pecadores son los que con su arrepentimiento llenan de alegría al cielo. Estas almas enfermas son las que necesitan más dulzura en las palabras y en las advertencias de aquel á quien confían sus faltas. ¡Señor (añadió levantando los ojos al cielo), dadme toda la unción necesaria para que yo pueda llevar el bálsamo de vuestra divina gracia al seno de su conciencia atribulada. Dadle el arrepentimiento de la Magdalena, las lágrimas de San Pedro y la fe de todos los Santos....

Aquí llegaba en el fervor de su oración mental, cuando se encontró frente á frente del comandante.

En honor de la verdad, el hermano de la viuda no ofrecía en su aspecto nada de aquella humilde compunción de que debe hallarse poseído el pecador

contrito que se acerca al tribunal de la penitencia; antes al contrario, mostraba un aire resuelto, dibujándose bajo sus enormes bigotes una sonrisa casi burlona; pero el P. Antonio no solía llevarse de las exterioridades, y pensó que un comandante de artillería no había de mostrar el fervor de su arrepentimiento del mismo modo que una monja.

Por otra parte, el aire resuelto dejaba traslucir el firme propósito de una resolución, y no se necesita poca voluntad para renunciar decididamente á las malas costumbres, á los malos pensamientos y á las malas acciones.... Se sonreía.... ¡Bien! ¿y qué?.... Se reía probablemente del demonio, de cuyas garras iba á escaparse, dejándolo con tres palmos de narices.

El acto de humildad y de penitencia que iba á consumir, bien puede ser ocasión de angustia, de tristeza y de lágrimas, porque cuando es sincero, es muy hondo el dolor que despierta en la conciencia la memoria de la culpa; mas también puede ser y es motivo de íntimo gozo, porque nada llena el alma de tanta alegría como el arrepentimiento.

El P. Antonio lo pensaba todo, antes que pensar mal del prójimo. Además, la idea de absolver al comandante de todas sus culpas le era tan agradable, que no se sentía dispuesto á renunciar fácilmente á ella después de haberla concebido.

Al ver entrar al penitente, el confesor se descubrió, arrancando de sus sienes el gorro de felpa negra que siempre llevaba, mientras el comandante, acercándose á él, le puso una mano sobre el hombro con íntima familiaridad, diciéndole:

—¡Ay, P. Antonio; somos unos miserables pecadores!

—Sin duda alguna (contestó el sacerdote); pero

tenemos siempre abiertos los brazos de la misericordia divina. No hay culpa, por grande que sea, que no la borren las lágrimas del arrepentimiento. Dios no quiere que el pecador muera, sino que se arrepienta y viva.

—Muy bien dicho; y, en realidad, no tengo nada que oponer á esas palabras; pero es el caso que....

Hizo un gesto de expresión equívoca, y se pasó la mano por la frente.

El P. Antonio creyó ver en esta vacilación un síntoma de esa vergüenza que sienten las almas orgullosas al confesar sus culpas; y queriendo salir al paso de esta dificultad, le allanó el camino, diciendo:

—Ante todo, debemos sentarnos, y, sentados uno enfrente de otro, hablar como dos amigos. No está V. en presencia de un juez severo que va á lanzar los rayos de la justicia sobre su cabeza, sino delante de un padre amoroso que abre los brazos para recibir en ellos al hijo extraviado y arrepentido. ¿Recuerda V. la parábola del hijo pródigo?

Hablando así, se había sentado, mientras el comandante, con las manos echadas hacia atrás, se paseaba de un extremo á otro de la habitación con lentitud reflexiva.

No habiendo obtenido respuesta alguna, añadió el P. Antonio:

—Así como se confían al médico las dolencias del cuerpo para que las mitigue y las cure, de la misma manera se descubren al confesor las llagas del alma para que el perdón las cicatrice.

Aquí el comandante se detuvo delante del P. Antonio, y lo contempló atentamente, con el aire suspenso del que oye conceptos extraños cuya ilación no encuentra y se pregunta á sí mismo: «¿Qué diablos dice este hombre?»

—San Agustín (prosiguió diciendo el P. Antonio) fué gentil, un gentilazo como una loma; después fué maniqueo, y.... ¡válgame Dios! cayó en todas las flaquezas de la carne; pero la verdad penetró en su alma, y fué.... San Agustín.

El comandante llamó á Gil, que se presentó en el acto, porque se hallaba detrás de la puerta del dormitorio escuchando aquella conversación y haciéndose cruces.

—¡La pipa!—le gritó su amo.

Gil cargó la pipa como hubiera podido cargar un mortero, y se la presentó humeando.

—Ahora (dijo éste, aspirando una gran bocanada de humo), prepárame el almuerzo, tunante.

Gil salió por la puerta que daba al comedor, y el comandante se sentó junto al P. Antonio, echó una pierna sobre otra, lanzó al techo una nube de humo, y le dijo:

—Lea V. esta carta.

Tomó el P. Antonio de manos del comandante la carta que éste leía cuando estalló la máquina de hacer café, y desdoblándola cuidadosamente, comenzó á leerla, moviendo los labios como para asegurarse con esta muda pronunciación de la exactitud de las palabras que leía. Sus ojos, recorriendo los renglones de la carta, necesitaban, por lo visto, la sanción de su boca.

De pronto alzó los ojos con expresión compasiva, exclamando:

—¡Ha muerto!....

No era una pregunta, pero el comandante añadió:

—Sí; murió hace dos meses.

—La habrá matado la pena de su falta.... ¡Pobre mujer!

—¡Diablo! Á los veintidos años de haber tenido

un hijo, no se muere ninguna mujer de sobreparto: la pobrecilla ha muerto de una pulmonía.

—¡Ah! (exclamó el P. Antonio.) ¿Cree V. que no haya tenido remordimientos?

—¡Remordimientos!... (replicó el comandante, encogiéndose de hombros.) Algunas veces no me ocultaba el temor de que su marido apareciera de repente; mas semejante inquietud se disipó cuando llegó la noticia de que había muerto en Chile. De mí no podía tener queja ninguna. ¿Qué había yo de hacer?... Ningún hombre está obligado á que una mujer le guste eternamente.... ¡Ah!.... ¡si no envejecieran!... pero el tiempo pasa rápidamente sobre sus encantos, y adiós hermosura. Luego, ella misma precipitó mi retirada, pues viéndose viuda, concibió la peregrina idea de casarse, y me daba unos ataques furiosos. Decididamente se había propuesto tomarme por asalto, y fué preciso emprender una retirada más difícil que la retirada de Rusia.

Muchas veces habréis observado esas oscuridades repentinas producidas por la sombra de las nubes que, pasando por delante del sol, se proyectan sobre la tierra; pues de este modo se oscureció en el semblante del P. Antonio la luz de su alegría; alguna sombra de tristeza interrumpía en aquel momento la habitual serenidad de su alma.

—Todo eso lo sé (dijo). V. ha olvidado que yo me hallaba de guarnición en Sevilla; que estuvo V. enfermo; que yo lo asistía y lo acompañaba siempre que el servicio me lo permitía. Entonces hablamos de esto muchas veces, y le aconsejé que se casara.

—Si hubiera seguido esos consejos, habría hecho el disparate del siglo. Aún era hermosa; pero ya empezaba á dejar de serlo. Estas mujeres del Mediodía pasan como relámpagos. ¡Ah, P. Antonio!

(añadió): cuando yo la conocí era la mejor moza de Sevilla. ¡Qué ojos, P. Antonio! ¡qué boca! ¡qué aire!.... Un badulaque quiso disputármela, y fué preciso hacerle entender que no se me arranca fácilmente la presa que tengo entre las uñas.... Le prohibí que volviera á mirarla, y quiso levantarme el gallo; pero le contesté con el revés de la mano, y me desafié.

La tristeza que sombreaba el rostro del P. Antonio se convirtió en angustia, y dejándose llevar de la ansiedad que lo dominaba, preguntó:

—¿Admitió V. el desafío?

Semejante pregunta causó en el comandante tal extrañeza, que, clavando la mirada atónita en el P. Antonio, lo contempló algunos instantes con sonrisa mezclada de burla y de lástima. Al fin sacudió la cabeza, y dijo:

—Sí, señor cura, admití el desafío; y fuimos al terreno: fué un lance que duró pocos minutos, pues tuve tal tino, que le planté la punta de la espada en el ojo derecho, de cuyas resultas quedó tuerto. Eso era todo lo que yo quería, pues de ese modo ya no podía mirarla más que con un ojo. Otro en mi lugar hubiera muerto; pero yo me contenté con simplificarle la vista. ¿Cree V. que el pícaro tuerto se conformó con esta generosidad mía? Nada de eso: buscó otra mano que vengara su desdicha, y le pareció la más segura la mano del marido: lo puso en el secreto, y cargándolo con toda la pólvora de los celos, esperó que estallase sobre mi cabeza la bomba de su venganza. He aquí por qué debía haberlo muerto; mas no conté con esta salida, y tuve intenciones de abrasarme la mano, como Scévola, por no haberlo herido en el corazón en vez de picarle la luna del ojo.

Aquí se detuvo, esperando tal vez que el P. An-

tonio confirmara la exactitud de sus palabras; pero el buen sacerdote tenía, por lo visto, la lengua pegada al paladar, pues calló como un muerto, dando, en la palidez de su rostro, seguro indicio de la emoción que experimentaba.

El comandante prosiguió diciendo:

—Hay tres clases de maridos: unos que matan, otros que callan, y otros que huyen: el marido de la hermosa Jacinta pertenecía á esta última clase, y tomó el partido de poner por medio el Océano, refugiándose en América. Esta trastada me jugó el pícaro tuerto. Al pronto me reí, porque la ausencia del marido nos dejaba en completa libertad, y nos hallábamos precisamente en la luna de miel. El tuerto debía estar desesperado al ver nuestra dicha; pero no tardé mucho tiempo en conocer que la cosa era más seria de lo que al principio me había parecido. ¡Ya se ve! Jacinta, abandonada de su marido, se agarró á mí con todas sus fuerzas, resuelta á no soltarme nunca; y yo, por mi parte, me iba ya cansando de un amor que tenía todas las trazas de ser interminable. Gabriel había ya nacido, y la madre quiso fundar en la existencia del pobre niño sus derechos sobre mí, y sus pretensiones iban picando en historia; mas no quise apelar al extremo recurso de una ruptura violenta, y establecí el sistema de continuas ausencias para ir alejándome poco á poco de esta irresistible tiranía. ¡Ah! Si el tuerto hubiera intentado entonces conquistar su corazón, yo mismo le habría facilitado los medios más eficaces de conseguirlo: era una buena manera de salir del apuro; pero ¿á qué mujer, por desesperada que esté, podrá enamorarla el hombre á quien le falte un ojo?... Las ausencias fueron inútiles; más aún: producían el efecto contrario. Cuando se pro-

longaban demasiado, recibía cartas terribles, en las que me amenazaba con ir á buscarme. P. Antonio, me tenía acobardado. El pícaro tuerto se ven-gaba cruelmente, y se me pasaron muy buenas ganas de saltarle el otro ojo.

Diciendo esto, se puso de pie, y comenzó á pasearse con impaciencia. Luego continuó de esta manera:

—Caí enfermo.... ¿Se acuerda V.? Aquella enfermedad fué sin duda que probé á morirme, única manera de salir del paso; pero la enfermedad me llevó hasta las puertas de la muerte, dejándome vivo para empeorar mi situación, porque entonces dió en la manía de que debíamos casarnos, en atención á que hacía ya un año que era viuda. Me defendí como un león durante cuatro años. No hay en el mundo nada más tenaz que una mujer empeñada en casarse, y yo he preferido siempre verme fusilado á verme marido. Toda mujer se hace insoportable á más ó menos tiempo, excepto la mujer propia, que debe ser insoportable desde el primer día. Nadie celebró tanto como yo la noticia de la guerra de África, y ante la perspectiva de la campaña respiré, porque todos los moros de Marruecos juntos son más razonables que las mujeres, porque al fin con éstas no se puede andar á cañonazos. ¿No es esto, P. Antonio?

El P. Antonio arqueó las cejas por toda respuesta, y el comandante prosiguió diciendo:

—En una palabra: volví de la guerra de África, y ella me esperaba con los brazos abiertos; mas rechacé esta demostración de afecto, diciéndole: «Jacinta, si la bala de una espingarda me hubiera dejado frío en Marruecos, ¿qué habrías hecho?—Llorar toda mi vida (me contestó).—Pues bien (le dije):

prepara un mar de lágrimas, porque yo he muerto. —; Muerto! (exclamó intentando sonreirse).—Es lo mismo (repliqué): el deseo de vivir me ha quitado la vida. Oye bien lo que voy á decirte: para que Dios me sacara libre de los azares de la guerra, hice solemnemente voto de castidad perpetua.» Pronuncié estas palabras con tanta formalidad, que Jacinta las tomó al pie de la letra: se puso pálida; quiso hablar y no pudo; pero al fin rompió en llorar. Por último: se enjugó los ojos, y me dijo: «Cumple tu promesa.» Yo vi el cielo abierto.—Poco después me destinaron á la fábrica de Trubia; salí de Sevilla, y no la he vuelto á ver. Me escribía de vez en cuando; pero sus cartas parecían cartas de monja: siempre á vueltas con Dios y con los Santos.

El P. Antonio dejó ver una sonrisa, que el comandante interpretó á su modo, diciendo:

—Fué una gran idea, no tiene duda; pero debo confesar que esa idea me la sugirió Gil; Gil, que es la bestia de más instinto que conozco.

—¡Pobre Jacinta! (exclamó el P. Antonio.) Tenía en el rostro algo de angelical.

—No crea V. (añadió el comandante enternecido digámoslo así, ante este recuerdo de la belleza de Jacinta) que yo la abandoné del todo, no; le señalé una pensión para que pudiera vivir cómodamente. Nunca me hablaba de su hijo, y en una de mis cartas le pregunté qué era de su suerte, y me contestó que era un muchacho excelente; que había descubierto una pasión decidida por la música, y que hacía grandes progresos.

Guardó silencio, y el P. Antonio, cruzando las manos sobre el pecho, lanzó un profundo suspiro.

—¡Ea, señor cura! (exclamó el comandante.) ¡Aquí tiene V. la confesión de mis culpas; absuélvame V.

de ellas, y en paz! Pude matar al tuerto, y no hice más que saltarle un ojo; pude abandonar á Jacinta desde el momento en que me cansé de ella; pero la he socorrido hasta el último momento. Me parece que soy un pecador bastante razonable.

Hablando así se reía á carcajadas, exclamando: «¡Pícaro tuerto!... ¡pícaro tuerto!...»; mientras el P. Antonio mostraba una cara tan afligida, que cualquiera hubiera creído que las lágrimas estaban á punto de salir por sus ojos; pero sin duda hacía grandes esfuerzos por contenerlas.

## CAPÍTULO XI.

### La carta.

Por los datos que hasta ahora hemos adquirido en el curso de la presente historia, no hay motivo para creer que el P. Antonio fuera uno de esos seres pacatos que se contristan ante las desdichas de la miseria humana, careciendo del valor necesario para mirarlas frente á frente, sondearlas y aplicarles el remedio propio, según la ocasión y el caso. Más bien debemos presumir, conocida la bondad de su corazón, que habría de encontrar siempre á la mano alguna excusa, alguna circunstancia, alguna consideración que disminuyera á sus ojos la gravedad de las culpas ajenas.

Los amores culpables del comandante con Jacinta, el desafío y todos los demás pormenores del relato que acabamos de ver, no eran ciertamente hechos muy á propósito para alegrar su ánimo; pero por grande que fuese la aflicción que debían causarle los extravíos del comandante, no podían sorprenderle, pues no ignoraba la fragilidad de nuestra naturaleza, las incontinencias de la juventud, y las costumbres poco ejemplares á que tan fácilmente se presta la vida militar. Sabía, además, gran parte de

los sucesos que acababa de oír, y no podían, por consiguiente, cogerle de nuevas. ¿Á qué atribuir entonces la honda y dolorosa impresión que experimentaba?...

He aquí cómo algún tiempo después explicaba él mismo la angustia de su alma.

«He oído de boca de pecadores arrepentidos terribles confesiones, y he sentido un gran consuelo al derramar sobre sus conciencias ulceradas el bálsamo de la esperanza: la misericordia divina se dignaba descender al fondo de estos corazones atribulados.

»No hay desgracia que nos interese tanto como la desgracia de la culpa. Así como la madre tiene un lugar preferente en su corazón para el hijo imperfecto ó enfermo, de la misma manera nosotros sentimos más vivo nuestro amor hacia los pecadores más culpables, porque ellos son los que más necesitan de nuestro cariño y de nuestros consuelos.

»Nuestro dolor es muy grande cuando el pecador hace alarde de su culpa. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué espantoso abismo es el de un corazón sin fe! ¡Qué fría lobreguez se descubre en el alma de aquellos que no creen en la Justicia divina! Señor, donde Vos no estáis, todo es oscuridad.

»Creí que los años, templando el fuego de la juventud, habrían disipado los errores de su entendimiento y corregido las faltas de su vida; pero he oído el relato de sus culpas, y se ha helado mi corazón ante la frialdad de su alma, ante la burla de sus palabras. ¡Infeliz! no cree en nada, porque no cree en Dios.»

En estos párrafos, escritos en la margen de un libro devoto, no se designaba el nombre del pecador á quien las últimas palabras aluden, pero indudablemente se referían al comandante.



La pena, pues, que oprimía el corazón del padre Antonio de la manera que hemos visto al terminar el capítulo anterior, nacía, no de la enormidad de las culpas del hermano de la viuda, sino del triste convencimiento de su empedernida incredulidad. No desconfiaba de que Dios llamara á la puerta de aquella alma escéptica, pero entre tanto padecía el dolor de verla en tan miserable estado.

Suspense se hallaba el buen sacerdote, buscando alguna frase, alguna palabra con que herir aquella imaginación extraviada, algo que oponer á la ceguedad de su espíritu, cuando el comandante se detuvo, y cruzando los brazos sobre el pecho, miró al P. Antonio, diciéndole:

—Lo veo á V. en ánimo de negarme la absolución.... ¡Bah!.... Tiene V. la manga muy estrecha; mas por eso no reñiremos. Soy muy tolerante en estas materias, y le aseguro que no le he de guardar ningún rencor por ello. V. me niega la absolución, y yo en cambio le ofrezco un cubierto en mi mesa. ¡Ea!: almorzaremos juntos. No conozco el *ménu*, porque Gil, que es un gran cocinero, tiene su orgullo en sorprenderme con la novedad de los manjares que presenta á mi apetito; pero cuente V. con tres platos fuertes y uno de dulce, con varios entremeses, entre ellos salchichón de Burdeos, aceitunas de Sevilla, mantequillas de Soria, etc. Por supuesto, probará V. un jerez soberano y un valdepeñas excelente. Ya sé yo que no le ofrezco á V. en mi mesa las excelencias del pasto espiritual; pero no me negará V. que se trata de un almuerzo medianamente sólido.

Al llegar aquí, la piadosa indignación del P. Antonio no pudo contenerse, y estalló, prorumpiendo con triste solemnidad en las siguientes palabras:

—*Quos Deus vult perdere, prius dementat.*

En esta sentencia expresó todo su pensamiento.

—Habla V. en latín (dijo el comandante); y he ahí otro pecado que debe V. añadir á mi cuenta. Hablo en francés con bastante soltura; estudié en el colegio algo de inglés; pero por lo que hace al latín, no entiendo ni una letra. ¿Se puede saber lo que ha dicho V. en esas misteriosas palabras?

—He dicho (contestó el P. Antonio) una verdad terrible.

—¡Una verdad!.... (exclamó el comandante.) Debe ser curiosa.

—He dicho (añadió el P. Antonio) que Dios ciega á los que quiere perder.

—Sea en hora buena, señor cura: reconozco que es una frase melodramática, teatral, de gran efecto, que me llenaría de pavor si en estos momentos no tuviera otro asunto de tejas abajo que, á lo menos para mí, es más interesante.

El P. Antonio miró al hermano de la viuda con los mismos ojos con que el médico debe mirar al enfermo atacado de mortal dolencia, y guardó silencio, temeroso de irritar con sus réplicas el escepticismo volteriano de que estaba infiltrado el espíritu del comandante, y temeroso también de dar ocasión con sus palabras á las burlas con que se complacía en hacer alarde de las deplorables flaquezas de su entendimiento. Tampoco le parecía conveniente permanecer más tiempo en aquella casa, prolongando tan enojosa conversación; y sin acordarse de la urgencia con que había sido llamado y del objeto, aún desconocido para él, de aquella entrevista, se puso de pie, con ánimo resuelto de retirarse.

El comandante lo detuvo, y haciéndole sentar de nuevo, le dijo:

—No me he tomado la libertad de hacerle á V. venir para hablar de teología, materia en la cual debe V. estar muy fuerte. No he llamado al cura, sino al amigo íntimo de mi hermana.

—En ese caso (dijo el P. Antonio), se trata de un asunto de familia.

—Eso es.

—Pues veamos el caso.

—El caso es bien sencillo; pero antes debemos enterarnos *ce* por *be* de la carta de Gabriel.

—Es verdad (advirtió el P. Antonio): empecé á leerla, y no he concluido.... Me la quitó V. de las manos antes de que acabara la lectura, y presumí que no debía saber más de lo que había leído.

—Al contrario: deseo que la conozca V. toda.

El P. Antonio había revestido su semblante de cierta severidad, preparándose á resistirse á las pretensiones del comandante, sospechando que deseaba su mediación para alguna cosa no buena. «¿Qué querrá de su hermana?....» se preguntaba interiormente.

—Vamos á ver (añadió en voz alta) lo que dice la carta.

—Dice así:

«Querido padrino.»

Aquí se interrumpió, diciendo:

—No sabe que soy su padre: Jacinta ha tenido la discreción de no revelarle el secreto de su origen. Quizá lo sospeche, pero conviene que no lo sepa.

Dicho esto, siguió leyendo:

«He asistido á mi madre durante toda su última y terrible enfermedad, y tengo el consuelo de haber

recogido su último suspiro. Después de haber cerrado sus ojos; después de haber besado con toda mi alma su frente inanimada; después de haberla acompañado á su último asilo; después de haber rezado mucho de rodillas sobre la tierra que la cubre, volví á mi casa, y llorando sin consuelo, escribí á V. la triste noticia. Ahora voy á cumplir su último encargo.

»Cuando las sombras de la muerte empezaron á nublar sus ojos, asió mi mano, y con voz entrecortada por la fatiga, pronunció estas palabras: «Hijo mío, perdóname.» Creí que la fiebre turbaba su razón, y le dije: «Soy yo.... soy Gabriel.—Tú, Gabriel (me contestó), perdóname, y reza por mí todos los días.» Caí de rodillas, y besé su mano, sin saber qué decirle. Parecióme más tranquila, y sentí su mano sobre mi cabeza al mismo tiempo que me decía: «Yo te ben digo, hijo mío.» Después añadió: «Hay un hombre á quien debes cariño y respeto.... Hace mucho tiempo que no lo has visto. La última vez que lo vimos tenías tú catorce años, y ya has cumplido veinte.... Es tu padrino: si algún día necesita de ti, abandónalo todo por servirlo; no omitas ningún sacrificio por complacerlo....»

»La juré solemnemente cumplir en todo su voluntad, y volvió hacia mí sus ojos, y vi pasar por sus labios un ligero estremecimiento: quería sonreírme por última vez. «Debajo de la cabecera (me dijo) encontrarás una llave sujeta á una cinta negra; con esta llave abrirás el cajón de esa pequeña mesa que hay á los pies de mi cama; dentro del cajón verás un paquete lacrado y sellado: es para tu padrino. Tú mismo debes ponerlo en su mano.... Hijo mío, no confíes á nadie este último encargo de tu madre.»

»Aquella mañana había confesado; aquella tarde

recibió la Sagrada Forma, y á media noche se le administró el Óleo Santo de la Extrema-unción. Al amanecer exhaló el último suspiro, cerrando los ojos para siempre á la luz de esta triste vida.

»Dos meses hace ya que me dejó solo en el mundo, y en todo este tiempo no he tenido ni voluntad ni fuerza para abandonar esta casa donde mi madre ha muerto, porque toda ella está llena de sus recuerdos. Aquí me parece que veo su sombra, que siento el ruido de sus pasos, que oigo el eco de su voz.... Algunas noches, en que el sueño me rinde, me despierto azorado porque me llama, y yo, insensato, la busco, creyendo que voy á encontrarla.

»Ya es preciso dar cumplimiento á su encargo.... Mañana saldré de aquí.... ¡Ah!.... esta separación es tan triste como la misma muerte.... Queda algo del que se va para siempre, en la casa en que ha vivido, en los muebles que ha usado, en las paredes de la abandonada estancia en que ha muerto.... El retrato de mi madre se anima ante mis ojos de una manera extraña desde que su alma huyó de este mundo. Alejarme de estos últimos recuerdos, es para mí una separación muy dolorosa.

»Mañana salgo de Sevilla, y voy á entregarle á V. el depósito que mi madre me ha confiado.

»Reciba V. el testimonio del cariño y del respeto que le debe el corazón afligido de su ahijado,

»GABRIEL.»

Terminada la lectura de la carta, el P. Antonio, que había escuchado su triste contenido con religioso silencio y piadoso recogimiento, tomó la palabra, y dijo:

—La madre ha sabido morir; el hijo sabe llorar

á su madre. ¿Se puede saber lo que piensa el padre de todo esto?

—Va V. á creer (contestó el comandante) que soy insensible á la muerte de la pobre Jacinta, y que no me inquieta la suerte de Gabriel, que al fin y al cabo no tengo motivo ninguno para sospechar que no sea mi hijo.... Pero este bribón de Gil (añadió cambiando de tono) nos va á tener en ayunas hasta la consumación de los siglos.

Y diciendo y haciendo, hizo sonar un timbre que había encima de la mesa, al mismo tiempo que Gil se presentaba en la puerta agitando en la mano una servilleta, y diciendo :

—Señor.... el almuerzo.

—Vamos (dijo el comandante, invitando al padre Antonio): ya es hora del rancho.

El P. Antonio contestó sencillamente:

—Perdone V.....; pero yo no almuerzo nunca.

—Ese es un gran sistema, señor cura, para comer con más apetito. V. tomaría al amanecer su hondo cangilón de chocolate, probablemente con bizcochos de monja.... ¡Bah!.... En el regimiento no se pasa tan buena vida, y ha hecho V. muy bien en cambiar el fusil por la sotana.

—Yo (replicó el P. Antonio) entré en el servicio voluntariamente.

—De todas maneras, si no quiere V. tomar parte en mi almuerzo, me verá almorzar, á no ser que la vista de los platos y el perfume de los manjares le quebranten el ayuno.

Hablando de esta manera entró en el comedor seguido del P. Antonio, y tomó asiento en el sillón de vaqueta.

El P. Antonio permaneció de pie delante de la mesa.

—¡Acerca una silla! (gritó el comandante, partiendo un trozo de jamón): ¿no ves que el señor cura no tiene dónde sentarse?

Gil acercó una silla, y el P. Antonio se sentó, anudando la conversación de esta manera:

—Decía V. que no era insensible á la muerte de la pobre Jacinta, ni podía mirar con indiferencia la suerte de su hijo, huérfano de madre y.... de padre.

—Eso es.

—Pero advierto que ni la pena ni la inquietud disminuyen en V. las ganas de comer, pues veo que almuerza con soberano apetito.

—Por supuesto, padre cura: el estómago no tiene la culpa de las debilidades del corazón ni de las cavilosas de la cabeza, y sería una injusticia castigarlo por penas que no siente ni por preocupaciones de que no participa.

—Siempre es un consuelo,—añadió el P. Antonio.

—Sin duda.

—Los paganos alquilaban gentes para que lloraran en los funerales de las personas queridas.

—Nosotros, P. Antonio, no hemos llegado todavía á ese lujo fúnebre; pero si no compramos las lágrimas, compramos los sufragios.

—¿Para V. son lo mismo las lágrimas mercenarias que las oraciones de la Iglesia?

—¡Phs!

—¡Oh!

—¿Qué?

—¿Se acuerda V. de la tonta del *Olivar*?

—Sí, me acuerdo perfectamente; la tenía entre ojos, y un día la cogí dormida en la puerta del parador; y, ¡cosas de muchachos!, fuí y le solté el perro grande, que le destrozó un brazo. Mi padre se

puso terrible; hizo matar al perro; me hizo estar de rodillas delante de la mujer mientras la curaban, y me encerró después en la bodega, condenándome á pan y agua durante dos meses.... pero....

—Pero, qué....

—Mi madre se interpuso, suplicó, y poco á poco fué ablandando la cólera de mi padre; yo no sé cómo se las compuso: el caso es que á los tres días me sacaron del encierro. ¡Ah, las madres valen mucho!

—Pues bien, señor comandante (exclamó el padre Antonio): la Iglesia es nuestra madre; sus oraciones y sus sufragios templan el rigor de la divina justicia; de aquella justicia eterna que más tarde ó más temprano nos ha de juzgar á todos.

Gil, atento á las palabras del P. Antonio, no advirtió que echaba vino demás en la copa que iba á servirle á su amo, y que comenzaba á derramarse sobre los manteles.

—¡Ah, bestia! (le gritó el comandante.) Los manteles no beben jerez.

Y, volviéndose al P. Antonio, le dijo:

—Bueno: diga V. mañana tres Misas por el alma de Jacinta; pero sepa V. que tengo razones particulares para consolarme de su muerte. En primer lugar, no había de ser eterna; en segundo lugar, yo le he proporcionado todo lo necesario para vivir, hasta el consuelo de un hijo que la asista en sus últimos momentos. En cuanto á Gabriel, no hay motivo para inquietarse por su suerte. Tiene veinte años, es un músico consumado, y, además, no ha de faltarle un buen patrimonio. Lo que á mí me inquieta es su aparición en este pueblo, y ya no hay tiempo para impedir que venga.

Cualquiera que fuese el motivo que el comandante tuviera para temer la llegada de su hijo, mo-

tivo que el P. Antonio no alcanzaba, comprendió que no se albergaba en el corazón de aquel hombre una gran ternura paternal; y, previendo que en el alma del hijo habría de ser funesta la influencia de semejante padre, se quedó perplejo, meditando qué sesgo se le podría dar á aquel asunto.

Después de algunos instantes de reflexión, cayó en la cuenta de que, ante todo, era preciso saber la causa que hacía temer al comandante la presencia de su hijo; y adoptando cierto aire diplomático, dijo:

—No sé qué inconveniente pueda V. tener en que Gabriel pase una temporada en el pueblo, porque supongo que no destrozará el corazón del padre la tristeza del hijo.

El comandante devoró un alón de perdiz, vació una copa de valdepeñas, y movió la cabeza, dejando entender que pesaba sobre su ánimo una razón poderosa que no tenía por conveniente revelar, pero que, por lo visto, era necesario enterar de ella al Padre Antonio.

—El pueblo (siguió diciendo el P. Antonio) no ha de hacer un arco de iglesia de que V. tenga un huésped en su casa.

—En estos malditos pueblos (replicó el comandante), en estas aldeas de cuatro casas, donde todo es insoportable, lo es más que todo la maledicencia. Aquí no hay más remedio que resignarse á vivir bajo el insufrible espionaje de los vecinos, y entregarse á ser objeto de las murmuraciones de las comadres y de las pesquisas de los desocupados. ¡Ya se ve!: el comandante sube, el comandante baja, el comandante entra, el comandante sale: si no se habla de estas cosas, ¡de qué diablos se ha de hablar en estos pueblos!....

—¿Y quién (preguntó el P. Antonio) le obliga

á V. á vivir aquí, pudiendo pasar alegremente la vida en las grandes ciudades?

—El demonio,—contestó el comandante.

—Es posible,—añadió el P. Antonio.

—De cualquier modo, resulta que la presencia de Gabriel en este pueblo dará lugar á toda clase de suposiciones, porque no se contentarán con saber que es mi ahijado. ¡Oh! ¡Estas gentes son detestables!

—¡Hola, hola, señor filósofo! V., tan resuelto por lo que hace á la cuenta que tiene que dar á Dios, se acobarda ante la idea de que el pueblo murmure y suponga que el muchacho es hijo de su padre. Vamos, no es tan fiero el león como lo pintan; porque, si no ante Dios, ante los hombres, al menos, se avergüenza V. de su falta.

—Le juro á V. (replicó el comandante con vehemencia) que las murmuraciones del pueblo es lo que menos me importa.

—Entonces....

—Entonces.... claro está, se apresurarán á llenar los oídos de mi hermana con los cuentos que se inventen.

—Es lo mismo: V. teme aparecer á los ojos de la viuda pintado por las malas lenguas de los murmuradores, lo cual quiere decir que si no se avergüenza V. de sus extravíos ni ante Dios ni ante los hombres, se avergüenza V. ante su hermana. Esto, señor mío, es la voz de la conciencia.

Aquí el comandante prorumpió en una estrepitosa carcajada, después de la cual dijo:

—Mi hermana se haría cruces al tener noticia del caso; siempre ha sido muy severa con esta clase de asuntos de que está lleno el mundo; pero no se trata de eso: se trata de que tiene una hija.

—Es igual, santo varón (se apresuró á decir el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ALTES"  
Auto. 1625 MONTERREY

P. Antonio). Á V. no le llega la camisa al cuerpo pensando que puede llegar á oídos de su sobrina la noticia del caso, y he aquí al terrible filósofo, sordo á la voz de la justicia divina, indiferente á las murmuraciones del pueblo, insensible á la severidad de su hermana, que baja los ojos avergonzado ante la inocencia de una niña. No, no; no es posible huir de la conciencia.

—¡P. Antonio! (replicó el comandante con fingida calma.) Rosalía es una hermosa muchacha, que apenas habrá cumplido diez y siete años, y á esa edad encuentran las mujeres, allá en el fondo de su corazón, fácil disculpa á esta clase de faltas. No temo, pues, el enojo de mi sobrina; cuento de antemano con su indulgencia; más aún, con su interés, con el interés que á los diez y seis años nos inspiran los héroes de las aventuras amorosas. Mi temor es otro.

El buen sacerdote oía atónito estas palabras, mirando á su interlocutor con la boca abierta, no sabiendo qué especie de temor podía esconderse en aquel corazón, si puedo decirlo así, desalmado.

—Temo (continuó diciendo el comandante) que mi hermana pierda toda esperanza á la herencia de mis bienes; y como todavía no pienso en hacer testamento, no quiero ser objeto de su enojo, ni hacerla pasar por ese disgusto. ¿Cómo, pues, arregláramos la cosa de manera que mi hermana ignorara que Gabriel es mi hijo?

—De ningún modo (contestó el P. Antonio); porque la viuda sabe ya que tiene V. un hijo.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, los platos, las copas, las botellas y los cubiertos saltaron estrepitosamente sobre la mesa: tal fué la tre-

menda puñada que el comandante descargó sobre ella.

—¿Mi hermana sabe?...—preguntó con semblante airado.

—¡Sí! (contestó el P. Antonio.) Sabe lo que yo sabía.

—¿De manera que ha sido V. el portador de la noticia?

—Yo mismo.

Gil, testigo mudo de esta escena, se rascó la oreja izquierda.

—Y dígame V., señor cura (volvió á preguntar el comandante): ¿qué razón ha tenido V. para confiarle este secreto?

—Una muy poderosa.

—Veamos.

—Que era necesario decírselo.

Hubo un espacio de silencio, durante el que Gil miraba alternativamente al capellán y á su amo.

—¡Necesario! (exclamó el comandante.) ¿Y por qué?

—V. tiene un hijo.

—Es verdad.

—Teniendo V. un hijo, es natural y es justo que disponga las cosas de modo que Gabriel sea su heredero.

—Perfectamente.

—En este caso Rosalía queda naturalmente desheredada.

—¿Y bien?

—Era preciso pensar en su suerte.

—¡Cómo!

—Casándola.

—¿Con quién?

—Con un buen partido.

Gil, que observaba atentamente el fruncido entrecejo de su amo, se rascó la oreja derecha.

Con voz seca y profunda, cuyo timbre tenía algo de lúgubre, volvió á preguntar el comandante:

—¿Acaso hay en este pueblo algún badulaque que aspire á su mano?

—Sí (contestó el P. Antonio): un badulaque que posee muy buenas rentas.

—¿Está V. seguro?

—¡Bah! Como que yo mismo he sido el encargado de tantear el terreno.

—¿Y qué?

—Asunto perdido.

—¿Cómo ha sucedido eso?

—La viuda no quiere casar á su hija. Es un capricho inexplicable.

—¿Y en qué se funda?

—Se funda en que Rosalía no prefiere á nadie.

—¡Es natural! (dijo el comandante con voz más serena.) Aquí no puede encontrar nada que le agrade, y mi hermana hace muy bien en no violentar su gusto.

—Hace muy bien (replicó el P. Antonio): y, sin embargo....

—¿Qué?

—Alguna vez será preciso pensar en casarla.

—Alguna vez.... sí.

—Para convencerla yo, apelé al último recurso.

—¿Qué recurso era ese?

—Hacerle entender que Rosalía estaba muy lejos de ser la heredera de su tío, porque V. tenía un hijo.

—Siga V.

—Es lo más original del mundo: creí darle una mala noticia, y la buena señora estuvo á punto de llorar de alegría.

—En efecto (murmuró el comandante, como hablando consigo mismo): es original esto....

Gil respiró con cierta fuerza expansiva; le pareció que empezaba á desvanecerse la tempestad de cólera que había visto oscurecer el semblante de su amo, y muy lentamente fué retirando uno á uno los diferentes objetos que cubrían la mesa, colocándolos en uno de los aparadores.

—Un medio me ocurre (dijo el P. Antonio) para impedir la presencia de Gabriel en el pueblo.

—¿Cuál?—preguntó el comandante.

—Salirle al encuentro, y recoger el depósito que su madre le ha confiado.

Experimentaba el P. Antonio gran temor de que el corazón de aquel joven de veinte años, en el que su madre había sembrado las semillas de la piedad, se extraviara bajo la influencia de su padre, por poco que fuera el tiempo que vivieran juntos. Ante esta consideración, creía conveniente separarlos, y con este fin proponía el medio de que el comandante fuera á buscarlo antes de que llegara.

—Eso (replicó el hermano de la viuda) tiene un grave inconveniente: ignoramos el camino que trae, y lo mismo puede venir por Levante que por Poniente. Además, ya no me estorba; podrá pasar en mi compañía todo el tiempo que quiera.

El P. Antonio movió la cabeza con ademán poco satisfecho; pero guardó silencio. Verdaderamente era imposible evitar el peligro que temía, y se resignó, poniendo la gravedad del caso en manos de la Providencia. Por otra parte, se propuso contrarrestar con todas sus fuerzas cerca de Gabriel la mala influencia de su padre.

Gil puso en manos de su amo la pipa cargada hasta la boca y encendida como un horno, y éste, recl-

nándose con voluptuosa indolencia sobre el amplio respaldo del sillón, exhaló una gran bocanada de humo, y dijo:

—Ahora, P. Antonio, debe V. advertir á mi hermana la próxima llegada del huésped que espero. No sé en qué coche vendrá; de manera que es ocioso ir á esperarlo; pero bien sabe dónde vivo, y en esta miserable aldea no le será difícil dar con la casa.

El P. Antonio se puso de pie, comprendiendo que había terminado la conferencia; y pidiéndole á Dios en el fondo de su corazón que iluminara el sombrío entendimiento de aquel hombre, salió de la estancia, y bajó la escalera exclamando á media voz:

—¡Bah!... ¡Bah!.... La carta de este muchacho me ha llegado al alma.

Detrás del P. Antonio quiso salir Gil, pero su amo lo detuvo, gritándole:

—Tunante.... acércate.

Gil se acercó al comandante con aire receloso, y su amo, alzando el brazo derecho, lo asió por la oreja izquierda.

El soldado apretó los dientes, y el comandante le dijo:

—Me has servido hoy el almuerzo con particular esmero; no te has apartado ni un instante de la mesa, para no perder punto ni coma de lo que hemos hablado.

—¡Señor!....

—¡Silencio! Te prohibo terminantemente que *hagas* oído ni una sola palabra.... Vete.

Salió Gil con aire marcial, y los ojos indolentes del comandante se fijaron en la carta de Gabriel, que había quedado sobre la mesa.

—¡Qué carta! (exclamó con desdén.) ¡Bah!.... ¡Es

un pazguato!.... Como si lo viera.... este muchacho acabará al fin por cantar Misa.... ¡Oh! no se lo quitaré yo de la cabeza.

Después de estas palabras, aspiró el humo de su pipa con la satisfacción del hombre que cuenta con su astucia y con la fortuna en el empeño de alguna atrevida empresa.



## CAPÍTULO XII.

### El complot.

En cuanto el P. Antonio salió de la casa del comandante, se dirigió á la casa de la viuda, moviendo las manos y agitando los labios, como el que va discutiendo en su interior algún asunto importante de esos que suscitan en nuestro ánimo las hondas disputas que solemos sostener con nosotros mismos.

Tan embebido iba en sus pensamientos, que entró en el pequeño vestíbulo de la casa maquinalmente, es decir, sin reparar que había entrado, y es casi seguro que habría penetrado en la sala de la misma manera, si un repentino tirón del balandrán que llevaba sobre los hombros no le hubiera hecho volver en sí, advirtiéndole que acababa de entrar en la casa de la viuda.

El tirón procedía de abajo, del extremo del balandrán, y el P. Antonio bajó los ojos, buscando en el suelo el autor de tan brusco recibimiento, y al verlo exclamó:

—¡Hola, César!

César contestó á la voz que de esta manera le hablaba con un dulce aullido, alzando las manos con

tal empeño, que parecía resuelto á escalar la persona del P. Antonio.

—¡Vamos, sube! (dijo éste.) Aún no tienes fuerza para saltar.

Y doblando el cuerpo, suspendió á César en sus manos, y entró en la sala, del mismo modo que lo vimos entrar la última vez, llevando un perro en los brazos; esto es, el mismo perro.

César había pasado ya de la lactancia, y estaba redondo como una bola. Una esponja empapada en leche de cabra le había servido de nodriza. Biberón ingenioso, cuya eficacia se fundaba principalmente en la paciencia de Rosalía.

Sobre los brazos del P. Antonio se deshacía César en impacientes caricias, moviendo la cola con inquietud incansable, agitando sus pequeñas manos, aullando de alegría, y elevando el hocico con impetuosos movimientos, hasta lamer las narices, no muy correctas, del sacerdote.

—¡Quieto, loco! (decía el P. Antonio, entrando en la sala.) Este animal ha perdido el juicio.

La viuda, que, como siempre, hacía labor al pie de la ventana, levantó la cabeza, y dijo:

—¿V. por aquí á estas horas?...

—Ni más ni menos,—contestó el P. Antonio.

—Eso quiere decir que debemos poner un cubierto más en la mesa.

—Sí, señora: hoy me convidó, porque no tengo tiempo para volver al monasterio.

É inclinándose sobre el oído de la viuda, le dijo en voz baja:

—¡Hay grandes cosas!

—¿Otra mala noticia?—preguntó la hermana del comandante.

El P. Antonio movió la cabeza, dejó á César en el

suelo, y acercando una silla, se sentó junto á la viuda, y fué á hablar; pero se detuvo, registró con los ojos la habitación para asegurarse de que nadie podía oírle, y dijo:

—Señora, es preciso que sea V. mi cómplice.

—¡Ay, P. Antonio! (exclamó la viuda.) Hoy viene V. trágico; habla V. en voz baja; toma V. precauciones para no ser sorprendido; quiere V. que sea su cómplice.... ¿Va V. á proponerme algún crimen?

—Ríase V. cuanto quiera.... pero sepa V. que el asunto es más serio de lo que parece.

—¡Oh! (exclamó la viuda.) ¿Ocurre alguna desgracia?....

—No ocurre precisamente; pero es preciso impedir que ocurra.

—Entonces cuente V. conmigo.

—Es el caso.... que....

—Sepamos.

—Que la madre ha muerto.

—¡La madre!

—Sí, señora.

—¿Qué madre, P. Antonio?

—¡Claro está, señora!.... la madre del hijo.

—¡Del hijo!....

—Eso es.

—¡Hay en el mundo tantas madres y tantos hijos!....

Esto era cierto; pero el P. Antonio no tenía en aquel momento en su cabeza más que un hijo y una madre, y no comprendía cómo la viuda no daba en el clavo. Hizo un gesto de impaciencia, y añadió:

—Ha muerto en Sevilla.

—Muy sensible me es su muerte (replicó la viuda); pero con esos datos no es fácil adivinar de quién se trata.

—V. sabe (dijo el P. Antonio) que su señor hermano ha tenido una vida bastante borrascosa.

—La juventud (añadió la viuda) suele tener poco juicio; mas mi hermano ha cumplido ya cuarenta y cinco años, y la vida que hace prueba que al fin ha sentado la cabeza.

El P. Antonio tosió con cierto retintín, y siguió diciendo:

—V. sabe, porque yo mismo se lo dije cuando no podía pasar por otro punto, que había por medio una infeliz criatura....

—Sí, P. Antonio; me dió V. esa buena noticia, que me llenó de alegría; porque se quiere mucho á los hijos, y sirven con frecuencia para corregir los defectos de los padres. Yo no me explicaba la extraña vida que hace mi hermano hasta que supe lo que V. me dijo. Ahora me la explico perfectamente. Yo lo observaba con inquietud; pero ya estoy tranquila: mi hermano será un buen padre.

Algún picor repentino debió experimentar el P. Antonio en la garganta, pues volvió á toser estrepitosamente. Luego añadió:

—Gracias á Dios que se pone V. en camino de entenderme. Ahí tiene V. el hijo de la madre de que yo hablo.

—¿De la madre que ha muerto?

—Eso mismo.

—¿Hace poco?

—Hace dos meses.

—¿Por dónde ha sabido V. esa triste noticia?

—Por el comandante.

—¡Estará muy afligido!

Á esta pregunta, el P. Antonio no contestó nada, y hubo un espacio de silencio, que al fin cortó la viuda, diciendo:

—Es una desgracia.

—Muy grande.

—Me asusta V., P. Antonio.

—Pues á mí, señora, no me llega la camisa al cuerpo.

—¿Qué sucede?... ¡Hable V. claro!... Me asalta la idea de que mi hermano no tenga bastante resignación para soportar esta pena que Dios le envía.... ¿Qué debo temer?

—Nada (contestó el P. Antonio): su hermano de V..... En fin, no se trata de eso.... ¡Oh! está muy resignado.

—¿Pues de qué se trata?

—Se trata de que el hijo viene.

—Es natural que, habiendo muerto la madre, quiera mi hermano tenerlo en su compañía.

El P. Antonio movió la cabeza con desaliento, dejando escapar el monosílabo más expresivo que encontró en el repertorio de sus interjecciones.

—¡Hum!...—exclamó.

—No veo (insistió la viuda) que una cosa tan justa sea una desgracia.

—¡Friolera!—contestó el P. Antonio.

—Explíquese V., si hemos de entendernos.

—Mire V., señora, el muchacho es un ángel: si leyera V. la carta que le ha escrito á su padre, se le llenarían los ojos de lágrimas, porque es cosa que parte las piedras.

—¡Tanto mejor! (replicó la viuda con asombro.) ¿Qué mal encuentra V. en que tenga un alma hermosa?

—Eso es lo que me aterra,—contestó el P. Antonio.

—¿Por qué?

—Porque....

Se detuvo, sin atreverse á descubrir á la viuda la triste situación en que se hallaba la extraviada conciencia de su hermano, porque sabía que esta gran desventura llenaría su corazón de profunda pena; pero ya no era tiempo de retroceder, y la hermana del comandante esperaba con ansia la respuesta á su última pregunta. No había contado con esta dificultad al concebir el plan que llevaba en la cabeza.

Después de buscar en su imaginación una salida al conflicto en que se veía, encontró un rodeo, y arrojando las cejas, dijo :

—Hemos convenido en que la vida del comandante ha sido muy borrascosa.

—Es verdad,—contestó la viuda.

—Pues bien : este es el caso. ¿Cree V. que hagan buenas migas el padre y el hijo?

Hecha esta pregunta, respiró ampliamente, como el que saca la cabeza del agua después de haberla tenido sumergida mucho tiempo.

La viuda le contestó :

—Me parece que la conducta que observa mi hermano no da lugar á semejantes temores.... Si el hijo es bueno y juicioso, el padre hace una vida de monje. ¿Qué razón hay para sospechar que no se avengan bien sus inclinaciones?

Nada desespera tanto al que tiene que dar una mala noticia como la torpeza en comprenderla de aquel que ha de recibirla.

El P. Antonio comprendió al fin la ineficacia de sus medias palabras, y se resolvió á explicarse claramente.

—¡Conducta! (exclamó.) Eso sería lo de menos, porque todos somos pecadores; no importa que la carne sea flaca, cuando el espíritu es fuerte; mas su hermano de V. es.... un filósofo.

No encontró la viuda nada reprochable en la palabra, porque para ella filósofo quería decir sabio, y quedóse mirando á su interlocutor con verdadero asombro.

—En estos tristes tiempos en que vivimos (siguió diciendo el P. Antonio), se llama á la impiedad filosofía.

—¡Qué dice V.!—exclamó la madre de Rosalía, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos negros.

—Digo que el comandante, cuya conducta nos parece á todos irreprochable, se burla con espantosa sangre fría de Dios y de los hombres, del cielo y de la tierra, de la virtud y de la inocencia; digo que su entendimiento está lleno de tinieblas y su corazón desierto.

Este rasgo de elocuencia, que brotó de los labios del P. Antonio sin que él mismo pudiera contenerlo, debió estallar sobre la cabeza de la viuda como un trueno inesperado, porque dejó caer la cabeza sobre el pecho, cruzó las manos sobre las rodillas, y permaneció inmóvil y muda, ni más ni menos que si hubiera sido herida por el rayo.

El buen sacerdote advirtió el terrible efecto de sus palabras, y se apresuró á enmendar la imprudencia de su impetuoso sentimiento.

—Hay una esperanza (dijo), una gran esperanza.

La viuda alzó los ojos al cielo con una mirada llena de súplica.

—Ese muchacho (añadió el P. Antonio) puede ser el rayo de luz que ilumine el entendimiento de su padre; pero si lo abandonamos á su fatal influencia, no se salvará el padre, y el hijo acabará por perderse.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó la viuda.

—Este es mi plan: yo seré su amigo, y V. debe ser su madre.

—Con toda mi alma (contestó ella). El hijo de mi hermano será para mí como mi propio hijo.

—Perfectamente.... es un gran complot, en el cual cuento con otro cómplice.

—¡Otro!

—Sí; el ángel de su guarda.

—Somos tres.

—Tres. Él ignora que el comandante es su padre; cree únicamente que es su padrino. Viene á traer un depósito que le confió su madre moribunda. Debe llegar tal vez hoy mismo, en cualquiera de los coches que suben y bajan, y aquí me tiene V. de explorador. Á las dos de la tarde pasa el coche que baja, y á las diez de la noche pasa el coche que sube. Desde aquí se oye el ruido de los cascabeles y el rumor de las ruedas, y en dos saltos me planto en la parada, porque quiero ser el primero que lo reciba, el primero que estreche su mano.

—¿Y su padre?—preguntó la viuda.

—El comandante lo espera en su casa. ¡Vamos! le digo á V., señora, que me ha llegado al corazón la carta de ese muchacho.

—¿Cómo se llama?

—¡Oh!.... se llama Gabriel.

Al hacer la viuda esta última pregunta, la figura de su hija apareció en el dintel de la puerta, sin ser vista más que por César, que se hallaba acurrucado sobre una pequeña alfombra tendida á los pies del sofá. Un gesto expresivo de Rosalía contuvo al perro, que se preparaba á entregarse á los locos extremos de alegría que siempre le inspiraba la presencia de su ama.

El P. Antonio daba la espalda á la puerta, y la

viuda tenía en aquel instante la mejilla apoyada en el hueco de la mano, absorta en sus pensamientos, de manera que Rosalía, andando de puntillas, pudo llegar sin ser sentida hasta colocarse detrás del sacerdote.

Una vez allí, tendió los brazos, y con sus manos blancas, suaves y finas cubrió de repente los ojos del señor cura.

Éste hizo un movimiento de sorpresa, la viuda levantó los ojos, y Rosalía ahogó en sus risueños labios una impaciente carcajada.

—¡Ea! (gritó el P. Antonio, llevándose las manos á la cabeza): ya está aquí el diablillo de la casa.... Suelta, muchacha; suelta, que me vas á meter los ojos en el colodrillo.

—No suelto (dijo Rosalía) mientras no me diga V. quién es ese Sr. Gabriel de que estaban Vds. hablando, porque yo no he oído más que el nombre.

—Es un ahijado de tu tío (se apresuró á decir la viuda), que acaba de perder á su madre y viene de Sevilla á ver á su padrino.

—¡Ah!.... (exclamó.) ¡No sabía nada! ¿No tiene padre?

—Su padre.... (dijo el P. Antonio) está....

Iba á mentir, y se detuvo; pero la viuda lo sacó del apuro, diciendo:

—El marido de su madre, hija mía, murió también hace tiempo.

—¡Es huérfano!....

—Sí, señorita (exclamó el P. Antonio). Huérfano.... de veinte años de edad.... gran músico.... Pero suelte V. ¡Uf! ¡qué dedos! ¡parecen tornillos!

—¿V. lo conoce?

—No te lo digo hasta que sueltes.

—¿Sí? Pues yo no suelto hasta que V. lo diga.

—Lo conozco, hija mía, lo conozco. Hace la friolera de diez y seis años que lo vi en Sevilla.

—¿Era rubio?

—Rubio.

—¿Tendría los ojos azules?

—No, tenía los ojos pardos.

Al dar esta respuesta sintió el P. Antonio que empezaba á ceder la presión de los dedos de Rosalía, y añadió:

—Pardos, muy pardos, muy grandes y muy hermosos. ¿Estás contenta?

—Sí,—contestó la hija de la viuda, retirando sus manos de los ojos del P. Antonio.

—Pronto lo conocerás (añadió la madre): y te advierto que debes quererlo como á un hermano.

Rosalía llamó á César, que saltó sobre su falda, y comenzó á acariciarlo con aire distraído.

—¡Ah! (exclamó el P. Antonio, restregándose los ojos.) ¡Qué hermosa es la luz!....

—¡Gabriel! (dijo Rosalía.) Es nombre de arcángel.

Después preguntó:

—¿Y cuándo llega?

—Quizá esta tarde (le contestó el P. Antonio).

Tal vez esta noche, y lo más tarde mañana.

—¡Jesús qué memoria tengo! (exclamó Rosalía de repente.) Venía á decirle á mi madre que era ya la hora de comer, y se me ha olvidado.... ¡Buena estará la sopa!

—Hay que poner un cubierto para el P. Antonio (advirtió la viuda dirigiéndose á su hija), porque hoy quiere honrar nuestra mesa.

—¡Ajajá!.... (exclamó Rosalía.) Hoy come con nosotras.... Me alegro.... porque he hecho una tortada, que se va á chupar los dedos.... Ya sabe él lo que se hace.

Y sin añadir más palabra, salió corriendo, seguida de César, que saltaba á su alrededor ladrando de contento.

Á los pocos instantes volvió á entrar, cogió al P. Antonio del brazo, y se lo llevó casi arrastrando, mientras él se dejaba llevar, diciendo entre dientes:

—¡Loca... Loca!...

Detrás de ellos salió la viuda.

La comida reunió estas cuatro circunstancias: limpia, sana, breve y silenciosa. Parecía que cada uno de los tres comensales estaba llamado al interior por la fuerza reflexiva de algún íntimo pensamiento. Es decir, que no se comió mucho, y se habló poco. Tales son, por lo menos, las noticias que yo tengo.

Antes que se levantaran los manteles, el P. Antonio dió gracias, recitando la oración acostumbrada entre las gentes que saben agradecer los beneficios que Dios nos envía, pues todos vienen de su mano.

Cumplido este deber de piadosa gratitud, el P. Antonio se levantó de la mesa, y aplicando el oído, dijo:

—Abí está el coche.

La viuda confirmó estas palabras, añadiendo:

—Sí; el coche es.

Ambos se miraron con esa expresión de inteligencia con que se animan los cómplices en el momento en que el complot va á realizarse.

Viendo Rosalía que el P. Antonio se encaminaba hacia la puerta de la calle, lo siguió, y antes de que saliera le tiró suavemente del balandrán, preguntándole.

—¿Donde va V.?

—Voy á esperarlo (le contestó): es decir, voy á recibirlo.

La hija de la viuda lo dejó salir, sin hacerle más

preguntas, y trayendo una silla, se sentó en el vestíbulo. Cada vez que oía pasos en la calle bajaba la cabeza, miraba de soslayo hacia la puerta que estaba entornada, y se ponía á hacer y á deshacer nudos en los extremos del cinturón que sujetaba su bata.

Poco después volvió el P. Antonio con la noticia de que el viajero esperado no había venido, y se despidió hasta la noche, porque como el otro coche no llegaría hasta las diez, tenía tiempo de sobra para dar una vuelta por el monasterio.

Entonces Rosalía abrió el piano, y dejó correr los dedos por las teclas, saltando de una melodía á otra, de un canto á otro, como si las manos participaran de la inconstante impaciencia de sus pensamientos.

Á la noche se sentó en la ventana, detrás de la cortina que la cubría, y esperó.

¿Qué esperaba?

No hay por qué ocultarlo. Había llegado ya el segundo coche, y el P. Antonio había salido á escape á recibir al viajero, y para ir á la casa de su tío tenían que pasar por delante de la reja. Esperaba, pues, verlo. ¡Curiosidad bien inocente!

En efecto: al poco rato se oyeron pasos por el extremo de la calle, y Rosalía, conteniendo la respiración, toda se volvió ojos y oídos.

Los pasos eran dobles: señal evidente de que venían dos personas.

Así era la verdad, porque á la luz tristísima de un farol que agonizaba en la esquina, vió pasar dos sombras silenciosas, en una de las que reconoció inmediatamente al P. Antonio; la otra no podía ser más que el viajero esperado. Detrás de ambas iba un mozo cargado con una maleta.

Á pesar de la escasa luz que alumbraba la calle

y de la rapidez con que las sombras pasaron por delante de la reja, pudo observar tres cosas : Primera, que el recién llegado era alto, que iba rigurosamente vestido de luto, y que llevaba con gracia la gorra de camino.

Apenas doblaron la esquina, Rosalía corrió á su pequeño jardín, y desde allí observó el movimiento producido en el interior de la casa por la llegada del huésped.

Vió luces que iban y venían ; sintió el rumor de puertas que se abren y se cierran; oyó la voz de Gil, la voz de su tío, la voz del P. Antonio.... y creyendo indiscreta su presencia en aquel sitio, pensó retirarse; pero le pareció una insigne descortesía no dar antes las buenas noches á las preciosas flores que á su alrededor exhalaban los últimos perfumes de la primavera, ó, lo que es lo mismo, quería hacerlas cómplices de su curiosidad.

Dió vuelta á las azucenas, aspiró el perfume de los jazmineros, contempló los rosales, y se detuvo delante del hermoso clavel á cuyas dobles hojas había acercado aquella misma mañana sus labios, para olerlo ó para besarlo; pero el clavel había desaparecido; el tallo, cortado por la mitad, daba seguro testimonio del triste suceso.

¿Quién podía ser el autor de aquella catástrofe?... Ni el aire, ni los pájaros.... ni César. ¿Su madre?... ¡Imposible!... ¿Berta, la pobre muchacha que las servía?... Tampoco. Ninguna de las dos se lo hubiera ocultado. Aquello era obra de una mano invisible, de una mano traidora.

Su corazón pasó de la curiosidad á la tristeza. Nada se oía ya en la casa de su tío, cuyas altas paredes parecían sumergidas en la oscuridad y en el silencio.

Rosalía abandonó el jardín con el corazón oprimido por un peso extraño, tan oprimido, que, antes de besar á su madre para retirarse á su dormitorio, tuvo que enjugarse los párpados, porque algunas lágrimas habían acudido á sus ojos.

Yo no sé explicar este misterio de su corazón, y ella misma tampoco sabría explicarlo.

## CAPÍTULO XIII.

## Gotas de hiel.

Estamos en los últimos calores del verano; en uno de esos ardientes días de Agosto en que el sol comienza á dorar los apretados racimos de las vides y á sazonar el fruto que nace entre las menudas hojas de los olivos. Empiezan á disponerse las enormes vigas de las almazaras y las robustas prensas de los lagares, porque se acerca el tiempo en que ha de comenzar la doble vendimia de la uva y de la oliva. El pan del invierno está ya en las trojes, y sólo falta envasar el vino y el aceite.

El verdor movable de los sembrados que cercaban al pueblo teatro principal de esta verdadera historia, ha desaparecido, dejando los desiertos rastros por donde han pasado la corva hoz de los segadores y los pies desnudos de las espigadoras. La vista se pierde en la sucesión prolongada de los surcos endurecidos, abiertos en la época de la siembra por la aguda reja del arado.

En las eras abandonadas sólo queda el polvo de la trilla, que el aire, fatigado por el calor de la siesta, no se atreve á levantar del suelo. Allí escaraban las gallinas insaciables, descubriendo granos

de trigo ocultos entre los restos de la paja, que los pájaros astutos les quitan, digámoslo así, de las manos.

Sobre el fondo amarillo del cuadro trazado por las eras y los rastros que se extienden hasta la falda de la sierra, esparcen los árboles su dudosa sombra, porque ya empiezan á perder aquella lozana majestad con que rejuvenecieron su sangre las lluvias de Abril y las auras de Mayo. Una á una iban cayendo las hojas desprendidas de los vástagos y abrasadas por los rayos del sol; pero los juncos, agrupados sobre los remansos que el agua formaba en los senos del cauce, parecían empeñados en conservar su juventud también fugitiva.

En las hondonadas de la huerta buscando la humedad, y en las vertientes de la sierra esperando ansiosos el perezoso beneficio de una lluvia tardía, levantaban los maizales sus pálidas copas, últimos verdores del verano.

Solamente los álamos tendían en el aire abrasado sus ramas siempre verdes, y, burlándose de las inconstancias de la naturaleza, miraban al sol cara á cara, mostrándole ufanos la vana pompa de sus hojas perpetuas.

Resplandecía el cielo como iluminado por las llamas de un incendio, de tal manera, que cegaba los ojos, se exhalaba de la tierra un vapor inflamado semejante á la respiración de un horno, y sobre las rocas de la sierra se reflejaba la luz en tonos amarillos, rojos y azules.

Allá á lo lejos, siguiendo la doble cinta de los álamos, se distinguían las paredes del monasterio entre los pinos, que lo cercaban como una paloma en su nido.

Tal era el conjunto que, poco más ó menos,



ofrecía el paisaje en el momento en que vamos á reanudar el hilo interrumpido de nuestro relato.

Así, con corta diferencia, se veía desde el balcón que daba á la pieza que Gabriel ocupaba en la casa solariega de su padrino.

Se hallaba esta pieza en el ángulo de la casa opuesto al que ocupaban las habitaciones del comandante, y era uno de los dos gabinetes que se hallaban abiertos en los extremos de la sala principal, con la que se comunicaban por medio de grandes mamparas hechas de lienzo barnizado, en el que aún se distinguían los ramos de flores pintadas de brocha gorda en uno y otro lienzo.

Desde el balcón, y á través de los vidrios, en su mayor parte rotos, y en su totalidad empolvados, que cubrían los postigos, contemplaba Gabriel el cuadro que le ofrecía la campiña.

Nada de particular presentaba la habitación destinada por el comandante á su huésped, aunque un anticuario habría encontrado en ella un curioso museo de antigüedades. Hasta el polvo que descansaba en los pliegues de las cortinas y en las molduras de los muebles debía tener larga fecha, y el arqueólogo menos perspicuo habría podido asegurar que era polvo de mediados del siglo XVIII.

No obstante, la vista tropezaba con un objeto extraño, moderno al parecer por su aspecto nuevo, y antiguo, muy antiguo, por la figura. Era una caja, sin duda alguna de madera, forrada de piel negra, que se hallaba sobre el asiento de damasco envejecido de una de las pesadas sillas que decoraban las paredes. Esta caja tenía exactamente la figura de un ataúd, y vendría á caber en ella el cadáver de un niño recién nacido; era una pequeña caja fúnebre, que al mismo tiempo parecía un gran estuche.

Mientras Gabriel examinaba el paisaje, el P. Antonio hojeaba un libro que había sobre la mesa, y que llevaba por título *Confesiones de San Agustín*.

—¡Gran Santo! (exclamó, volviendo una hoja.) ¡Magnífica lumbreira de la Iglesia!....

Volvió Gabriel los ojos hacia el P. Antonio, y completó la exclamación, añadiendo :

—¡Digno hijo de Santa Mónica!

—Sí, señor (se apresuró á decir). ¡Qué madre!.... ¡Qué madre aquella!....

—¡Ah! (suspiró Gabriel.) Mi madre.... ¡era también muy buena!

El P. Antonio vió una ocasión propicia para enaltecer á los ojos de Gabriel las cualidades de su cómplice, y dijo á renglón seguido :

—Pues... ¿y la madre de Rosalía?

Esta pregunta no obtuvo respuesta; pero advirtió claramente el buen efecto que causaba, porque los ojos del joven, entristecidos por el recuerdo de su madre, se iluminaron dulcemente al oír las palabras del P. Antonio. Era, pues, evidente que la viuda había sabido apoderarse, en dos meses escasos, de aquel corazón de veinte años, huérfano de todo cariño.

Restregóse mentalmente las manos, satisfecho del éxito de sus averiguaciones. El complot marchaba á las mil maravillas.

—En punto á madres (añadió), estamos perfectamente.

Con esta distinción quiso decir, sin duda, que no era del mismo parecer respecto á los padres; pero por lo visto reprimió las tentaciones que tal vez sentía de inculcar en el ánimo de Gabriel cierta desconfianza acerca de algunos padres; esto es, de algunos padrinos.

—Las madres (siguió diciendo) comprenden mejor el corazón de sus hijos.... ellas no los engañan nunca; pero.... los hombres (no quiso decir padres) no sienten aquella ternura desinteresada y santa que Dios ha puesto en el alma de las mujeres para que sepan ser madres.

No nos sorprenderá que Gabriel escuchara con tierna complacencia las frases del P. Antonio, pues debían encontrar un eco profundo en su corazón, puesto que llevaba en él vivo el recuerdo de su madre muerta.

La elocuencia del buen sacerdote se encontraba, digámoslo así, con un auditorio favorable, pronto á coronar de sinceros aplausos los esfuerzos del orador; pero se aumentó súbitamente el público, abriéndose de par en par la mampara interpuesta entre la sala y el gabinete, apareciendo la figura intempestiva del comandante.

Maldita la gracia que le hizo al P. Antonio esta aparición en el momento en que acababa de ponerle el paño al púlpito y empezar el exordio del sermón que tenía preparado en favor de las madres piadosas y en contra de los padres impíos.

Así es que no pudo disimular un movimiento de disgusto al ver la fría sonrisa del comandante. Por lo que hace á Gabriel, bajó respetuosamente los ojos ante la presencia inesperada de su padrino.

—Muy bien (dijo el hermano de la viuda). Por lo que he oído al abrir la mampara, el señor cura hacía un entusiasta elogio de las mujeres. ¿No es esto?

Hizo el P. Antonio un signo afirmativo, porque su inocencia no previó el punto adonde se dirigían las palabras del comandante. Éste siguió diciendo:

—No sé si semejante asunto sienta bien en los

labios de un ministro del Señor, consagrado á la austeridad de la penitencia; pero de seguro ha de sonar muy bien en los cándidos oídos de un muchacho de veinte años, que tiene, como es natural, la cabeza llena de quimeras. Por eso encuentro á mi ahijado oyendo el sermón con la boca abierta.

Al oír estas últimas palabras, Gabriel se puso encarnado, ni más ni menos que si toda la sangre de su corazón se le hubiera subido al rostro.

¿Era indignación? ¿era vergüenza?... ¿Y por qué había de indignarse de la observación hecha por su padrino, que si en los primeros días mostró cierta reserva y cierto ceño, después había ido cambiando, mostrándose alegre, comunicativo y bromista? ¿Y qué vergüenza podían causarle aquellas palabras, hasta cierto punto afectuosas, que, en resumen, sólo le echaban en cara estas dos envidiables faltas: su juventud y su inocencia?

No podía ser indignación ni vergüenza; el cambio de su fisonomía expresaba más bien rubor, ese rubor virginal que asoma á las mejillas de las jóvenes cuando sienten por primera vez las miradas de los hombres que van en busca de los íntimos secretos de su alma; el pudor que tñe las hojas de las rosas que empiezan á abrirse cuando el sol las mira.

¿Le habría descubierto su padrino con aquella inesperada salida la causa verdadera de la viva atención con que escuchaba las palabras del P. Antonio?

Sea lo que quiera, el repentino color que inundó su rostro puede servirnos de indicio para sospechar que algún vago sentimiento de naciente ternura se agitaba en su corazón de veinte años.

Por su parte, el P. Antonio hizo un gesto de im-

paciencia, y salió al paso de las maliciosas palabras del comandante, diciendo:

—¡Bah!.... No hablábamos de mujeres.

—¿No?—preguntó el padrino, mirando á su ahijado.

—Hablábamos (contestó Gabriel) de las madres.

—¡Pues! (añadió el P. Antonio): de las madres, que no tienen nada que ver con las mujeres.

Semejante desatino hizo reír al comandante y sonreír á su ahijado, mientras el P. Antonio clavaba alternativamente la mirada en uno y en otro, con la expresión del que está seguro de lo que afirma.

—Bien mirado (dijo el hermano de la viuda), ese disparate encierra mucha exactitud. Las madres son la excepción que cada uno hace de la regla general á que más tarde ó más temprano sujetamos todos á las mujeres.

El P. Antonio se santiguó como el que, viendo el relámpago, espera el trueno, y volviendo los ojos á Gabriel, le hizo un signo negativo con la cabeza, advirtiéndole que no debía creer nada de lo que iba á oír.

—Es cierto (siguió diciendo el comandante) que las madres sienten hacia sus hijos un amor, cuya constancia se puede poner á prueba de todos los sacrificios. Verdaderamente no debe temer el hijo ninguna infidelidad en el cariño de su madre; no corre el peligro de que lo sustituya con otro más rico, más jóven, más hermoso ó más brillante; justo es convenir en ello: las madres son así, ó, por lo menos, parecen ser de esa manera, y no se les debe negar la constancia en el amor maternal; pero las mujeres, ya es otra cosa.

Si hemos de decir la verdad, al P. Antonio no le pareció tan descabellado como temía el juicio del

comandante acerca de las madres, y queriendo corregir la impremeditada seña con que antes previno el ánimo de Gabriel en contra de las palabras de su padre, se apresuró á confirmarlas, haciendo con la cabeza un signo afirmativo.

—Las mujeres son otra cosa (repitió el comandante). El que incurra en la torpeza de creer en sus palabras y en sus juramentos, merece que lo albar-den.... No niego yo que se preste cierto crédito á sus encantos mientras son jóvenes y hermosas, y aun esto con su cuenta y razón, porque la química ha adelantado tanto y la civilización las ha despertado de tal manera, que es prudente dudar de la juventud y poner en cuarentena la inocencia.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó el P. Antonio, llevándose las manos á la cabeza.

Gabriel se atrevió á preguntar:

—¿En ese caso, padrino, la mujer es una bella mentira?

—Ni más ni menos.... Una armonía semejante á esas que tú produces con las cuerdas y el arco de tu violín: lo mismo que tú dices; una bella mentira.

—No (replicó Gabriel): eso no es posible.

—¡Bravo!—gritó el P. Antonio, sin poder contenerse.

El comandante miró á sus dos adversarios con desdén soberano, y repitió:

—Una bella mentira; ó, como ha dicho no sé qué grande hombre: la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

—Los grandes hombres (insistió Gabriel) son precisamente los que suelen incurrir en los más lamentables errores.

—Justo,—añadió el P. Antonio, chocando con

fuerza ambas manos, como si quisiera añadir al asentimiento el aplauso.

—¡Pobre criatura! (exclamó el comandante, poniendo la mano sobre el hombro de su hijo.) Tú empiezas á vivir ahora, y no sabes nada de la vida. Shakespeare ó Byron, no recuerdo cuál de los dos, ha dicho: «Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

—¡Mire V. qué Padres Santos cita! Jámás he leído esos nombres en mi Breviario.

—Shakespeare.... Byron.... (repitió Gabriel.) ¡Los poetas dicen tantas cosas!

—Otro pensador no menos célebre (añadió el comandante) nos ha dejado esta profunda sentencia: «La mujer más fiel tiene siempre lugar en su corazón para un segundo amante.»

—Eso sería horrible (replicó Gabriel con viveza). El que de ese modo las juzga, las calumnia. Quiero decir (añadió mitigando la vehemencia de la frase) que no las conoce.

—¿Y las conoces tú?... (preguntó el comandante.) ¡Bah! Ya las irás conociendo.

El P. Antonio abrió la boca para romper el fuego contra aquella barricada, oponiendo á las citas los ejemplos. Iba á confundir á su adversario con los innumerables nombres de las vírgenes, de las mártires y de las santas que llenan la gloriosa historia del cristianismo; pero se detuvo, espantado ante su misma idea: comprendió que iba á exponer á las burlas del comandante el heroísmo de las mártires, la virtud de las santas y la pureza de las vírgenes, y cerró la boca, sin atreverse á pronunciar ni una palabra.

El descreído filósofo siguió diciendo:

—¿Y por qué apelar al testimonio de nadie, cuando la razón natural lo dice? ¿Acaso son las mujeres

de materia impermeable para resistir al incentivo de los deseos y al impulso de las pasiones? ¿Dónde está la mujer hecha á prueba de bomba?

Aquí el P. Antonio se mordió los labios, y Gabriel dejó escapar un triste suspiro.

—Convengo con Vds. (añadió) en que son seducoras; pero todavía son más seducibles.... Preciosas criaturas que, semejantes á los espejos, sólo reflejan la imagen que tienen delante. El mundo está lleno de ingraticudes, de inconstancias, de infidelidades, porque al fin todas tienen su cuarto de hora. ¡Oh! El Gran Turco es el único hombre que lo entiende.

La expresión del rostro de Gabriel podía confundirse con la de aquel á quien se le hiciese paladear un brebaje amargo. Las palabras de su padrino caían en el fondo de su corazón como gotas de hiel, que emponzoñaban la tierna dulzura de su alma.

El P. Antonio se levantó impetuosamente, decidido á jugar el todo por el todo; pero el hermano de la viuda lo detuvo, diciendo:

—Voy á pronunciar mi última palabra.

El P. Antonio se tapó los oídos, y Gabriel abrió los ojos con la ansiedad del que va á fijar la mirada en un abismo sin fondo; mas en el momento en que iba á caer sobre la cara mitad del género humano la última palabra del comandante, se oyó allí cerca, casi allí mismo, una voz de mujer, dulce y risueña, que le hizo enmudecer, como si una mano invisible le hubiera arrancado la lengua.

### CAPÍTULO XIII.

#### La invitación.

La voz que había detenido la palabra pronta á salir de la boca del comandante, era la voz de la viuda.

Desde la llegada de Gabriel á la casa de su padrino, el aspecto de las relaciones entre los dos hermanos había perdido la fría reserva y el mutuo retraimiento en que ambos vivían. Sin que entre ellos mediara explicación alguna, había llegado á disiparse el cauto recelo con que, al parecer, uno y otro se miraban.

En honor de la verdad, la viuda era la que había empezado á facilitar el camino á la mutua confianza, mostrando á su hermano ese rostro franco y risueño que convida á la intimidad y que abre paso á las recíprocas confianzas.

Por lo que hace al comandante, notó, como era natural, este cambio de su hermana, y se dejó querer, complacido de esta afectuosa conducta, mostrándose á su vez comunicativo, alegre y risueño.

Rosalía, siguiendo el ejemplo de su madre, era

también otra para con su tío, y, por razones que podemos sospechar, pero que el interés del relato nos impide todavía saber con certidumbre, la hija de la viuda experimentaba hacia el hermano de su madre cierto afecto, que hasta entonces no había sentido; más aún: no había logrado sentir, á pesar de sus esfuerzos por conseguirlo. Así es que se resarcía de su anterior repugnancia con cariñosos halagos y tiernas solicitudes. Había sido injusta con su tío, y se propuso ser generosa.

Por supuesto, el comandante se dejaba querer por la hija lo mismo que por la madre, dulcificando en cuanto le era posible la fría aspereza de su carácter.

No hay que decir que semejante transformación era objeto de diversos comentarios, pues pronto corrió de la botica al Casino, y del Casino á todas las tertulias del pueblo, la estupenda noticia de que el comandante y su hermana eran uña y carne.

La circunstancia de coincidir tan extraordinario suceso con la permanencia de Gabriel en la casa del comandante, le daba al asunto más importancia, más novedad, más misterio.

Evidentemente la viuda, alarmada con la presencia repentina de aquel ahijado imprevisto, había estrechado el sitio puesto á su hermano para hacerlo marido de su hija, modo sencillo de asegurarse la herencia del tío.

Esto sostenían unos, con todo el aplomo del que afirma una verdad como un templo; y el boticario del pueblo, lo mismo que el boticario del cuento, apoyaba el índice de la mano derecha debajo del párpado inferior del ojo correspondiente á la mano, y exclamaba:

«Como si lo viera.»

Otros sostenían lo contrario, que en sustancia venía á ser lo mismo.

Se susurraba, sin que fuera posible averiguar de dónde había salido la especie, que el huésped del comandante no era su ahijado, sino su hijo. De aquí deducían que las pretensiones de la viuda iban encaminadas, no al padrino, sino al ahijado, manera segura de coger la herencia completa.

Á esto se oponían los del parecer contrario, diciendo:

—Si es su hijo, es un hijo que no puede legitimar, puesto que oculta su origen, y en tal caso, carece de aptitud legal para ser heredero forzoso. Es verdad que se puede hacer una venta simulada á su favor, y encontrarse de la noche á la mañana dueño del caudal, sin que haya quien se lo dispute; pero el comandante tiene todavía años en que vivir, y eso lo dejaría en todo caso para la última hora.

—No, no (replicaban los otros). ¡Más vale pájaro en mano, que ciento volando! La viuda sabe mucho; y, por sí ó por no, no dejará que se le escape el muchacho.

—¿Y si no es más que ahijado? (preguntaban los contrarios.) ¿Irá la viuda, con todas sus campanillas, á encasullar á su hija con un advenedizo, que sabe, según dicen, rascar el violín primorosamente, y aquí paz y después gloria?...

—Es que (contestaban los otros) el ahijado es hijo.... eso no tiene duda.... hijo, y rehijo.

Semejante razón debía ser convincente, porque los partidarios de la opinión opuesta insistían diciendo:

—Bueno; aunque sea hijo, la cuestión es la misma, porque el comandante puede dar media vuelta el mejor día del año, y casarse de la noche á la ma-

ñana con la primera que le entre por el ojo derecho, y dejarlos á todos con un palmo de narices. El golpe es atrapar al tío.

Tales eran las empeñadas discusiones que en los altos círculos del pueblo suscitaba la aparición de Gabriel y la afectuosa armonía que se había establecido entre los dos hermanos.

Claro está que las mujeres tomaban su parte correspondiente en estos animados debates, dividiéndose también en dos partidos, pues unas se inclinaban en favor del ahijado, y otras en favor del padrino; alegrándose todas de que la viuda no tuviera más que una hija, porque si cazaba al padre, quedaba el hijo, y si el hijo era la víctima, entonces quedaba el padre.

Este continuaba siendo, á los ojos de muchas, un gran partido, porque cuarenta y cinco años los tiene cualquiera, y unas buenas rentas las tienen pocos.

«Si Rosalía se casa con el músico, la viuda dejará libre á su hermano, y entonces será otra cosa.»

Así debían pensar las partidarias del comandante.

En las otras ejercerían probablemente cierta influencia los veinte años de Gabriel, su regular estatura, sus ojos pardos, sus cabellos castaños, su fisonomía dulce é ingenua y su aire triste. Todas estas circunstancias de su persona debían aparecer realzadas por el vestido de riguroso luto que vestía, y por esa distinción que rara vez se encuentra en los vecinos de los pueblos pequeños. Sobre todo, la frente de este joven era elevada, tersa y pensativa; frente á la vez de niño y de hombre, donde las mujeres podían ver reflejarse á un mismo tiempo la inocencia y el genio.

Tenía, pues, sus parciales entre las más jóve-

nes; esto es, entre las más ingenuas, entre las que conservaban todavía el alma llena de esperanzas fantásticas y de perfumadas ilusiones.

Éstas, uniendo en un mismo razonamiento la poesía y la prosa, que á la vez andan revueltas en la imaginación de las mujeres, dirían para sí:

«Es guapo... su mirada es inteligente, su sonrisa afable y su porte noble.... Mal ha de ser que, ahijado ó hijo, no repele alguna cosa de la fortuna del comandante.»

De esta manera se hallaban divididos los pareceres y opuestas las opiniones. Todos, pues, estaban en expectativa de la solución que habría de resolver el problema de un modo ó de otro.

Decía al empezar el presente capítulo que la voz que había detenido la palabra en la boca del comandante era la voz de la viuda, que resonó detrás de la mampara, diciendo:

—Soy yo, Gil; soy yo.

Al abrirse las comunicaciones entre el hermano y la hermana, se había abierto también la comunicación entre las dos casas. Del corredor bajaba una escalera al jardín de Rosalía, que no tenía uso hacía mucho tiempo, pues se hallaba cerrada por un candado de hierro, cuya llave se había perdido.

Esta puerta se abrió con motivo de una ligera indisposición del comandante, que duró una noche, noche que la viuda pasó en vela junto á la cama del enfermo. Después no volvió á cerrarse, quedando de esta manera abierta la comunicación entre las dos casas.

No pudo el P. Antonio oír la voz de la viuda, porque, como ya dijimos, se había tapado los oídos al tiempo de ir el comandante á pronunciar su última palabra sobre las mujeres; pero la vió entrar, y dan-

do una gran palmada sobre la mesa, alzó el brazo y señaló la viuda á las miradas de su hermano.

Con toda esta mímica dramática quiso decir:

«¿Duda V. de la virtud de las mujeres? ¡Pues bien! ahí tiene V. á su propia hermana.»

No dejaba de tener fuerza este argumento imprevisto, pues por más deplorable que fuese el concepto en que el comandante tenía á la bella mitad del género humano, no era natural que midiera con la misma regla á la hija de su propia madre.

Llevaba el argumento del P. Antonio la fuerza ejecutiva de los argumentos personales. Mas no consistía en la razón del parentesco su verdadera fuerza.

Hacía ya muy cerca de cinco años que la hermana del comandante había visto morir á su marido, y todavía llevaba el luto en sus vestidos y el duelo en su alma. Lo único que se había permitido desde este triste acontecimiento era vivir, vivir puramente. Entre el mundo y ella estaba siempre la sombra.... el dulce recuerdo, la triste memoria del hombre que había perdido.

Se le llamaba la viuda, no porque fuera la única en el pueblo que hubiese experimentado esa pérdida, sino porque ninguna como ella había consagrado su corazón al dolor de la viudez: su marido había muerto para el mundo, mas no para ella. Era la viuda por excelencia, la viuda modelo; por eso el pueblo la designaba con el nombre, también enlutado, de la viuda.

En esto consistía principalmente la fuerza del argumento que aquella oportuna aparición había sugerido al P. Antonio.

Volvió el comandante los ojos hacia su hermana, al mismo tiempo que se mordía los labios.

—Señores (dijo ella): aunque ven Vds. que entro aquí sin guardar ninguna ceremonia, debo advertir que vengo de oficio; es una invitación en toda regla: mañana cuento con Vds.

—¿Para qué?—preguntó el comandante.

—Para comer,—le contestó su hermana.

—Admitido el convite,—añadió el P. Antonio mirando á su cómplice.

—Otra advertencia,—dijo la viuda.

—¿Otra?—preguntó su hermano.

—Sí; comeremos á la francesa.

—¡Uf!—exclamó el P. Antonio.

—Declaro que no es idea mía.

—¿Á quién diablos se le ha ocurrido la idea de comer á las seis de la tarde?

—Á Rosalía,—contestó la viuda.

—¡Pues! (refunfuñó el P. Antonio.) ¡Capricho de niña mimada!

—No tal (replicó la madre de Rosalía). La niña mimada ha tenido presente que su tío no come á la española. Á mí no se me había ocurrido.

—Muy bien pensado,—añadió el comandante, celebrando la delicada previsión de su sobrina.

—De manera (siguió diciendo la viuda) que el P. Antonio tendrá paciencia; mi hermano no alterará su costumbre, y en cuanto á Gabriel, creo yo que le será lo mismo comer á las doce del día ó las seis de la tarde.

Gabriel, que desde que entró la viuda la contemplaba con particular complacencia, de la manera que contemplamos el retrato de alguna persona querida, se apresuró á contestar, diciendo:

—Enteramente lo mismo, señora. Á las doce del día, ó á las seis de la tarde, la prometo á V..... comer....

Aquí se detuvo un instante, indeciso; pero añadió en seguida:

—Con excelente apetito.

Si los murmuradores de la botica, ó los desocupados del Casino, ó las vecinas curiosas, hubieran podido recoger estos ligeros detalles, pronto habría corrido por la alta sociedad del pueblo la voz de que la viuda tendía á la vez dos redes, para coger á un mismo tiempo al ahijado y al padrino: al comandante para su hija, y al músico para ella. Y tal vez el ojo perspicaz de los unos y de las otras habría penetrado que la astuta viuda estaba en camino de conseguir el doble fin de sus deseos.

Pero es el caso que esta parte elevada de la opinión pública carecía de tan preciosos datos, y, preciso es reconocerlo, su perspicacia no había llegado á presumirlos.

Dirigióse la viuda á su hermano, y le dijo:

—Ahora necesito el auxilio de tu asistente. Te he oído decir que es un gran cocinero, y mi pobre Berta no sabe de esas cosas más que lo absolutamente necesario para que no nos muramos de hambre.

—Gil es un bribón que me sirve muy bien.... Aún suspira por el regimiento, y si no fuera tan buen cocinero, lo habría fusilado ya tres ó cuatro veces.

—¡Oh! (exclamó la viuda.) Cuánto me alegro de que no lo hayas fusilado ninguna vez, porque si no, mañana me vería yo en un gran apuro.

No atinaba el P. Antonio con el fin que la viuda se proponía con aquel convite, pues no siendo gastrónomo, no entrabajamás en sus cálculos el recurso de las comidas. Claro está que la hermana del comandante no daría aquel festín á humo de pajas, y por sondear el propósito de su cómplice, dijo:

—Pues, señor, tenemos á la vista un espléndido



banquete con que esta buena señora se propone obsequiar al ahijado de su hermano.

—Sí (contestó ella), y he elegido el día 20 de Agosto.

—¿Y qué festividad (preguntó el comandante) celebra la Iglesia en ese día?

—La de San Bernardo, Abad, y la de San Samuel, profeta,—contestó el P. Antonio.

—Perdona, hermana: no recordaba esa circunstancia.

—Yo sí la tenía presente,—dijo Gabriel.

—No es solamente mañana el día de mi Santo (añadió la viuda), sino que además es mi cumpleaños. Me llamo Bernarda, y por añadidura cumpliré mañana treinta y ocho abriles.

Diciendo esto, golpeó afablemente el hombro de su hermano, presentó á Gabriel la sonrisa más amable del mundo, y dirigiéndose al P. Antonio, le dijo:

—Vámonos: Rosalía lo está esperando á V. toda la mañana, porque necesita que V. le ayude.

—¿Á qué?—preguntó el P. Antonio.

—Á moler el azúcar y á picar las almendras, porque ella se ha encargado de la repostería.

Hizo el buen sacerdote un gesto particular, con el que quiso decir: «¡Quién se resiste!...», y salió detrás de la viuda.

El comandante se volvió á su cuarto, y entró en él diciendo:

—Perfectamente.... Una carga á la bayoneta, y el triunfo es mío.

Cuando Gabriel se vió solo, se acercó á la puerta, entreabrió la mampara, y aplicó atentamente el oído, permaneciendo en esta actitud hasta que dejó de percibir los pasos de la viuda y del P. Antonio, que

resonaban en la escalera del corredor, haciendo crujir los peldaños de madera.

Después echó atrás por un sacudimiento de la cabeza los rizos castaños que cubrían su frente.... Luego exhaló un suspiro ahogado, y, por último, se aproximó á la silla en que estaba la caja en forma de ataúd que antes notamos, y poniendo la mano sobre la tapa enlutada, exclamó:

—¡Ah!.... ¡si tú hablaras!....

## CAPÍTULO XV.

Stradivarius.

Por lo que vamos á ver, lo mismo el ahijado que el padrino, querían honrar en todo lo posible el festín á que se hallaban invitados.

Cada uno en su respectiva habitación hacía á la misma hora y con igual esmero, y según su gusto, la *toilette* con que habían de presentarse en la modesta casa de la viuda.

El comandante aspiraba á rodear su persona de aquella arrogancia conquistadora que la imaginación atribuye á los héroes de la guerra; y, en honor de la verdad, la dureza de sus facciones, lo macizo de sus hombros y el aplomo marcial de su continente, le daban cierto derecho á reclamar para sí el honor de la audacia y de la fuerza.

Delante del espejo, como un general delante del enemigo antes de comenzarse la batalla, estudiaba las ventajas y las dificultades del terreno, calculando bien el valor estratégico de todas las posiciones. Si no á agradar precisamente, el comandante aspiraba por lo menos á producir efecto.

Parecióle al pronto demasiado áspera la expresión de su entrecejo; pero convino después consigo mis-

mo en que, para los momentos decisivos, sería de un poder irresistible.

Advirtió también que su cabeza empezaba á encanecer; mas el pelo que la cubría, espeso, corto y fuerte como el de un cepillo, daba á su frente la energía de la juventud. Además, el bigote, todavía completamente negro, de largas guías caídas sobre los extremos de la boca, acentuaba marcialmente la virilidad de sus facciones medianamente regulares.

Elegió un vestido blanco, por ser el más propio de la estación y del clima, y tal vez porque, en medio de sus belicosos proyectos, pensaba ante todo proponer la paz; mas para no ocultar lo decidido de su empeño, anudó al cuello de la camisa una corbata de color de fuego, como si quisiera dar á entender que llevaba en la garganta el terrible grito del combate.

Por lo demás, los botones que sujetaban la pechera de la camisa eran dos hermosos brillantes, y los gemelos de los puños eran dos revólvers de oro primorosamente trabajados.

Cogió un sombrero de paja, y se lo colocó sobre la frente con desenfado, y contemplándose en el espejo algunos instantes, no pareció descontento de su presencia.

Entre tanto Gabriel, sin cuidarse mucho de las advertencias del espejo, abandonaba los rizos castaños de su cabeza al capricho de sus naturales ondas. Pocas vacilaciones podía ofrecerle la elección del vestido, porque en su pequeña maleta de viaje no había más que dos, y ambos eran negros. Elegió el mejor, el más nuevo, el más fresco, y pronto apareció completamente vestido de luto, sobre cuya triste oscuridad resaltaban la azulada blancura del cuello y de los puños de la camisa, y la blancura

pálida de su rostro, donde asomaban ya las sombras rubias de su naciente barba.

El comandante se dirigió á casa de su hermana, bajando por la escalera del corredor, y Gabriel tomó el camino opuesto, pues salió á la calle y entró por la puerta principal de la casa.

Rosalía los esperaba ya en la sala que conocemos; y al sentir los pasos de su tío, se sentó con aparente indiferencia; mas al verlo entrar se puso de pie con fingida sorpresa, le salió al encuentro, y sonriéndole dulcemente, le dijo:

—¡Qué tarde!....

—Son las seis en punto (le contestó el comandante; y mostrándole la esfera de su magnífico reloj de oro, añadió): Mira si te engaño.....: faltan dos minutos.

—Eso es (replicó ella): la hora precisa de sentarse á la mesa.

Esta reconvencción era halagüeña, y el comandante quiso premiarla estampando un beso en la frente de su sobrina; pero Rosalía echó atrás casualmente la cabeza, y el beso sonó en el aire.

—¡César!.... (gritó hiriendo el suelo con la planta de su pie impaciente.) ¡Á ver si callas!

El perro, que desde la entrada del comandante gruñía enojado debajo de una silla, ahogó los gruñidos amenazadores al oír la voz de su ama, y ésta, volviéndose á su tío, anudó la conversación, diciendo:

—¡Dos minutos!.... Es decir, un abrir y cerrar de ojos.... Y aún tendremos que esperar, pues veo que ha venido V. solo.

—Por mi parte (dijo el comandante), no tengo prisa ninguna, y me resigno á esperar hasta mañana, si tú te avienes á hacerme compañía.

La respuesta de Rosalía fué sentarse, yo no sé si con abandono ó con impaciencia; pero es el caso que miró á su tío un momento, y bajó los ojos. Él por su parte recogió con visible agrado la expresión de esta mirada, y acercando una silla á la de su sobrina, le dijo:

—No te enojas conmigo; porque has de saber que siento un vivo deseo de complacerte en todo.

—¿En todo?...—repitió Rosalía.

—¿Lo dudas?... Vamos á ver: ¿qué deseas?

Antes de contestar á esta pregunta, vaciló, y al fin dijo resueltamente:

—Nada.

—¿Lo crees así?

La hija de la viuda bajó la cabeza, como si de este modo pudiera evitar que las tenaces miradas de su tío descubrieran el vivo carmín que había encendido sus mejillas.

—¿Quieres que lea en tu corazón?—volvió á preguntarle bajando la voz.

—No,—contestó ella.

—Bien.... quieres ser adivinada.... ¡Es natural!.... Así son todas las mujeres.... Pero hagamos las paces. Los dos estamos en el secreto.... Tú también adivinas mi deseo.... ¿No es esto? Yo quiero que seas dichosa.

Rosalía cogió la mano de su tío, y la besó con gratitud sincera, diciendo:

—No es posible.

El hermano de la viuda se irguió con aire triunfante. ¡Oh qué torpe es la malicia!

En aquel momento apareció en la puerta la figura enlutada de Gabriel, que esperaba sin duda permiso para entrar en la sala.

—¡Adelante!—exclamó Rosalía.

Ciertamente no había ningún motivo que excusara la frialdad con que Gabriel fué recibido. Rosalía lo invitó á entrar casi sin mirarlo, con cierta indiferencia, con cierto desdén, y, si nos es permitido adelantar el juicio, diremos que con cierto despecho.

Es verdad que, aunque parecía distraída é indiferente, lo miraba de reojo; pero esta manera de mirar no se ha averiguado todavía que sea una señal de agasajo.

Por lo que hace al comandante, no disimuló su descontento, pues volvió hacia Gabriel los ojos airados, aunque bien es verdad que contuvo en seguida la espontánea expresión de su enojo.

Gabriel se adelantó con aire desembarazado, algo aumentada la habitual palidez de sus mejillas, y con voz no del todo segura, saludó á Rosalía.

En esto entró la viuda, diciendo:

—Ea, señores; á la mesa.

No había llegado á la alta sociedad de este pueblo la galantería de ofrecer el brazo á las señoras para conducir las á la mesa; de modo que en estos casos de convites, muy poco frecuentes por otra parte, se prescindía de semejante atención, sin que el buen tono la echara de menos. Pero el comandante conservaba, por lo visto, esa costumbre, adquirida en el trato del gran mundo, y ofreció el brazo á su sobrina. La viuda no quiso ser menos que su hermano, y tomó el brazo de Gabriel. Así llegaron al comedor, donde ya los esperaba el P. Antonio.

La comida, preparada por Gil y servida por Berta, fué excelente, y el comandante, más alegre que de costumbre, celebraba con verdadera efusión lo exquisito de los platos. También Rosalía estaba más habladora que de ordinario, más movible y más

risueña. Los que saben leer al través de las apariencias, acaso hubieran advertido que se ocultaba alguna inquietud en el fondo de aquella alegría. ¡Pobre condición humana! Detrás de la risa está siempre el llanto.

Gabriel parecía algo llamado al interior; pero salía con frecuencia de sus íntimas meditaciones para contestar á las continuas preguntas que la viuda le dirigía. Á una de éstas contestó:

—Sevilla es hermosa; es la ciudad del amor, de la poesía, de la pintura y de la música; su historia está escrita en las piedras seculares de sus monumentos. Yo le profeso un gran cariño. Allí nací, allí he pasado mi infancia.... allí.... está enterrada mi madre; pero al salir de ella me despedí por mucho tiempo.

—Eso quiere decir (advirtió la viuda) que pasará V. el invierno con nosotros. Esto ofrece bien poco, y por lo mismo agradecemos mucho que no nos abandonen los que tienen alguna vez la bondad de visitarnos.

—Conservaré siempre (contestó Gabriel) el recuerdo de mi estancia aquí; pero no debo prolongarla.

Mientras Gabriel y la viuda hablaban de este modo, el comandante refería á su sobrina un accidente de la guerra de África en que él era el héroe. Ella miraba atentamente á su tío, que, con la mirada encendida por el recuerdo del combate, decía:

—Me encontraba solo, y tenía ya dos moros tendidos á mis pies. Entonces se lanzó sobre mí uno de aquellos salvajes, y, apoyando en mi pecho el cañón de su espingarda, hizo fuego.

Pronunció el comandante estas últimas palabras

en el momento mismo en que Gabriel anunciaba á la viuda, de la manera que hemos visto, su próxima partida.

Rosalía, con los ojos fijos en su tío y los oídos Dios sabe dónde, exhaló un grito ahogado, poniéndose sumamente pálida.

—No te asustes (añadió el comandante). El moro hizo fuego; pero la bala pasó sin tocarme.

—¡Un milagro!—exclamó el P. Antonio.

—Sin duda, señor cura: algún Santo de mi especial devoción separó la espingarda de mi pecho en el instante crítico, por supuesto valiéndose para ello de mi propia mano.

La viuda y el P. Antonio cambiaron una mirada de inteligencia, comprendiendo ambos la ironía de la frase que acababan de oír en boca del comandante.

La primera se inclinó hacia Gabriel, preguntándole:

—¿De manera que ahora no vuelve V. á Sevilla?

—No, señora (le contestó). Ahora voy á Madrid.

Es preciso. Si Dios me ayuda, completaré allí los primeros estudios, y después iré á Alemania, á oír á los grandes profesores la música clásica de los grandes maestros.

Todos callaron, y él prosiguió diciendo:

—Mi nombre es oscuro.... Nada soy y nada valgo; pero el espacio es grande; admiro el genio, y lo envidio.

—¡Ah! (exclamó Rosalía sin levantar los ojos del plato.) ¡Qué ambicioso!

—Mi ambición, señorita (le contestó), es una quimera.... ya lo sé; mas así lograré apartar mi corazón de otras ambiciones, tal vez más quiméricas.

Cualquiera habría dicho que exhalaba en esas

palabras la amargura de algún desengaño; mas nadie intentó consolarlo, porque todos guardaron silencio; solamente Rosalía levantó los ojos, dejando ver en ellos un rayo fugitivo de ternura.

La viuda dijo:

—El mundo es muy peligroso.

—¡Friolera! (exclamó el P. Antonio): como que es uno de los tres enemigos del alma.

—Y V. (añadió la madre de Rosalía) es demasiado joven.... Además, solo....

—¡Solo!.... (repitió Gabriel.) No, no estoy tan solo en el mundo. Llevo ante todo conmigo la memoria de mi madre, y me sigue adonde voy un compañero inseparable, un amigo íntimo, un maestro severo que no disimula mis faltas; el confidente de mi corazón.... Todo lo que él dice es lo que yo siento.

—¿Y cómo se llama?—preguntó la viuda.

—Se llama (contestó) Stradivarius.

Ni el comandante, ni Rosalía, ni la viuda, ni el P. Antonio habían oído nunca este nombre; así es que se quedaron con la boca abierta. El primero quiso excusar su ignorancia, exclamando:

—¡Bah! Estos artistas han sido siempre extravagantes é incomprensibles.

Y alzando la voz, gritó:

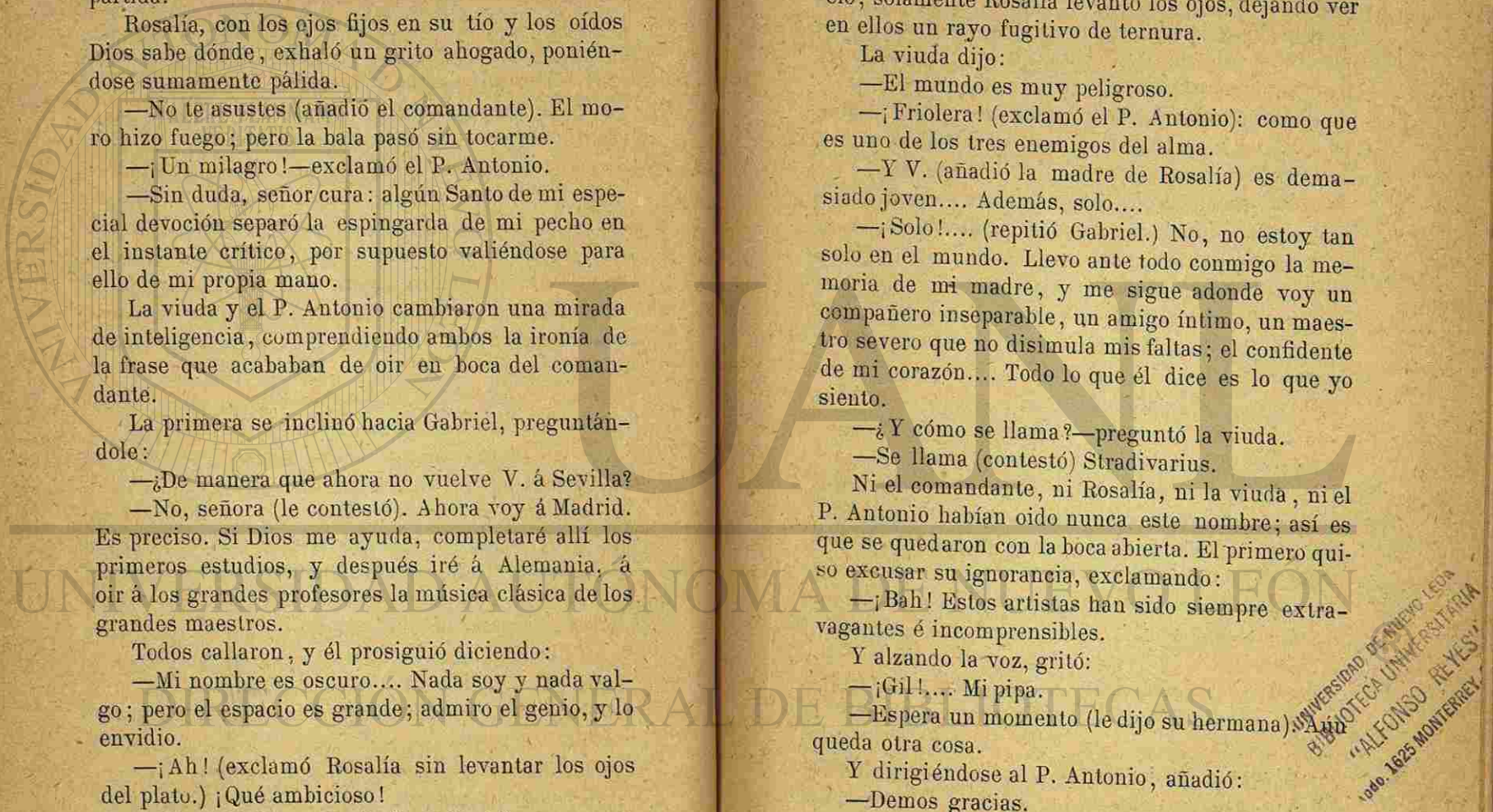
—¡Gil!.... Mi pipa.

—Espera un momento (le dijo su hermana). Aún queda otra cosa.

Y dirigiéndose al P. Antonio, añadió:

—Demos gracias.

Cruzó el sacerdote las manos sobre la mesa, recitando la oración de gracias y rezando un *Padre nuestro* y un *Ave María*. Luego el comandante pidió su café, su ron y su pipa. Rosalía se escurrió



muy suavemente, y sin decir palabra desapareció, y á los pocos instantes llegaron al comedor los acentos del piano.

—¡Soberbia idea! (exclamó el comandante): después del banquete, la serenata. No soy muy aficionado á la música; pero me parece que el violín y el piano deben hacer buena mezcla, como la que hacen las cornetas y los tambores.... Vamos, Gabriel; completa tú la orquesta.

Rosalía ejecutaba *La Oración de una virgen*; aquella sencilla y tierna melodía que repasaba el día que por primera vez la oímos; pero las dificultades que entonces la desesperaban estaban ya vencidas, y la *Oración* brotaba de las cuerdas del piano con precisión admirable. Gabriel escuchaba con toda su alma de artista.

De pronto se levantó, salió del comedor, atravesó el jardín, y subió á su cuarto. Allí introdujo apresuradamente una llave en la cerradura de la caja que antes vimos, y el pequeño ataud se abrió como un estuche, dejando ver un violín y un arco. Cogió este instrumento mudo hacía ya cuatro meses, y lo afinó, dirigiéndose de nuevo á la casa de la viuda.

Poco después las notas del violín se confundían con las notas del piano, enlazándose en armonioso conjunto.

—¡Diablo! (exclamó el comandante apurando el ron que quedaba en la copa.) Esos dos instrumentos parece que hablan.

En efecto : el violín y el piano habían entablado un diálogo tierno, íntimo y misterioso. Los dedos de Rosalía imprimían en las teclas acentos que llegaban al alma, y el arco, temblando en las manos de Gabriel, palpitaba sobre las cuerdas, arrancando al violín frases apasionadas en notas brillantes y en

dulcísimos trémolos. Ambos instrumentos, si es posible decirlo así, se quitaban el canto de la boca: la melodía empezada por uno, la concluía el otro, é inspirándose mutuamente, parecían animados por un mismo sentimiento.

Cuando terminó esta pieza concertante improvisada, la viuda y el P. Antonio se hallaban en la sala, y pudieron observar el vivo sonrosado que animaba las mejillas de Rosalía y la palidez que bañaba la frente de Gabriel, y pudieron advertir también que los ojos de ambos jóvenes se encontraron como si se buscaran.

—Este es (dijo Gabriel, mostrando el violín á la viuda) mi íntimo amigo, mi fiel confidente y mi severo maestro.... Es un Stradivarius.

—¡Caracoles!.... (exclamó el P. Antonio.) ¿Por qué le ha puesto V. al violín ese nombre tan revesado?

—Es el nombre (contestó el joven) que le ha dejado su padre.

—¡Santo Dios!.... ¡Los violines tienen padre!....

—Será (añadió la viuda) el nombre del que lo hizo.

—Eso es, señora. Stradivarius quiere decir genio.

Rosalía soltó una carcajada, porque el P. Antonio se quedó estupefacto al oír que un constructor de violines podía ser un genio.

Entre tanto el comandante, entregado á los horrores de la digestión, fumaba ampliamente en el comedor al compás de la música. Allí, en el fondo de su pensamiento, debía sonreírle la satisfacción de algún deseo profundo, porque se reflejaba en su rostro la fatuidad de los héroes que se duermen sobre sus laureles; sin duda en su interior, comparándose á Julio César, exclamaba : «Vine, vi y vencí.»

Casi al mismo tiempo su hermana, hablando con el P. Antonio en voz muy baja, movía tristemente la cabeza, y decía:

—No reza... no sabe, ó no quiere rezar. Mientras nosotros dábamos gracias, él tocaba el tambor con los dedos sobre el mantel de la mesa.

—Como Dios no haga un milagro (añadía el padre Antonio), es cosa perdida.... En cambio estos dos ángeles....

—¡Silencio! —murmuró la viuda.

Y bajando más la voz, dijo casi entre dientes:

—En ellos tengo mi esperanza.

Los dos ángeles á que se refería se hallaban á la vez engolfados en animada conversación; hablaban de música como dos profesores consumados. Ella, sentada delante del piano, y él de pie, recordaban los pasajes más bellos de la música dramática que empieza en *El Barbero de Sevilla* y acaba en *La Traviatta*, es decir, que nace en manos de Rossini y muere en manos de Verdi. Los dos jóvenes se entendían perfectamente, porque el arte había puesto en estrecha comunicación sus dos corazones; ambos participaban del mismo gusto y del mismo entusiasmo.

Gabriel hizo gemir las cuerdas de su Stradivarius con aquella ternísima frase de *La Sonámbula*:

*Ah! per che non posso odiarli.*

El violín sollozaba con acentos ahogados, como si sólo Rosalía debiera oírlo, como si en aquel momento la hiciera una dolorosa confidencia. Apenas terminó el primer tiempo, cuando el piano, impaciente, prorumpió en el canto del quinteto final de la misma *Sonámbula*. ¿Era una respuesta?

El comandante, que había agotado ya el tabaco de su pipa, entró en la sala, diciendo:

—¡Demonio! Ese violín parece que está agonizando, y ese piano parece un Jeremías.... ¡Bah! No me ha gustado nunca la música llorona.... ¡Ea!: dejad esos cantos que parten el alma, y venga una pieza militar, un paso doble: aunque sea el paso de ataque.

En otra ocasión, Dios sabe cómo hubiera recibido Rosalía esta brusca interrupción de su tío; pero en la ocasión presente se hallaba, por lo visto, con ánimo dispuesto á la mayor benevolencia. Así es que oyó las palabras del comandante con la sonrisa en los labios; y, deseosa de complacerlo, cambió de ritmo, haciendo sonar los primeros compases de la marcha del *Roberto*.

—¡Bravo! (exclamó, celebrando más bien la complacencia de su sobrina que la música de Meyerbeer.) Eso es otra cosa.

—Ni eso ni lo otro (dijo el P. Antonio) sirven para descalzar á la música sagrada.

—Es verdad (añadió Rosalía); y si no, oigan Vds.

Y diciendo y haciendo, entonó, con voz cuyo timbre hacía estremecer, el augusto cántico del *Pange lingua*. El violín la acompañaba con acento sobrehumano.... era el genio de Stradivarius que ensalzaba á Dios en las cuerdas heridas por el arco.

La viuda se hallaba conmovida, el P. Antonio absorto, y el comandante suspenso.

Al terminar este himno, interminable como Aquél á quien va dirigido, Gabriel dijo:

—El tesoro de la música está en el *canto llano*: el Oficio de difuntos es la obra maestra del genio cristiano.

Y arrancando al violín los terribles acentos de

una voz tremenda, hizo temblar el aire con las pavorosas notas del *Dies irae*.

¡Singular combinación!: aquel concierto improvisado, que empezaba por las ternuras del amor, concluía por los terrores de la muerte.

—¡Basta.... basta! (exclamó el comandante.) Ese roncar del violín me parte los oídos.

Después cogió su sombrero, y dió las buenas noches.

Rosalía se colgó á su brazo con cariñoso afecto, y lo acompañó hasta el pie de la escalera, diciéndole al despedirse:

—Tengo su palabra, y no la suelto.

Su tío la oprimió la mano por toda respuesta, subiéndole la escalera con aire triunfante.

Al volver á la sala, Gabriel y el P. Antonio se despedían de la viuda, y Rosalía los saludó con una doble mirada, que quería decir: «Hasta mañana.»

Luego se acercó á su madre, se sentó á sus pies, y apoyando los brazos sobre las rodillas de la viuda, entabló con ella el diálogo siguiente:

—Madre.

—Hija.

—Gabriel quiere aborrecerme.

—¡Qué dices!....

—Digo que quiere, pero que no puede.

—¡Que no puede! ¿Por qué?

—Por que no.

—No te entiendo.

—¡Ay qué torpe! Cuando no se puede aborrecer á una persona, es señal de que se la quiere mucho.

—Puede ser.

—Pues bien: Gabriel....

—¿Te quiere?

—Sí.

—¿Lo presumes?

—No; lo sé.

—¿Y tú?....

Rosalía apretó contra su corazón la mano de su madre, diciendo:

—Yo....

—Pero, hija mía, Gabriel se va.

—No se irá.

—¿Y mi hermano?

—¡Bah!.... Tengo su palabra.

—¿Su palabra de qué?....

—De complacerme en todo.

—No es bastante.

—Veremos.

—Creo que Gabriel siente hacia ti un tierno interés.... mi corazón lo sospechaba; pero nunca creí que se atreviera á confesártelo.

—Él no me ha dicho ni una palabra.

—¡Entonces, quién!.... ¿El P. Antonio?

—Tampoco.

—¿Quién entonces?

—Su amigo íntimo, su compañero inseparable, su maestro, su confidente, su genio....; en una palabra: *Stradivarius*.

La viuda no hizo más preguntas, ni Rosalía tuvo que dar más respuestas. ®



## CAPÍTULO XVI.

El lucero del alba.

Á los ocho días de lo que dejo relatado en el anterior capítulo, el hermano de la viuda leía atentamente un libro, de cuyo título no debo acordarme. Sépase, sin embargo, que pertenecía por su forma á ese especie literaria que llamamos novela, y por su índole moral al género corrosivo.

Sin duda encontraba alguna semejanza entre el pasaje que leía y su propia situación, porque de vez en cuando daba una palmada sobre las hojas abiertas del libro, y exclamaba con agradable sorpresa:

—Sí, sí; es lo mismo: el caso es idéntico; los pormenores son los que varían. Suprimanse ciertas circunstancias indiferentes; mitíguese un tanto la libertad con que el autor dispone del corazón de la heroína; déjese aparte la inverosimilitud de las pasiones repentinas, y heme aquí siendo el héroe histórico de este diablo de novela.... ¡Oh! el autor conoce perfectamente el alma de estos preciosos juguetes que llamamos mujeres.... ¡Bah! ¡Qué tontos somos cuando tenemos pocos años!

Volvió la página que le había inspirado estas ob-

servaciones, y siguió leyendo. Después de pasar algunas hojas, volvió á decir:

—Esto del naufragio es terrible. No veo necesidad de la catástrofe para que el seductor triunfe. No me gusta el género trágico, ni estoy por las pasiones románticas; pero, en fin, la diferencia del género no le quita la semejanza á los casos: el asunto es el mismo: el uno se desenvuelve en las soledades del mar, y el otro en el rincón de una aldea. Estoy á la vez en el desenlace de la historia y de la novela. Leamos y esperemos.

Clavó de nuevo los ojos en el libro, y siguió atentamente la lectura de la novela que tanto le interesaba.

Embebido su ánimo y fijos sus ojos en las páginas que de tal modo cautivaban su interés, no vió á Gil, que dejó ver toda su persona en el hueco de la puerta, ni oyó la tosecilla equívoca con que el asistente intentó advertirle que se hallaba en su presencia.

Por los expresivos gestos que con viva rapidez se bosquejaban en la movable fisonomía del soldado, colegíase que se encontraba en un grande apuro. Por una parte parecía desesperado de que su amo, absorto en la lectura del libro que tenía en las manos, no advirtiera la silenciosa aparición de su persona en el hueco de la puerta, y, por otra parte, el silencio que guardaba y el sigilo con que se movía eran indicio casi seguro de que se hallaba temeroso de distraer la fija atención con que leía.

Por lo visto su consigna era no interrumpirlo; mas sin duda al mismo tiempo el pobre Gil tenía alguna cosa urgente é importante que poner en su conocimiento, y he aquí su duda, su situación. Si lo interrumpía, ¿cómo evitar el primer ímpetu de su

cólera? Y si dejaba para mejor ocasión lo que tenía que decirle, estaba seguro de que lloverían sobre su cabeza rayos y centellas. Ya estaba Gil acostumbrado al furor de estas tempestades; mas no por eso dejaba de temerlas; porque si bien es verdad que salía de estos peligros siempre sin ser fusilado, ni siquiera desollado vivo, es el caso que rara vez escapaba sin algún tirón de orejas más ó menos fuerte.

Así es que, en medio de su impaciente perplejidad, se llevaba alternativamente las manos á una y otra oreja, rascándose con previsora anticipación el hormigueo que esperaba sentir en ellas, y levantando de vez en cuando el puño cerrado sobre su cabeza en actitud amenazadora, como si intentara descargarlo sobre su amo, ó más bien sobre el libro que éste leía, causa en aquel momento del conflicto en que se hallaba.

Es muy difícil elegir entre dos bienes; pero es mucho más difícil todavía elegir entre dos males.

Gil se encontraba entre dos tirones de orejas igualmente seguros: uno inmediato, inminente; otro menos próximo, pero de la misma manera inevitable.

Un alma pusilánime hubiera optado por el segundo; por el más lejano; pero Gil era impetuoso ante el peligro; y en la necesidad de pasar por el tormento de un tirón de orejas, quiso pasarlo pronto para salir del paso, y eligió el primero.

Como el que va á lanzarse á un abismo, Gil apretó los dientes, sacudió la cabeza para imponerse audacia, y dió un paso hacia el comandante, un paso majestuoso, teatral, heroico, y al mismo tiempo, con voz llena, clara y vibrante, dijo:

—¡Señor!

El comandante levantó la cabeza, y vió á Gil

con un pie hacia adelante, en la actitud del gladiador que acaba de marcar una estocada.

—¡Ah, bribón! (exclamó echando fuego por los ojos.) ¡Has atropellado la consigna!

La voz y la mirada del comandante eran el relámpago y el trueno: Gil bajó la cabeza esperando el rayo, y diciendo:

—Es que....

—¿Qué?—gritó el comandante, poniéndose de pie. Este era el segundo movimiento de su cólera.

—Que hay una visita que quiere hablar con V. S.

—¡Una visita! (exclamó el hermano de la viuda, asiendo con la mano derecha la oreja izquierda del asistente.) ¡Una visita que quiere hablar conmigo!.... ¡Ah, tunante! ¿Quién te ha dicho á ti que yo tengo mi tiempo para malgastarlo en conversaciones con las visitas?

—Mi comandante (replicó Gil): no tire V. S. todavía; y si la visita no le entra por el ojo derecho, puede V. S. quedarse con la oreja en la mano.

—Habla (dijo el comandante conteniendo el ímpetu de la mano, pero sin soltar la oreja). Habla: voy á tener la paciencia de oírte, por tener el gusto de desorejarte.

—Señor....

—Di....

—Ahí está....

—Piensa bien lo que vas á decir (le advirtió el comandante), porque de tu lengua depende tu oreja.

—Las dos me dejó cortar (añadió Gil) si V. S. no salta de contento al saber quién viene á visitarlo.

—Acepto, y juro cortarte las dos orejas.

—Poco á poco (replicó el asistente). Aquí hay que jugar limpio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que V. S. es muy capaz de darse á todos los demonios, aunque por dentro se chupe los dedos de gusto, sólo por entretenerse en desorejarme.

—¡Ah, *cárcunda!* Quieres atarme las manos, porque te la temes; pero no importa: si no me enfado, te prometo no enfadarme.

Gil se rascó la frente con aire dudoso; sin duda los términos de la promesa no le parecieron bastante precisos para entregarse á una ciega confianza. Viendo el comandante esta vacilación, ofensiva á la dignidad de su palabra, alzó el puño de la mano izquierda sobre la cabeza del asistente, y sin soltar la oreja que tenía asida con la mano derecha, le dijo:

—¡Bribon!.... ¿Te atreves á dudar de mi palabra?

—No (contesto Gil); pero....

—¿Qué?... Habla.

—Que V. S. no debe creer lo que voy á decirle.

—¡Gil! (exclamó el comandante, frunciendo su terrible entrecejo.) ¿Estás borracho?

—Señor, digo que V. S. no me creerá hasta que lo haya visto por sus propios ojos.

—Ea (replicó el comandante): acaba.... ¿quién me busca?

—¿Quién?... ¡Bah!.... La alegría del mundo.

—¿Qué dices?

—Digo que no tiene semejante debajo de la capa del cielo, y si me apura V. S., ni más allá tampoco.

—¿Acabas?—gritó el hermano de la viuda alzando de nuevo el puño sobre la cabeza de su asistente.

—Acabo (replicó Gil). Hace media hora que está ahí, porque quiere ver á V. S., el mismo lucero del alba en persona.

Reprimió el comandante los ímpetus impacientes de su ira, y bajando el puño hasta oprimir con

él la frente del soldado, le dijo con la voz sorda de la cólera reconcentrada:

—He prometido no arrancarte las orejas hasta que por mis propios ojos me convenza de que la visita impertinente que, contra mis órdenes terminantes, has venido á anunciarme, me es agradable, y cumpliré mi palabra; pero entre tanto, me parece que voy á tomar la prudente determinación de desollarte vivo.

—Juro (repitió Gil, cruzando entre sí los dedos de ambas manos) que es el mismo lucero del alba en persona.

—Pues bien: quiero ver al lucero del alba á las once del día brillar en las oscuridades de mi cuarto. Vamos á ver cómo trasformas mi dormitorio en un pedazo de cielo que brille con la suave luz de la mañana. Josué detuvo al sol: tú es preciso que lo hagas retroceder. Necesitas hacer un prodigio para salir vivo de mis manos.

Diciendo esto, el comandante soltó la oreja de Gil que todavía tenía asida, y prosiguió diciéndole:

—Conduce aquí á esa estrella de la mañana que ha venido á buscarme, y adviértele que brille con todo su esplendor, porque no te perdonaré ni la más ligera sombra que pueda oscurecerla.

En el momento en que Gil se vió libre de la mano que lo sujetaba, dió un salto hacia atrás, y desapareció por la misma puerta en que algunos momentos antes lo hemos visto aparecer.

El paso que le vimos dar hacia el comandante, resuelto á interrumpirlo en la lectura en que se hallaba sumergido, fué, como indicamos, un paso desesperado, lleno de toda la majestad de la resignación heroica; en cambio, el salto con que se lanzó fuera de la estancia fué un salto arrogante, victo-

rioso. Iba, por lo visto, seguro de confundir la incredulidad de su amo con la realización de un verdadero prodigio.

Quedóse el comandante pensando qué pena impondría á la insolencia de su asistente, porque lo había fusilado muchas veces, lo había desollado vivo muchas más, sin alcanzar á corregir su pertinaz torpeza, y dejando el uso de los tirones de orejas para las faltas ligeras, buscaba un ejemplar castigo que aplicarle en los casos extraordinarios.

Mas antes de que diera en el *quid* de la dificultad que embargaba su ánimo, vió iluminarse el hueco oscuro de la puerta por una claridad suave, semejante á la que producen los primeros albos de la mañana.

Detrás de esta sombra, digámoslo así, resplandeciente, aparecía la cabeza de Gil, mostrando en su expresiva fisonomía un gesto intencionado de complacencia y de malicia; y viendo la agradable sorpresa que se pintaba en el adusto rostro del comandante, dijo:

— Señor, aquí tiene V. S. al lucero del alba.

## CAPÍTULO XVII.

### La flor marchita.

En efecto : si la dulce claridad de ese hermoso astro cuya luz se desvanece en el cielo al romper el día puede compararse alguna vez á la belleza del rostro humano, podemos decir que el comandante se hallaba en presencia del lucero del alba.

Pero, entendámonos, de un lucero en cuyos negros ojos relampagueaban los rayos del sol de mediodía y cuya boca se contorneaba graciosamente por el movimiento de una afable sonrisa. El triunfo de Gil era completo, y tenía de ello testimonio seguro, porque había visto disiparse en el rostro del comandante las oscuridades de la ira, como se disipan las sombras de la noche en un cielo que amanece.

La visita inesperada que se le entraba al comandante por las puertas de su dormitorio era ni más ni menos que Rosalía; pero Rosalía más amable que nunca, más graciosa que nunca; en una palabra: más bella que nunca.

Había cierto esmerado descuido en todos los pormenores de su tocado; vestía la misma bata blanca de lunares rojos con que la vimos no hace mucho

rioso. Iba, por lo visto, seguro de confundir la incredulidad de su amo con la realización de un verdadero prodigio.

Quedóse el comandante pensando qué pena impondría á la insolencia de su asistente, porque lo había fusilado muchas veces, lo había desollado vivo muchas más, sin alcanzar á corregir su pertinaz torpeza, y dejando el uso de los tirones de orejas para las faltas ligeras, buscaba un ejemplar castigo que aplicarle en los casos extraordinarios.

Mas antes de que diera en el *quid* de la dificultad que embargaba su ánimo, vió iluminarse el hueco oscuro de la puerta por una claridad suave, semejante á la que producen los primeros albos de la mañana.

Detrás de esta sombra, digámoslo así, resplandeciente, aparecía la cabeza de Gil, mostrando en su expresiva fisonomía un gesto intencionado de complacencia y de malicia; y viendo la agradable sorpresa que se pintaba en el adusto rostro del comandante, dijo:

— Señor, aquí tiene V. S. al lucero del alba.

## CAPÍTULO XVII.

### La flor marchita.

En efecto : si la dulce claridad de ese hermoso astro cuya luz se desvanece en el cielo al romper el día puede compararse alguna vez á la belleza del rostro humano, podemos decir que el comandante se hallaba en presencia del lucero del alba.

Pero, entendámonos, de un lucero en cuyos negros ojos relampagueaban los rayos del sol de mediodía y cuya boca se contorneaba graciosamente por el movimiento de una afable sonrisa. El triunfo de Gil era completo, y tenía de ello testimonio seguro, porque había visto disiparse en el rostro del comandante las oscuridades de la ira, como se disipan las sombras de la noche en un cielo que amanece.

La visita inesperada que se le entraba al comandante por las puertas de su dormitorio era ni más ni menos que Rosalía; pero Rosalía más amable que nunca, más graciosa que nunca; en una palabra: más bella que nunca.

Había cierto esmerado descuido en todos los pormenores de su tocado; vestía la misma bata blanca de lunares rojos con que la vimos no hace mucho

en el pequeño jardín de su casa; mas el cinturón con que la ceñía daba esta vez una gracia irresistible al correcto contorno de su talle.

No es posible fijar las reglas del arte maravilloso con que había trenzado sus cabellos; pero es el caso que se alzaban en su frente y caían sobre su espalda con tan sencilla naturalidad, que daban á la particular belleza de sus facciones una expresión á la vez audaz y candorosa. La movilidad de su fisonomía revelaba impaciencia, la palidez aterciopelada de sus mejillas anunciaba temor, y en el brillo de sus ojos se descubría el hermoso rayo de la esperanza.

Desde luego se advertía en toda su persona esa ingenua coquetería de las niñas que empiezan á sentir el deseo de agradar, deseo honesto cuando aún no ha podido corromperlo la malicia.

Realmente se presentaba á los ojos del comandante en todo el esplendor de sus encantos, en toda la gloria de su exquisita belleza, y, si hemos de hablar francamente, no parecía ni insensible ni extraña al efecto que causaba: indudablemente deseaba causarlo, y debemos presumir que se complacía en ello.

Es claro que intentaba ejercer sobre la libre voluntad de su tío la coacción de sus atractivos, especie de *influencia moral* de que las mujeres y los gobiernos constitucionales abusarán siempre que puedan. Este sistema de poderosa influencia hace á los gobiernos corruptores y á las mujeres seductoras.

El hermano de la viuda comprendió que su sobrina iba dispuesta á deslumbrarlo, y debió jurar en el fondo de su pensamiento dejarse vencer por ella: juramento temerario, que Dios sabe á dónde llevará

el curso, hasta ahora indeciso, de los acontecimientos que relato.

Si hemos de juzgar por las señales exteriores que aparecían en la actitud y en la expresión del comandante, no era solamente admiración y sorpresa lo que la presencia de su sobrina le causaba; había también alegría en su maliciosa sonrisa y en sus vivas miradas.

La admiración era natural, pues nunca la había visto tan bella: la sorpresa era muy justa, pues nunca hasta aquel momento la había visto en su casa desde que él la habitaba, y la alegría podía ser muy bien por una y otra cosa.

—Entre V., señorita (le dijo); que yo le advertiré á ese tunante que mi bella sobrina no necesita embajadores para penetrar en mi cuarto.

—No ha sido suya la culpa, caballero (replicó Rosalía). He sido yo la que me he empeñado en que me anuncie; mas prometo la enmienda, y otra vez seré yo misma la que venga á anunciarme.

Esta disculpa y esta promesa fueron pronunciadas con un timbre de voz conmovido, como si lo hiciera temblar el oculto resorte de alguna emoción íntima mal disimulada.

—Eso es (añadió el comandante, cogiendo entre las suyas la mano de Rosalía, blanca, pequeña y suave como la mano de una niña). Tú misma debes ser la que te anuncies; siempre encontrarás abiertas las puertas de mi cuarto. Mas ¿cómo no se te ha ocurrido visitarme hasta hoy?

Rosalía no supo qué responder á esa pregunta, y bajó los ojos, moviendo lentamente la cabeza, á la vez que el comandante parecía sentir que la mano de su sobrina temblaba entre las suyas.

—Bueno (prosiguió diciendo). No me quejo del

abandono en que me has tenido, y cuento con tu enmienda.

—Sí (añadió ella). Pero ¡Dios mío, qué cuarto!... ¡qué desorden!... Aquí un libro, más allá unas pistolas. La ropa tendida por las sillas, la mesa con dos dedos de polvo... el ropero abierto... ¡Y qué cama! ¡Qué tristes son las casas de los hombres que viven solos!...

—¡Muy tristes!—exclamó el comandante, acariciando la mano de su sobrina.

—Entonces (replicó ella), ¿por qué vive V. de esta manera?

Antes de contestar, el hermano de la viuda se detuvo, calculando el alcance de aquella pregunta, que le pareció por una parte demasiado ingenua, y por otra demasiado maliciosa.

—Vivo así (contestó), porque.... Vamos, ese es mi secreto.

—¡Hola, caballero! ¿También tiene V. secretos?

—Sí, tengo uno.

—¡Ah!

—¿Te admiras?

—No.

—¿Eres curiosa?

—No debo serlo.

—Ya ves que no eres tú sola la que tiene secretos.

—¡Yo!... Es verdad.... También tengo uno.

—Muy bien.... Estamos á secreto.

—¿Es V. curioso?

—¡Mucho!—le contestó, oprimiendo suavemente su mano.

Ella la retiró, y fué á sentarse en una butaca que había junto al balcón.

—Vamos á ver (dijo) : V. es un hombre de mun-

do, de esos que han corrido mucho, que todo lo han visto, y que saben leer en el corazón de las mujeres. ¿Quiere V. adivinar lo que pasa en el mío?

—No (le contestó sentándose junto á ella). Prefiero que tú me lo cuentes.

—¡Ah! (exclamó Rosalía.) Eso es muy cruel.

—¡Muy cruel! ¿Por qué?

—Porque hay sentimientos que no tienen palabras, y, si las tienen, yo las ignoro.... y, si las supiera, no acertaría á pronunciarlas.

—No necesito yo (advirtió el comandante) el auxilio de las flores retóricas para medir la profundidad de ciertos sentimientos. Cuando ha pasado la vana poesía de los primeros años, nuestros corazones se hacen más positivos, y desdeñan las quimeras por las realidades. Confíame, pues, el secreto de tu corazón.... Pronuncia una sola palabra, y ya verás si sé comprenderlo.

Las mejillas de Rosalía se sonrosaron ligeramente; miró á su tío con tímida dulzura, y bajó los ojos, diciendo :

—Es preciso que V. lo sepa, y yo no acierto á explicarme; pero tengo un recurso.

—Veamos (dijo el comandante saboreando las delicias de aquella confidencia). Veamos tu recurso.

—Antes de todo, necesito que V. haga una promesa.

—¿Promesa de qué?

—Promesa solemne de no saber lo que voy á decirle hasta después que yo haya salido de esta casa.

—¡Preciosa criatura! (exclamó el comandante.) Tu recurso es original, originalísimo; pero, en verdad, me parece impracticable.

—No tanto como V. se imagina. Vea V. (añadió, sacando un papel del bolsillo de su bata) : aquí está

mi secreto. ¿Me da V. palabra de no leerlo hasta después que yo me vaya?

—Te doy mi palabra.

—Pues bien (dijo Rosalía levantándose): aquí está todo lo que tengo que decirle.

—Espera (añadió el comandante). Yo también quiero ser original, y voy á darte la respuesta antes de haber leído la pregunta.

Y diciendo y haciendo, sacó una cartera, buscó en ella un papel cuidadosamente doblado, y lo puso en manos de Rosalía, diciéndole:

—Toma: ahí tienes todo lo que yo puedo decirte, y te dejo en libertad de que lo leas ahora mismo si quieres. Mi pensamiento entero se halla contenido en ese papel por medio de un lenguaje sin palabras; en él encontrarás todo mi secreto.

Sintió Rosalía una viva curiosidad, que hacía irresistible el interés que aquel asunto le inspiraba, y desdobló impaciente el papel que tenía en las manos. Examinó rápidamente lo que contenía, y alzando los ojos, miró al comandante, y le dijo:

—¡ Ah! : es una flor.

—Sin duda.

—Una flor marchita.

—¿ No la conoces?

—¡ Ya lo creo! : es un clavel.

—Sí, hermosa Rosalía; es un clavel, en el cual he respirado yo el perfume de tus labios; en esas hojas marchitas he encontrado el dulce aliento de tu boca, porque en ellas palpita todavía un beso tuyo.

La hija de la viuda no comprendía el sentido de estas palabras, no acertaba á comprenderlo, y miraba á su tío con profunda sorpresa.

—¿ Te admira? (prosiguió diciendo el comandante.) Mejor: eso quiere decir que ignoras el poder de tu

belleza, que ha encendido un infierno en mi corazón; un infierno lleno de delicias, que he saboreado esperando el momento más dichoso de mi vida.

Hablando así, se acercó á Rosalía, y quiso asir una de sus manos; pero ella la retiró, retrocediendo, pálida, confusa y aterrada. Por un momento se contemplaron ambos, como si á la vez quisieran sorprenderse en los ojos lo que pasaba en lo íntimo de sus corazones.

La mirada del comandante brillaba encendida por un resplandor semejante al que debe iluminar los ojos de la serpiente cuando atrae hacia sí al inocente pajarillo que aletea aturdido; había en ella esa feroz codicia con que el tigre hambriento espía la presa que va á devorar, anticipándose el placer de devorarla. La hija de la viuda bajó al fin los párpados, como si no pudiera resistir el brillo de aquella mirada, ó como si quisiera contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Más que las palabras del comandante, le advertía su instinto de mujer el sentido que ellas encerraban; pero no queriendo todavía dar crédito á lo que acababa de oír, intentó sonreírse, y dijo:

—¡ Bah! Quiere V. burlarse de mí diciendo cosas que no entiendo. ¿ Acaso tengo yo algo que ver con las hojas de esta flor marchita?

Indudablemente hubiera sido más discreto cortar de cualquier modo aquella entrevista, que empezaba á tomar un aspecto grave; pero Rosalía, á pesar del terror que experimentaba, se resistía á creer en la realidad de lo que estaba viendo. Aquello no podía ser más que una broma de malísimo gusto, propia, no obstante, del carácter estrambótico de su tío.

Por lo que hace al comandante, no pareció sor-



prendido ni de la actitud alarmada de su sobrina, ni del candor de sus palabras, porque había recogido en las disipaciones de su vida una experiencia muy triste, y no sabía distinguir entre la astuta malicia de las mujeres disipadas y la inocencia virginal de su propia sobrina. En su calidad de hombre de mundo, se consideraba obligado á dudar de toda virtud, y de nada desconfiaba tanto como de la inocencia de las mujeres; pero más que esta insensata incredulidad cegaba los ojos de su entendimiento la vanidad ridícula, pero indomable, que formaba el fondo de su carácter.

Crejó, pues, que Rosalía, después de haber provocado aquella conferencia, después de haber depositado en sus manos el secreto de su corazón, se hacía de nuevas, cuando menos por pura coquetería. Tenía por cosa segura que aquel corazón de diez y siete años, en el hervor impetuoso de los primeros sentimientos, había caído en la red de sus seducciones. Acostumbrada Rosalía al afectuoso cariño de su madre, á las complacencias del P. Antonio y á la cariñosa solicitud de cuantas personas la conocían, pensó el comandante que debía dirigirse al corazón de su sobrina por otro camino.

«Niña mimada, se dijo; niña voluntariosa, cuanto más imposible le parezca una cosa, más vivamente ha de desearla el día que broten en su corazón los deseos impetuosos. Tentaré primero su amor propio con mi indiferencia, después su curiosidad con mi extraña conducta, y se exaltará su ambición viéndome inaccesible á las pretensiones que me rodean. Conquistarme será para ella un triunfo supremo. Ha de fijarse en mí necesariamente, porque yo he de distinguirme de todos los que puedan aspirar á disputármela.»

Tal fué, en resumen, el cálculo de sus horribles matemáticas; porque, preciso es decirlo claramente, el comandante, desde que vió á Rosalía, concibió por ella un deseo infernal, avivado á cada instante por el fuego de los sentidos. Y permítaseme que añada algunos renglones á esta digresión, ya necesaria.

La marcada indiferencia de Rosalía hacia todos los jóvenes del pueblo que pretendían su cariño, daba al comandante seguridad del éxito de su plan, y se llenó el vaso de sus esperanzas al ver á Rosalía, de la noche á la mañana, cambiar de aspecto, mostrándose con él afable, risueña, cariñosa y hasta tierna.

—¡Bueno! (dijo contestando á la pregunta de su sobrina.) Quieres desesperarme, confundiéndome con un cadete que acabara de salir del colegio. No eres una mujer vulgar; has comprendido lo extraordinario de mi carácter, y, sin embargo, hermosa niña, sigues la rutina, y te propones con deliciosos desdenes afianzar el imperio que ejercen sobre mí tus encantos. ¿Acaso dudas (añadió acercándose á Rosalía) de la ardiente pasión que por ti siento?... Ese clavel lo he arrancado yo con mis propias manos de la maceta en que tú lo cuidabas; te vi un día besarlo, y nada en el mundo me hubiera impedido poseerlo, porque tus ojos han encendido en mi alma la centella de un amor que hasta ahora no he querido confesarte.

Rosalía, atónita, oyó estas apasionadas palabras con terrible espanto; brilló en sus ojos un relámpago de indignación y de vergüenza, y temblaron sus labios descoloridos, como si no se atrevieran á pronunciar las airadas palabras que hervían en su pecho. De repente cubrió el rostro con ambas manos, y rompió en ahogados sollozos, exclamando:

—¡Oh Dios mío! ¡Esto es un sueño!

—Sí (añadió el comandante con tierno arrebató). Un sueño delicioso que empieza á realizarse. ¿No has soñado tú alguna vez esta gloria que ahora inundanda nuestros corazones?

Al pronunciar las últimas palabras quiso rodear con su brazo la cintura de Rosalía; pero ella rechazó este intento: dió un paso atrás, é irguiendo la cabeza con soberano enojo, clavó en su tío los ojos cuajados de lágrimas. Mas este movimiento fué rápido; porque, dulcificando cuanto le fué posible la expresión de su actitud y de su semblante, cayó de rodillas, y juntando las manos en ademán de súplica, prorumpió en estas palabras:

—¡Ah!... Vuélvame V. el papel que le he confiado; se lo pido de rodillas; devuélvame V. mi secreto.

—¡Tu secreto! (exclamó el comandante.) Está ya en mi corazón, y no saldrá de él nunca.

—No, no,—replicó Rosalía.

—Bien: ¿quieres que te devuelva tu secreto? Sea; pero devuélveme tú el mío.

—Juro no saberlo (exclamó ella): juro olvidarlo.

—Hagamos las paces (dijo el comandante sentándose). Esas lágrimas te hacen más hermosa; pero yo prefiero el fuego de tus ojos y la dulce sonrisa de tus labios.... ¡Vamos!... Te devolveré tu secreto.

Diciendo esto, le tendió la mano, que Rosalía asió como el náufrago se coge á la miserable tabla en que espera salvarse. Púsose de pie, y miró á su tío con ojos afables y sonrisa agradecida, y antes que pudiera prevenir lo que iba á sucederle, el comandante la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos.

Aquí empezó una escena muda, una lucha si-

lenciosa, un espectáculo brutal, que el capellán del cementerio no supo describirme ni yo me atrevo á pintarlo como lo imagino.

Luchaban allí dos desesperaciones: la desesperación de un apetito soez, de una vanidad ciega, de una pasión desordenada, y la desesperación del horror, de la vergüenza y de la virtud.

Á pesar de la frenética resistencia de Rosalía, el comandante la sujetó entre sus brazos, la suspendió en el aire, y la sentó sobre sus rodillas. En aquel momento apareció la cabeza de César en el umbral de la puerta, y sus ojos inteligentes vieron la apurada situación en que su ama se encontraba; erizó el lomo, exhaló un ronquido de cólera, y con ímpetu feroz se lanzó sobre el comandante. Éste, sorprendido por ataque tan inesperado, acudió á defenderse del perro, y Rosalía se vió libre.

Pálida, trémula y afligida, retrocedió algunos pasos hasta ganar la puerta, y desde allí, con voz ronca por el terror y por la fatiga, gritó:

—¡César!... ¡César!...

El furioso animal, que había conseguido clavar sus agudos dientes en el hombro del comandante, que luchaba á su vez por desasirse de tan impetuoso enemigo, se desprendió de su presa al oír la voz de Rosalía, y con los ojos ensangrentados y las fauces amenazadoras, se colocó de un salto delante de su ama, resuelto á defenderla con la ferocidad de un tigre y con la fidelidad de un perro.

## CAPÍTULO XVIII.

### El león en la jaula.

En menos tiempo del que he necesitado yo para referirla, pasó la escena con que termina el capítulo que antecede; y cuando el comandante se repuso de la sorpresa de tan terrible acometida, Rosalía y César habían desaparecido.

Su primer movimiento fué llevarse la mano derecha al hombro izquierdo, donde indudablemente debía sentir alguna sensación poco agradable, pues se rascaba con impaciencia, exclamando entre dientes:

—¡Maldito perro.... maldito!

Acercóse después á la puerta por donde, siguiendo á su ama, había desaparecido su audaz enemigo, y, apoyándose en el dintel, esperó un instante, como quien escucha; más nada oyó, porque reinaba en la casa completo silencio: sólo llegó á oír algo lejana la voz de César que ladraba y gemía, y creyó que Rosalía castigaba severamente al perro por el atropello que había cometido con su persona. Sin duda Rosalía le había ofrecido tan viva resistencia no contando con la intervención de César. Esto pensaba, pues añadía:

—¡Bah! Á las mujeres les gusta defenderse solas, porque cuentan con su debilidad.

De todas maneras, aquel castigo impuesto á César, ¿era una satisfacción que su sobrina le daba?.... Esta pregunta que á sí mismo se hizo desarmó en parte la ira de que se hallaba poseído, y acudió á la puerta de su dormitorio que comunicaba con el corredor, porque los aullidos del perro se oían hacia el jardín que separaba las dos casas.

Deslizóse por la puerta que acababa de abrir, y salió al corredor, y oculto, como ya lo hemos visto otra vez, detrás de la enredadera, vió á Rosalía en el jardín, que arreglaba el desorden del vestido y enjugaba sus ojos, como queriendo borrar de su semblante todo indicio de lo que había sucedido. Evidentemente trataba de ocultar á su madre la rápida escena que hemos presenciado. El comandante estaba seguro de esta discreción, pues no daba crédito á la indignada energía con que se había visto rechazado.

Acaso haya alguna lectora que dude de la verosimilitud de este carácter; pero estoy seguro de que serán pocos los lectores que la pongan en duda, porque saben que hay por desgracia muchos hombres de esta especie.

Se consoló del mal éxito de su primera tentativa, con la esperanza de un éxito seguro en la segunda. De todas maneras, había entre él y su sobrina el vínculo de un secreto común á ambos, que nada podría destruir. Para completar la satisfacción de su ciega vanidad, sólo le faltaba presenciar el castigo del perro: la pena impuesta á César significaba que Rosalía se hallaba muy descontenta de haber sido socorrida.

Mas es el caso que el perro continuaba exhalando prolongados aullidos, y no era, en verdad, porque su ama lo castigase; antes bien, el comandante vió

que Rosalía lo acariciaba, oprimiendo entre sus manos la arrogante cabeza de aquel animal inteligente, que saltaba delante de su ama, lamiendo las manos que lo acariciaban y aullando de alegría.

Volvióse á su cuarto poco satisfecho del resultado de sus investigaciones, porque aquellas caricias prodigadas al perro que acababa de morderle en el hombro le llegaban al alma.

Comenzó á dar largos paseos de un extremo á otro de la estancia, con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo, llevándose de vez en cuando la mano al hombro, porque la mordedura del perro le escocía.

Seguramente había conseguido inspirar á su sobrina lo que él llamaba la primera pasión: había conseguido con calculada indiferencia herir su amor propio, con su extraña conducta excitar su curiosidad, y mostrándose inaccesible, había encendido en el alma de la niña mimada el impaciente deseo de las cosas imposibles. Esto era para él evidente. Le había costado mucho tiempo, mucha paciencia y mucha astucia; pero su plan era de efecto seguro. ¿Qué significaban, si no, los halagos, las complacencias, las afables miradas y las dulces sonrisas con que Rosalía lo agasajaba? ¿Por qué permanecía indiferente á los obsequios de los que solicitaban su cariño? ¿Por qué usaba con él de ciertas misteriosas reticencias? Por último: aquella visita intempestiva y verdaderamente extraordinaria; aquel visible deseo de parecerle agradable; su inquietud, su impaciencia, ¿no revelaban las agitaciones interiores de una pasión que quiere romper los diques del silencio?

Cuanto más examinaba esta suma de datos favorables, más certidumbre adquiría su presuntuoso

convencimiento. Es verdad que le había presentado una resistencia heroica; pero él tomaba la resistencia por pura estrategia. No era Rosalía una mujer de mucho mundo; mas era una mujer de mucho talento. Es verdad que había aprovechado la brusca intervención de César para emprender la retirada; pero ¿acaso provocar y huir no es el sistema que siempre adoptan las mujeres? ¿No es instintivo en ellas el halago y el desdén para enloquecer al hombre á quien desean dominar?... El halago es el cebo con que atraen, y el desdén es el anzuelo con que sujetan....

Así discurría este conquistador de mujeres; pero sus victoriosos razonamientos se detenían indecisos en aquel maldito perro, tan tiernamente acariciado después de su fechoría.... ¿No era cosa de pensar que en aquellas caricias recibía César el premio de su hazaña?... Á esta circunstancia no le encontraba explicación favorable: semejante pormenor le llenaba de confusiones.

Pero, ¡bah!.... ¿No tenía en su poder el dato auténtico, el testimonio seguro de su triunfo?... ¿Qué importaban aquellas caricias caprichosas é inexplicables ante la confesión más ó menos explícita del apasionado amor que había sabido infundir en el corazón de Rosalía?

El comandante se dió una vigorosa palmada en la frente, se rascó después el hombro en que César había clavado sus dientes, y sacó del bolsillo el papel que Rosalía había puesto en sus manos.

Desdoblólo apresuradamente, y comenzó á leer con ansia.

En el curso de la lectura presentó su fisonomía tres aspectos distintos. Primero dejó ver señales de satisfacción, después pareció vacilar como sorpren-

dido, y por último, frunciendo el terrible entrecejo, estrujó el papel entre sus manos temblorosas, mostrando en todos sus ademanes el mudo furor de la más violenta ira.

De sus labios trémulos se escapaba sordo rumor de reconcentradas maldiciones, y apretando los puños y levantándolos sobre su cabeza, amenazaba con ellos, no se sabe si al cielo, á la tierra ó á sí mismo.

Apaciguó, ó más bien contuvo, este primer arrebato de su cólera, y desarrugando el papel que oprimía entre sus manos, comenzó á leerlo de nuevo, como aquel que no está seguro de lo que ha leído.

Vamos á ver lo que contenía este papel misterioso, causa de tan diversas emociones.

He aquí lo que Rosalía había escrito:

«Debo confiar á V. el secreto de mi corazón, y es preciso además que V. lo sepa: V. que, según dice, sabe leer en el corazón de las mujeres, habrá sospechado ya lo que pasa en el mío, y el afecto que me demuestra me induce á creer que ve con gusto la tierna inclinación que ha nacido en mi alma. Le recuerdo que cuento con su palabra.... Mas ¿por qué escribo yo estas cosas?... Va V. á saberlo.

»Necesito que tengamos una conferencia; la deseo, y la temo: la deseo, porque sería una deslealtad ocultarle á V. lo que sucede; y la temo, porque no voy á saber explicarme, y va V. á reirse de nosotros, porque Vds. los hombres de mundo se ríen de todas las cosas. Pues bien: por si no me atrevo á contarle á V. esta historia, la llevo escrita: V. la leerá á sus solas, y si se ríe de mí, á lo menos no lo veré yo reirse.

»Pero V. dirá: ¿qué historia es esta? Una historia que yo misma no sé dónde empieza.... Imagínese V. que cuando supe que venía, me alegré interiormente,

te, sin saber por qué me alegraba, y desde aquel momento, riase V. todo lo que quiera, empecé á esperararlo con mucha impaciencia. Al fin llegó; y como las mujeres somos tan curiosas, y aquella noche hacía mucho calor, mientras mi madre rezaba sus oraciones, yo me puse detrás de la reja, y oí sus pasos, y lo vi pasar; pero mi pícara curiosidad no quedó satisfecha, y al otro día muy temprano me levanté, y salí al jardín, bien ajena de que iba á verlo; pero ¿qué casualidad!: él también había madrugado, y estaba en el corredor acariciando á César, de quien ya se había hecho íntimo amigo. Entonces lo vi, nos saludamos, y yo me retiré, ¡mire V. qué tontería!, porque.... porque estaba temblando.

»Siempre se imagina una las cosas antes de verlas, porque la imaginación es una loca, que no se puede estar quieta ni un instante, y antes de verlo creí que sería.... Ahora sí que va V. á reirse. Creí que sería.... como es. ¿No sucede esto algunas veces?

»Su vestido de luto me causó mucha tristeza, y como yo quiero tanto á mi madre, me interesó su pena, su justa pena, porque ha perdido la suya. No quería consolarlo, porque de esas desgracias no debemos consolarnos nunca; pero nadie podría prohibirme que sintiera su tristeza.

»Todas estas cosas dirá V. que son niñerías; pero tenga V. paciencia, caballero, y oiga V. todas las niñerías que tengo que contarle.

»El P. Antonio me dijo que era un músico consumado; que le hacía hablar al violín; y yo, no atreviéndome á decirle que deseaba oírlo, lo incitaba siempre que podía, haciendo sonar las cuerdas del piano; mas el pícaro, ó no me entendía, ó no quería entenderme. Nos visitaba pocas veces, y siempre

hablaba con mi madre de mí, mientras yo hablaba de él con el P. Antonio.

»Hace ocho días comieron Vds. con nosotras, y mientras V. fumaba su pipa en el comedor, el violín y el piano se entendieron; y, ¡vea V. qué locos!, sin contar con nadie, nos hemos jurado un amor eterno. ¿No había V. adivinado todo esto? Pues bien: yo se lo digo porque V. debe saberlo, y Gabriel no se hubiera atrevido nunca á decirselo. Es huérfano, y V. es su padrino y hace con él las veces de padre.

»Este es mi secreto.»

Verdaderamente, para un hombre de mundo, confiado en la perspicacia de su malicia, cuando creía coronados por un éxito feliz los arrogantes cálculos de su astucia, encontrarse con la ingenua revelación que acabamos de leer, era una burla del destino.

Herido el comandante á la vez en su vanidad ciega y en su pasión sorda, sintió en el fondo de su alma pervertida la rabia furiosa de los más enconados celos.

Rosalía había llenado desde un principio ese vacío espantoso que dejan en el alma las disipaciones del mundo: su juventud, su belleza y su inocencia fueron incentivos que encendieron el ardiente deseo de un amor abominable, sin ternura y sin pureza. Amaba á su sobrina, si es posible decirlo así, no con su corazón incrédulo y gastado, frío y vanidoso, sino con el grosero ardor de los sentidos; ardía en él todo lo que hay en el hombre de bestia, y codicioso de las primicias de sus virginales encantos, había consagrado á alucinarla y seducirla todo el ciego empeño de su brutal deseo. La ociosidad en que vivía daba continuo pábulo á sus proyectos, y en su vida solitaria nada encontraba que lo distrajera de su tenaz propósito. Rosalía llegó á ser su

único pensamiento; por ella había renunciado á los placeres del mundo, abandonando su carrera y encerrándose entre las cuatro tapias de aquella aldea; más aún: entre las cuatro paredes de su caserón solariego.

Con una paciencia heroica, pues alguna vez el vicio tiene más paciencia que la virtud, había ido tejiendo, como las arañas, los hilos de la red en que á su tiempo debía caer la inocencia de la preciosa niña, al volar impaciente con las locas alas de sus primeros deseos. Dos años llevaba invertidos en esperar la ocasión oportuna.

Queriendo el capellán del cementerio, cuando me contaba la historia que yo estoy refiriendo, darme una idea de esa pasión desordenada, me decía:

—Imagínese V. á Lucifer enamorado de un ángel, y comprenderá V. todo el infierno que se agita en el alma del comandante.

Las tempestades en la naturaleza suelen ser beneficiosas; riegan los campos, y purifican la atmósfera; pero las tempestades del alma humana causan siempre espantosos estragos.

No era el comandante hombre que se dejaba arrebatar fácilmente la presa en que había puesto una vez los ojos; así es que en cuanto hubo desahogado el primer ímpetu de su furia, comenzó á pasearse con la airada majestad del león que se ve encerrado en la jaula.

Meditaba acerca de su situación, y no le encontraba salida; comprendió que con la violencia nada conseguiría. Tenía por rival á su propio hijo, y no le era posible apelar al socorrido expediente de un lance, resolviendo la dificultad por medio de una estocada. Tampoco podía hacer uso de su autoridad de padre, porque Gabriel ignoraba la verdad de su

origen, y no entraba en los cálculos del comandante revelársela, porque no le convenía tener un hijo. Era urgente separarlos; pero no era tan fácil conseguirlo, y, en todo caso, sería una ausencia alimentada por la esperanza de volverse á ver; se escribirían, y volverían á verse. La ausencia era un recurso que alargaba el éxito: necesitaba separarlos para siempre.

Discurriendo de esta manera, iba y venía de un extremo á otro de su cuarto, con la feroz impaciencia del león enjaulado.

## CAPÍTULO XIX.

### Golpe seguro.

Ignoraba la viuda el paso que acababa de dar su hija, porque ésta había querido ocultárselo, con el fin de sorprenderla. Era la primera vez de su vida que había usado con su madre de esta reserva, bien disculpable por cierto, si se considera la alegría que esperaba causarle con la noticia auténtica de que el tío miraba con buenos ojos el mutuo cariño que se profesaban la sobrina y el ahijado, cosa acerca de la que la viuda no disimulaba algunas dudas, que para Rosalía eran inexplicables.

Después de la entrevista que hemos presenciado, la hija de la viuda, aterrada con lo que acababa de sucederle, comenzó á comprender las dudas de su madre y cierta repugnancia instintiva que ella misma había experimentado siempre hacia su tío.

Su situación era terrible para con su madre, para con Gabriel, para consigo misma; ni siquiera podía confiar al P. Antonio la acerba angustia por que pasaba su alma. ¿Cómo destrozar el corazón de su madre con el relato de aquella escena horrible? ¿Cómo envenenar el corazón de Gabriel refiriéndole el fatal suceso? ¿Ni cómo horrorizar el corazón del P. Antonio con tan bochornosa confidencia? Su alma noble

origen, y no entraba en los cálculos del comandante revelársela, porque no le convenía tener un hijo. Era urgente separarlos; pero no era tan fácil conseguirlo, y, en todo caso, sería una ausencia alimentada por la esperanza de volverse á ver; se escribirían, y volverían á verse. La ausencia era un recurso que alargaba el éxito: necesitaba separarlos para siempre.

Discurriendo de esta manera, iba y venía de un extremo á otro de su cuarto, con la feroz impaciencia del león enjaulado.

## CAPÍTULO XIX.

### Golpe seguro.

Ignoraba la viuda el paso que acababa de dar su hija, porque ésta había querido ocultárselo, con el fin de sorprenderla. Era la primera vez de su vida que había usado con su madre de esta reserva, bien disculpable por cierto, si se considera la alegría que esperaba causarle con la noticia auténtica de que el tío miraba con buenos ojos el mutuo cariño que se profesaban la sobrina y el ahijado, cosa acerca de la que la viuda no disimulaba algunas dudas, que para Rosalía eran inexplicables.

Después de la entrevista que hemos presenciado, la hija de la viuda, aterrada con lo que acababa de sucederle, comenzó á comprender las dudas de su madre y cierta repugnancia instintiva que ella misma había experimentado siempre hacia su tío.

Su situación era terrible para con su madre, para con Gabriel, para consigo misma; ni siquiera podía confiar al P. Antonio la acerba angustia por que pasaba su alma. ¿Cómo destrozar el corazón de su madre con el relato de aquella escena horrible? ¿Cómo envenenar el corazón de Gabriel refiriéndole el fatal suceso? ¿Ni cómo horrorizar el corazón del P. Antonio con tan bochornosa confidencia? Su alma noble



comprendió que aquella desgracia á ella sola le tocaba conjurarla ó sufrirla.

Mas por mucho que quiso disimular su pena, la viuda advirtió que Rosalía había llorado, y que además trataba de ocultarle sus lágrimas, de lo cual dedujo que no había llorado de alegría. ¿Cuál podía ser la causa de aquel pesar secreto?

No obstante, Rosalía había tomado todas las precauciones para no despertar sospecha alguna. Desde el jardín observó que su madre se hallaba en la sala, y, huyendo de su presencia, entró en el comedor, por donde pudo llegar á su dormitorio sin ser vista. Allí lloró primero y rezó después, tranquilizando con fervorosas súplicas la inquietud de su espíritu; y, más dueña de sí misma, fué á la sala, donde se hallaba su madre. Ésta alzó los ojos y los clavó en su hija, que bajó los suyos, intentando sonreirse. Tomó la costura, y se puso á hacer labor junto á su madre.

César, que no la había abandonado, entró detrás de ella, se acostó entre la madre y la hija, mirando alternativamente á una y á otra, mientras ambas hacían labor en silencio; silencio triste, que ninguna de las dos se atrevía á interrumpir. Buscaba la madre una pregunta con que sondear el corazón de su hija; una pregunta indiferente, que, así como sin querer, abriera camino á una explicación que al mismo tiempo deseaba y temía; mas esta pregunta discreta parecía sepultada bajo siete estados de tierra, pues no la encontraba por ninguna parte. Á su vez, Rosalía buscaba una conversación cualquiera, temerosa de que su silencio pareciera sospechoso á los ojos de su madre; quería hablar de algo, y no sabía de qué; temía que la vendieran sus palabras y que la descubriera el acento atribulado de su voz conmovida.

En esto apareció el P. Antonio, y César acudió á recibirlo, moviendo la cola y empinándose hasta lamer las manos del sacerdote.

No tardó mucho tiempo en advertir el P. Antonio que aquellos semblantes no eran los de todos los días; y tomando una silla, se sentó, y cruzando las manos, exclamó:

—¡Santo Dios! ¡Qué caras tienen Vds.! Cualquiera diría que acaba de pasar por aquí algún entierro.

—Esta niña (dijo la madre) está hoy muy llamada al interior; se levantó esta mañana alegre como todos los días y habladora como nunca; mas después ha *calado el capote*, y ahí la tiene V. cose que te cose, amarilla como la cera y muda como si se hubiera tragado la lengua.

El P. Antonio se hallaba aquella mañana lleno el corazón de alegría, de esas alegrías inexplicables que experimentamos algunas veces sin causa para nosotros conocida, alegrías misteriosas que invaden nuestro espíritu, sin que sepamos de dónde nos vienen ni á qué atribuir las. Suele acontcernos esto en la víspera de alguna desgracia.

No estaba el P. Antonio solamente alegre; estaba además, si se me permite la palabra, poético, y no sólo poético, sino que también filarmónico. Así es que, mirando á Rosalía con toda la malicia de su natural bondad, comentó las observaciones de la viuda, canturriando y diciendo:

—En la torre más alta  
De San Agustín,  
Hay un pájaro, y canta  
Coplas en latín.  
Cantando dice  
Que los enamorados  
Siempre están tristes.

La alegría que se reflejaba en el semblante ingenuo del P. Antonio caía sobre el triste aspecto de la madre y de la hija como un rayo de sol sobre un paño negro. No obstante, la viuda intentó sonreírse, y Rosalía quiso decir algo.

Quiso, pero no pudo, porque, al pronunciar la primera palabra, le cortó la voz un golpe de tos seca y repentina, tan impetuosa y tan persistente, que la madre creyó que su hija se ahogaba. Arrojó al suelo la almohadilla en que hacía labor, y acudió á sostener la cabeza de Rosalía, poniéndole la palma de la mano sobre la frente.

—¿Qué es esto, hija mía?—exclamó la madre asustada.

Con voz entrecortada y bronca por los esfuerzos de la tos, contestó Rosalía:

—No es nada, madre; no es nada.

Entonces notó la viuda que la palma de su mano se abrasaba, porque la frente de su hija ardía; que sus miembros temblaban agitados por un movimiento convulsivo, como si un frío mortal circulara por sus venas; que la palidez de sus mejillas era espantosa, y que respiraba con ansiedad, con angustia, como si su pecho no pudiera dilatarse.

—¡P. Antonio!....—gritó con voz desolada.

César, que había puesto sus manos sobre las rodillas de Rosalía, exhaló un aullido lastimero al oír el grito de la viuda.

El P. Antonio se acercó á la enferma, y cogió una de sus manos, que encontró fría.

—No hay que asustarse (dijo con semblante aterrado). No será nada.... Esto es un pasmo que pasará pronto.

Hizo Rosalía un movimiento afirmativo con la

cabeza, clavando en su madre una mirada inmensa.

El P. Antonio siguió diciendo:

—Eso es.... un pasmo; no tiene duda.... la mañana ha sido fresca, y esta criatura habrá salido del calor de su cuarto al frío del jardín sin tomar precaución ninguna. ¡Ea! Es preciso meterla en la cama, y abrirla mucho; que tome en seguida una gran taza de flores cordiales bien caliente, y que sude.

Dijo, dejó la mano de la enferma, corrió á la puerta de la sala, y comenzó á gritar:

—¡Berta!.... ¡Berta!....

Y volviéndose á la viuda, añadió:

—Mientras Vds. la meten en la cama, yo voy á buscar al médico.

Dicho esto, salió de la casa.

César lo siguió hasta la puerta de la calle, lo vió correr hasta ocultarse detrás de una esquina inmediata, y luego que lo hubo perdido de vista, volvió á entrar en la sala.

Ya no estaba allí Rosalía, pues, ayudada por su madre y por Berta, había entrado en su cuarto.

Al cuarto de Rosalía se dirigió el perro sin vacilar; mas halló la puerta cerrada, porque la viuda y Berta estaban desnudando á la enferma. Entonces se sentó, y alargando el hocico por debajo de la puerta, olfateaba con ansia, aullando tristemente siempre que la tos de Rosalía llegaba á sus oídos.

Entre tanto, el comandante almorzaba con toda la voracidad de su cólera, mordiendo los manjares con verdadera furia. De vez en cuando respiraba con fuerza, dejando escapar violentas bocanadas de aire, como si tratara de contener la tormenta que rugía en su alma.

Comía y bebía en silencio.

Gabriel, sentado enfrente de su padrino, hacía como que almorzaba; pues el visible mal humor del comandante le había quitado el apetito que todas las mañanas traía del monasterio, adonde al amanecer iba á buscar al P. Antonio, cuya Misa oía y ayudaba. No eran solamente la piedad ni el íntimo afecto que profesaba al P. Antonio los únicos motivos que impulsaban á Gabriel á visitar todas las mañanas el monasterio; pues, además de su fervor religioso y de su íntima amistad con el humilde sacristán de la ermita, el amor tenía también su parte en estas expediciones. ¡Ya se ve! Con el P. Antonio se despachaba á su gusto. Los dos hablaban de lo mismo; ni uno ni otro sabían hablar más que de Rosalía. El P. Antonio la ponía en las nubes, y Gabriel la llevaba en el alma. De manera que al volver de estos paseos diarios, traía por lo común buen apetito.

La mañana en que los encontramos almorzando, se hallaban el ahijado y el padrino frente á frente silenciosos, porque el comandante, por lo visto, no tenía mucha gana de hablar, y Gabriel no se atrevía á romper el silencio que reinaba en el comedor desde el principio del almuerzo.

Gil servía la mesa, guiñándose, ya un ojo, ya otro, ya los dos, siempre que volvía la espalda al comandante para retirar algún plato.

Terminóse el almuerzo, y el asistente sirvió el café, llenando á su amo la copa de ron legítimo de la Jamáica, copa que el comandante vació de un solo trago, mientras el café humeaba en la taza. Volvió Gil á llenar de ron la copa vacía, y presentó después á su amo la pipa cargada hasta la boca.

Gabriel, pensativo, con los ojos fijos en la taza, enfriaba el café con mano distraída.

Soltó el comandante una soberbia bocanada de humo, y estalló su voz en estas palabras:

—Si los muertos tuvieran algún medio de comunicación con los vivos, estoy seguro de que tu madre lo aprovecharía para reconvenirme.

Esta observación iba dirigida á Gabriel, el cual preguntó sencillamente:

—¿Por qué?

—¡Por qué!.... ¡Bah!.... Puesto que no lo adivinas, será preciso que te lo diga. Me reconvendría tu madre, porque te detengo aquí más de lo conveniente. Á tu edad ya había salido yo del colegio, mandaba una batería y había hecho mis primeras armas en Cataluña. En esta aldea no adelantas nada, y estás perdiendo lastimosamente el tiempo.

Al oír esta inesperada advertencia, Gabriel palideció; mas el comandante no pudo notarlo, por hallarse distraído en ver las ondas que el humo de su boca formaba flotando en el aire.

Lo que acababa de decirle su padrino le pareció á Gabriel muy razonable; mas, sin embargo, replicó diciendo:

—Todavía no pierdo tiempo ninguno, porque aún no se han abierto las clases del Conservatorio, y aquí estudio cuatro horas diarias, desde el día en que cumplí los cuatro meses de luto.

—Eso quiere decir (añadió el comandante) que has encontrado en esta aldea las delicias de Capua. Si á tu edad me hubieran encerrado á mi entre las cuatro tapias de este pueblo, no habría podido resistir quince días.

—En efecto (dijo Gabriel ingenuamente): he encontrado en este pueblo, no las delicias de Capua como V. dice, pero sí corazones generosos, cuya bondad me consuela y me anima. Por lo demás,

crea V. que, por muy doloroso que sea para mí abandonar el tranquilo hospedaje que he recibido en su casa, sé que debo alejarme de esta soledad en que tan bien me encuentro, y me alejaré, porque siento la ambición del arte.... Me veo solo en el mundo; nada soy y nada valgo, y hace algunos días que experimento ardiente necesidad de ser algo.... y, en medio de mi soledad y mi pobreza, sueño con la gloria.

—¡La gloria! (exclamó el comandante soplando con fuerza sobre la nube de humo que flotaba delante de sus ojos.) La gloria es una perspectiva, una ilusión de los primeros años. Yo soy ya más positivo, y he renunciado á ella.

—Yo la necesito (continuó diciendo Gabriel). Tal vez le pido demasiado á mi pobre destino; pero mi corazón, lleno de una nueva vida, me manda aspirar á ella.

—¡La gloria! (volvió á repetir el comandante.) ¡Phs!... cuesta mucho, y vale poco. Sin embargo, la gloria es también dinero: si tú consigues hacer célebre tu violín por esos mundos, ganarás lo que quieras. Una buena voz ó un buen instrumento se pagan á peso de oro.

Gabriel se encogió de hombros, porque el dinero era una cosa en la que no había pensado nunca.

Su padrino siguió diciendo:

—Puedes hacer fortuna. Además, andan por el mundo muchas mujeres ricas, y aunque no todas se dejan deslumbrar por la gloria, no es raro el caso de que la celebridad de un músico conquiste el corazón de una millonaria. Entre tanto, cuenta con mi bolsillo para seguir tus estudios.

Tan risueño porvenir causó en el ánimo de Gabriel una impresión desagradable: no era ese el camino que llevaban sus pensamientos.

—No (dijo); puedo ganar ya lo que necesito para vivir.

—¡Hola! ¿Eres orgulloso?

—Soy pobre (contestó Gabriel).

Hubo un espacio de silencio, que duró todo el tiempo que Gil necesitó para retirar de la mesa el servicio del café. Después que el asistente los dejó solos, extrajo el comandante de su pipa una manga de humo, y dejándola escapar suavemente, dijo:

—Ello es que el mundo te espera para hacerte probar sus ardientes delicias, y no debes perder tiempo, porque la vida es corta. En cuanto á mí, celebraré tus triunfos y tus conquistas desde la sepultura.... ¡Eh! no te asustes; no pienso morirme. Únicamente he resuelto acabar de enterrarme vivo. Es decir, que voy á casarme.

Miró Gabriel con asombro á su padrino, y éste añadió:

—Sin duda alguna es una locura; pero una locura que sólo debe hacerse cuando hemos sentado la cabeza. No tengo de las mujeres la mejor idea; mas cierro los ojos.... porque se trata de un asunto de familia, y quiero asegurar la suerte de mi sobrina. Rosalía será mi mujer.... ¡Bah!.... es preciso.

—¡Rosalía!—exclamó Gabriel sin poder contenerse.

—Sí (contestó el comandante, sin reparar en la extrema palidez de su ahijado). Rosalía me conviene; siento hacia ella una inclinación verdadera; hará mi felicidad, y yo haré su fortuna. Mi hermana recibirá la noticia de este matrimonio con los brazos abiertos, y en cuanto á mi sobrina, ¿crees tú que sea indiferente á mi posición, á mi fortuna y á mi cariño? Ninguna mujer renuncia al triunfo de fijar á un hombre incasable. Nadie se ha atrevido á poner

en ella los ojos, porque presumen que yo los he puesto. No vayas á revelarles el secreto que acabo de confiarte, porque esta noticia, que las llenará de alegría, y que tal vez aguardan, sólo por mí deben saberla.

Dicho esto se levantó de la mesa, arrojó al aire una bocanada de humo, y se entró en su cuarto, con el aire del que acaba de dar un golpe seguro.

Gabriel se quedó trémulo, anonadado, sin fuerzas para levantarse, sin voluntad para moverse, como quien acaba de sufrir un golpe tremendo.

## CAPÍTULO XX.

### El delirio.

Aquella noche, cuando el médico hizo á Rosalía la segunda visita, la encontró sumergida en el ardor angustioso de una fiebre, que, á pesar de su violencia, no dejaba conocer aún la clase de enfermedad que en ella se encubría, porque ningún síntoma especial la determinaba.

Acompañaban á esta calentura ligeros estremecimientos, que agitaban de vez en cuando los abrasados miembros de la enferma, y subían á su garganta penosos suspiros, semejantes á los que exhalan los niños durante el sueño cuando han llorado mucho antes de dormirse.

El médico fijó principalmente su atención en esas dos circunstancias, y comenzó á presumir si sería moral la causa de aquel trastorno físico; si en vez de un pasmo de la sangre sería un pasmo del espíritu. Entonces se dirigió á la viuda, y le preguntó:

—¿Ha sufrido esta niña alguna contrariedad?

—No (contestó la madre); yo, á lo menos, no sé qué pueda haberla contrariado.

Confirmando el P. Antonio la respuesta de la madre, añadió:

—Contrariedad.... ninguna.

en ella los ojos, porque presumen que yo los he puesto. No vayas á revelarles el secreto que acabo de confiarte, porque esta noticia, que las llenará de alegría, y que tal vez aguardan, sólo por mí deben saberla.

Dicho esto se levantó de la mesa, arrojó al aire una bocanada de humo, y se entró en su cuarto, con el aire del que acaba de dar un golpe seguro.

Gabriel se quedó trémulo, anonadado, sin fuerzas para levantarse, sin voluntad para moverse, como quien acaba de sufrir un golpe tremendo.

## CAPÍTULO XX.

### El delirio.

Aquella noche, cuando el médico hizo á Rosalía la segunda visita, la encontró sumergida en el ardor angustioso de una fiebre, que, á pesar de su violencia, no dejaba conocer aún la clase de enfermedad que en ella se encubría, porque ningún síntoma especial la determinaba.

Acompañaban á esta calentura ligeros estremecimientos, que agitaban de vez en cuando los abrasados miembros de la enferma, y subían á su garganta penosos suspiros, semejantes á los que exhalan los niños durante el sueño cuando han llorado mucho antes de dormirse.

El médico fijó principalmente su atención en esas dos circunstancias, y comenzó á presumir si sería moral la causa de aquel trastorno físico; si en vez de un pasmo de la sangre sería un pasmo del espíritu. Entonces se dirigió á la viuda, y le preguntó:

—¿Ha sufrido esta niña alguna contrariedad?

—No (contestó la madre); yo, á lo menos, no sé qué pueda haberla contrariado.

Confirmando el P. Antonio la respuesta de la madre, añadió:

—Contrariedad.... ninguna.

—Bien (dijo el médico); pero ¿no saben Vds. si tiene algún motivo de aflicción?

La viuda se encogió de hombros, y el P. Antonio contestó:

—Motivo de aflicción, ninguno.

—No se aflija V., señora (añadió el médico, viendo la angustia pintada en el semblante de la viuda). No veo nada que deba alarmarnos, y hay que esperar á que la enfermedad se explique, para que podamos entenderla. Entre tanto, sigan Vds. al pie de la letra el plan que he establecido, cuidando mucho de no despertarla si la calentura bajara y llegara á dormirse.

La viuda, sentada junto á la cama de su hija, cruzó los brazos sobre el pecho, y bajó la cabeza; el P. Antonio cruzó las manos, y levantó los ojos al cielo: la madre esperaba; el sacerdote pedía.

César, delante de la cama, movía impaciente las orejas, teniendo la mirada fija en el semblante de Rosalía.

Así transcurrió algún tiempo, sin que se oyera en la estancia más que la agitada respiración de la enferma.

De pronto se percibió un rumor lejano, que rápidamente se acercaba, y á los pocos instantes la viuda y el P. Antonio distinguieron claramente el trotar de los caballos, el sonido de los cascabeles, los chasquidos del látigo y las voces del mayoral. Era la diligencia que acababa de remudar el tiro, y seguía su camino.

Este ruido, que pasó como un terremoto, conmovió á la enferma, estremeciéndola toda, y entonces no fué un sollozo lo que se escapó de su pecho, sino un grito, que parecía arrancado del fondo de su alma; al mismo tiempo levantó los brazos, agi-

tándolos como si quisiera detener algo que huía delante de sus turbados ojos.

La viuda se puso de pie, y abrazando á la enferma, besó su frente abrasada, diciendo con toda la ternura de su corazón:

—¡Hija mía! ¡Hija de mis entrañas!

El P. Antonio se acercó también á la enferma con semblante afligido, y César alzó las manos, y apoyándolas sobre la cama, aulló tristemente.

El fuego de la calentura iluminaba el rostro de Rosalía, destacándose más vivamente las suaves líneas de sus facciones; parecía iluminado por el reflejo de un incendio; la sombra de sus párpados entreabiertos se extendía más rasgada y más profunda bajo los graciosos arcos de sus cejas espléndidas; entre los labios encendidos brillaban los dientes con el resplandor del nácar, y vagaba en su boca una sonrisa, si me es permitido decirlo así, llena de lágrimas. La cruel enfermedad, que tenía postrado su cuerpo, parecía complacerse en hermosear su rostro.

Después de esta agitación, levantó los ojos y los fijó en su madre, murmurando con voz apagada estas palabras:

—César lo sabe todo.... pero los perros no hablan.

César, al oír su nombre en los labios de Rosalía, agitó la cola con reprimido desasosiego.

La viuda y el P. Antonio se miraron en silencio.

La enferma prosiguió diciendo:

—Es el coche.... Ya está ahí.... Ahora va á pasar por delante de la reja....

Diciendo esto, apartó la mirada de su madre, y cerró los ojos, añadiendo:

—Voy á verlo.

—Delira,—dijo el P. Antonio en voz muy baja.

—Sí,—contestó la viuda, añadiendo el ademán á la palabra.

Por algunos instantes permaneció la enferma silenciosa, al cabo de los que agitó los labios, y dijo con voz semejante á un murmullo:

—Stradivarius... Stradivarius.

Después exclamó con angustiado acento:

—¡Dios mío!... ¿Por qué ha de tener mi madre ese hermano?

La viuda se llevó la mano al corazón, como si hubiera sentido en él un golpe repentino, y con la boca entreabierta y la mirada ansiosa, esperó.

¿Qué esperaba?

Esperaba que el delirio de su hija iluminara su entendimiento, lleno de terribles confusiones.

Rosalía habló de nuevo palabras incoherentes, frases extrañas, que el P. Antonio oía absorto, sin acabar de comprender el sentido que encerraban; pero la viuda las iba combinando y completando, pintándose en su fisonomía todo el horror de que estaba poseída su alma.

Á cada palabra, á cada frase de su hija, hacía uno de esos movimientos que expresan la confirmación de alguna espantosa sospecha ó de algún temeroso presentimiento.

Llegó un instante en que, agitada Rosalía por las imágenes que la fiebre pintaba en su imaginación turbada, tendía los brazos como rechazando la terrible sombra que la perseguía.

—¡Madre, Madre!—gritó con espanto; y dejó caer sobre la cama los brazos desfallecidos.

—Aquí está tu madre (dijo la viuda abrazándola). Tu madre, que hace mucho tiempo lleva clavado en su corazón el presentimiento de esta desdicha.

El P. Antonio, testigo mudo de esta escena, se ha-

llaba aterrado, porque aun cuando no comprendía bien lo que estaba oyendo, presumía que en el fondo de aquella revelación incomprensible se ocultaba algún desastre. Lo único que sacaba en limpio era que Rosalía había estado aquella mañana á ver á su tío; lo demás lo encontraba tan confuso, tan embrollado, que no acertaba á explicárselo. Vislumbraba que Rosalía se había visto en un gran peligro, y que César la había salvado. En otra ocasión habría creído que todo ello no era más que fantásticas imaginaciones creadas por la fiebre; pero las palabras de la viuda le hacían creer que se había realizado una desgracia antes temida.

El buen sacerdote se hallaba aterrado y absorto.

La enferma seguía delirando, pero no pronunciaba más que medias palabras.

En esto sonó la una en el reloj de la iglesia, con ese acento triste con que suenan las horas en medio de la soledad y el silencio de la noche. Entonces la viuda acercó á los labios de su hija una cuchara, cuyo contenido, transparente como el cristal, derramó en su boca. La enferma tragó la medicina paladeándola, abrió los ojos, miró á su madre, y volvió á cerrarlos.

Parecía que el delirio empezaba á apaciguarse, pues poco á poco fué apagándose el murmullo de sus palabras, hasta llegar á ser imperceptible. La viuda advirtió que la respiración era menos anhelosa.

Inmóvil como una estatua, con las manos cruzadas, en ademán del que suplica, permaneció junto á la cama, clavados los ojos en el semblante de la enferma, midiendo por los latidos de su corazón los bruscos sacudimientos de la fiebre.

Al otro lado de la cama se destacaba la figura del P. Antonio como una sombra.



Un pintor inspirado habría visto en los pormenores y en el conjunto de este cuadro, lleno de ansiedad y de tristeza, asunto para una de esas obras que el arte inmortaliza. Yo no me atrevo á describirlo.

Con mano casi impalpable tocó la viuda la frente de su hija, y volviendo el rostro hacia el P. Antonio, hablando más con los labios que con la voz, le dijo:

—¡Duerme!

El P. Antonio y la viuda se retiraron silenciosamente á la habitación inmediata, y César, después que los hubo visto alejarse, se tendió á los pies de una silla que había junto á la cama de la enferma. Se tendió, he dicho; pero debo advertir que su actitud no era la del perro que descansa, sino la del perro que vigila.

De vez en cuando volvía su inteligente cabeza hacia la habitación en que se hallaban la viuda y el P. Antonio, porque llegaba á sus movibles orejas el cuchicheo de la conversación íntima que éstos habían emprendido; y el animal, inquieto, parecía decirles que hablaran más bajo.

Al amanecer, la enferma continuaba durmiendo, habiéndose presentado el síntoma favorable de un sudor copioso, y el P. Antonio salió de la casa y tomó el camino del monasterio.

Marchaba el buen sacerdote con el cuerpo inclinado hacia adelante, como si llevara sobre la cabeza un peso enorme.

Algunas veces levantaba los ojos al cielo, cuyo limpio azul sonreía sonrosado por las primeras claridades de la mañana, y volvía á bajarlos, como si la alegría de aquella aurora tranquila ofendiera la tristeza de sus pensamientos. Salían de su pecho

grandes suspiros, en los que se mezclaban la pena y el enojo.

Ya lo vimos otra vez andar el mismo camino, empeñado en descifrar el enigma del extraño regocijo con que la viuda recibió la noticia de que el comandante tenía un hijo, que sería el heredero de su fortuna. Ahora lleva descifrado el enigma, porque se golpea la frente, y exclama:

—¡Jamás lo hubiera imaginado! ¡Bien podía yo devanarme los sesos!....

Diciendo esto, cruzaba los brazos y se quedaba pensativo.

Otras veces se rascaba la frente, y decía:

—¡Vamos!: ese hombre está dejado de la mano de Dios.

Así llegó al monasterio, y entró en él, diciendo:

—Ese demonio.... Dios me perdone, se ha interpuesto, ¡Virgen Santa!, entre su sobrina y su propio hijo....; es decir, que tiene al mismo Lucifer dentro del cuerpo. ¡Jesús mil veces!.... ¿Y cómo se le dice al pobre muchacho que su padrino.... esto es, que su padre, es una furia del infierno?... ¡Santo Dios! ¿Por qué ha de tener el demonio tanta habilidad para enredar las cosas?....

Hablando de esta manera, atravesó el claustro solitario, y se dirigió á la pequeña celda que ocupaba contigua á la sacristía.

La puerta de la celda estaba únicamente cerrada por el picaporte, porque el P. Antonio no guardaba en ella más que su cama de tablas y su jergón de paja, un sillón de baqueta, dos sillas con asiento de esparto, una mesa de pino, sobre la que se veían algunos libros devotos presididos por el Breviario, un tintero de peltre, en el que había tres plumas de ave, y en medio de la mesa, clavado en un pie de

piedra, se alzaba un crucifijo, cuya cruz era de madera y la imagen de plomo.

Levantó el P. Antonio el picaporte, y penetró en su humilde celda, que, si me es permitido decirlo así, salió á recibirlo, iluminada por los primeros rayos del sol que la invadían, merced á una ventana que, abierta de par en par, daba al pequeño huerto del monasterio, mirando á Oriente.

Sacudió su pobre sotana y sus rudos zapatos cubiertos por el polvo del camino, y en un gran barreño, lleno de agua serenada y transparente, se lavó la cara, la cabeza y las manos, después de lo cual se santiguó, y murmurando una oración piadosa, fué á tomar su Breviario, que, como hemos dicho, estaba sobre la mesa delante del crucifijo.

Iba á preparar su espíritu para decir Misa, mientras esperaba á Gabriel, que, como ya sabemos, iba todas las mañanas al monasterio.

Antes de abrir el Breviario y comenzar sus rezos, se acercó á la ventana, desde donde se descubría el camino; contempló un momento el hermoso paisaje que se abría ante sus ojos, y dijo:

—Aún no viene.... ¡Mucho tarda hoy!

Puso el libro sobre la palma de la mano, y las hojas se abrieron, dejando ver un pliego de papel hecho varios dobleces, circunstancia que llamó su atención, pues no tenía costumbre de poner entre las hojas del Breviario más que estampas de Santos. Aquel papel allí era una cosa extraordinaria, pues él no recordaba haberlo puesto.

Desdoblólo, y se aumentó su sorpresa, porque el papel estaba escrito. Lleno de sobresalto, leyó lo siguiente:

«P. Antonio: ¡qué cruel es la ley de mi destino!

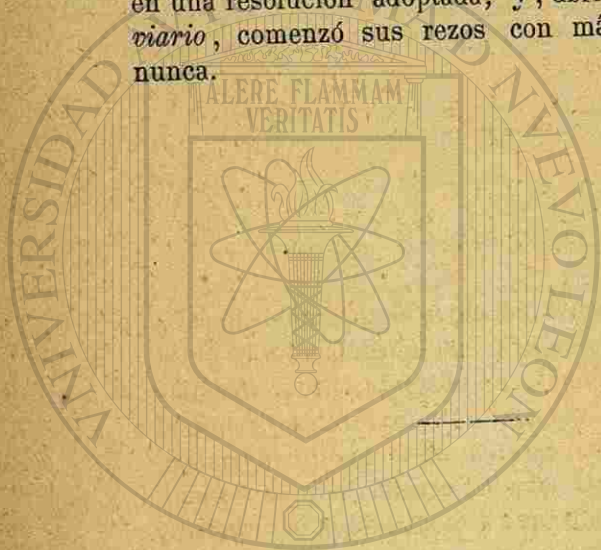
Hace más de cuatro meses que perdí á mi madre y me quedé solo en el mundo. Por cumplir su última voluntad vine á este pueblo, donde mi alma se ha llenado de alegría y de esperanza; pero hoy un deber imperioso me manda alejarme de aquí.... alejarme para siempre. Me siento desfallecer; pero Dios me dará fuerzas. He venido al monasterio esta tarde á confiarle á V. el dolor de mi alma y la resolución de mi voluntad. Despidame V. de la viuda y de Rosalía; júreles V. que no se apartarán ni un momento de mi memoria mientras viva.

»Va á oscurecer y V. no vuelve, y yo no puedo detenerme más tiempo, porque esta noche es preciso que huya de lo que más amo en el mundo. Sé que voy á afligir á Rosalía con este viaje repentino y eterno; pero pronto comprenderá todo el tierno valor de mi sacrificio, y conservará un cariñoso recuerdo de su pobre amigo.... Hay un hombre que la ama; es poderoso, es rico, y la hará dichosa.... Yo, en cambio, nada puedo ofrecerle. Dios sabe que no ofendo su corazón pensando de este modo; pero mi amor no debe abusar de su bondad. No les revele V. el secreto que voy á confiarle: mi padrino es el hombre que ha puesto sus ojos en Rosalía, V., que conoce el estado de mi corazón, comprenderá que no debo permanecer aquí más tiempo. Tampoco pienso despedirme de mi padrino, porque temo que descubra en mis lágrimas lo que debe ignorar siempre. ¡Ay, P. Antonio! Soy un hombre que desde esta mañana llora como un niño.... ¡Insensato! ¿Por qué he alimentado este sentimiento que no puedo arrancar de mi alma?

»Dios lo quiere, y debemos someternos á sus altos designios. V. lo ha dicho muchas veces, y yo lo recuerdo ahora y lo recordaré siempre: *Bien-*

*aventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»*

Acabó el P. Antonio la lectura de estos tristes renglones, y permaneció algunos instantes pensativo; después movió la cabeza como quien se afirma en una resolución adoptada, y, abriendo el *Breviario*, comenzó sus rezos con más fervor que nunca.



## CAPÍTULO XXI.

*Dios lo quiere.*

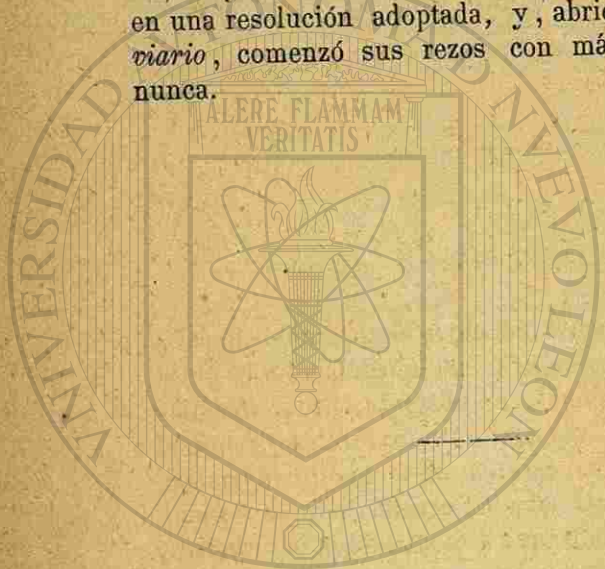
Al día siguiente encontró el médico á Rosalía casi limpia de calentura: sólo quedaban en el pulso las huellas de la fiebre: no obstante, la tuvo tres días en la cama.... Esta crisis de su naturaleza, según el médico, dejó en su espíritu un elemento de tristeza que inútilmente trataba de ocultar, porque su madre y el P. Antonio, que de continuo la observaban, advertían los esfuerzos con que pretendía disimular la pena interior que la devoraba.

Había salido ya de la convalecencia, que fué larga, porque se había apoderado de su ser una languidez extrema y persistente, y ni una vez siquiera había preguntado por Gabriel: este nombre no salía nunca de sus labios.

La tristeza de Rosalía se reflejaba en toda la casa; las flores del jardín, casi abandonadas, morían devoradas por la maleza que crecía en los tiestos; las enredaderas desfallecían, los peces del estanque morían uno á uno, y el mirlo no silbaba, porque no oía la voz de su ama; el piano había enmudecido: sus cuerdas, flojas y desafinadas, no tenían ya más

*aventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»*

Acabó el P. Antonio la lectura de estos tristes renglones, y permaneció algunos instantes pensativo; después movió la cabeza como quien se afirma en una resolución adoptada, y, abriendo el *Breviario*, comenzó sus rezos con más fervor que nunca.



## CAPÍTULO XXI.

*Dios lo quiere.*

Al día siguiente encontró el médico á Rosalía casi limpia de calentura: sólo quedaban en el pulso las huellas de la fiebre: no obstante, la tuvo tres días en la cama.... Esta crisis de su naturaleza, según el médico, dejó en su espíritu un elemento de tristeza que inútilmente trataba de ocultar, porque su madre y el P. Antonio, que de continuo la observaban, advertían los esfuerzos con que pretendía disimular la pena interior que la devoraba.

Había salido ya de la convalecencia, que fué larga, porque se había apoderado de su ser una languidez extrema y persistente, y ni una vez siquiera había preguntado por Gabriel: este nombre no salía nunca de sus labios.

La tristeza de Rosalía se reflejaba en toda la casa; las flores del jardín, casi abandonadas, morían devoradas por la maleza que crecía en los tiestos; las enredaderas desfallecían, los peces del estanque morían uno á uno, y el mirlo no silbaba, porque no oía la voz de su ama; el piano había enmudecido: sus cuerdas, flojas y desafinadas, no tenían ya más

que notas lúgubres; César, en fin, acurrucado siempre á los pies de Rosalía, sólo se mostraba contento cuando ésta lo acariciaba, pasando la mano por su enorme cabeza; entonces agitaba la cola con impaciencia, lamía la mano que lo acariciaba, y gemía dulcemente: fuera de estos momentos, su aspecto era sombrío, su andar grave y su mirada fiera. Algunas veces salía al jardín, y alzando el hocico olfateaba con ansia, y como si su olfato encontrara en el aire alguna huella aborrecida, erizaba el lomo, enseñaba los dientes blancos y afilados, y roncaba con rencorosa furia.

Á su tiempo la viuda y el P. Antonio discutieron en conferencia secreta el grave punto de la ausencia de Gabriel. Era difícil ocultarle á Rosalía este nuevo golpe de su triste suerte, y era al mismo tiempo peligroso darle una noticia cuya impresión podía comprometer seriamente su salud todavía quebrantada. Y en todo caso, ¿cómo había de dársele esta noticia?....

¿Se encogerían de hombros á sus preguntas, ó le darían á conocer el verdadero motivo de aquella desaparición repentina?.... En el primer caso, era abandonarla al tormento de crueles sospechas, era hacerla concebir la idea de una ingratitud ó de una inconstancia que llenaría de amargura su corazón. En el segundo caso, era dar pábulo á aquel amor naciente, que en verdad no empezaba con muy risueños auspicios. Desde luego el generoso rasgo de Gabriel había de aumentar en Rosalía la viva inclinación que le profesaba; el sacrificio que hacía huyendo de ella aumentaría á sus ojos el atractivo que desde un principio había ejercido en su alma, y no se consolaría jamás de haber sido ella la causa de su desgracia.... Por ella se alejaba de su padrino,

y solo, huérfano y desamparado, iba á perderse en las tempestuosas soledades del mundo.

La viuda y el P. Antonio no sabían qué partido tomar; y después de largas discusiones, resolvieron guardar silencio mientras Rosalía no abordara la cuestión con alguna pregunta directa, y entonces convinieron en no ocultarle nada. Esto esperaban; mas es el caso que Rosalía ni directa ni indirectamente hacía pregunta alguna; y si al principio temieron que la hiciera, después deseaban que la hiciese.

Habían discutido también otro punto sumamente difícil; á saber: qué conducta debía seguirse con el comandante. Acerca de esto tenía el P. Antonio formada una resolución terminante, y para explicarla con más decisión y con más energía, apelaba á las frases más ejecutivas de su lenguaje bélico.

—Para el comandante (decía) no hay cuartel: hay que ir á buscarlo á sus posiciones, y darle una carga á la bayoneta. Ya sé yo que él quemará hasta el último cartucho; pero si V. se decide á tirar bala rasa, entrará en negociaciones, y se rendirá á discreción. Capitularemos: que nos devuelva á Gabriel, y que se vaya con dos mil de á caballo. ¡Ea! Señora, á V. le toca romper el fuego: la primera descarga debe ser á quemarropa; esta, por ejemplo: «Jaime, eres un malvado.»

La viuda oía los proyectos guerreros del P. Antonio cruzando las manos y bajando los ojos.

—Si V. no se determina (seguía diciendo), yo desplegaré mis guerrillas: yo le amenazaré en nombre de Dios con todo el fuego del infierno.... ¿No?.... Bien: en ese caso tengan Vds. una conferencia; échele V. en cara lo abominable de su conducta; dígame V. que los muchachos se quieren, y que es impo-

sible separarlos.... Nuestras posiciones son inexpugnables.

Movía la viuda la cabeza en ademán dudoso, perplejidad que para el P. Antonio era incomprensible.

—Todo será inútil (replicaba la madre avergonzada y afligida), si Dios no hace un milagro. Mi hermano ha concebido por Rosalía una pasión infernal, y no hay freno que lo contenga, porque cuando Dios huye del corazón humano, el hombre se convierte en bestia. ¡Infeliz! Mil veces más infeliz que la inocente criatura á quien ha ultrajado.... Más infeliz, mil veces más infeliz que su propio hijo, á quien ha alejado del dulce calor de nuestro cariño.

—¿Es decir (preguntaba el P. Antonio), que nos hemos de cruzar de brazos y sufrir en silencio?

—Le temo á su impiedad (contestaba ella), le temo al escándalo, y le temo á la violencia de su carácter. No debemos ser nosotros los que provoquemos una escena que sería deplorable y que empeoraría la situación en que nos encontramos. Tenga V. en cuenta que Gabriel es su hijo.

—¿Y qué hemos de hacer?—volvía á preguntar el P. Antonio.

—Guardar en el fondo de nuestro corazón este triste secreto, compadecerlo, y esperar.

—De todas maneras (insistía el P. Antonio, no plenamente convencido por las razones de la viuda), conviene sacar de aquí á Rosalía.

—He pensado en ello (añadía la viuda); pero ¿está V. seguro de que no nos seguirá?

Estas discusiones se repetían siempre que la ocasión se presentaba; esto es, siempre que se hallaban solos, lo cual no dejaba de ser frecuente, porque Rosalía pasaba muchas horas en su cuarto.

El P. Antonio concibió la idea de escribirle á Ga-

briel una carta, dándole noticia de la enfermedad de Rosalía, y dejándole entender que las pretensiones del comandante no tenían pies ni cabeza, y que su ausencia los tenía á todos muy tristes.

Cogió la pluma, trazó una cruz sobre el papel, y comenzó su carta. Después de escrita, la leyó detenidamente, y quedó satisfecho de su contenido. Había estado feliz al escribirla, y quedó muy contento al leerla. Aquella carta iba en busca de una respuesta.

Cerróla, y al poner el sobre se quedó suspenso, porque, ¡ya se ve!, no sabía á dónde dirigirla. Gabriel no había dicho dónde iba, y no se sabía dónde paraba, y ¡vaya V. á dirigir una carta á un hombre que se ignora dónde para! Hasta entonces no había pensado en esta circunstancia indispensable. Gabriel podía haber vuelto á Sevilla, podía haber ido á Madrid, podía haberse dirigido á Barcelona; ¿á dónde, pues, dirigir la carta? Aun así y todo, se le ocurría al padre Antonio la ingeniosa idea de escribir dos cartas más, y dirigir una á Barcelona, otra á Madrid y otra á Sevilla; pero no llevando más señas que el nombre del pobre músico, era lo mismo que echarlas en un pozo.

Con gran sentimiento renunció al recurso de la carta.

Hacía ya muy cerca de tres meses que Gabriel había salido del pueblo, ausentándose de la manera que sabemos; y en todo ese tiempo no se había recibido de él noticia alguna: parecía que se lo había tragado la tierra. La viuda y el P. Antonio empezaban á hacer de tan obstinado silencio muy tristes augurios.

¿Le habría sucedido alguna desgracia? No podían creer que los hubiera olvidado tan pronto.

En cuanto á Rosalía, observaba una conducta análoga; el nombre de Gabriel no había salido ni una vez siquiera de sus labios, y tampoco era posible en ella tan repentino olvido. Si había concebido la idea de una ingratitud; si presumiendo, como era natural, la ausencia de Gabriel, la atribuía á la inconstancia de su corazón, era demasiado ingenua para no confiarle á su madre sus amargas sospechas. Á lo menos, ¿no sentía curiosidad por saber la causa de tan misteriosa desaparición?... La misma reserva que advertía en su madre y en el P. Antonio, ¿no excitaban su interés? ¡Vamos!, esto era inexplicable, y, por consiguiente, extraordinario.

Así pasaban los días, esperando la viuda y el padre Antonio una carta de Gabriel y una pregunta de Rosalía.

Aquel silencio iba siendo cada vez más embarazoso y más difícil de romper.

La madre observaba á su hija con penosa inquietud, lleno su espíritu de oscuros presentimientos.

¿Qué pasaba en el corazón de Rosalía?

Esta pregunta no alcanzaba nunca una respuesta satisfactoria.

La madre no fijaba una vez los ojos en su hija sin que ésta no recibiera las solícitas miradas de su madre con una sonrisa llena á la vez de dulzura y de tristeza.

Entre tanto, advertía con hondo sobresalto que la convalecencia se prolongaba de una manera alarmante; no comprendía cómo una enfermedad tan rápida había podido producir una convalecencia tan larga.

Este era otro misterio que llenaba de angustia el corazón de la madre.

¡Otro misterio! ¿Y por qué no había de ser el mismo?

Ello es que Rosalía se desmejoraba visiblemente.

Sus grandes ojos negros habían adquirido un resplandor extraño, como si se reflejaran en ellos los rayos invisibles de una luz lejana.

Cuando alzaba los párpados levantando al cielo la mirada, parecía que su espíritu iba á escaparse.

Aquellos ojos siempre negros, siempre grandes y siempre hermosos, eran entonces más hermosos, más negros y más grandes.

Á la vez, los contornos de su boca habían adquirido una expresión de bondad indecible; sonreía con dulce tristeza, como si la pena que ocultaba en su alma estuviera exenta de toda amargura.

Si en el cielo hay tristezas, en la sonrisa de Rosalía se reflejaba alguna vaga sombra de las tristezas del cielo.

Cubría sus mejillas una palidez extrema, enflaquecían sus miembros delicados, y poco á poco desfallecía su juventud, como si se sintiera abrumada por el peso de la vida.

Una tos pertinaz y frecuente había enronquecido el timbre de su voz, dando á su acento notas oscuras, notas lúgubres. Podría creerse que la vida, huyendo de su cuerpo, se había refugiado toda en su alma.

La viuda notaba estos estragos, que no podían ocultarse á sus ojos, llenos de la tierna solicitud que para con sus hijos ha puesto Dios en el corazón de las madres; pero Rosalía no se quejaba nunca; aseguraba no sentir dolor ni incomodidad ninguna; siempre se hallaba bien; cada día se encontraba mejor, mostrándose más cariñosa con su madre.

—Hija mía (le dijo un día la viuda): esta noche has dormido poco.

—No (le contestó); he dormido bien.

—Sí (replicó la madre), has dormido; pero tu sueño no era tranquilo.

—Alguna pesadilla (dijo Rosalía): yo no la recuerdo; al contrario, más bien tengo idea de un sueño muy agradable.

—¡Muy agradable!

—¡Oh! Sí.

—Pues, ¿qué has soñado?

—He soñado....

—¿Qué?

Detúvose algunos instantes pensativa, como quien trata de precisar un vago recuerdo, y después dijo:

—Se ven en los sueños cosas inexplicables.

—Pero ¡bien! ¿tú qué has visto?

—He visto una cosa semejante á una nube resplandeciente, y á sus pies se tendía el arco iris: llegaban á mis oídos acentos acordes y suaves de una música que llenaba el alma de dicha inefable, y á la vez cantaban voces invisibles himnos que no caben en las lenguas del mundo, y me parecía que respiraba una atmósfera pura, en que el aire tranquilo se hallaba perfumado por esencias desconocidas. Yo no sé dónde me encontraba; pero creía verme suspendida, como si tuviera alas, como si flotara en un mar de ondas impalpables. Si hay algo en la tierra con que comparar este sueño, que no acierta á retener mi memoria, le diré á V. que me pareció estar en la Iglesia, en el momento en que se levanta el velo del tabernáculo y aparece la custodia entre el humo del incienso y los cantos del órgano. Eso que vemos despiertos, no es más que una sombra de lo que yo he visto dormida. Ha sido un

sueño hermoso, y he sentido pena al despertarme.

La viuda no hizo más preguntas; y cuando el padre Antonio supo por ella lo que Rosalía había soñado, bajó humilde y silenciosamente la cabeza, como sometiéndose á los inescrutables designios de la Providencia, y después dijo:

—Se le ha anticipado la visión de la dicha que le espera.

Y viendo que la viuda se deshacía en lágrimas, añadió:

—Señora, Gabriel lo ha dicho, y nosotros debemos repetirlo: ¡Dios lo quiere!

La viuda poseía el sublime valor que la fe infunde en las almas sencillas; pero sus ojos eran ojos mortales, y no podía contener en ellos el llanto cuando se hallaba sola y podía abandonarse al consuelo de las lágrimas.

El médico hacía frecuentes visitas á la enferma, y la madre había observado que entre el médico y su hija existía cierta secreta inteligencia: cambiaban miradas en las cuales parecía como que se decían algo; usaban medias palabras, cuyo completo sentido ellos solos entendían, y solían algunas veces hablar en voz tan baja, que era imposible oír lo que se decían.

Esto era singular, y la viuda no sabía á qué atribuir este nuevo misterio.

La pobre madre, atribulada, no dormía, no descansaba, no vivía; espiaba en el semblante del médico los síntomas favorables ó adversos de aquella enfermedad que iba paso á paso y día por día consumiendo la vida de su hija.

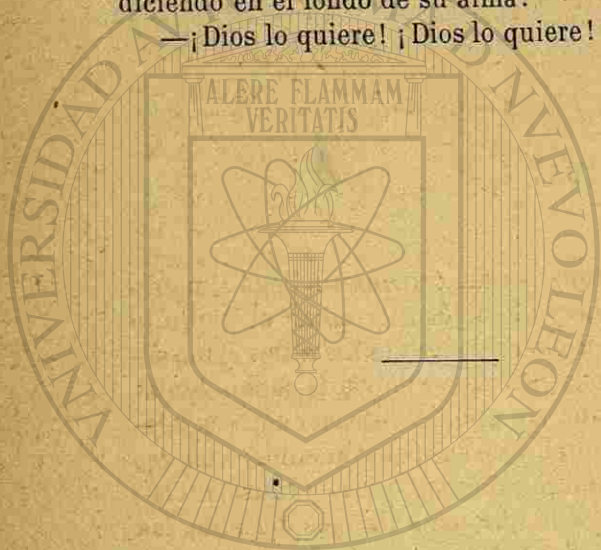
El médico evadía discretamente las preguntas que solía dirigirle, y en cuanto á Rosalía, la madre, temerosa de que comprendiera el verdadero estado



de su salud, alejaba toda conversación que pudiera despertar en ella la terrible sospecha.

No se atrevía á temer, no se atrevía á esperar, y viendo que su hija desaparecía como los resplandores de una luz que se apaga, animaba su espíritu, diciendo en el fondo de su alma:

— ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO XXII.

**Loco, loco.**

Cuando el capellán del cementerio llegó al punto del relato en que yo lo dejé al terminar el capítulo antecedente, permaneció algunos instantes como sumergido en honda reflexión; movía la cabeza lentamente, queriendo, sin duda, confirmar con sus ademanes la certidumbre de sus pensamientos, ó tal vez indicaba el asombro profundo que nos causa la claridad con que la fe ilumina á los ojos del alma las oscuridades de los misterios, y podían ser ambas cosas á un mismo tiempo, porque cruzó las manos, y bajando los ojos, exclamó de esta manera:

— ¡Qué sabiamente dispone Dios todas las cosas para los altos fines de su misericordia y de su justicia!

Tan hermosas palabras desahogaron la profunda tristeza que en aquel momento embargaba su ánimo; pues dejó ver una dulce sonrisa, y levantando los ojos al cielo con expresión casi inefable, añadió:

— Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

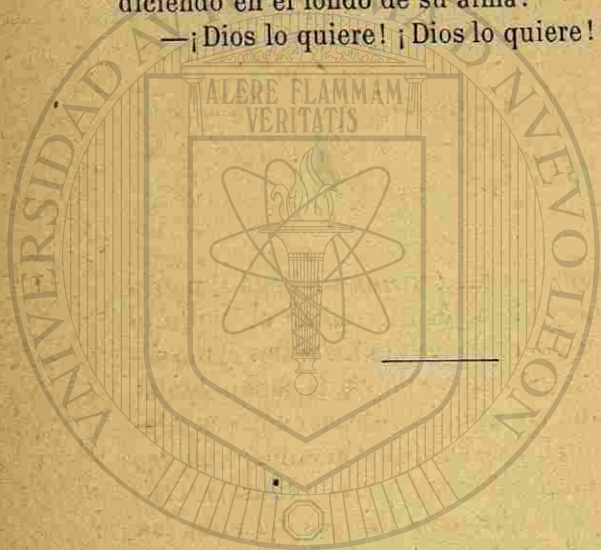
Después me miró fijamente, y dijo:

— Dichosos ellos.

de su salud, alejaba toda conversación que pudiera despertar en ella la terrible sospecha.

No se atrevía á temer, no se atrevía á esperar, y viendo que su hija desaparecía como los resplandores de una luz que se apaga, animaba su espíritu, diciendo en el fondo de su alma:

— ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO XXII.

**Loco, loco.**

Cuando el capellán del cementerio llegó al punto del relato en que yo lo dejé al terminar el capítulo antecedente, permaneció algunos instantes como sumergido en honda reflexión; movía la cabeza lentamente, queriendo, sin duda, confirmar con sus ademanes la certidumbre de sus pensamientos, ó tal vez indicaba el asombro profundo que nos causa la claridad con que la fe ilumina á los ojos del alma las oscuridades de los misterios, y podían ser ambas cosas á un mismo tiempo, porque cruzó las manos, y bajando los ojos, exclamó de esta manera:

— ¡Qué sabiamente dispone Dios todas las cosas para los altos fines de su misericordia y de su justicia!

Tan hermosas palabras desahogaron la profunda tristeza que en aquel momento embargaba su ánimo; pues dejó ver una dulce sonrisa, y levantando los ojos al cielo con expresión casi inefable, añadió:

— Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Después me miró fijamente, y dijo:

— Dichosos ellos.

En seguida reanudó el hilo de la narración, que yo, á mi vez, refiero con toda la fidelidad que me es posible, tratando de que el artificio de mi relato no desfigure el fondo verdadero de esta historia.

El comandante, entre tanto, había concebido las más risueñas esperanzas. La ausencia de Gabriel le hacía desternillar de risa, y celebraba el éxito de su tentativa para alejarlo de Rosalía, llamándole tonto en todos los tonos.

Se restregaba las manos con satisfacción íntima; y dando largos paseos por su estancia, decía hablando solo:

—No tiene mundo ninguno, y bueno es que vaya aprendiendo á vivir. ¡Demonio! (exclamaba.) ¡Dejarse quitar la novia de una mano á otra!... No se ha atrevido á disputármela.... Otro, en su lugar, me hubiera puesto en un aprieto, porque, al fin, me parece que contaba con ella.... ¡Oh! sí (añadía frunciendo el entrecejo); esa loquilla se había dejado enamorar como una tonta. ¡Ya se ve!: yo debí anticiparme: hay un momento en que la mujer es del primero que llega.

Hablando así, echaba las manos atrás, y seguía paseándose á largos pasos.

—¡Bueno! (proseguía diciendo): el rival ha desaparecido como una sombra que se disipa; si en efecto ese pobre muchacho había llegado á ser la luz de sus ojos, he ahí una luz que he apagado con un simple soplo. Debí prever esta contingencia. Gabriel no es ciertamente un seductor temible; es más bien un niño llorón, capaz de pasarse la vida suspirando; pero Rosalía es mujer, y no hay mujer que renuncie á inspirar una pasión, aunque sea en el hombre que menos le agrade. ¡Oh! la mujer es

siempre la misma, y tenemos en todo caso que ella se ha dejado querer, y eso es todo.

Una idea verdaderamente diabólica debió pasar en aquel instante por su imaginación, pues se animó su rostro con una sonrisa de todos los demonios, y dijo:

—Quizá hubiera sido mejor....

Se detuvo, reflexionó un instante, y exclamó:

—¡Casarlos!....

Hasta entonces había medido con sus pasos la longitud de la estancia, yendo y viniendo de un extremo á otro, de pared á pared; mas al prorumpir en la exclamación que dejo anotada, varió de rumbo, y comenzó á pasearse circularmente, como si sus pasos, siguiendo el movimiento interior de su pensamiento, dieran á entender que la imaginación del comandante daba vueltas alrededor de una idea, sin atreverse á admitirla ni á rechazarla.

Indudablemente fluctuaba su ánimo entre opuestos pareceres.

La idea alrededor de la que daba vueltas su imaginación debía ofrecerle muchas ventajas y muchos inconvenientes.

—¡Casarlos! (volvió á exclamar.) ¡Demonio! La idea no es mala, y me parece que el éxito habría sido seguro.... De todos los rivales que pueden disputarnos la preferencia de una mujer, el menos temible es el marido.

Por el aspecto de su semblante parecía complacido de la perspectiva que su pensamiento le ofrecía; mas se rascó la frente con impaciencia, como si sintiera en su cerebro una comezón insufrible.

—No, no (dijo): el plan es bueno, y no me opongo á que sea lo supremo del arte; pero me sería forzoso hacer un sacrificio.... ¡Bah! Tendría celos del

marido, y aunque esto no sería enteramente nuevo, no me parece muy cómodo. De todas maneras (añadió frotándose las manos), las cosas no van mal; y después, siempre queda tiempo para utilizar ese recurso.

Tales debieron ser las primeras reflexiones de este hombre pervertido, incapaz sin duda alguna de cometer ninguno de los crímenes que la ley civil condena; pero muy capaz de todas las maldades que caen fuera del alcance con que el Código castiga á los criminales.

El comandante, tal y como se nos presenta, era á los ojos del mundo un hombre *despreocupado*. Sí, algo duro de carácter; pero nadie se habría permitido dudar que era un cumplido caballero.

Es verdad que no tenía de los hombres, y más especialmente de las mujeres, la más ventajosa idea; pero precisamente á esta desconsoladora circunstancia le debía, lo mismo en Madrid que en la aldea, el crédito que gozaba de hombre de mundo.

Los hombres le disculpaban fácilmente la mordacidad de sus opiniones respecto á las mujeres, y éstas no se mostraban ofendidas de los términos poco lisonjeros con que solía hablarles de los hombres.

En el pueblo en que vivía habría sido un honor hasta para los más orgullosos obtener las intimidades de su amistad, y por lo que hace á las mujeres, ya sabemos que habrían considerado como un verdadero triunfo alcanzar su inaccesible preferencia.

Las madres, sobre todo, lo consideraban como un buen partido, y ante la perspectiva de su posición y de su fortuna, el codiciado yerno tomaba en la imaginación de las impacientes suegras las más seductoras proporciones.

El comandante era un hombre completo: no le faltaba más que la conciencia.

Esperando sin duda los primeros efectos que debía causar en su sobrina y su hermana la ausencia repentina y misteriosa de Gabriel, se encerró, digámoslo así, en el antro de su proyecto, como la araña se esconde en el fondo de la tela en cuyos hilos casi invisibles se ha de enredar la mosca, tan ligera como incauta.

Según sus cálculos, la madre ó la hija, ó por lo menos el P. Antonio, tratarían de indagar por él la causa de tan súbita partida.

Para este caso tenía, por de pronto, preparada una respuesta categórica; á saber: encogerse de hombros. Después abriría la puerta á las suposiciones, tratando de inculcar en el ánimo de las tres personas citadas la idea de que Gabriel ocultaba, bajo la modestia de su aspecto, una ambición desmedida y un carácter extravagante. Si este parecer no encontraba acogida, advertiría que la ambición de su ahijado no era una ambición mezquina, sino ambición de gloria. «Los artistas, les diría, son unos seres sin corazón: fuera del arte, no encuentran nada digno de su entusiasmo. Gabriel ha soñado, sin duda, la conquista del mundo por medio del violín; ha volado como un pájaro que se escapa de la jaula; ha querido dejar en esta humilde aldea un recuerdo de su originalidad, huyendo sin despedirse.»

Mas es el caso que pasaron muchos días sin que la sobrina, ni la viuda, ni el P. Antonio dieran muestras ni de interés ni de curiosidad; ninguno de ellos se acercaba á preguntarle por Gabriel: parecía que miraban con completa indiferencia la desaparición del músico.

Entre las dos casas había vuelto á establecerse

la antigua incomunicación, como si al irse Gabriel se hubiera roto el único lazo que las unía.

Observaba el comandante en la casa de su hermana un silencio extraño: la voz de Rosalía no llegaba á sus oídos; las cuerdas del piano permanecían mudas, y el pequeño jardín, abandonado, desfallecía bajo el peso de las primeras escarchas del invierno: ni el mirlo silbaba, ni César gruñía.

Inútilmente, apoyados los codos sobre el pasamano del corredor, esperaba ver asomar á su sobrina ó á su hermana: ni la sobrina ni la hermana parecían, ni siquiera asomaba la cara de Berta: la casa de la viuda parecía inhabitada. Esta observación la hizo por espacio de algunos días, siempre con el mismo resultado.

Tuvo intenciones de bajar al jardín y entrar en la casa de su hermana; pero una fuerza interior lo detuvo.

¿Era orgullo?

¿Era miedo?

También podía ser cálculo.

Orgullo, porque si aquel retraimiento era una especie de declaración de guerra por parte de su hermana, le humillaba la idea de que la viuda creyese que iba indirectamente á proponerle la paz.

Miedo, porque, sea la que quiera la perversión de su sentido moral, debía ver en el severo semblante de su hermana un juez demasiado enfadoso.

Mas tal vez lo que principalmente lo detenía era el cálculo: quería ser cauto, por no despertar sospechas. Ocultaba cuidadosamente la pasión bestial que Rosalía le inspiraba, escondiendo, á los ojos de las gentes maliciosas, sus torpes deseos.

Tenía para ello dos razones, que venían á ser una misma; á saber: impedir que la viuda penetra-

ra en el secreto de aquella inclinación, en cuyo triunfo estaban ciegamente interesados su corazón, si es posible decirlo así, y su vanidad.

Calculaba que Bernarda, dueña una vez de este secreto, desplegaría toda su astucia de hermana y de madre para hacerle caer en la red del matrimonio; porque ¿qué mejor partido podía desear la viuda para su hija?

En su calidad de hombre de mundo, le profesaba al matrimonio una aversión indecible: se había salvado de este peligro en los primeros años de su juventud, y sería una derrota completa caer en el garlito ya entrado en el otoño de la vida.

¡Casarse!.... ¡Bah!.... Los hombres como él no se dejan cazar fácilmente.

Huía, pues, de la casa de su hermana como de un lazo, y todas las dificultades que se oponían á su propósito avivaban más y más el fuego reconcentrado en el infierno de su deseo.

Rosalía había llegado á ser para él una idea fija.

Pero el tiempo pasaba; habían trascurrido ya tres meses desde la desaparición de Gabriel, y Rosalía, y la viuda, y el P. Antonio no se dejaban ver por ninguna parte.

Tan obstinado retraimiento picaba en historia.

—¡Demonio! (exclamaba, rascándose la cabeza.)

¡Parece que se los ha tragado la tierra!

Una mañana le sorprendió el día sin haber podido dormir en toda la noche; las más extrañas ideas habían agitado su imaginación, excitada por el insomnio. Hubo momentos en que tuvo que sentarse en la cama y encender luz, porque experimentaba desvanecimientos inexplicables. Quería dormirse, y el sueño huía de sus ojos; se abrían sus párpados como si obedecieran á un impulso con-

trario á su voluntad, y daba vueltas en la cama con creciente impaciencia.

Jamás había experimentado un desvelo tan pertinaz, y por primera vez en su vida sintió vagos terrores. Su propia imaginación lo atormentaba con visiones que no podía desechar, y luchaba por desasirse de las confusiones en que lo envolvía su mismo pensamiento.

Aquella mañana se levantó furioso, de un humor de todos los demonios, con los ojos encendidos por el insomnio. Se vistió apresuradamente, como si se le hubiera hecho tarde, y llamó á Gil, que entró, asombrándose al ver á su amo fuera de la cama.

—¡ Señor!—dijo el asistente.

Volvió el comandante la cabeza; y viendo á Gil, apretó los puños, diciéndole:

—¿Quién te ha llamado?

—Nadie,—contestó Gil retrocediendo.

El comandante, completamente vestido, daba vueltas por la habitación, buscando algo que no encontraba. Con el aire distraído del que busca algo que no encuentra, cogió el paquete lacrado que Gabriel le entregó de parte de su madre, y que yacía que el olvidado encima de la mesa contigua á la cama, sin hermano de la viuda pensara en abrirlo, dando por supuesto que solo contenía las cartas que él había escrito á Luisa, y que ella le devolvía al morir, como el último recuerdo de su vida.

Gil miraba al comandante ir y venir de un punto á otro, abriendo el ropero y volviendo á cerrarlo, registrando la habitación hasta debajo de los muebles, y revolviéndolo todo. Miraba esto con ojos atónitos, haciendo por sus orejas los votos más fervientes, sin atreverse á hablar ni á moverse, sin valor para irse ni para quedarse.

Pasó el comandante á la pieza contigua, que re-registró de una ojeada, y parándose de pronto, se cruzó de brazos, hiriendo violentamente el suelo con la planta del pie.

Este arranque de desesperada impaciencia hizo estremecer á Gil, que cerró los ojos, sin duda alguna por no verse desorejado, diciéndose interiormente con aterrado asombro:

—¡Qué busca!.... ¡Qué busca!....

—¡Gil!—gritó el comandante con voz sorda.

—¡Señor!—le contestó el asistente con voz apagada y sin levantar los párpados, resuelto á no ser testigo ocular de su propia catástrofe.

Si hubiera tenido, como César, un manto de púrpura sobre los hombros, se habría cubierto el rostro para no ver al Bruto que tenía delante.

—¡Gil! (repitió de nuevo.) Veamos: ¿dónde está mi sombrero?

El resoplido con que hizo esta pregunta era como la primera ráfaga del furioso huracán que se venía encima.

El infeliz asistente se cuadró, levantó militarmente la mano derecha á la altura de la sien, abrió los ojos, y miró á su amo, quedándose ante él con la boca abierta.

Su semblante, que expresaba un asombro inaudito, se contrajo violentamente para contener una carcajada impetuosa que bullía en su boca.

—¡Imbécil! (le gritó su amo, viendo aquellos visajes.) ¿Podré saber dónde está mi sombrero?

—Señor (balbuceó Gil); lo tiene V. S. puesto.

En efecto: el comandante se llevó la mano á la cabeza, y encontró el sombrero que buscaba, mirando á Gil con ojos terribles.

Entonces reparó que llevaba en la mano el pa-

quiete que distraídamente había cogido, y alzó el brazo con airada violencia para arrojarlo á la espaciosa chimenea, donde desde el día anterior ardían dos troncos, enormes; mas el paquete chocó contra uno de los troncos, y saltó fuera de la chimenea, como huyendo del fuego á que lo condenaban.

Salió el comandante, cruzó el comedor, y bajó la escalera. Gil, que lo seguía, lo vió lanzarse á la calle, y, encogiéndose de hombros, volvió á entrar en el comedor; y llenando una copa del dorado ron de la Jamaica, la alzó á la altura de los ojos para admirar la transparencia del líquido que contenía, y antes de vaciarla de un sorbo, dijo:

—Acabo de nacer, y brindo por el resto de mis días.

Se limpió la boca con el revés de la mano, y añadió:

—Esta vida hay que pasarla á tragos.

Dicho esto, avivó el fuego de la chimenea, recogió el paquete que yacía en el suelo, y fué á colocarlo en su sitio; esto es, sobre la mesa que había junto á la cama; después acercó un sillón á la chimenea, se recostó en él indolentemente, y mirando al techo con ojos distraídos, exclamó:

—¡Bah!.... El comandante está loco.... sí.... loco.... loco....

## CAPÍTULO XXIII.

El 20 de Diciembre.

¿Á dónde iba el comandante?

Después que salió del pueblo, entró resueltamente en la alameda que conducía al monasterio.

Marchaba con aire decidido, como si al frente de una columna cargara á la bayoneta, atacando la primera posición del enemigo.

Al través de los pinos que lo circuían levantaba el monasterio sus torres cuadradas, sobre las que brillaba la escarcha, herida por los rayos oblicuos del sol que subía por el horizonte.

Llegó el comandante á la puerta que conducía al claustro, y la halló entreabierta; empujó suavemente, y el postigo se abrió sin resistencia, dejándole ver los pilares y los arcos. Se adelantó hacia una puerta sobre la que, en letras grandes, halló un rótulo que decía: *Celda del sacristán*. Allí se detuvo, y cogiendo el picaporte, lo levantó, abriéndose la puerta.

Indudablemente buscaba al P. Antonio; pero la celda se hallaba tan solitaria como el claustro. Hizo un ademán de impaciencia, y retrocedió hasta la portería, y allí se encontró con una mujer que lle-

quiete que distraídamente había cogido, y alzó el brazo con airada violencia para arrojarlo á la espaciosa chimenea, donde desde el día anterior ardían dos troncos, enormes; mas el paquete chocó contra uno de los troncos, y saltó fuera de la chimenea, como huyendo del fuego á que lo condenaban.

Salió el comandante, cruzó el comedor, y bajó la escalera. Gil, que lo seguía, lo vió lanzarse á la calle, y, encogiéndose de hombros, volvió á entrar en el comedor; y llenando una copa del dorado ron de la Jamaica, la alzó á la altura de los ojos para admirar la transparencia del líquido que contenía, y antes de vaciarla de un sorbo, dijo:

—Acabo de nacer, y brindo por el resto de mis días.

Se limpió la boca con el revés de la mano, y añadió:

—Esta vida hay que pasarla á tragos.

Dicho esto, avivó el fuego de la chimenea, recogió el paquete que yacía en el suelo, y fué á colocarlo en su sitio; esto es, sobre la mesa que había junto á la cama; después acercó un sillón á la chimenea, se recostó en él indolentemente, y mirando al techo con ojos distraídos, exclamó:

—¡Bah!.... El comandante está loco.... sí.... loco.... loco....

## CAPÍTULO XXIII.

El 20 de Diciembre.

¿Á dónde iba el comandante?

Después que salió del pueblo, entró resueltamente en la alameda que conducía al monasterio.

Marchaba con aire decidido, como si al frente de una columna cargara á la bayoneta, atacando la primera posición del enemigo.

Al través de los pinos que lo circuían levantaba el monasterio sus torres cuadradas, sobre las que brillaba la escarcha, herida por los rayos oblicuos del sol que subía por el horizonte.

Llegó el comandante á la puerta que conducía al claustro, y la halló entreabierta; empujó suavemente, y el postigo se abrió sin resistencia, dejándole ver los pilares y los arcos. Se adelantó hacia una puerta sobre la que, en letras grandes, halló un rótulo que decía: *Celda del sacristán*. Allí se detuvo, y cogiendo el picaporte, lo levantó, abriéndose la puerta.

Indudablemente buscaba al P. Antonio; pero la celda se hallaba tan solitaria como el claustro. Hizo un ademán de impaciencia, y retrocedió hasta la portería, y allí se encontró con una mujer que lle-



vaba un niño en brazos, y que lo miraba con atenta extrañeza.

—Busco al P. Antonio,—dijo, contestando á las miradas de la mujer.

—El P. Antonio (replicó ella) no ha venido aún.

—¡Demonio! (exclamó el comandante.) ¿Pues á dónde ha ido tan temprano?

—Hace muchas noches (contestó la mujer) que no duerme en el monasterio.

—¡Hola!

La mujer no comprendió la malicia que encerraba la exclamación del comandante, y siguió diciendo:

—Al amanecer viene, dice su Misa, se vuelve á ir, y no le vemos el pelo hasta el día siguiente. Hoy aún no ha venido.

—¿Pero vendrá?—preguntó el comandante.

La mujer se encogió de hombros; y viendo que el personaje que tenía delante se mostraba impaciente, añadió:

—Si trae V. alguna limosna para el monasterio, puede V. dejarla. Mi marido es el hortelano, y tengo un hijo ya grande que sabe ayudar á Misa.

La mujer del hortelano debió advertir en el rostro del comandante señales de desconfianza; pues con sencilla naturalidad añadió estas palabras:

—La limosna la puede V. echar en el cepillo que hay en la puerta de la iglesia.

—No se trata de limosnas (dijo): busco al P. Antonio, y quisiera saber en qué cueva de estas cercanías acostumbra á pasar la noche haciendo penitencia.

—Yo creo (advirtió la hortelana) que pasa las noches en el pueblo.

—En la casa de alguna hija de confesión.... ¿no es esto?

—¡Puede! (contestó la mujer sencillamente.) Y tengo para mí que ha de estar enferma, porque el P. Antonio está muy triste.

—Sin duda (añadió el comandante) debe estar enferma, y el P. Antonio querrá recoger sus últimos suspiros.

—Cuando no ha venido ya (dijo la mujer del hortelano), debe estar peor la enferma.

—En ese caso, debemos suponer que hoy cuelga la Misa, y que será inútil esperarle.

Diciendo esto, dió media vuelta, y salió de la portería, dejando á la mujer con la palabra en la boca.

¿Para qué buscaba al P. Antonio?

Hacia algún tiempo que había adquirido la costumbre de pensar en alta voz. Gil lo había sorprendido alguna vez hablando solo.

En la ocasión presente gesticulaba, y sus ademanes daban indicio de la agitación que hervía en su ánimo.

—No hay duda (exclamó al fin, apretando los puños con ira reconcentrada). Mi hermana, Rosalía, Gabriel y el P. Antonio están de acuerdo.... Sí, sí: mi hermana sabe que Gabriel es mi hijo; esto es seguro: supone que le he de dejar una gran parte de mi hacienda, y ha visto en el músico el marido que le conviene á su hija, puesto que yo no doy señal ninguna de aspirar á su mano.... Ahora comprendo la solicitud maternal con que lo recibió desde un principio, cuando, en verdad, debió hacerle muy poca gracia la aparición de este pariente de contrabando. Ahora me explico la asidua amistad que el P. Antonio le profesaba, sin dejarlo ni á sol ni á sombra, constituyéndose en espía de sus acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos.... En

cuanto á Rosalía, claro está: le han hecho entender que debía ser amable con el ahijado de su tío.

Hablando así apretó el paso, como si esas reflexiones avivaran en él el deseo de llegar antes al pueblo; mas á poco se detuvo, y andando más despacio, siguió diciendo:

—Bien.... pero entonces.... ¿por qué Gabriel obedeció tan dócilmente mis insinuaciones, ausentándose con tanta precipitación y sin despedirse de nadie? Estoy seguro de ello, porque desde aquella mañana Gil no lo perdió de vista por encargo mío. Por la tarde sé que estuvo en el monasterio; pero en el monasterio no estaba el P. Antonio.

Reflexionó un instante, y dándose una gran palmada en la frente, exclamó:

—¡Ah!.... está aquí.... mi hermana lo oculta en su propia casa. Yo mismo lo acompañé á la parada de la diligencia; yo mismo lo vi partir; pero es el caso que pudo arrepentirse en el camino, y pudo volverse en el mismo coche en que se fué. Y si no, ¿cómo no me ha escrito anunciándome su paradero? ¿Cómo renuncia con su silencio á la pensión que le ofrecí al despedirlo?... ¿De qué vive?... ¡Oh! sí.... ha vuelto.

Verdaderamente no era el razonamiento demasiado lógico; pero el comandante debía encontrarlo incontestable, por la fuerza que le daba su insensata malicia. Los ojos de su alma, oscurecidos por la impiedad, no veían nunca la virtud; encontraba en todas las acciones humanas un móvil miserable; la más ligera sospecha de perversidad se convertía inmediatamente á sus ojos en evidencia; en una palabra: participaba por completo de la deplorable credulidad de los incrédulos, y experimentaba cierto odio-placer en encontrar perverso al género humano

No tuvo su corazón que hacerse violencia ninguna para atribuir á su propia hermana la sorda codicia de hacer á su hija dueña de su fortuna. La aparición inesperada de aquel hijo advenedizo destruía naturalmente sus esperanzas de herencia; pero demasiado astuta para dejarse arrebatar el tesoro de su hermano, se había propuesto que Gabriel fuese el instrumento que asegurara la realización de sus ambiciones.

Para el comandante no tenía esto vuelta de hoja, y antes hemos visto que la opinión pública del pueblo se inclinaba también á creer semejantes suposiciones.

Había ido, pues, al monasterio á sondear al padre Antonio, á sorprender en él el secreto de la intriga, y ahora se dirigía á la casa de su hermana, seguro de encontrar á Gabriel oculto en ella.

Los celos encendían su sangre, y formaba en su espíritu agitado y tempestuoso proyectos de venganza; porque aquella traición en que se veía envuelto le daba derecho á todo.

Llegó á la casa de la viuda, cuya puerta encontró abierta; penetró en la sala silenciosamente, andando con las puntas de los pies para evitar todo ruido que pudiera anunciar su presencia.

En la sala no encontró á nadie, y advirtió cierto desorden en los muebles; algunas sillas estaban volcadas, y el polvo había empezado á invadir los pliegues de las cortinas y los marcos de los cuadros, sombreando por algunas partes el yeso mate de las paredes.

Se detuvo, creyendo que acababa de entrar en una casa abandonada, porque además reinaba un silencio sepulcral, sólo interrumpido por las voces y los cantos que salían de las casas contiguas, y

por los trinos de los pájaros que piaban en los aleros de los tejados vecinos.

Un rayo de sol penetraba al través de los cristales empañados, y parecía suspenso y entristecido de aquella soledad y de aquel silencio. La sala, siempre limpia y siempre alegre, de la casa de la viuda, presentaba el aspecto de una jaula cuyo pájaro ha huído.

El comandante apretó los puños y rechinó los dientes, porque la primera idea que le asaltó fué que su hermana, Rosalía y Gabriel, y hasta el P. Antonio, habrían abandonado el pueblo sigilosamente. Sin duda Rosalía había revelado á su madre la escena que referimos en el capítulo xvii, y de común acuerdo habrían apelado al recurso de poner tierra por medio. No acertaba á explicarse de otro modo el singular aspecto que le ofrecía la casa de la viuda, y, al explicárselo de este modo, sentía su corazón despedazado por todas las furias del infierno. El desengaño que experimentaba era tremendo: Rosalía prefería á Gabriel: su propio hijo le robaba el objeto codiciado de aquella pasión solitaria y oculta, contenida hasta entonces por la culpable esperanza de una satisfacción completa. Su misma hermana huía de él.... el P. Antonio se atrevía á ser cómplice de aquel complot que hurlaba el deseo más ardiente de su vida. Sus cálculos se desvanecían, y su abominable empresa, tan ciega y tenazmente seguida, fracasaba.

Dió un paso en medio de la habitación con toda la arrogancia de su ira, resuelto aún á disputarle á todas las circunstancias adversas el triunfo de su deseo. Cuantos más obstáculos se le presentaban, más furiosa era el ansia que lo dominaba.

De pronto se llevó las manos á los ojos, como si

hubiera sentido en ellos el sacudimiento de un relámpago, ó como si se le hubiera aparecido una visión aterradora. Había visto oscilar al través de la cortina que cubría la puerta que conducía al dormitorio de su hermana el reflejo de una luz que no era la luz del día. Reparó más atentamente, y advirtió que el dormitorio de su hermana se hallaba iluminado por luces misteriosas, cuyas llamas parecían vagar por la sombra de la cortina.

Un vago terror debió levantarse en el fondo de su alma, pues retrocedió un paso: avergonzado de su propio miedo, se adelantó hasta la puerta, y alzó la cortina.

Lleno de asombro, casi atónito, mudo é inmóvil, permaneció un instante, contemplando el espectáculo que se ofrecía á su vista.

Tenía delante un altar, sobre el que se extendía un dosel, en cuyo fondo se destacaba un crucifijo, y delante de la divina imagen del Redentor del mundo ardían tristemente cuatro velas, sostenidas por cuatro candeleros de cobre.

Debió creer que soñaba, porque, no dando crédito al testimonio de sus ojos, acudió á tocar con sus manos aquel altar inexplicable; pero al acercarse, cayó detrás de él la cortina que había levantado un momento antes, y se detuvo, porque sus ojos se oscurecieron, y las luces del altar se agitaron como si hubieran querido apagarse. Creyó que una sombra se levantaba á su espalda; volvió la cabeza, y vió que era la cortina.

Interiormente quiso reirse de sí mismo; mas no pudo conseguirlo: estaba su imaginación llena de extrañas confusiones. No obstante, dió dos pasos más, y levantó la mano sobre el altar; mas no tuvo tiempo para tocar el paño blanco que lo cubría, porque

UNIVERSIDAD  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, N.M.

un gemido ahogado, profundo, inmenso, resonó allí mismo, junto á él, en su mismo oído.

Con ojos espantados registró la habitación en que se hallaba, en cuyos ángulos las oscilaciones de las luces le hicieron ver sombras movibles que flotaban indecisas sobre las paredes. Hasta entonces no había reparado en una puerta que se hallaba enfrente del altar. Esta puerta estaba abierta, y el comandante detuvo en ella su mirada; mas apenas sus ojos se fijaron, cuando sintió que un sudor frío inundaba sus miembros.

Vió una cama vestida con ropas de immaculada blancura; sostenida por dobles almohadas, se dibujaba, inclinándose sobre el hombro derecho, la cabeza de Rosalía; en su frente pálida y serena se reflejaba la suave luz que iluminaba su semblante; caía sobre sus mejillas la ancha sombra de sus pestañas, y por sus labios entreabiertos vagaba una dulce sonrisa: parecía dormida.

A uno y á otro lado de la cama distinguió á su hermana y al P. Antonio, ambos de rodillas, con las cabezas inclinadas sobre aquel lecho blanco é inmóvil: la madre oprimía entre sus manos una mano de su hija.

El comandante, arrastrado por una fuerza extraña hacia el cuadro que devoraban sus ojos atónitos, adelantó un pie vacilante, haciendo crujir la estera de junco que cubría el suelo. Entonces oyó un rugido sordo, y vió á César, con el lomo erizado, que le mostraba con rencoroso enojo la doble hilera de sus terribles dientes. Colocado el perro entre los pies de la cama y la puerta por donde asomaba la figura aterrada del comandante, parecía dispuesto á cerrarle el paso.

El P. Antonio levantó la cabeza, y, al través de

las silenciosas lágrimas que cubrían sus ojos, distinguió al hermano de la viuda, y cruzando las manos con ansia fervorosa, elevó al cielo una mirada suplicante.

Al mismo tiempo la viuda lanzó un grito, que debió exhalarse del fondo de sus entrañas desgarradas.

La infeliz madre había visto á su hermano; pero acercó á sus labios la mano de Rosalía, como si de este modo hubiera querido contener dentro de su alma el arrebato de su dolor.

Después se puso de pie, besó la frente de su hija, y dirigiéndose á su hermano, le dijo:

—Acércate.... ya no vive.... acaba de espirar.... Tú la has muerto; mas no temas que te acuse.... porque ha muerto perdonándote.... Sí (añadió, cayendo nuevamente de rodillas); te ha perdonado...., ¡hija de mi alma!, como yo te perdono.

Diciendo esto, ocultó el rostro entre sus manos, y ahogaron su voz los sollozos.

Cuando volvió á levantar la cabeza, el comandante había desaparecido.

Aquella tarde, día 20 de Diciembre, fué conducido al cementerio el cadáver de Rosalía. La enfermedad, cuyos más graves síntomas había ella ocultado cuidadosamente, y acerca de la que había guardado el médico toda la reserva que la enferma deseaba para no afligir á su madre, pasó ignorada para las gentes del pueblo; así es que la noticia de su muerte causó dolor y asombro, y la población entera acudió al entierro. El P. Antonio iba delante del ataúd, llevando la cruz enlutada, y detrás del cadáver iba César lanzando tristes aullidos. Al colocar el cuerpo en la sepultura, el perro se lanzó á la fosa, y lamió las manos de la difunta con ansia

indecible; fué preciso sacarlo de allí á viva fuerza, y el pobre animal aullaba tan desesperadamente, que hizo brotar lágrimas en los ojos de los circunstantes, y sólo las caricias del P. Antonio consiguieron calmarlo; pero cuando vió la sepultura cubierta de tierra, no fué posible contenerlo: comenzó á escarbar con furia, hundiendo el hocico en la tierra que removían sus manos impacientes, lanzando gemidos lastimeros; no eran aullidos, eran sollozos. Nadie se hubiera atrevido á tocarlo en aquel momento, porque de vez en cuando alzaba la cabeza y enseñaba los dientes; pero estaba allí el P. Antonio, que á fuerza de caricias consiguió arrastrarlo fuera del cementerio.

El día 22, el P. Antonio entró en la habitación del comandante, que se paseaba de un extremo á otro de su cuarto, mientras Gil colocaba apresuradamente la ropa de su amo en una maleta de viaje. El comandante lanzó una feroz mirada sobre el padre Antonio; éste bajó los ojos, y tendiendo la mano, le presentó una carta, cuyo sobre estaba ya abierto. Tomóla sin hablar palabra el hermano de la viuda, y leyó en ella lo siguiente:

«MADRID Diciembre 18....»

»P. Antonio: Me siento morir; esta es mi eterna despedida; la escribo desde el hospital de la Princesa, donde estoy hace mes y medio. Mi enfermedad es mortal.... la tengo toda en el corazón.... Desde que salí de ahí noté que empezaba á faltarme la vida. Mi vida era Rosalía. ¡Dios mío.... que la haga dichosa mi padrino!....»

»En los hospitales no se oculta la muerte á los enfermos, y he oído al médico decir que moriré

mañana. Esta noticia ha reanimado mi espíritu, y me da fuerzas para trazar estos renglones; después confesaré para recibir la divina Eucaristía.... Dios mismo va á venir á buscarme.... ¡Qué inmensa es su misericordia!

»Dos grandes consuelos me animan: muero por Rosalía, y voy á unirme con mi madre. Desde los umbrales de la muerte, ¡qué oscura y qué triste me parece la vida!

»Dejo abierta esta carta para que después que haya exhalado el último suspiro sea cerrada y puesta en el correo. No poseo más que mi pobre *Stradivarius*, que se lo dejo al enfermero que me asiste, como un recuerdo de mi gratitud por la caridad con que me ha consolado.

»P. Antonio, no pido lágrimas; sólo pido oraciones.

»Dios lo quiere.»

Al pie de estos renglones se hallaba la firma, y más abajo, en distinta letra, se leían estas palabras:

«Espiró tranquilamente á las tres de la madrugada de hoy 20 de Diciembre.»

Luego que el comandante acabó de leer esta triste carta, la dobló sin pronunciar palabra, y se la devolvió al P. Antonio, que retrocedió al tomarla, porque la mano del comandante temblaba convulsivamente y el aspecto de su rostro era espantoso.

Aquella noche la viuda tuvo que trasladarse á la casa de su hermano, quien, después de una convulsión horrorosa, había caído en una inmovilidad absoluta, acompañada de una rigidez invencible.

Así permaneció tres días, insensible á los más

poderosos revulsivos; el médico hizo en el cuarto día el último esfuerzo, tan inútil como los demás, y al quinto, encogiéndose de hombros, declaró que estaba muerto. Al conducirlo á la iglesia, donde debía estar depositado veinticuatro horas, los que lo llevaban sintieron que el ataúd se estremecía; levantaron la tapa que cubría el cadáver, y el muerto se sentó en la caja.

Después de este suceso extraordinario, que aterró al pueblo, sobrevino una enfermedad larga y una convalecencia interminable, durante las que no se le oyó pronunciar ni una sola palabra.

Después, conservando siempre su tenebroso silencio, comenzó á sentir una inquietud irresistible que lo empujaba fuera de la casa, y dió principio á sus excursiones solitarias, perdiéndose días enteros en las soledades del campo ó en las asperezas de la sierra. Apenas come, apenas duerme: parece insensible á todo lo que le rodea: no hace más que andar, andar, andar, como el judío errante. Se irrita si Gil intenta seguirlo, y sólo César lo acompaña.

## CAPÍTULO XXIV.

*No hay esperanza.*

He ahí, en la mejor forma que me ha sido posible, el relato fiel de la triste historia que me refirió el capellán del cementerio. Durante el resto de mi viaje no pude apartar de mi imaginación los incidentes y los personajes de esta narración verídica; y desconfiando de la fidelidad de mi memoria, me apresuré á escribirla antes que se disiparan mis recuerdos.

Aún no había trascurrido un año, cuando tuve que hacer un nuevo viaje y pasar por el mismo pueblo. Desde luego concebí el propósito de hacerle una visita al capellán del cementerio: su bondad merecía esta atención de mi parte, y, además, sentía hacia el humilde sacerdote una veneración cariñosa, porque encontraba en sus palabras la sencillez de la verdad y la luz tranquila de la fe, de la esperanza y de la caridad. No sé si es un gran teólogo; pero aseguro que posee, como pocos, las virtudes teologales. En una palabra: hay en su corazón algo que atrae al mío.

Traqueteado por los rudos sacudimientos del co-

poderosos revulsivos; el médico hizo en el cuarto día el último esfuerzo, tan inútil como los demás, y al quinto, encogiéndose de hombros, declaró que estaba muerto. Al conducirlo á la iglesia, donde debía estar depositado veinticuatro horas, los que lo llevaban sintieron que el ataúd se estremecía; levantaron la tapa que cubría el cadáver, y el muerto se sentó en la caja.

Después de este suceso extraordinario, que aterró al pueblo, sobrevino una enfermedad larga y una convalecencia interminable, durante las que no se le oyó pronunciar ni una sola palabra.

Después, conservando siempre su tenebroso silencio, comenzó á sentir una inquietud irresistible que lo empujaba fuera de la casa, y dió principio á sus excursiones solitarias, perdiéndose días enteros en las soledades del campo ó en las asperezas de la sierra. Apenas come, apenas duerme: parece insensible á todo lo que le rodea: no hace más que andar, andar, andar, como el judío errante. Se irrita si Gil intenta seguirlo, y sólo César lo acompaña.

## CAPÍTULO XXIV.

*No hay esperanza.*

He ahí, en la mejor forma que me ha sido posible, el relato fiel de la triste historia que me refirió el capellán del cementerio. Durante el resto de mi viaje no pude apartar de mi imaginación los incidentes y los personajes de esta narración verídica; y desconfiando de la fidelidad de mi memoria, me apresuré á escribirla antes que se disiparan mis recuerdos.

Aún no había trascurrido un año, cuando tuve que hacer un nuevo viaje y pasar por el mismo pueblo. Desde luego concebí el propósito de hacerle una visita al capellán del cementerio: su bondad merecía esta atención de mi parte, y, además, sentía hacia el humilde sacerdote una veneración cariñosa, porque encontraba en sus palabras la sencillez de la verdad y la luz tranquila de la fe, de la esperanza y de la caridad. No sé si es un gran teólogo; pero aseguro que posee, como pocos, las virtudes teologales. En una palabra: hay en su corazón algo que atrae al mío.

Traqueteado por los rudos sacudimientos del co-

che, y oprimido por la presión inevitable de mis compañeros de viaje, llegué al fin al pueblo.

Necesité hacer un grande esfuerzo para desencajarme de mi asiento: me apeé de un salto, y, sacudiendo el polvo que cubría mi sombrero, me dirigí á la plaza. Allí pregunté dónde podría encontrar al capellán del cementerio, y un muchacho, que se entretenía en tizar con carbón el muro de la iglesia, me aseguró que estaba en el pueblo, y se ofreció á dirigirme personalmente á la casa en que se encontraba.

Crucé algunas calles siguiendo á mi guía, que marchaba con cierta arrogancia, apedreando con bastante soltura á cuantos perros encontraba al paso. De repente se detuvo, y lanzando al aire un guijarro que silbó por encima de mi sombrero, se rascó la cabeza con las dos manos, y me dijo:

—Aquí es.

—¡Aquí!....—exclamé yo.

—Aquí no vive (replicó el muchacho, riéndose de mi duda); pero aquí está.

Me detuve, pensando si sería indiscreto distrayéndolo en alguna ocupación urgente, y mi guía, creyendo que aún dudaba de su palabra, añadió con semblante ofendido:

—Aquí lo encontrará V., sí, señor, porque el muerto está muy malo.

Estas palabras trajeron á mi memoria el primer capítulo de esta historia, que ya estaba escrito, y entonces reparé y advertí que me hallaba delante del anchuroso portalón de la casa solariega del comandante; y, sin más dudas, puse en mano de mi guía la correspondiente propina, y entré en la casa.

Llegué hasta el pie de la escalera, y me detuve, esperando encontrar alguna persona que anunciara

mi visita al capellán del cementerio; pero nadie asomó por la escalera, á pesar de la ruidosa tos con que intenté advertir mi presencia. Reinaba en la casa un silencio sombrío, y tuve tentaciones de creer que mi travieso guía me había engañado. No obstante, comencé á subir lentamente, haciendo sonar los tacones de mis botas sobre los duros escalones. Esta precaución fué tan inútil como la primera, porque nadie salió á recibirme. Llegué al término de mi ascensión, y me hallé con una puerta de par en par abierta, cuyo mueblaje me advirtió inmediatamente que aquella pieza era el comedor que ya conocemos. Volví á toser con todas mis fuerzas, y esperé. Me pareció sentir algo á mi espalda, y volví la cabeza, y me encontré con un hombre que en el extremo del pasillo, y cruzado de brazos, me miraba atentamente. Por ciertos accidentes militares de su vestido, y por el aplomo de su continente, sospeché que era Gil el hombre que tan atentamente me miraba, y sin más averiguaciones, le pregunté por el capellán del cementerio.

Al oír mi pregunta se encogió de hombros, se rascó la frente, y primero de una y después de otra, se tiró de ambas orejas.

—Será (me dijo) el P. Antonio.

—Sí,—le contesté; porque el lector habrá adivinado que el capellán del cementerio y el P. Antonio son una misma persona.

Gil me invitó á entrar en el comedor; me hizo seña de que esperara, y pasó á la habitación inmediata. Á los pocos instantes se presentó el capellán del cementerio, que me reconoció al primer golpe de vista, tendiéndome la mano con solicitud afectuosa, mano que yo estreché con cariño y besé con respeto.



Una densa nube de tristeza cubría el semblante del P. Antonio, sin que pudiera disiparla la sonrisa de bondad con que quería demostrarme la alegría que le causaba mi inesperada presencia.

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—¡Mal (me contestó), muy mal! Empiezo á perder toda esperanza.

—¿Tan enfermo se halla?—volví á preguntar.

—¡Oh! Sí (me dijo), muy enfermo.

—¡Y bien! (repliqué yo.) Si continúa en el estado de idiotismo en que quedó desde la muerte de Gabriel y Rosalía, ¿no será para él gran dicha dejar una vida tan miserable? No me parece que es un gran motivo de tristeza verlo acabar de morir, porque, en verdad, ¿acaso vive?

—¡Dios mío! (exclamó el P. Antonio): no es la muerte de su cuerpo la que me aflige; es la muerte de su alma. Tiene ojos, y no ve; tiene oídos, y no oye. Se niega á todo consuelo divino, á todo auxilio religioso.

—¿Qué dice?—pregunté yo.

—No dice nada.... No ha vuelto á hablar desde aquel día.

—¿Habrá enmudecido? ¿Se habrá paralizado su lengua?

—Eso sospechamos su hermana y yo; pero en tal caso intentaría hablar, y saldrían de su boca sonidos inarticulados, y si no, trataría de hacerse entender por señas. Es su voluntad la que ha enmudecido. El médico le pregunta, le insta, y él lo mira, frunce la boca con desprecio, y no le contesta.... Eso hace con todos.

—¡Es singular!—dije.

—¡Es terrible! (añadió el P. Antonio.) Va á morir impenitente, desesperado. Venga V. (añadió el

buen sacerdote). V. conoce toda la historia; pues bien: entre V., y veamos qué efecto le causa la presencia de una persona desconocida.

Seguí al P. Antonio, y entré en la habitación del enfermo, en aquel dormitorio en que por primera vez lo vimos.

Lo primero en que mis ojos se fijaron fué en la cabeza del comandante, cuyos largos cabellos, ásperos y enmarañados, flotaban sobre la almohada en confuso desorden, dando á su fisonomía un aspecto verdaderamente espantoso; la nariz afilada, los ojos hundidos en la profundidad de las cuencas, y la boca duramente fruncida, como si tuviera fuertemente apretados los dientes, marcaban sobre su rostro los rasgos terribles de la desesperación y de la muerte.

Á los pies de la cama, de pie, y con los brazos cruzados sobre el pecho, se veía una figura alta, enlutada y casi inmóvil, que volvió la cabeza y me miró sin asombro y sin sorpresa: la palidez de su semblante, hondamente demacrado, resaltaba vivamente bajo las ondas naturales de sus cabellos negros y sobre el fondo oscuro de sus vestidos enlutados. Como si viera en mí á una persona que no le era extraña, me saludó por medio de la sonrisa más dulce y más triste que he visto en mi vida, y fijó después sus grandes ojos negros en el P. Antonio.

No tuve que discurrir mucho para reconocer en ella á la viuda, á la madre de Rosalía, á la hermana del comandante, y contesté á su saludo con una inclinación de cabeza, sin atreverme á romper el silencio que reinaba en la estancia.

Mi posición no dejaba de ser embarazosa. Yo me veía allí representando el papel de un mero curioso, y en toda escena de dolor la curiosidad es la suprema impertinencia. No sabía cómo tomar una parte

activa en aquel cuadro, iluminado á la sazón por los reflejos cárdenos del sol poniente, cuya triste luz penetraba al través del balcón entreabierto; no sabía cómo ingerirme en aquella situación, cuya historia sabía con todos sus pormenores y circunstancias. Miré al P. Antonio por si podía arrancarle alguna palabra que rompiera el silencio mortal en que estábamos sumergidos; pero me contestó arqueando las cejas, para darme á entender su profundo desaliento. Entonces me acordé de que en algún tiempo había tenido yo cierta afición á la medicina, y no creyendo necesarios en aquel momento más títulos de suficiencia, me dirigí doctoralmente á la cama del enfermo, cogí su mano, y busqué en ella el pulso.

El enfermo fijó en mí sus ojos, que brillaban encendidos como dos ascuas en el fondo de sus órbitas. Eran dos ojos inmóviles, que relampagueaban como las brasas prontas á extinguirse sepultadas en la oscuridad de un horno.

Yo volví la cabeza, y me encontré con las atentas miradas de la viuda y del P. Antonio, que me dirigían una doble pregunta, cuya respuesta me era imposible darles, en razón á que por mucha que hubiese sido mi afición anterior á la ciencia médica, el caso que tenía delante se hallaba fuera completamente del alcance de mis conocimientos.

No me fué difícil advertir las irregularidades calenturientas del pulso del enfermo, la completa prostración de sus fuerzas y la probable proximidad de la muerte; es decir, lo que el más ignorante en la materia habría podido advertir; pero yo había tomado aquella determinación por hacer algo, y no me pareció conveniente confesar mi ignorancia. Sentí en el fondo de mi corazón ciertos remordimientos por haber adoptado el papel cómico que me hallaba representando

en una escena tan trágica, y contesté á la doble mirada de la viuda y del P. Antonio con un gesto doble también, pues quise expresar á la vez mi ignorancia y mi suficiencia.

Quería decirles: sé mucho, pero la ciencia no lo sabe todo.

Ó lo que es lo mismo: el enfermo está muy malo; pero.... ¡quién sabe!

Mi respuesta hizo bajar los ojos á la viuda y al P. Antonio con ese movimiento con que expresamos la resignación, nuestra sumisión sincera á los sabios secretos de la divina Providencia.

Se trataba de la salud del comandante, y en este punto ambos parecían conformes con lo que Dios dispusiera. La idea de la muerte no causaba en ellos ese terror que los demás mortales sentimos.

Permanecí junto á la cama del enfermo algunos instantes en una posición tan embarazosa como al principio, y aún más, porque mi papel de médico empezaba á ser bastante desairado.

En medio de mi perplejidad, buscaba un nuevo recurso para romper el hielo de aquel silencio y de aquella inmovilidad en que nos encontrábamos, y me ocurrió uno, que adopté en el acto, poniéndolo en planta de esta manera:

Me incliné sobre el enfermo, y le dije:

—Dios todo lo puede y la fe todo lo alcanza.

Al oír estas palabras, fijó de nuevo en mí sus ojos hundidos, que antes había apartado con desdenosa indiferencia, y vi dibujarse en su semblante cadavérico una expresión indefinible, una especie de sonrisa diabólica, un sarcasmo horrible. Creí ver algo de Lucifer en la expresión espantosa de su rostro moribundo; pero no vacilé, y dando á su gesto una interpretación menos terrible, insistí diciendo:

—Ya sé yo que un hombre de corazón y de talento no ha de mirar la muerte con cobarde angustia: el que sabe que morir es volver para siempre á la patria de donde fuimos desterrados, muere con alegría. Sin duda alguna (añadí) nos espera en la eternidad un Juez severo é infalible, que nos ha de pedir estrecha cuenta de nuestra vida; pero tenemos en nuestro corazón una dádiva con que templar el rigor de su divina justicia: la dádiva de nuestro arrepentimiento.... ¡La eternidad (exclamé), sólo puede espantar á los malvados!

Con estas últimas palabras quise yo aplicar, si puedo decirlo así, una ventosa en el alma empedernida del comandante, y el efecto que obtuve fué una especie de rugido sordo que se exhaló de la caverna de su pecho, como si mi voz hubiera penetrado en su corazón. Abrí la boca para proseguir; pero el enfermo me dejó ver un gesto horrible de profundo desprecio, volviendo bruscamente la cabeza hacia el lado opuesto en que yo me hallaba. Insistí, no obstante; agoté todos los recursos de mi elocuencia; pronuncié palabras consoladoras y palabras terribles.... todo fué inútil. Llegué á creer que su alma estaba petrificada, y quedé completamente desalentado.

El P. Antonio, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho, parecía hondamente afligido, y la viuda, juntando las manos y levantando los ojos con la expresión de la súplica más fervorosa, exclamó en voz muy baja:

—¡Dios mío! ¡No hay esperanza!

—No hay esperanza,—añadí yo con verdadera tristeza.

El P. Antonio suspiró hondamente, y repitió con acento apagado:

—¡No hay esperanza!

## CAPÍTULO XXV.

### Dos lágrimas.

Así permanecimos algún tiempo, silenciosos é inmóviles como tres estatuas, delante de la cama del enfermo. No sé hasta cuándo se hubiera prolongado la situación penosa en que los tres nos hallábamos, si un incidente inesperado no hubiera venido á sacarnos de ella.

Este incidente fué la repentina presencia de César.

El perro entró con la precipitación del que huye, y, en efecto, huía de Gil, que parecía perseguirlo.

Alentrar, el perro gruñó sordamente, amenazando á su perseguidor con todas las sangrientas consecuencias de una defensa heroica.

Gil se detuvo en la puerta y se encogió de hombros, mientras César fué á depositar á los pies de la viuda un objeto que traía en la boca; y mirando á su ama fijamente, movía la cola con impaciencia.

Después alzó las manos, y la viuda acarició su cabeza, sin reparar en el objeto que había puesto á sus pies. César aulló dulcemente, y bajó las manos, sujetando de nuevo entre los dientes aquel objeto que al parecer excitaba su codicia.

Gil desde la puerta movía la cabeza, como diciendo: «¡Pícaro perro!»

—Ya sé yo que un hombre de corazón y de talento no ha de mirar la muerte con cobarde angustia: el que sabe que morir es volver para siempre á la patria de donde fuimos desterrados, muere con alegría. Sin duda alguna (añadí) nos espera en la eternidad un Juez severo é infalible, que nos ha de pedir estrecha cuenta de nuestra vida; pero tenemos en nuestro corazón una dádiva con que templan el rigor de su divina justicia: la dádiva de nuestro arrepentimiento.... ¡La eternidad (exclamé), sólo puede espantar á los malvados!

Con estas últimas palabras quise yo aplicar, si puedo decirlo así, una ventosa en el alma empedernida del comandante, y el efecto que obtuve fué una especie de rugido sordo que se exhaló de la caverna de su pecho, como si mi voz hubiera penetrado en su corazón. Abrí la boca para proseguir; pero el enfermo me dejó ver un gesto horrible de profundo desprecio, volviendo bruscamente la cabeza hacia el lado opuesto en que yo me hallaba. Insistí, no obstante; agoté todos los recursos de mi elocuencia; pronuncié palabras consoladoras y palabras terribles.... todo fué inútil. Llegué á creer que su alma estaba petrificada, y quedé completamente desalentado.

El P. Antonio, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho, parecía hondamente afligido, y la viuda, juntando las manos y levantando los ojos con la expresión de la súplica más fervorosa, exclamó en voz muy baja:

—¡Dios mío! ¡No hay esperanza!

—No hay esperanza,—añadí yo con verdadera tristeza.

El P. Antonio suspiró hondamente, y repitió con acento apagado:

—¡No hay esperanza!

## CAPÍTULO XXV.

### Dos lágrimas.

Así permanecimos algún tiempo, silenciosos é inmóviles como tres estatuas, delante de la cama del enfermo. No sé hasta cuándo se hubiera prolongado la situación penosa en que los tres nos hallábamos, si un incidente inesperado no hubiera venido á sacarnos de ella.

Este incidente fué la repentina presencia de César.

El perro entró con la precipitación del que huye, y, en efecto, huía de Gil, que parecía perseguirlo.

Alentrar, el perro gruñó sordamente, amenazando á su perseguidor con todas las sangrientas consecuencias de una defensa heroica.

Gil se detuvo en la puerta y se encogió de hombros, mientras César fué á depositar á los pies de la viuda un objeto que traía en la boca; y mirando á su ama fijamente, movía la cola con impaciencia.

Después alzó las manos, y la viuda acarició su cabeza, sin reparar en el objeto que había puesto á sus pies. César aulló dulcemente, y bajó las manos, sujetando de nuevo entre los dientes aquel objeto que al parecer excitaba su codicia.

Gil desde la puerta movía la cabeza, como diciendo: «¡Pícaro perro!»

Yo creí al pronto que César, aprovechando algún descuido de Gil, habría cogido en la cocina algo que venía á devorar tranquilamente bajo la protección de la viuda. Su actitud era, en efecto, la de un perro que roe un hueso : lo sujetaba con las manos, y clavaba en él los dientes con cierto estudio, como si buscara los filamentos de la carne para arrancarlos del hueso.

Menos abismado yo que la viuda y el P. Antonio en las tristes reflexiones que el estado del enfermo inspiraba, pude fijarme más atentamente en la tarea que el perro traía entre manos, y pronto advertí que no era hueso ni carne lo que despedazaba con sus dientes.

El ruido que de vez en cuando producía sonaba de la misma manera que suena un papel que se rasga, y me pareció que lo que tenía entre sus fauces era un pequeño rollo de papeles.

Entonces me acerqué al P. Antonio, y le hice observar lo que el perro hacía; pero no mostró ni inquietud ni sorpresa.

—Son papeles,—le dije.

—Sí,—me contestó mirando á César.

—Papeles (añadí yo) que pueden ser útiles.

—¡Útiles! (exclamó el P. Antonio.) No.

Y como refiriéndose al pensamiento que en aquel instante lo embargaba, añadió:

—Todo es inútil.

—Señora (dije yo, dirigiéndome á la viuda): no me atrevo á reconocer por mí mismo lo que el perro está mordiendo, pero creo que debe verse.

La viuda me miró con sus grandes ojos hermosamente iluminados por el brillo de las lágrimas, y tendiendo la mano hacia el perro, que seguía en su tarea, le dijo :

—César.... aquí.

El animal alzó la cabeza, y poniéndose de pie, depositó en la mano de su ama lo que tenía en la boca.

—¡Es raro! (dijo ella, examinando el objeto que el perro acababa de entregarle.) César, ¿dónde has cogido esto?

El perro, al oír la voz de su ama, aulló dulcemente, agitó la cabeza, movió la cola y alzó las manos.

¿Se disculpaba?... Indudablemente algo quería decir, algo que no entendíamos nosotros, á pesar de la elocuencia de su voz, de sus ojos y de sus ademanes.

—No sé qué es esto (añadió la viuda). Vea V., P. Antonio.... Vean Vds....

Nos acercamos; y, examinando el objeto, vimos que era un rollo de papel, sujeto por una cinta verde de seda, y contenido dentro de un sobre, cerrado con lacre negro.

Los dientes del perro habían rasgado el sobre, y lo negro del lacre y lo verde de la cinta ofrecían un contraste de luto y de esperanza, que excitó mi curiosidad de tal modo, que dije sin poder contenerme:

—Veamos qué es esto.

El P. Antonio desató la cinta, y aquellas hojas enroscadas se entreabrieron al verse libres de la presión que las sujetaba; mas el buen sacerdote volvió á unir las, apretando la mano y diciendo :

Este es, sin duda, el paquete que Gabriel trajo á su padrino por encargo de su madre moribunda. ¿Debemos nosotros registrar estos papeles que el comandante, por lo que se ve, no ha querido nunca sacar del sobre en que vinieron encerrados?

—En esa duda (contesté yo), debemos preguntárselo.

Yo me acerqué á la cama; pero mis preguntas no obtuvieron respuesta. Sólo nos dejó ver un gesto de indiferencia y de desprecio.

—Me parece (dije yo entonces) que su hermana está autorizada para leerlos.

La viuda tomó de manos del P. Antonio el paquete misterioso, y comenzó á hojearlo.

Al cabo de algunos instantes, dijo:

—No entiendo bien estas cosas; pero me parece que hay aquí documentos de crédito á favor de mi hermano.

En efecto: el paquete se componía de una sucesión de hojas, en parte impresas y en parte manuscritas, autorizadas con sellos y firmas, que atestiguaban diversas imposiciones hechas en sociedades de crédito á favor del comandante.

—Aquí hay una fortuna considerable (exclamé yo repasando una por una aquellas hojas fehacientes); porque las cantidades impuestas son en gran número: quinientos duros anuales se han impuesto sucesivamente por espacio de veinte años, formando un capital de diez mil duros, cuyos intereses acumulados representan próximamente una suma de otros cinco mil duros.

Cuando acabé de exponer este cálculo, volví la cabeza hacia el enfermo, y vi que me miraba con asombro. Parecióme que la rigidez de su rostro cadavérico era menos dura, y creí traslucir que experimentaba en aquel momento una admiración repentina. No me cabe duda de que sus ojos, súbitamente animados por una expresión indefinible, pretendían averiguar en los míos la certidumbre de mis palabras. Dudaba de lo que había yo dicho: lo que acababa de oír le parecía increíble.

—Sí (añadí yo, acercándome á la cama y contes-

tando á las mudas preguntas de sus ojos). Aquí están los documentos plenamente autorizados. Si el hecho es inexplicable, no es por eso menos cierto.

Y repasando una por una las hojas, encontré entre ellas un papel doblado en forma de carta. Lo desdoblé, y ojeándolo rápidamente, exclamé:

—¡Oh!.... ¡esto sí que es admirable!

Al pronunciar estas palabras, miré alternativamente á la viuda, al P. Antonio y al enfermo, y me pareció que los tres me pedían leyera en voz alta aquel nuevo documento; y dando á mi lectura la mejor entonación que pude, leí de esta manera:

«Jaime:

»Cuando leas estos renglones que empiezo á escribirte, ya habré dado cuenta al Juez Supremo de todos los pensamientos, de todas las acciones y de todas las palabras de mi vida. He sido muy culpable. Te he arrastrado en mi desdicha, y le pido á Dios con todo el fervor de mi alma, para tí misericordia, y para mí justicia. Vuelve los ojos á su divina clemencia, y tu arrepentimiento templará á sus ojos el rigor de mi culpa. En el mundo todo es mentira, y Dios es todo verdad; pero ¡qué verdad tan grande!

»Tengo el presentimiento de una muerte próxima, y pienso en ella con mucho consuelo. Sí, Jaime; Dios me oye. Le he pedido la vida para consagrarla á llorar nuestra culpa y á encender en el corazón de nuestro hijo el fuego sagrado de la fe, y me la ha concedido. Gabriel ya es un hombre....; no, es un ángel: tú no sabes qué tesoro de bondad hay en su alma, qué fortaleza en su virtud, qué grandeza en sus pensamientos. Le he infundido hacia tí respeto, gratitud y veneración; pero

no le reveles nunca su culpable origen. ¡Hijo de mis entrañas!: se moriría de dolor. Sé su padre sin que él sepa que lo eres; apártalo de las seducciones del mundo; que no se manche la pureza de su alma con que yo te lo envió; consuélalo de la pena que ha de causarle mi muerte, pero cuida de que no me olvide. Rezad por mí, rezad juntos todos los días.

»Lo conozco bien, y sé que te querrá como á un padre; no habrá sacrificio que no haga por ti, porque nuestro hijo es un héroe; más aún: es un santo. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para merecer este hijo? ¿No es esta gracia una señal del perdón que nos espera?... Sí, Jaime; Dios me ha oído, y ha llegado ya la hora de morir.... No puedo pedir más á su divina misericordia.... Me siento alegre y llena de esperanza.

»La pensión con que generosamente me socorres, la he ido depositando para devolvértela. Mi hijo y yo hemos vivido de nuestro trabajo, y hemos vivido bien, porque el trabajo no es una pena, sino una virtud. He admitido tus socorros por humildad y los he conservado por penitencia: te los devuelvo, porque son tuyos.

»Perdóname, Jaime, como yo te perdono; y aquí de rodillas, y con las lágrimas en los ojos, le pido perdón al hombre que he ofendido; haz tú lo mismo cuando leas esta carta, y pídele á Dios que nos perdone.

»Jaime: te lo pido con toda mi alma: necesito tu arrepentimiento para presentarme menos culpable ante el tribunal de la Justicia eterna.

»Jaime.... oye mi última palabra: reza por mí.»

La lectura de esta carta produjo en el enfermo un efecto extraordinario. Al concluir yo de leerla, lo

vimos hacer un esfuerzo supremo, logrando incorporarse, mientras sus brazos se agitaban en el aire, como si buscara algo á que asirse, ó como si quisiera disipar las sombras que oscurecían su vista. La viuda se precipitó en ellos, y los dos hermanos se abrazaron.

El enfermo sollozaba con angustia indecible, y las lágrimas de la viuda caían silenciosas sobre el rostro de su hermano.

Así permanecieron algunos instantes.

—¡Se muere!—exclamó de pronto la viuda con acento afligido.

Acudimos, y fué preciso sostener la cabeza del moribundo, que vacilaba oprimida por el peso de la muerte. Sin embargo, tuvo fuerzas para coger la mano de su hermana, llevársela á la boca, y besarla. Después de esto, su brazo quedó inmóvil, y la viuda se inclinó sobre su cabeza, y le besó la frente.

Los ojos del enfermo, desmesuradamente abiertos, como los del ciego que empieza á ver, se fijaron primero en mí, después en el P. Antonio, y luego en la viuda; sus labios descoloridos se agitaban, y una voz semejante á un soplo salió de lo profundo de su pecho, pronunciando una palabra apenas articulada.

—¡Dios!....—dijo, y cayó muerto.

En sus párpados á medio cerrar asomaron dos lágrimas, que brillaron un instante, rodando por las yertas mejillas.

Hubo un momento en que los tres permanecimos mudos é inmóviles: los tres rezábamos.

Al fin la viuda alzó los ojos, y miró al P. Antonio con ansiedad inmensa. Éste comprendió todo el valor de aquella mirada, y dijo:

—Esas dos lágrimas que al espirar hemos visto en sus ojos, las ha arrancado de su corazón el dolor de sus culpas; son las lágrimas del arrepentimiento, que en la balanza de la suprema Justicia pesarán más que sus culpas.

Yo permanecí en la casa hasta el otro día por la mañana, que seguí mi viaje en otro coche, porque el que me llevó había seguido su camino.

Al despedirme del P. Antonio, me abrazó, y me dijo :

—Voy á quedarme muy solo en el mundo.

—¡Solo!—exclamé yo.

—Sí (me contestó): esta santa mujer ha vivido por su hermano, y ahora le pedirá á Dios que la lleve con su hija, y Dios se la llevará.

No tuve nada que replicarle, y nos separamos.

FIN.

## INDICE.

	Págs.
CAPÍTULO I.—Un muerto que anda.....	7
CAP. II.—El hombre y el perro.....	21
CAP. III.—El capellán del cementerio.....	40
CAP. IV.—Un secreto impenetrable.....	59
CAP. V.—Que pone al lector en camino del capítulo siguiente.....	70
CAP. VI.—Un ser abandonado.....	80
CAP. VII.—Una mala noticia que alegra á la viuda..	91
CAP. VIII.—El comandante y el asistente.....	106
CAP. IX.—Espionaje.....	119
CAP. X.—La confesión.....	131
CAP. XI.—La carta.....	142
CAP. XII.—El complot.....	160
CAP. XIII.—Gotas de hiel.....	174
CAP. XIV.—La invitación.....	184
CAP. XV.—Stradivarius.....	194
CAP. XVI.—El lucero del alba.....	208
CAP. XVII.—La flor marchita.....	215
CAP. XVIII.—El león en la jaula.....	226
CAP. XIX.—Golpe seguro.....	235
CAP. XX.—El delirio.....	245
CAP. XXI.—Dios lo quiere.....	255
CAP. XXII.—Loco.... loco.....	265
CAP. XXIII.—El 20 de Diciembre.....	275
CAP. XXIV.—No hay esperanza.....	287
CAP. XXV.—Dos lágrimas.....	295





mi secreto. ¿Me da V. palabra de no leerlo hasta después que yo me vaya?

—Te doy mi palabra.

—Pues bien (dijo Rosalía levantándose): aquí está todo lo que tengo que decirle.

—Espera (añadió el comandante). Yo también quiero ser original, y voy á darte la respuesta antes de haber leído la pregunta.

Y diciendo y haciendo, sacó una cartera, buscó en ella un papel cuidadosamente doblado, y lo puso en manos de Rosalía, diciéndole:

—Toma; ahí tienes todo lo que yo puedo decirte, y te dejo en libertad de que lo leas ahora mismo si quieres. Mi pensamiento entero se halla contenido en ese papel por medio de un lenguaje sin palabras; en él encontrarás todo mi secreto.

Sintió Rosalía una viva curiosidad, que hacía irresistible el interés que aquel asunto le inspiraba, y desdobló impaciente el papel que tenía en las manos. Examinó rápidamente lo que contenía, y alzando los ojos, miró al comandante, y le dijo:

—¡Ah!: es una flor.

—Sin duda.

—Una flor marchita.

—¿No la conoces?

—¡Ya lo creo!: es un clavel.

—Sí, hermosa Rosalía; es un clavel, en el cual he respirado yo el perfume de tus labios; en esas hojas marchitas he encontrado el dulce aliento de tu boca, porque en ellas palpita todavía un beso tuyo.

La hija de la viuda no comprendía el sentido de estas palabras, no acertaba á comprenderlo, y miraba á su tío con profunda sorpresa.

—¿Te admira? (prosiguió diciendo el comandante.) Mejor: eso quiere decir que ignoras el poder de tu

belleza, que ha encendido un infierno en mi corazón; un infierno lleno de delicias, que he saboreado esperando el momento más dichoso de mi vida.

Hablando así, se acercó á Rosalía, y quiso asir una de sus manos; pero ella la retiró, retrocediendo, pálida, confusa y aterrada. Por un momento se contemplaron ambos, como si á la vez quisieran sorprenderse en los ojos lo que pasaba en lo íntimo de sus corazones.

La mirada del comandante brillaba encendida por un resplandor semejante al que debe iluminar los ojos de la serpiente cuando atrae hacia sí al inocente pajarillo que aletea aturdido; había en ella esa feroz codicia con que el tigre hambriento espía la presa que va á devorar, anticipándose el placer de devorarla. La hija de la viuda bajó al fin los párpados, como si no pudiera resistir el brillo de aquella mirada, ó como si quisiera contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Más que las palabras del comandante, le advertía su instinto de mujer el sentido que ellas encerraban; pero no queriendo todavía dar crédito á lo que acababa de oír, intentó sonreírse, y dijo:

—¡Bah! Quiere V. burlarse de mí diciendo cosas que no entiendo. ¿Acaso tengo yo algo que ver con las hojas de esta flor marchita?

Indudablemente hubiera sido más discreto cortar de cualquier modo aquella entrevista, que empezaba á tomar un aspecto grave; pero Rosalía, á pesar del terror que experimentaba, se resistía á creer en la realidad de lo que estaba viendo. Aquello no podía ser más que una broma de malísimo gusto, propia, no obstante, del carácter estrambótico de su tío.

Por lo que hace al comandante, no pareció sor-